



AVISO LEGAL

Título: *El descubrimiento de América en la historiografía norteamericana (siglos XVII al XX)*

Autor: Mayer, Alicia

ISBN: 968-36-2597-5

Forma sugerida de citar: Mayer, A. (1991). *El descubrimiento de América en la historiografía norteamericana (siglos XVII al XX)*. Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>

D.R. © 1992 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.

© Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
<https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Los derechos patrimoniales del libro pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este libro en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional).
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



Usted es libre de:

- > Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- > Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- > Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- > No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- > Compartir igual: si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

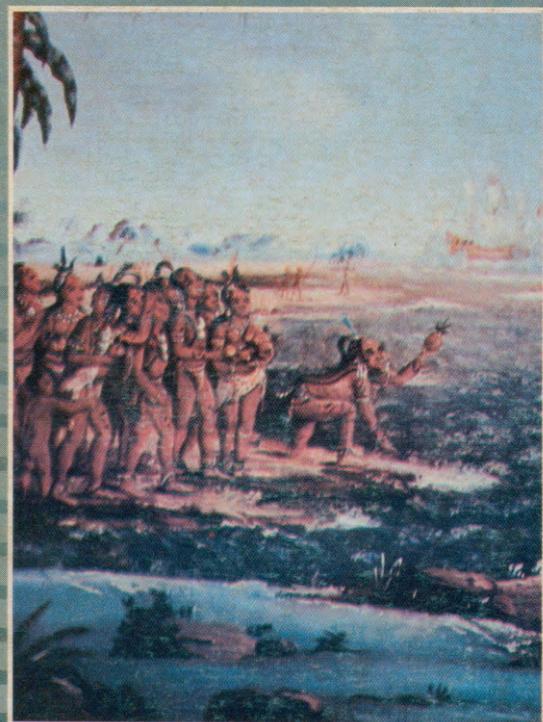
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

500 AÑOS DESPUÉS

El descubrimiento de América en la historiografía norteamericana

Alicia Mayer



centro coordinador y difusor de estudios latinoamericanos
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

**El descubrimiento de América
en la historiografía norteamericana
(siglos XVII al XX)**

500 AÑOS DESPUÉS

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

**CENTRO COORDINADOR Y DIFUSOR
DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

Alicia Mayer

El descubrimiento
de América
en la historiografía
norteamericana
(siglos XVII al XX)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 1992

Primera edición 1992

**DR © 1992, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.**

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

ISBN 968 - 36 - 2597 - 5

Juan Antonio Ortega y Medina

Una vida, un espíritu que perdura en una obra, una enseñanza.
La manifestación más grande de un ser que muestra las pulsaciones del alma;
El camino, tú lo dijiste recordando a Machado, se hizo al andar.
Lo iniciaste con sufrimiento y pena;
Tu juvenil destino en tus manos no estaba.
Vino la profunda herida de la guerra y la lastimosa necesidad del destierro.
Mas la decisión del exilio ¿a quién compete?
¿Es acaso a los hombres como lo quiere la Historia, o a Dios como lo quieren los Hom-
bres?
Pero el tiempo, que es Historia y al mismo tiempo es la nada y el todo, ahora nos da la
respuesta. Pero sólo hasta ahora.

Así iniciaste el camino, y en el trayecto mucho nos dejaste.
Hablaste de tu patria y de la nuestra, del mar y de la conciencia, del indio, del blanco y
del impetuoso mestizo.
Hiciste de nuestra nación la tuya y defendiste los lazos comunes de una hispanidad amal-
gamada.
Para ti no había fronteras entre el mar y las tierras.
Descubriste que en las ideas descansaba la historia del mundo.

Pero no sólo fuiste maestro.
Amaste y te amamos, y al verte nos preguntábamos
¿Qué pasa cuando nos abandona el alma y queda un cuerpo que destella vida y que pro-
mete un poco de esperanza?
Al final de tu largo trayecto fuiste una luz moriecina que quería vivir para dar a los demás
bondad, generosidad y conocimiento.

Así te fuiste Juan Antonio, mi gran maestro,
atravesamos juntos el puente; un torrente de ejemplo desparramaste, y me señalaste el
camino para seguir.
Ahora como ayer, no estamos sólo,
llevamos tus libros bajo el brazo y tu amor infinito en nuestros corazones.

A su memoria dedico este libro.

INTRODUCCIÓN

El proceso de elaboración de este trabajo tiene un largo tiempo de reflexión y responde a varias inquietudes que afronta un novel historiador en su diaria práctica profesional. Al ahondar en temas de la historia universal se percibe que los acontecimientos están condicionados por la acción de lo que Hegel llamó la tesis, la antítesis y la síntesis de un proceso dialéctico interminable. Lo mismo sucede con la conformación mental de las personas y, en este caso particular, me refiero a los historiadores para quienes el afán por satisfacer una preocupación o una determinada inclinación intelectual puede conducir a formas creativas extraordinarias. El oficio del historiador —según lo entiendo— es captar la lógica cambiante y dinámica de los procesos humanos. Mi interés se centra especialmente en averiguar cómo la producción historiográfica norteamericana¹ logró solucionar dicha exigencia filosófica. Los estadounidenses representativos de cada época buscaron explicar y concebir la verdad histórica profundizando en un suceso extraordinariamente rico en variedad y resultados: El descubrimiento de América.

No intento dar más datos históricos sobre Colón, ni ahondar en el problema esencial de la concepción de América, sino revisar cuidadosamente cómo se ha dado en el terreno intelectual el discurso historiográfico sobre este personaje histórico y su hazaña, juicio que está determinado por la conciencia protestante de sus críticos.

A la vez, la aproximación al tema responde a una preocupación que surgió al notar el gran espacio que ocupa el tema relativo al mundo hispánico en la historia y en la literatura de los Estados Unidos, donde es considerable en extensión e importancia. En otras palabras, el elemento español es una constante a la que se enfrentan la historiografía

¹ Los términos manejados comúnmente para designar a un país, un pueblo o una nación en conjunto pueden resultar insuficientes o inadecuados. En este trabajo me vi cercada por este problema de definición. Norteamérica, Angloamérica, los Estados Unidos de América pueden abarcar a la gente a la que queremos definir; pero a la vez, puede pensarse en otros grupos como los canadienses o los mexicanos que también habitan el septentrión de nuestro continente. Sin embargo, en este caso, los nombres expuestos sólo señalan a los estadounidenses y se me perdonará el uso indiscriminado de ellos, falta que se comete con el propósito de no cansar al lector con repeticiones.

y la literatura estadounidenses desde el siglo XVII hasta el XX, y a la cual tiene asimismo que dar la cara el estudioso. La historia de España ejerció una atracción casi magnética desde la época colonial, especialmente durante el siglo XVIII; también en la etapa dorada de las letras en Boston, y todo parece indicar que aún hasta nuestros días ese elemento extranjero, aunque no extraño, ha participado notablemente en el devenir histórico del pueblo norteamericano. El tema que nos ocupa es ejemplo plausible de ello.

La historia feudal de la Península, las crónicas y relatos de su gigantesco imperio, sus instituciones, tan incomprensibles como su forma de gobierno y su carácter nacional único, despertaron el interés, la curiosidad y la imaginación de nuestros vecinos del norte.² Desde los albores de la etapa colonial angloamericana era marcada la presencia del imperio español en América. Los ingleses, muy a su pesar, no estaban solos en el continente; era un hecho la cercanía con los hispanos, dueños indiscutibles de la mayor parte del territorio. Estos incómodos inquilinos eran mirados con una mezcla de odio, recelo y envidia. La necesidad de conocerlos abrió la puerta a los temas hispánicos: Granada, los árabes, Boabdil, los Reyes Católicos, Cristóbal Colón, el Descubrimiento, Cortés y México, Pizarro y el Perú, Carlos V, Felipe II, la Inquisición, para qué nombrar más. Desde el siglo XVII la Vieja y la Nueva España empezaron a ser apreciadas por escritores de habla inglesa en América.

Para esta investigación elegí a Cristóbal Colón y su hazaña, mas pude haber igualmente escogido cualquier otro de los temas anunciados dada la cantidad de fuentes disponibles y ello, seguramente, hubiera resultado una experiencia a la par fascinante y reveladora. Sin embargo, sería injusta al decir que la elección se hizo al azar, cuando la verdad es que diversos motivos me condujeron a su estudio. Primero, quise aprovechar la ocasión del Quinto Centenario para reflexionar sobre este acontecimiento tan trascendente y presentar un trabajo crítico ante el interés que despierta en nuestro país el descubrimiento

² Dice un notable historiador norteamericano, Stanley Williams, “nunca hemos entendido la verdadera naturaleza del nacionalismo español, con sus objetivos encontrados, tradicionales, individualistas y a veces anarquistas”, en *La huella española en la literatura norteamericana*, p. 201. Aprovecho este espacio para transmitir la gran deuda adquirida con este autor y su erudita obra, y la admiración que me causan sus juicios, objetivos y medidos sobre las culturas hispánicas. Otro historiador también estadounidense, Charles Gibson, se esfuerza como su colega por entender en qué estriban las diferencias entre ambas culturas, la suya y la hispánica: “Es en parte el compromiso de los Estados Unidos a progresar lo que tanto dificulta entender a América Latina. Es tan poderoso el interés por el progreso que no nos contentamos con confinar el concepto a nuestro propio país, sino que sentimos la obligación de exportarlo a las áreas subdesarrolladas, incluyendo a Hispanoamérica”, *Spain in America*, p. 216 (Traducción mía).

de América. Este hecho histórico se ha reflejado desde hace 500 años en la vida misma de las sociedades americanas de un modo o de otro. La mía es, entonces, una manera de recordar el 12 de octubre de 1492 y sus consecuencias al cumplirse otro centenario más de su “ocurrencia”.

Segundo, traté de facilitar una vía de comprensión entre las tres culturas que se hacen presentes en el trabajo; el ámbito norteamericano se expresa a través del material historiográfico que he interpretado; el mundo hispánico es el objeto de estudio de los críticos estadounidenses y finalmente, entra también en juego la parte mexicana, la nuestra, que determina el enfoque con el que analizo el material seleccionado. Al hablar de México y de los Estados Unidos, debe incluirse como elemento importante el nombre de España. Así lo ha expresado la historiadora mexicana Beatriz Ruiz Gaytán:

hacer inteligibles los hechos históricos de España y Estados Unidos es importante y necesario para hacer inteligible el hecho México, ya que permanentemente hemos coincidido en coyunturas definitivas de nuestros correspondientes procesos históricos.³

Es a esta significativa convergencia a la que intento llegar con el tema de mi investigación.

Llama la atención la manifiesta dificultad que aún existe en nuestro país en torno a la interpretación de lo que sucedió el 12 de octubre de 1492 y, sobre todo, de los efectos que, a la postre, se observan en Hispanoamérica. Ante la llegada del Quinto Centenario han aparecido en México ensayos y artículos, muchos de ellos de tinte condenatorio antihispánico. El fenómeno del mestizaje no sólo biológico, sino cultural, todavía ocasiona hondos resentimientos que se manifiestan en desbordados entusiasmos radicales e impiden llegar a un término medio que consiste en la aceptación de esa realidad como parte constitutiva de nuestra herencia histórica nacional. Washington Irving, uno de nuestros escritores protagonistas, el gran romántico norteamericano, enseña que es fundamental que el historiador, en cualquier circunstancia, sea honesto, no solamente con los demás, sino sobre todo consigo mismo.⁴ Por ello es justo aclarar de antemano que mantengo una postura incorporativa y no excluyente hacia los elementos que el mundo ibérico legó a nuestra cultura. En ese sentido se me podrá acusar de hispanófila, mas no en el de pérdida de objetividad al revisar las fuentes

³ Beatriz Ruiz Gaytán, “España en la historia de los Estados Unidos”, en *Anuario de Historia* (México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras), núm. IX (1977).

⁴ Washington Irving, *Life and Voyages of Christopher Columbus: to which are added those of his companions*, Nueva York, G. P. Putnam, 1861, vol. I, p. 279.

a las que me aproximo con todo el rigor que se exige en la profesión. En suma, parte del interés por ahondar en la temática hispana que aborda la historiografía norteamericana se centra en que siento dicho elemento como una parte íntimamente constitutiva de nuestra realidad.

El tercero y último propósito de recopilar y analizar historiográficamente este material obedece al deseo de interpretar fuentes estadounidenses desde la perspectiva mexicana y de justipreciar lo más objetivamente posible —en tanto el conocimiento histórico lo permita— lo que la historiografía norteamericana ha pensado sobre Colón y el Descubrimiento. Existen dos obras fundamentales cuya lectura animó a la concepción de este proyecto: *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*⁵ de Edmundo O’Gorman, en la que se analiza de forma erudita la concepción de América y de su descubrimiento (o invención) a través de varios autores de distintas nacionalidades y épocas; mientras que estrictamente del lado mexicano apareció hace pocos años (1987) la recopilación y juicio histórico de Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombina del Descubrimiento desde México (1836-1986)*.⁶ El presente volumen aspira a ser una aportación de la perspectiva norteamericana.

No importa la procedencia de la crítica para revalorarla y asumirla; los elementos extraídos de la historiografía norteamericana pueden resultarnos tan familiares como cualquier otro tema de la historiografía nacional, o por el contrario, distintivamente ajenos para forzarnos a concientizarlos y rehusarlos. La conmemoración debe incluir gran variedad de estudios de tema similar para lograr así despertar en nuestro país el interés general y orientarlo también al ámbito extranjero que complementa y amplía la perspectiva nacional.

A lo largo del análisis debemos tener siempre en cuenta, para llegar a una mejor comprensión de los autores y sus obras colombinas, que sus juicios e interpretaciones van a estar condicionadas por su propia mentalidad, la protestante anglosajona. Este rasgo particular que los constituye ideológicamente hunde sus raíces en la herencia inglesa desde el siglo XVI y, de tomarlo en cuenta, nos facilita el abrirnos paso hacia un pasaje comprensivo que conduzca al terreno de las ideas.

Resaltarán, entonces, viejos prejuicios que han resultado de la dinámica histórica norteamericana y que han determinado sus relaciones con España e Iberoamérica. De no entender de donde se originan éstos, no pasarán de parecernos precarias manifestaciones de rivalidad nacional y de trasnochado celo patriótico, lo que nos llevará a la errada

⁵ México, UNAM, Centro de Estudios Filosóficos, 1951.

⁶ México, UNAM, CCYDEL, 1987.

actitud de condenarlos prematuramente. Como apunta el historiador Juan A. Ortega y Medina se debe partir de que “la presencia de Estados Unidos, nuestro vecino, estuvo y sigue estando condicionada por la victoria de la modernidad protestante y burguesa británica frente a su oponente católico y misoneísta hispánico.”⁷

Las determinantes que originaron el mundo moderno, entre ellas la religión protestante, revolucionarían la psicología y la manera de ser del hombre reformado y, pues, por consiguiente su conducta. Los escritores estadounidenses que revisaremos son producto de esta circunstancia vital conformativa y traslucen asimismo esa *Weltanschauung* en sus obras.

Con la colonización no sólo se transmitió la pugna contra la España católica, sino también los valores éticos, estéticos y morales; amén de los más seculares como el económico y el político, que han diferenciado al ámbito nórdico y al latino.

La tradición reformista, la costumbre expansiva dinámica y de cara al mar, la religión protestante, el liberalismo y otros elementos fueron trasplantados a territorio americano. Las luchas nacionalistas contra los iberos se tornaron en pugnas religiosas entre protestantes y católicos, entre el monopolio y la libertad de comercio, entre el nuevo tipo de Estado moderno y la caduca tradición señorial aristocratizante, entre el mundo clerical y el secular, entre el mundo latino y el sajón, y este conflicto se trasladó a nuestro continente y se refleja, insisto en ello, en la visión a la que ahora nos aproximaremos. De acuerdo nuevamente con el historiador Juan A. Ortega y Medina, “no hay una actitud estrictamente original norteamericana sino la proyección de una herencia espiritual protestante que ya totalmente secularizada se nos muestra ajena u olvidada de sus orígenes”.⁸ En suma, la idea del descubrimiento de América desde la conciencia norteamericana dependerá de ello y de la circunstancia de cada autor según la época que le tocó vivir.

El tema central de los escritores fue América. En la manera de conceptuar esta entidad descansa el eje del que partirán los historiadores para comprender el Descubrimiento y al descubridor. En la imagen mental creada en torno a este hemisferio radica la explicación de su historia y de su porvenir.

A partir de la época colonial surgió una idea de América desde la misma América, que se incorporó al esquema tradicional traído de

⁷ Juan A. Ortega y Medina, *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*, México, UNAM, 1981, p. 9.

⁸ Juan A. Ortega y Medina, *La evangelización puritana en Norteamérica*, México, FCE, 1976, p. 294.

Europa a raíz de la colonización, pero que también se mostró original en muchos aspectos. América respondió a un ideal utópico preconcebido en la mentalidad occidental desde fines del siglo XV. A esto ayudó el clima idealista propiciado por el Renacimiento que buscaba en otros mundos, las más de las veces imaginarios, encantos y comodidades para el género humano. El descubrimiento de América hizo que el habitante del Viejo Mundo pudiera encararse con algo concreto para verter en él sus fantasías. Este era un continente al que se consideró “nuevo”, inexplorado y fascinante en el que se podían saciar las apetencias, las aspiraciones de un mundo mejor.

El mismo Colón había sido el primero en introducir en sus cartas la idea paradisiaca del Nuevo Mundo. Él era sólo uno de tantos que buscaban los encantos del paraíso aquí en la tierra, pues su mente, como la de la mayoría de sus contemporáneos, estaba repleta de imágenes medievales y renacentistas. América se presentó, entonces, por lo menos en una primera etapa de descubrimiento, como un sitio provisto de todo; su naturaleza agigantada, exótica y su clima delicioso. Esta idea ha perdurado de cierta manera en los Estados Unidos. Los norteamericanos la han considerado la tierra de la oportunidad. Primero se llegó aquí para actualizar el reino de Dios en la tierra, luego para avanzar espiritual y materialmente en ella. Después de la Independencia (1776), sería vista como el sitio donde cuajaría el experimento democrático igualitario. En el siglo XIX era el ejemplo del desarrollo, la expansión económica y del progreso y en nuestros días se ha vuelto, por sorprendente que parezca, a la añoranza del supuesto paraíso perdido. Pero ¿para qué hablar del concepto de América cuando se quiere tratar la idea que los estadounidenses se forjaron de Colón y de su empresa oceánica? Esto se debe a que creemos que en ello radica también la manera en que fue interpretada la hazaña de 1492 y que determina las pulsaciones por las que se ha tratado como un símbolo heroico, como un mito patriótico, como un diligente puritano, como un romántico empedernido, como un vehículo de la ciencia y del progreso, como un funesto colonizador y villano o como un oportunista embustero. Sea como fuere, es asombrosa la continuidad histórica que ha tenido el discurso colombino en los Estados Unidos, pues no ha sido interrumpido desde el siglo XVII hasta nuestros días.

Para este trabajo se han analizado estudios, libros, poemas y opiniones en estricto orden cronológico; fueron seleccionados materiales históricos y literarios de 1690 a 1991 con el fin de apreciar cómo se ha creado, destruido, alabado o condenado la imagen de Colón en los Estados Unidos. La historiografía norteamericana ofrece, por

tanto, un ejemplo notable de consideración filosófica en torno al descubrimiento de América. Es por ello que la estimé digna de atención. El tema inquietó al pragmático teólogo puritano novoinglés del siglo XVII, conmovió al ilustrado poeta defensor de lo americano, alimentó la romántica imaginación del novelista del siglo XIX, despertó igualmente el interés de los científicos, de los eclécticos, de los positivistas y evolucionistas de las escuelas decimonónicas y aún sigue interesando a los escritores de la actualidad. A lo largo de este trabajo se revisan diferentes autores que situados en su época proyectan una singular y personal perspectiva colombiana.

La primera reflexión en torno a Colón data de la época colonial y es con la que empezamos el desfile crítico. Es en el primer libro de la obra de Cotton Mather, *la Magnalia Christi Americana*, donde aparece el análisis del hecho, su importancia y trascendencia. En esta valiosa reliquia, que es un compendio de erudición puritana, se inserta la actuación de la Providencia en la historia. La Ilustración dieciochesca continúa con el examen y agrega la interpretación nacionalista, americanizante, para incorporar al genovés a la historia de la joven república norteamericana, joven en tanto hablamos de un país recientemente independizado, con miras a distinguirse de Europa en la búsqueda y exaltación de los valores propios. Dos poetas, Joel Barlow y Phillip Frenau, insertan a Colón en el torrente de los escritos patrióticos y le otorgan valores que reflejan el fundamento de la moral y la ética del pueblo estadounidense.

Seguimos adelante para descubrir el sesgo teleológico idealista de los románticos, sobre todo a partir del análisis de las obras de las dos figuras más representativas del movimiento, Washington Irving y James Fenimore Cooper. Al repasar sus páginas nos perdemos frecuentemente en los límites que separan a la historia del relato novelado; pero logramos aprehender una imagen literariamente bella y asequible de Colón que merece su inclusión en nuestra serie. Por sus contenidos sobre historia de España y por su interés por las figuras más relevantes del mundo hispánico, destacan los historiadores y poetas de la escuela de Boston: Ticknor, Prescott, Bancroft, Motley, Parkman, Lowell y Longfellow, por mencionar a los más importantes. Ellos fueron, a la vez, punto final del romanticismo y piedra angular introductoria de la corriente científica de la historia; amalgama que creó, por consiguiente, un cuadro del Almirante y de su heroica empresa oceánica por demás interesante. ¿Cómo pasar por alto al Colón que produjo el Siglo de Oro de la literatura norteamericana, tanto en el terreno de la novela o poesía como en el de la historia?

Seguimos esta serie crítica con cuatro exponentes de las nuevas generaciones de Harvard, eco de la copiosa producción bracmánica⁹ no-voinglesa que así llega a fines del siglo. Surgen con HARRISSE, FISKE, WINSOR y HALE nuevas categorías filosóficas y metodológicas para responder a los retos interpretativos de fines del siglo XIX y para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento de América. La afilada pluma del incansable HARRISSE enciende la polémica para atacar a los eruditos en España y en los Estados Unidos por sus enfoques valorativos —según él— equivocados. FISKE lanza una hipótesis para explicar el acontecimiento de 1492 a partir de las premisas del evolucionismo; WINSOR destruirá por su parte el mito que, de acuerdo con él, envuelve a la figura del famoso marino. A continuación referimos la conceptualización del descubrimiento de América que inaugura el siglo XX. Es HENRY VIGNAUD quien dará un nuevo enfoque a la figura de nuestro protagonista, esta vez en un intento por derrumbar la imagen novelesca y legendaria del personaje y dar paso a un ser más humano y asequible. Le siguen de cerca sus discípulos, empeñados en validar ciertas hipótesis del pasado y también claman sus detractores al contrariar sus juicios respecto al genovés. Destacan en este siglo las visiones de SAMUEL ELIOT MORISON, CARL SAUER, FRANCIS JENNINGS, DANIEL BOORSTIN y otros destacados críticos. Para terminar dedicamos un capítulo a las tendencias interpretativas actuales de las que destaca el reciente libro sobre el tema, *La conquista del paraíso*, que motivó a la polémica y a la discusión ante la proximidad del V Centenario. Con el cierre del año 91 concluimos también nuestra excerpta norteamericana sobre Colón y el descubrimiento de América. El poema “Columbus” del gran bostoniano JAMES RUSSELL LOWELL completa esta exposición a manera de corolario en el epílogo.

Como podrá apreciarse, hay en estas fórmulas de análisis una infinidad de posibilidades y disímiles reflexiones: el providencialismo puritano, la idea de progreso encarnada en el Descubrimiento, la romántica épica aventurera, la destrucción del mito, la consideración filosófica del concepto de América, de la “Cuarta Parte”, de “Nuevo Mundo”, de lo ignoto y lo desconocido, además de leyendas, fábulas, críticas científicas o pseudocientíficas y polémicas...

En cuanto a las fuentes y la metodología, nos acercamos lo más posible al año 92 pero quedamos en espera de lo que la celebración del

⁹ Se llaman a sí mismos “bracmanes” los historiadores más destacados de la escuela de Boston: George Ticknor, William H. Prescott, Francis Parkman. Los críticos más distinguidos de fines del siglo XIX se jactaban de haber sido alumnos de algunos de estos renombrados escritores de la Nueva Inglaterra.

Quinto Centenario pueda traer en cuanto a producciones históricas, y por qué no, también literarias, se refiere. Sin estos materiales no podría cubrirse el ciclo colombino. Estamos tan sólo a unos meses de distancia y en la Unión Americana se prestan ya a la preparación del festejo; o al menos los defensores y detractores del genovés pretenden recordarlo, pues al fin y al cabo Colón no ha sido ajeno a la búsqueda dramática de la identidad americana, sino por el contrario, se explica como el descubridor de América y, como sabemos, con ese nombre se claman los vecinos del norte desde su independencia en 1776. Bien valdrá la pena, entonces, esperar y dejar pendiente el acopio documental que podrá integrarse una vez que haya concluido el diálogo académico de 1992.

La mayor parte de este trabajo se fundamentó en fuentes norteamericanas, además de una bibliografía general adicional. Se llevó a cabo un exhaustivo proceso heurístico en la ciudad de México donde es extraordinario el número de volúmenes que sobre asuntos estadounidenses existen en las principales bibliotecas capitalinas. Pero hay textos que necesariamente tuve que traer o consultar en los Estados Unidos, sobre todo las obras de Mather, Cooper y Motley.

Por otra parte, es de notarse que los libros aquí analizados no son los únicos, aunque tengo casi la certeza de haber reunido los más representativos e interesantes. No es posible abarcar la ingente obra colombina, ni siquiera la norteamericana en su totalidad, mi propósito es rescatar algunos juicios valiosos, los más posibles, del pensamiento historiográfico colombino en los Estados Unidos y extraer los aportes relevantes dejados por las plumas más preclaras y conocidas del medio culto a través de los siglos. Encontré que los autores europeos consideraron que el Descubrimiento dio al Viejo Mundo (en su versión providencial-imperial europea) los medios económicos, políticos y religiosos para erigirse como dueño del orbe; cambió el equilibrio de poderes y motivó fenómenos revolucionarios en el ámbito material y en el cultural. Pero, desde la perspectiva estadounidense, ¿qué había sido el Descubrimiento? ¿Qué significado tuvo para ellos como americanos? Para responder a esas y muchas otras inquietantes cuestiones es para lo que he realizado el presente rastreo histogriográfico, su análisis e interpretación. Me propongo rescatar, en suma, las razones por las cuales trataron a Colón como tema particular dentro del universal del hispanismo, cómo enfocan nuestra cultura, cómo interpretan el Descubrimiento y a qué conclusiones llegan los autores norteamericanos.

No podría dar inicio a la exposición de la obra sin antes agradecer profundamente a las personas que me facilitaron su elaboración. A la maestra Luz María de la Mora y al doctor Guillermo Abdel Musik por

buscar los textos de Cotton Mather sugeridos por nosotros en la Universidad Carleton de Quebec y en la Universidad de Pennsylvania en los Estados Unidos. Asimismo, al licenciado Arturo Gómez, del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, por poner a mi disposición el material allí existente. A la maestra Margarita Almada de Ascencio, directora del Centro de Información Científica y Humanística (CICH) de la UNAM y muy especialmente a Gertrude Dealbert y a Antonio Ruiz Mariscal que laboran en esa amable institución deseo expresarles mi gratitud por facilitar el material extranjero a través de su sistema de cómputo e intercambio. Igualmente deseo extender esto a la maestra Ma. Teresa Bosque por su apoyo para la publicación de este libro y al ingeniero Mateo Márquez por las facilidades técnicas para la elaboración del mismo. A la licenciada Ana Elena González le expreso mi agradecimiento por su ayuda con la traducción del poema de Lowell. Finalmente, como becaria que soy del Instituto de Investigaciones Históricas, quiero dar las gracias a la doctora Gisela Von Wobeser, su directora, por el apoyo a esta investigación. Por ahora, mi deseo es que el trabajo aporte algo novedoso sobre la idea colombina en el Quinto Centenario.

Ciudad de México, 3 de julio de 1992.

I. LA PRIMERA VISIÓN PURITANA
DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA
COTTON MATHER (1663-1728)

Los primeros cronistas ingleses, fundadores de los pequeños establecimientos coloniales en suelo americano, no cobraron conciencia ni meditaron científica o filosóficamente sobre el viaje colombino y el hecho histórico que eso significó. En esas cartas, diarios, bitácoras o relatos de viaje, el centro de preocupación parece haber sido más bien el relato de lo cotidiano, de las vivencias y experiencias diarias, que el quehacer histórico propiamente dicho.

No podía ser de otro modo. No podemos imaginar fácilmente lo arduo de la vida de estos primeros colonizadores ingleses en América, edificando fuertes y empalizadas, ganando terreno a los bosques y urgando por alimento para sostenerse, para aun esperar de ellos que se sentaran tranquilos al final de la faena, tomaran la pluma y escribieran historia.

Esa interesante literatura contiene asombrosas experiencias de los primeros colonizadores ingleses en Norteamérica,¹ pero no cuenta con una consideración histórica o filosófica de lo que para estos aventureros significaba América. Eso estaba reservado para sus hijos y nietos, para los historiadores, para los primeros egresados de la Universidad de Harvard.

Pero aun dentro de este ya de por sí reducido grupo, el investigador padece para encontrar a alguno que trate de América, que se pregunte por el origen del hombre que habitaba el continente antes de su llegada,

¹ La primera colonia permanente establecida en Norteamérica data de 1607, es decir 115 años después de haberse recibido la noticia de la llegada de Colón a tierras lejanas de Asia. Del capitán John Smith (1580-1631) tenemos *A True History* (1607) sobre la primera fundación inglesa en América (Virginia) y su *General History of Virginia, New England and the Summer Isles* (1624); de William Bradford (1588-1657), *History of Plymouth Plantation* (1620-1647), el *Journal of the English Plantation at Plymouth* (1622), que son las crónicas más sobresalientes sobre las primeras fundaciones. En cuanto a las historias, descuellan las del reverendo Cotton Mather, que analizaremos en este capítulo y la *History of New England* de John Winthrop (1630-1649), así como la de William Penn, *Rise and Progress of the People called Quakers*.

por el destino e historia de este hemisferio. Como escribe el historiador Richard Dunn, los novoiñgleses del siglo XVII escribieron sobre sus experiencias como exiliados religiosos, no historias de América.² Los primeros cronistas describen las nuevas plantaciones y la dificultad con que sus pobladores ingleses salían adelante. Para los puritanos, todas esas vivencias constituían una prueba a la que Dios los sometía a cambio de mostrarles el verdadero camino hacia la edificación de la ciudad de Dios terrenal. Es a fines del siglo XVII cuando empieza el angloamericano a tomar conciencia de que no es ya inglés, sino americano y, lo que es más, de por qué es así y qué tiene que ofrecer a Europa como habitante de ese nuevo y diferente *ecumene*.

Conforme transcurre el tiempo, se observa un cambio en la manera de conceptualizar a nuestro continente; la primera generación de colonos se sentía parte de Inglaterra, pero trasplantada por motivos religiosos o de oportunidad social al Nuevo Mundo. Conforme avanza el siglo, estos pobladores se sentirán cada vez más identificados con su hogar,³ entonces se verán forzados a analizar su posición como americanos y a reconstruir la historia continental según la visión occidental reformada. En la revisión de las principales obras coloniales, encontramos que la explicación del pasado de las plantaciones se da, casi por lo general, no desde el descubrimiento de América, sino a partir de las persecuciones religiosas en Europa que hacen necesaria la salida de los refugiados allende el Atlántico.

Pues bien, parece ser que el primer norteamericano —y se me perdonará nuevamente el término utilizado para designarlo— que escribe sobre el problema del Descubrimiento y de la participación de Cristóbal Colón en aquel hecho histórico es el reverendo Cotton Mather. La novedad de su obra consiste, no sólo en que es la primera que trata sobre este tema de forma importante en las colonias inglesas, sino que también incorpora la hazaña colombina como parte integrante de la historia del septentrión americano. Nuestro hombre, originario de Boston, entonces la metrópoli de la América inglesa, fue científico, historiador, médico y ministro del Señor, todo en una pieza.⁴ Además era

² Cit. de Richard Dunn en James Morton Smith, *17th Century America: Essays in Colonial History*, p. 196.

³ *Ibid.*, p. 209.

⁴ Existen varias biografías de Cotton Mather. Consulté la de Kenneth Silverman contenida en la Introducción de *Selected Letters of Cotton Mather*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1971 y la de Samuel G. Drake que aparece en la tercera edición de la *Magnalia Christi Americana*, 4 vols., Hartford, Silas, Andrus and Sons, 1855. El hijo de Cotton, Samuel, fue biógrafo de su padre, y es el punto de partida para conocer la vida de este famoso puritano. Un análisis sobre el carácter del ministro puede

un ávido lector de los famosos textos de la literatura viajera conquistadora y evangelizadora española, de los clásicos y de la ciencia política de su tiempo. Cotton Mather decidió proyectar su propia versión de las cosas que encontró en el Nuevo Mundo y dio su interpretación calvinista y providencialista de la hazaña hispánica católica para él una empresa falsa y equivocada, en contraposición con la verdadera y positiva, la puritana, a partir del Descubrimiento. Pero no avancemos en nuestro análisis adelantando prematuras conclusiones.

Cotton Mather se aproxima al tema del Descubrimiento en un libro que titula *Venisti Tandem or The Discovery of America* que es parte de la obra más importante la *Magnalia Christi Americana*,⁵ que le valió gran crédito y popularidad. Es necesario comprender que el proyecto de Mather es perfectamente válido y congruente con las circunstancias históricas de su tiempo, y su tesis cumple con las exigencias que le imponen sus propias creencias.

Para explicar sus ideas nuestro autor parte de un concepto fundamentalmente negativo de América que, antes de la llegada de los europeos y particularmente de los puritanos, era un “horrible desierto”⁶ situado a miles de kilómetros (él mide en leguas inglesas) y separado por un “horrible y terrible océano” de Europa.⁷ La proyección de los valores de superioridad occidental hacia el Nuevo Mundo motivó a los puritanos a considerar a América como un continente sin historia. Como

encontrarse en Curtis P. Nettels, *The Roots of American Civilization: A History of American Colonial Life*, pp. 474 y 475. También Peter Gay en el tercer capítulo de *A Loss of Mastery: Puritan Historians in Colonial America*, Berkeley, Cal., University of California Press, 1966, habla extensamente de Mather y de la América de su tiempo. Un estudio muy completo sobre este personaje desde México es obra de la doctora Elsa Garza Larumbe, *Cotton Mather. New England Puritan*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1962.

⁵ De las aproximadamente 380 obras que se le atribuyen y conocen a Mather, ésta es la que alcanzó más fama. Es una historia eclesiástica de la Nueva Inglaterra en siete libros, impresa por vez primera en 1702 y editada de nuevo en 1820. Peter Gay califica a la *Magnalia* como “un testigo informativo de la mentalidad puritana en América” y a su autor como “un patético Plutarco”, en *op. cit.*, p. 59.

⁶ “Horrible wilderness” es la expresión. Nuevamente citando a Peter Gay, éste probó su paciencia al buscar en la *Magnalia* la cantidad de veces que aparece este término. Contó en 94 ocasiones la palabra y aún cree haberse saltado alguna (*op. cit.*, p. 29). La nomenclatura que encontramos para definir a América en la obra de Mather es la siguiente: *Remote part of the Earth, Remote corner of the Earth, These dark territories, These ends of the Earth, These dark corners of the Earth, A desert wilderness, thousands of leagues by sea, howling desert, This far, remote and vast wilderness, This western end of the World, Horrible wilderness, America, regiones exera, tenebra exteriores*.

⁷ Esto no es original de Mather. El dominico Bartolomé de Las Casas tiene una alusión al “espantosísimo mar” (el Atlántico), en *Historia de las Indias*, lib. I, cap. LXXVI, p. 329, de donde el historiador puritano seguramente extrajo esa noción sobre América y el Atlántico.

apunta el historiador norteamericano James Morton Smith, “América era un nuevo mundo en el sentido de que no había sido usado por la sociedad europea; no tenía anales o tradiciones, no tenía historia previa”.⁸ Por eso los colonos vieron la suya propia en acción en territorio americano. Los protestantes apoyaron la empresa trasatlántica como si el proyecto recreara la hazaña del Éxodo. Particularmente los puritanos manejaron un concepto antiídílico de América, aunque su pensamiento también traería a cuestras la ideología utópica renacentista y evangélica.

La llegada del hombre blanco significaba el comienzo de la existencia americana. Los habitantes selváticos del continente eran vistos como parte del escenario natural y su estado salvaje debía ser reemplazado por el de civilización, entendida, naturalmente, desde un único punto de vista, el occidental europeo.

América existía en potencia, nada significaba mientras no entrara a la conciencia europea; era sólo “un campo preparado para que [posteriormente] actuaran sobre ella cosas considerables”; era “un país destinado como receptáculo para las iglesias protestantes”. América no tenía, pues, valor en sí misma antes del Descubrimiento:⁹ era exclusivamente naturaleza.

El enfoque puritano sobre América —escribe Juan A. Ortega y Medina— pone de manifiesto el carácter sobrenatural del continente; un carácter, un talante y significación peculiares que a las miradas naturales y superficiales no se perciben. El punto de vista natural antes bien, tendió a realzar la característica física de la nueva tierra. Si a la luz de la naturaleza América parecía revestida con las mejores y más brillantes galas; a la luz de la revelación aparecerá como un ente nefando y satánico. En ambos planos de justipreciación estarán de acuerdo, cuando menos en un principio, los misioneros y teólogos católicos y protestantes.¹⁰

La historia eclesiástica novoiñglesa tenía como finalidad el demostrar que América estaba predestinada providencialmente a cumplir con un decreto superior, que era servir de baluarte de la nueva fe reformada calvinista. América era el ejemplo “de los fines más elevados y gloriosos”,¹¹ el sitio donde se completaría la Reforma y se actualizaría el éxito de Ginebra, “la Roma Protestante”, como se le conocía a ésta en la época que regía Calvino el ministerio. Se intentaba se-

⁸ James Morton Smith, *op. cit.*, p. 198.

⁹ Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. I, pp. 39 y 40.

¹⁰ Juan A. Ortega y Medina, *La evangelización puritana en Norteamérica*, p. 239.

¹¹ Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. I, p. 144.

guir el mismo experimento que el reformador francés había aplicado a la ciudad suiza, orientado éste hacia la formación de una república cristiana, próspera en lo material y ejemplar en lo tocante a disciplina espiritual.¹² El utópico sueño de perfeccionar el continente partirá de la Nueva Inglaterra, “el único país en América que ofrece la verdadera y vital religión que en él florece”.¹³

Mas existía un serio problema: el diablo se había apoderado de estas inhóspitas regiones como dueño y los enemigos del Señor, representados por los papistas españoles y franceses, habían ganado el continente antes que el pueblo elegido, los ingleses reformados. Mather defiende en su obra a los hombres piadosos deseosos de extender la Reforma, pero condena una y otra vez a esa “otra generación que ha aplicado todo el poder en sus manos para detener el progreso de la deseada reforma, provocando con ello enormes molestias al perseguir a quienes de corazón desean el bien de ésta”.¹⁴ Mas, ¿cómo explicar la múltiple presencia de las naciones europeas cuando el Nuevo Mundo era un premio exclusivamente para los ingleses? ¿Cómo entender el supuesto designio histórico-providencial tan contradictorio cuanto incomprendible a la razón humana? Es aquí donde Mather resuelve el problema partiendo de su tesis del Descubrimiento y de su idea sobre el verdadero papel de Colón en la empresa develadora.

Mather logra atribuir a Cristóbal Colón el honor de haber sido “el primer europeo que abrió el camino a estas partes del mundo”, y continúa,

fue en el año de 1492 que este famoso hombre, actuando conforme un vehemente y maravilloso impulso, fue llevado a las regiones septentrionales de este vasto hemisferio, el cual pudo más justamente haber recibido su nombre de él, que el de Américo Vespucio, un florentino, quien en el año de 1497, detectó las regiones más al sur de este continente.¹⁵

¹² Los ideales puritanos, muy distintos a los de los reformadores conservadores de Inglaterra, tanto católicos como anglicanos, se fundamentaron no en la utopía inglesa (Tomás Moro), sino en la del francés Juan Calvino y en la experiencia republicana teocrática de Ginebra. Esta ciudad, que fue la cuna irradiadora del movimiento calvinista a toda Europa, fue el gran modelo a seguir entre los grupos disidentes radicales que fundaron la Nueva Inglaterra. El experimento consistía en formar una ciudad de “santos”, hombres y mujeres que por su extrema eticidad y rectitud moral esperaban ser favorecidos por Dios para lograr la edificación de la Nueva Jerusalén transmarina. Sería una comunidad santificada por el trabajo constante en la agricultura y el comercio.

¹³ Cotton Mather, *Diary*, 2 vols., Nueva York, Frederick Ungar, Co., s/f, vol. II, p. 412.

¹⁴ Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. I, p. 26.

¹⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 43. Mather da la fecha del viaje de Vespucio como 1497, pero las investigaciones actuales en los Estados Unidos prefieren prolongar la llegada del famoso navegante a 1499.

Analícemos cuidadosamente las palabras del historiador puritano e insistamos en un punto: jamás Mather menciona a Colón como el descubridor de un Nuevo Mundo, o de América si se desea precisar mejor; tan sólo asegura que “conforme a un vehemente y maravilloso impulso”, fue llevado al norte del Continente. Deje el lector esta idea pendiente.

Mather insiste en que “este continente entero lleva en su mismo nombre inexplicable ingratitud hacia el valiente hombre que primero guió a cualquier número de europeos allá”.¹⁶ El novoiñglés atribuye a Vespucio la usurpación del nombre que “legítimamente” correspondía al Almirante, el verdadero merecedor de la fama como descubridor del Nuevo Mundo. Como sabemos, si bien el florentino fue quien conceptuó intelectualmente la “Pars Quarta” o Nuevo Mundo, no tomó parte consciente en su bautizo que los geógrafos de Saint Dié impusieron a nuestro continente en el año de 1507.¹⁷

En esto radica precisamente la gran novedad aportada por el marino toscano, en identificar las tierras al sur de la línea ecuatorial como desconocidas, no asiáticas, cuestión que pasó desapercibida para el genovés. Pero para la época de Mather, donde el fraile dominico Bartolomé de Las Casas era la autoridad bibliográfica, seguido por Fernando Colón, en materia colombina, era mucho pedir que se comprendiera la circunstancia del “error” sobre la participación de Vespucio en el nombramiento del continente. Por ello, Mather exige que se devuelva al hemisferio el nombre que le corresponde y que ha sido equivocadamente atribuido a Américo Vespucio e insiste que América “más justamente debe llamarse Columbina”, porque fue el Almirante de la Mar Oceánica el primer europeo cuyos esfuerzos abrieron la ruta hacia

¹⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 228.

¹⁷ En la introducción a las *Quatuor Navigationes* de 1507, de Américo Vespucio, el joven canónigo Martin Waldsemüller propuso el vocablo “América” para el continente recientemente explorado al otro lado del Atlántico. “Et quarta orbis pars, quam, quia Americus invenit, Amerigam quasi americi terram sive Americam nuncupare licet” (y como Américo ha descubierto la cuarta parte del mundo, estimo justo llamar América o América a la tierra de Américo). El término de “mundus novus” aparece en las obras del florentino, que fueron publicadas sin su consentimiento tomando como referencia su correspondencia. Son la *Lettera di Amerigo Vespucci delle isole nuovamente ritrovate in quattro suoi viaggi* (Florencia 1505, 1506) dedicada a Pedro Soderini y *Mundus Novus* (1504) que tuvo gran difusión y se tradujo a varios idiomas. Vespucio tuvo 17 ediciones en latín de 1504 a 1506; otras 21 antes de 1520 y 10 más en la siguiente década. Las Casas condenó a Vespucio como el autor de una tramposa superchería. Según pensaron los historiadores angloamericanos, su primer viaje (20-V-1497) se adelantó unos cuantos meses a la llegada de Cristóbal Colón a tierra firme en su tercer viaje ya en 1498. Fue hasta su tercer viaje (26-II-1502) que Vespucio recapacitó sobre la extensión y naturaleza de estas tierras al no encontrar la península de Asia.

América, la cual era desconocida aun para los escribas de las Escrituras. En esto último Mather sigue a Las Casas quien relaciona el nombre del marino con la etimología latina y concluye como él en el nombre de Columba “el saludo de la paloma”.¹⁸

Nuestro autor da fe a ciertas corrientes intelectuales del pasado como la que asegura que los habitantes de América son antípodas de los del hemisferio contrario, es decir, del asiático, e incluso rescata las fábulas contenidas en los autores españoles, a su vez sacadas de los antiguos. Extrajo del libro del fraile Manuel de la Vega, *Historia del descubrimiento de la América septentrional por Cristóbal Colón*,¹⁹ que curiosamente cayó en sus manos, la tesis del piloto anónimo, que —en su opinión— “podría corregir la historia del mismo Colón”. Relata brevemente que, según esta autoridad hispánica del siglo XVI el supuesto piloto no era desconocido, sino que llevaba como segundo nombre el de Sánchez, originario de Huelva y un comerciante acostumbrado a parar en las Canarias, pero que por una tremenda tempestad fue llevado al Occidente, y, a su regreso, dio a Cristóbal Colón la información de lo que allí había visto. Concuerdar con los escritores del siglo de-

¹⁸ Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. II, p. 581.

¹⁹ La *Historia del descubrimiento...* del padre franciscano Manuel de la Vega fue una obra poco conocida, hasta que el historiador mexicano Carlos María de Bustamante la publicó en 1826 con una dedicatoria a Melchor Múzquiz. Por eso es curioso que haya llegado a manos de Mather en la Nueva Inglaterra, lo que prueba también la amplia circulación de las obras hispánicas, que lograban llegar a Boston a fines del siglo XVII. El padre de la Vega refiere lo siguiente, que es lo que Mather toma para referir lo del piloto anónimo en su *Magnalia*: “Mas una opinión vulgar que tuvo bastante crédito en vida de Colón hubiera disminuído mucho la gloria de este gran piloto, si la hubieran creído personas capaces de darle autoridad. Decían que Alonso González de Huelva [nótese que aquí le da el apellido de González. El hecho de que Mather le diera el de Sánchez no es equívoco del puritano, sino del propio de la Vega quien más adelante lo llama Alonso Sánchez] que está en el condado de Niebla, como lo refiere Garcilaso de la Vega en su historia de los Incas, comerciaba con un pequeño navío algunas mercaderías de España, que llevaba a las Canarias después de una tempestad que duró veinte y nueve días, se halló cerca de una isla que llaman hoy Santo Domingo, habiendo corrido hácia el sur, y después al oriente, y halló en ella hombres totalmente desnudos: otros dicen que era la tierra de Fernanbuco en el Brasil. Habiendo saltado en tierra, tomó la altura, apuntó lo que vió y le había sucedido, hizo aguada y provisión de lo necesario, haciéndose a la vela sin saber el rumbo que debía tomar, faltándole a él y a su tripulación la agua y provisiones en su viage, y cayeron enfermos sus marinos de resulta de las incomodidades de la navegación. Llegó tan solamente con cinco hombres a la isla tercera y le dió hospedaje Cristóbal Colón, que tenía la fama de un piloto excelente: Murió en su casa, y sus compañeros también, y le dejó todos sus papeles en pago del hospedaje y amistad que habían contraído, y que sobre estas memorias había el piloto genovés formado su plan para el Descubrimiento del nuevo mundo”. Mather cita esto en la *Magnalia Christi Americana*, vol. I, p. 43. Puede verse la cita original en Manuel de la Vega, *Descubrimiento de América por Cristóbal Colón*, México, Of. de la testamentaría de Ontiveros, 1826, pp. 3 y 4. La fuente hispánica del piloto anónimo es Francisco López de Gómara, *Historia general de las Indias*, vol. I, p. 37.

cimosexto, en que aquel navegante murió habiendo dejado la relación de todo aquel extraordinario viaje. Empero, todo parece indicar que Mather pasa este dato de largo sin darle mayor importancia, considerándolo como una simple leyenda, que no merece mayor atención, porque, como veremos más adelante, esto no ofrecerá un problema dentro de la concepción americana que él maneja.

Mather analiza también, aunque asimismo sin entrar en detalles, la mención hecha por Platón sobre la navegación más allá de las Columnas de Hércules en el océano Atlántico, así como la versión de otras autoridades que relatan los viajes de fenicios extraviados por una tormenta, que pudo conducirlos a América. La humanidad en el otro hemisferio perdió contacto con esto y América quedó, según opina Mather, “oculta”.²⁰

De esta manera resultaría que, para Mather, las tierras americanas eran incógnitas, porque así lo había previsto la onnisapiente Providencia de Dios, que por algún designio superior al razonamiento humano había ocultado (*concealed*) América por largo tiempo y la había descubierto cuando “el momento había llegado a su plenitud para permitir el Descubrimiento”. Retome el lector la idea dejada pendiente líneas arriba y percibirá que para el autor de la *Magnalia* no fue Colón quien descubrió América, sino la misma Providencia la que mostró a la humanidad entera lo que celosamente había guardado por siglos, utilizando al genovés sólo como un vehículo para cumplir sus elevados propósitos. En esto Mather tampoco fue original pues los textos de los historiadores hispánicos (Gómara, Oviedo, Las Casas) dieron también una explicación divina para interpretar aquel portentoso viaje de 1492, sólo que, naturalmente, el designio celestial era propagar el catolicismo entre los infieles y convertir a España en un grandioso imperio universal, en lo que diferían, claro, los protestantes.²¹

Y ¿en qué consistía que la Providencia develara esta “Cuarta Parte” precisamente en el tiempo en que lo hizo? Nuestro autor nos explica con lujo de detalles, porque en ellos estriba la justificación de la soberanía continental en manos de los ingleses, que en esta época es

²⁰ Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. I, p. 41.

²¹ Sin duda, la experiencia hispánica fue el punto de partida para que los ingleses se lanzaran a la conquista de nuevas rutas atlánticas. Las crónicas, correspondencia, bitácoras y relatos de los exploradores y marinos ibéricos e italianos tuvieron que ser la base de apoyo para las expediciones subsecuentes. De hecho sabemos por los propios historiadores y letrados de la época isabelina que eran populares las obras de Pedro Mártir, Colón, Las Casas y otras autoridades y esta bibliografía, repleta de realidades así como de ensueños, engolosinó a los ingleses quienes quisieron hacerse partícipes del tesoro americano encontrado por sus rivales.

cuando Dios consideró que había llegado el momento oportuno o culminante para dar razón del Descubrimiento. La causa es fundamental e histórica. A principios del siglo XVI ocurrió la Reforma religiosa. A raíz de este movimiento Dios reveló sus verdaderos designios, mostró cuál era realmente la fe única, así como también permitió que mediante el libre examen de la *Biblia* cada quien voluntaria e individualmente le conociera y obedeciera. Mather fija la atención en el suceso como un hecho cristiano-geográfico, como una hazaña divina donde debían triunfar los valores del pueblo elegido, no sólo en el Viejo, sino también en el Nuevo Mundo. Dios, en suma, actuaba a través de la historia para asegurar a su grey el éxito, que no era otra cosa más que la recompensa de América, y de esta manera los puritanos, como elegidos del Señor acreditaban su presencia en ella.

Aunque le confiere valor a Colón y propone su nombre como el más idóneo con el que el nuevo continente debió haber sido bautizado, el Almirante genovés no fue más que un instrumento de la Providencia para develar el continente, el cual más tarde aprovecharían los verdaderos elegidos de Dios para situar su “Nueva Jerusalén”. Cuando nuestro autor menciona que Colón actuó conforme a un “vehemente y maravilloso impulso”, nos imaginamos que está pensando como un verdadero puritano para quien el hombre no actúa libre y voluntariamente, sino que sus acciones están motivadas por la divinidad y cuyo albedrío es siervo de los designios del Cielo. En 1492 nuestro marino genovés no podía ser otra cosa que un católico pues no había ocurrido aún la Reforma (1517), pero su vida estaba ya orientada a cumplir con un designio en beneficio de los protestantes.

Se podrá apreciar que tampoco existen razonamientos sobre el objetivo asiático de Colón en la formulación meta-histórica de Mather, porque sencillamente no hace falta explicar la finalidad de la empresa colombina cuando Dios sabía que allí estaba América y el fin era revelarla paulatinamente a los ingleses. Poco importa qué pensó Colón, lo trascendente es analizarlo como vehículo de la Providencia, y la prueba de esto consiste justamente en la inoperancia histórica del objetivo asiático para Cotton Mather.

Para el novoiuglés, la importancia radica en que “un mundo ahora fue descubierto y los asuntos de todo el mundo han sido afectados por haberlo encontrado”. Por eso Mather afirma que “el hombre se aproxima al carácter de Dios al hacer el bien a la humanidad”.²² Es esta una explicación teleológica de la historia, donde existe un fin moral preparado de antemano por la Providencia divina que mueve los hilos de

²² Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. I, pp. 43 y 107.

locomoción del mundo a través de grandes figuras que ha elegido y en cuyas mentes opera de manera sobrenatural. Colón tenía pues, como hombre, como elegido, un destino o misión que cumplir. Como afirma Richard Dunn, los novoiñgleses del siglo XVII encontraron un propósito moral en su colonización de América y esto les permitió ver su propia historia como una idea puesta en acción.²³

El obstáculo para la realización de los proyectos ingleses en América no estaba en casa, sino en una potencia vecina que guardaba celosamente para ella su descubrimiento. El siglo XVI implicó el nacimiento de los primeros imperios oceánicos en la historia mundial, pero también el surgimiento de los más serios conflictos modernos por la hegemonía marítima. América fue la manzana de la discordia y su poseedora la que sufrió las más serias amenazas a su monopolio, que guardó sin interferencia extraña por espacio de un siglo. El mérito del viaje de 1492 es conferido tan sólo a Colón, no a España, el país que lo auspició. El poderío de la Península se encontraba en sus posesiones ultramarinas y la consigna fue arrebatárselo. Para ello se utilizaron todos los medios disponibles, desde la justificación histórica basada en los viajes realizados por los antepasados de los ingleses a partir de los vikingos y terminando con Caboto, hasta los argumentos que se fundamentaban en la incapacidad hispánica para la empresa de colonización. Veamos como resuelve ahora este problema dentro de su tesis.

En este sentido nuestro crédulo historiador parece creer con toda seguridad en "otras autoridades", sin explicitar exactamente cuáles; o mejor sería decir, menciona ciertas teorías que se acomodan mejor a su esquema y que se adecuan a las ulteriores propuestas que definirían su tesis de la soberanía inglesa. A pesar de no revelar la fuente, toma de Richard Hakluyt la siguiente aseveración: "Sé que puede decirse y probarse bien, que este Nuevo Mundo fue conocido, y parcialmente habitado por británicos, o por sajones de Inglaterra, tres o cuatrocientos años antes que los españoles llegaran aquí".²⁴

Cotton Mather logra explicar con poca congruencia, pero con un entusiasmo demostrativo un *a priori* que no puede encajar en ningún lado con el descubrimiento europeo de las Indias Occidentales;

²³ Cit. de Richard Dunn, en James Morton Smith, *op. cit.*, p. 196.

²⁴ Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. I, p. 42. La cita está en Richard Hakluyt, *The Principal Navigations, Voyages, Traffics and Discoveries of the English Nation*, Glasgow, Hakluyt Society, 1903-1905, vol. VII, p. 134: "Por ende es manifiesto que aquel país fue descubierto por británicos mucho antes de que Colón llevase allá a ningún español". Se refiere seguramente al legendario viaje del galés Madoc (1170) supuestamente a tierra septentrional americana. Hakluyt fue uno de los principales y más entusiastas promotores de la colonización en América durante el reinado de Isabel I.

pero su manía por presentar “autoridades”, siempre con el mismo fin, le lleva a aseverar que todo lo anterior puede ser demostrado a través de los discursos habidos entre los mexicanos y españoles en su primer contacto (¿Cortés?), y “por las reliquias papistas, así como por términos y palabras británicas que encontraron los españoles entre los mexicanos, al igual que por pasajes de ciertos anales ingleses y de otros autores”.²⁵

El Almirante descubrió América, mas no para beneficio de los españoles, porque

algunas cosas hechas desde entonces por el Dios Todopoderoso para los ingleses en estas regiones, han excedido todo lo que se ha hecho hasta ahora hacia cualquier otra nación: si este Nuevo Mundo —concluye— no fue descubierto primero por los ingleses, no obstante en ese sentido, que es el más importante, parece que fue encontrado más bien para beneficio de ellos que de ningún otro.²⁶

El sentido providencialista de Bartolomé de Las Casas,²⁷ que fue el autor español que encabezaba las listas de las bibliotecas de los eruditos bostonianos, es torcido para servir como punto de ataque al imperio español. El subterfugio de los angloamericanos fue predestinar ciertamente a los españoles, pero no como elegidos del Señor, sino como lo contrario exactamente, como los hijos del demonio que habían llegado a América para retar a los verdaderos hijos del Cielo. El continente era, según Mather, la *Bona Terra*, pero estaba habitado antes de la llegada de los puritanos por *Mala Gens*.²⁸ Esta fue una consideración suprema e inapelable de los puritanos americanos. Su destino estaba marcado; debían redimir al continente descubierto bajo los auspicios de los españoles; pero no para ser apropiado por ellos. Había que regenerar al continente, borrarle el pecado con el que se había manchado antes del Descubrimiento y más aún con la llegada de los primeros europeos.²⁹

Un concepto que apuntaló y justificó la expansión anglosajona inglesa y que heredaron los colonos de la Nueva Inglaterra fue el de la “regeneración”, no sólo espiritual o religiosa, sino política y civilizadora. La conquista previa de la Irlanda céltica y católica llevada a cabo por los ingleses se fundamentó en este supuesto, que se repetiría contra

²⁵ Cotton Mather habla con esos términos “*Mexicans*” y “*Spaniards*”, *ibid.*

²⁶ *Ibid.*, vol I, p. 43.

²⁷ Véase el análisis que hace Edmundo O’Gorman sobre el mesianismo hispánico en torno al Descubrimiento a través de diversos autores españoles: Gómara, Oviedo y Las Casas, en *op. cit.*

²⁸ Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. IV, p. 521.

²⁹ Con el catolicismo, entró en América “la sanguinaria inquisición” y “los miserables papistas”, en Cotton Mather, *ibid.*, vol. II, pp. 582 y 602.

los grupos pieles rojas.³⁰ La idea de misión regeneradora acompañada por los vehementes deseos de que las riquezas americanas pasaran a mejores bolsillos surgió en la época tudoriana, contemporánea, como se recordará, al descubrimiento del Nuevo Mundo; mas corre ya por una vieja trayectoria hasta llegar a los herederos raciales y espirituales de Inglaterra. Angloamérica ya no fue parte de una cruzada apegada al patrón feudal tradicional, sino la aventura de una nación nueva y renovada, en trance hacia la modernidad económica y de pensamiento. Los colonos tomaron el plan inglés de conquista y salvación de otros pueblos, basados en un supuesto de superioridad de la civilización anglosajona y de su religión protestante, mediante el ejemplo también de su historia y de sus instituciones.

Mather creyó que el suyo era el pueblo elegido por la Providencia y como tal era superior a los demás, el más hábil para llevar el mensaje de la Revelación, cualquiera que este fuese, a los grupos abandonados por la gracia divina. Las ideas de la Reforma protestante —como se apuntó en varias ocasiones ya— repercutieron en terreno americano. Inglaterra heredó al mundo colonial las raíces teológicas e históricas de la doctrina del Destino Manifiesto, fundamentada en las enseñanzas de Calvino, pero llevada hasta su máxima secularización después de la Independencia de 1776. Así como los ingleses justificaron a partir del siglo XVI su poder, su superioridad, su predestinado imperialismo y la posesión del territorio americano, sus hijos en el Nuevo Mundo lo harían también desde el momento en que pusieron un pie en tierra continental y llevaron a la práctica los argumentos ya conocidos contra los indios, los franceses de la región de los Grandes Lagos, contra los españoles de la Florida y California.³¹

Desde cualquier punto de vista, el espiritual, político o económico, se temía la presencia de los españoles y franceses católicos en el hemisferio y se les envidiaban, sobre todo en el caso de los hispanos, sus ricas

³⁰ “Los hábitos de horror —apunta Arnold Toynbee— adquiridos por los ingleses en su prolongada agresión contra los restos de la franja céltica... fueron llevados a través del Atlántico y practicados a expensas de los indios norteamericanos”, *Estudio de la historia*, 6a. ed., Madrid, Alianza Editorial, 1981, vol. 1, p. 86.

³¹ Ortega y Medina asegura que “la herencia histórico-religiosa inglesa pasa casi íntegra a las colonias americanas y condiciona la formulación de la tesis misional, política, económica, espiritual. Con la independencia, los colonos secularizan al máximo la doctrina, que acabará siendo la que conocemos como destino patente o evidente (manifiesto); es decir un destino preordenado como corresponde a la vieja teología puritana, tan discriminatoria, que estableció la tajante división entre hombres (también razas y naciones) elegidos y hombres réprobos, en *Destino manifiesto*, México, SEP-Setentas, 1972, p. 10. La doctrina misional caminó de la mano con los intereses nacionalistas ingleses y norteamericanos. Los primeros clamaron para sí el hemisferio norte del mundo como una herencia providencial y se justificaron en su supuesta desocupación.

y cálidas tierras del sur abundantes en minas y recursos. Se decía que los indeseables vecinos eran víctimas de posesión demoníaca y molestaban a los hombres de “buena fe” en la construcción de un proyecto magnífico, la edificación de la Iglesia verdadera y, sobre todo, en la propagación de un mensaje regenerador a todo el continente, que era “el primer interés” de la Providencia.

Será un servicio a la Iglesia, de grandes consecuencias, llevar el Evangelio a esas partes del mundo, y erigir un baluarte contra el reino del Anticristo, que los jesuitas [franceses del Canadá] erigen en todas las partes del mundo.³²

Sabemos que no era el designio del demonio poseer a los hispanos y galos —como lo creía el propio Mather—, ni tampoco el decreto divino consistía en ayudar a los ingleses, sino que en esto traducía el autor la entonces no tan vieja pugna o conflicto europeo de Reforma-Contrarreforma, que se había trasladado al escenario americano.

¡Qué temprano aparece en la historiografía norteamericana el deseo de posesión continental! La Nueva Sión novoianglesa sería el primer punto de avance, pero no el último. También entraban en las miras puritanas “las vastas regiones de la América hispana”.³³ Así justificaban los novoiangleses su permanencia en el continente:

Mucho menos hemos usado esa crueldad papista con la que los nativos de América por algunas gentes han sido tratados. Incluso un obispo suyo [Las Casas] ha publicado trágicas historias de las crueldades españolas hacia los indios de este mundo occidental. Fueron tales las crueldades, que los indios expresamente declararon “que preferían ir al infierno con sus ancestros, que al mismo cielo al que los españoles pretendían llegar”. Desde luego es imposible estimar las varias y exquisitas barbaridades con las que estos execrables españoles asesinaron en menos de 50 años no menos de 50 millones de indios; ¡esta parece ser la forma en que conducen al rebaño hacia nuestro misericordioso Jesús! Pero por otro lado, la buena gente de Nueva Inglaterra ha llevado esto a cabo con tal ternura hacia las criaturas rojizas entre las que vivimos que nosotros no poseemos ni un pie de tierra en el país sin haber realizado una compra justa con el consentimiento de los nativos, que las clamaban como tuyas, aunque teníamos una cédula real del rey de Gran Bretaña para protegernos en nuestro establecimiento en este continente.³⁴

³² Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. I, p. 69. Francia era quizá más que España la que ofrecía mayor amenaza a la hegemonía inglesa en América.

³³ Stanley Williams, *op. cit.*, p. 44.

³⁴ Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. II, p. 573.

La *Brevísima* del padre Las Casas fue, entonces, la primera fuente utilizada por los historiadores angloamericanos y un arma de ataque eficaz. Surgió así lo que se conoce como la “leyenda negra”, base de la propaganda antiibérica.³⁵ Mather se valía de diccionarios traídos de Londres y gramáticas castellanas para leer y traducir al dominico. El odio a España —aún era intensa la rivalidad surgida entre ambas naciones desde el siglo XVI— se reforzó al conceptuarse al español como temible conquistador, un cruel y bárbaro soldado con una religión inquisitorial. El mismo Mather comparaba ambas colonizaciones y recordaba a sus compatriotas que

es la guerra del Señor en la que ahora estais comprometidos; y es la ayuda del Señor la que afectuosamente implora en vuestro favor. Hemos efectuado —continúa— una justa y equitativa compra de nuestra comarca a los nativos, sin usurparles, según la costumbre española, ninguna de sus propiedades ni posesiones.³⁶

Los españoles no merecían haber tomado posesión continental pues eran ladrones, asesinos y bandidos “que han sido dignificados erróneamente con el nombre de conquistadores”.³⁷ Como se puede apreciar, Mather no esconde su profunda aversión hacia sus vecinos y

³⁵ Su estudio requeriría un espacio no contemplado en los límites de este trabajo. Para su definición véase el libro de Julián Juderías, *La leyenda negra: estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, 13a. ed., Madrid, Editora Nacional, 1954 (la primera edición es de 1914). Recomiendo también el libro de Phillip W. Powell, *Tree of Hate*, Nueva York-Londres, Basic Books, 1971. Tras la publicación de la *Brevísima historia de la destrucción de las Indias* (1552) del padre Las Casas, que tenía como fin el alegato contra la injusticia de los encomenderos españoles contra los indios, se suscitó la crítica dentro de la Península, pero sobre todo fue tomada por los enemigos del extranjero. El libro del fraile dominico es considerado un antecedente de las *Leyes de Indias*, uno de los monumentos jurídicos más excelsos jamás producido, que denunciaba la explotación de esos seres humanos naturales de América, a la vez que aconsejaba a los españoles no caer en el pecado maltratando a sus semejantes. Sin embargo, esta feroz autocrítica, al caer en manos de los enemigos de España se convirtió en el objeto de divulgación condenatoria más eficaz. Sin saberlo y sin quererlo, Las Casas colocó la primera piedra del edificio condenatorio antihispánico, al que le seguiría la elaboración de un retrato estereotipado con el que se caracterizaría a todos los españoles: eran malvados, codiciosos, crueles, perezosos, cobardes y ambiciosos. Toda la labor de descubrimiento, conquista y colonización española en el Nuevo Mundo pasará por el tamiz de la condena y la crítica por parte de las naciones rivales. Los ingleses, sobre todo, recogieron toda esta tradición anticatólica; fue la nación que más traducciones hizo de la *Brevísima*. Le siguen los norteamericanos que heredaron el odio a España y tomaron el libro con miras a la utilización práctica en el terreno político, diplomático y económico contra el mundo hispano.

³⁶ Cit. de Cotton Mather en Stanley Williams, *op. cit.*, p. 34.

³⁷ Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. I, p. 29.

utiliza estos adjetivos continuamente cuando se refiere a hispanos, a pesar de que se jacta en sus páginas de ser “un historiador imparcial”.³⁸

Naturalmente existía un trasfondo material detrás de la condena antiespañola. Este era la necesidad de las tierras y riquezas del Nuevo Mundo. Ya para el siglo XVII era muy claro que los ingleses disputarían, si era posible, no sólo el septentrión americano, sino todo el continente con la idea de misión religiosa e imperio político y económico. La extensión del territorio americano era tal, que España no podía colonizarlo o defenderlo por completo. Su dominio se desprendía de la concesión papal hecha mediante bulas y por el derecho que le daba la prioridad en el Descubrimiento. Sin embargo, desde fines del XVI, las protestas hispánicas para perpetuar su dominio exclusivo sobre el continente con fundamento en simples bulas y tratados papales no hizo mella en las naciones reformadas, a las que poco importaba el papel del Papa en cuestiones políticas.

Mather no ocultó su deseo de expandir el protestantismo a todo el continente; conversión religiosa que auguraba el futuro programa de penetración política y económica de los anglosajones en Hispanoamérica. Para agilizar el proyecto, el reverendo novoiñglés escribió en español un opúsculo que tituló *La Fe del Christiano en Veyntiquatro Artículos de la Institución de Christo Embiada a los Españoles Para Que Abran Sus Ojos, y Para Que Se Conviertan de las Tinieblas a la Luz y de la Potestad de Satanás a Dios* (Boston, 1699), elaborada por Cottonus Matherus (Madero en castellano). Es este el primer libro en español escrito en las colonias inglesas.³⁹ No conforme con haber lanzado este catecismo protestante a las líneas enemigas, Mather elaboró otro titulado *La Religión Pura, en Doze Palabras Fieles dignas de ser recibidas de todos*, que deseaba hacer llegar a Nueva España “por todos los medios que pueda”. Aún no sabemos qué suerte corrieron estas obras, ni siquiera si alcanzaron su destino pues no se han encontrado en los archivos de México. El teólogo se jactaba de haber aprendido el español

³⁸ *Ibid.* Esta idea de objetividad está contenida varias veces en la *Magnalia Christi Americana*. He querido mostrar otro ejemplo: “La memoria de las grandes cosas hechas hacia nosotros por nuestro Dios, no se perderá y la historia de las circunstancias concernientes a la fundación y formación de este país, y de su preservación hasta ahora, debe ser entregado imparcialmente a la posteridad” (*ibid.*, vol. I, p. 40).

³⁹ Así escribe el autor al respecto: “Encuentro en mí una fuerte inclinación para aprender la lengua española, y por medio de ella transmitir catecismos y confesiones como vehículo [para introducir] la religión protestante a las Indias Occidentales. ¿Quién puede decir que el tiempo para que nuestro Señor tome posesión de esos países ha llegado?, en Cotton Mather, *Diary*, vol. I, p. 206. Y agrega más adelante: “Mi designio es intentar dar un servicio a Jesús Cristo mi Señor lanzando este tratado a las Indias españolas” (*ibid.*, p. 296).

sin dificultades en dos semanas, cosa que encontró muy útil para poder leer en la lengua original la narración de las exploraciones que tanto fascinaban a los hombres de aquella época. La modesta esperanza de extender el protestantismo a toda América contenida en la *Magnalia Christi Americana* siguió vigente en los siglos ulteriores. ¿Acaso ha cesado en nuestros días?

Pero es tiempo ya de llegar a la salida del planteamiento de Mather para descubrir el fin teleológico de su razonamiento. La pecaminosa y diabólica América pasaría a ser un país de ingleses y de iglesias reformadas; es decir, sería salvada y regenerada por los puritanos. La unidad religiosa hemisférica era el *non plus ultra* al que aspiraban los historiadores novoiñgleses de la época colonial. El continente en realidad había estado oculto hasta los albores de la Reforma y por esto Dios había esperado tanto tiempo para revelarlo. Todo este hemisferio, cuya naturaleza estaba contaminada, sería redimido a medida que se extendiera el protestantismo y se expulsara a los representantes del Anticristo. Quedaría por fin limpio y libre de mancha, a tal punto que este “pequeño rincón de la tierra” escaparía a la conflagración del mundo. El “refugio protestante” se salvaría de la destrucción general causada por el fin de los tiempos porque América se alzaría ahora como santuario, como modelo de pureza y santidad.⁴⁰

Viene a continuación la parte decisiva que le hacia falta a Mather para justificar la presencia de los ingleses en América, fundamentada ahora en un plano no teológico, sino político y secular. Si bien Colón es el descubridor oficial de América, lo es tanto que no se puede negar su participación como primer europeo que arriba al Nuevo Mundo. Pero si bien se acerca al continente, no toca de hecho tierra continental, sino hasta su tercer viaje (1498). Esto no podía pasar desapercibido ni desaprovechado para quien buscaba argumentos para derrumbar el mérito español.

La misma historia dio la pauta para proyectar la tesis que hacía de los Caboto (padre e hijo) los protagonistas y a Inglaterra la receptora del beneficio. La expansión de ésta, como nación moderna, empieza desde 1496, fecha en que el monarca Enrique VII concede la patente a Juan Caboto para “buscar, descubrir y encontrar cualesquiera islas, países, regiones o provincias... en cualquier parte del mundo que

⁴⁰ Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. I, pp. 45-48 y 70. Aun en el plano cultural, Mather tiene argumentos de redención; dice que los reformadores americanos ilustraron las oscuras regiones de América por primera vez, e incluso, dedica numerosas páginas a la historia de la educación en la Nueva Inglaterra y a los primeros progresos de la Universidad de Harvard (fundada en 1636) como centro de enseñanza, vol. I, p. 228 y vol. III, lib. IV.

sea, que antes de estos tiempos hayan sido desconocidas por todos los cristianos”.⁴¹ Así Juan Caboto a bordo de una pequeña nao, el *Mathew*, cruzó las gélidas aguas del Norte en busca de otra ruta que la que abrió Colón hacia Catay y Cipango. El viaje de hecho se realizó en 1497, auspiciado por el primer Tudor, y los marineros italianos contratados por la Corona tocaron, al parecer, lo que actualmente es Terranova y la península de Labrador, es decir, tierra continental americana.⁴² En efecto, y esto no será como veremos, privativo de Mather, el conferir a los Caboto, particularmente a Sebastián, el mérito de haber descubierto primero que Colón tierra continental americana (1497) fue el eje sobre el que gravitó la justificación de la soberanía inglesa en Norteamérica.

Ciertamente los Caboto, empleados por el rey de Inglaterra, descubrieron este continente en el año de 1497, y fue en 1498 cuando Colón descubrió una parte del continente; y Vesputio vino considerablemente después que ambos; no sé porque los españoles deben ir sin rival en su reclamo del Nuevo Mundo, que se pretende sea de quien lo encontró primero.⁴³

Los descubrimientos de los Caboto fueron, entonces, el fundamento de las aventuras marítimas inglesas y les sirvieron para familiarizarse con el Atlántico, que una vez surcado, “y descubierto en su totalidad, no quedaba otra a los ingleses que traspasarlo”. No hay paralelo, según Mather, entre las hazañas de un Frobisher, un Gilbert o un Raleigh y las acciones de aquellos “execrables conquistadores de las Indias”.⁴⁴ Incluso la portentosa hazaña de Magallanes, primer viaje de circunnavegación del globo, es minimizado y en cambio Mather otorga

⁴¹ Samuel E. Morison, *The Great Explorers. The European Discovery of America*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1978, p. 41.

⁴² Hay discrepancias respecto al sitio exacto que tocó la expedición de Juan Caboto en 1497. Algunos historiadores sostienen que el veneciano llegó a la isla de Cabo Bretón y regresó a Inglaterra creyendo que había tocado tierra continental asiática. La opinión más generalizada es que llegó a las costas de lo que actualmente es Labrador (Newfoundland). Véanse los capítulos V y VI de este trabajo. En 1498 el embajador español ante la corte de Enrique VII, Pedro de Ayala, informa a sus soberanos sobre las hazañas de Juan Caboto y dice de él que “es un genovés como Colón”, *cit. pos.* Henry Harrisse, *Christoph Colomb: son origine, sa vie, ses voyages, sa famille e ses descendants*, París, Ernst Leroux Editeur, 1884, vol. I, p. 41. El gran navegante se había naturalizado veneciano y trabajaba para la corte de Inglaterra cuya experiencia marítima se centraba en la pesca del bacalao en las zonas aledañas a Islandia. El viaje realizado por Caboto ha sido utilizado como un argumento contundente por parte de ingleses y norteamericanos para justificar la soberanía inglesa en Norteamérica.

⁴³ Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. I, p. 43.

⁴⁴ *Ibid.*, vol. I, p. 44.

a Drake el mérito de haber logrado surcar el ancho mundo.⁴⁵ En suma, ninguna otra empresa española salvo la colombina es considerada digna y colosal por nuestro autor bostoniano.

Otra justificación de la entrada de los habitantes de “la mejor isla del universo” (como define el autor a Inglaterra) al continente se fundamentó en el factor económico:

Toda la tierra es el jardín del Señor y Él se lo dio a los hijos de Adán, para ser cultivada y mejorada por ellos. ¿Por qué entonces debemos padecer hambrientos por lugares de habitación, mientras tanto sufrir, que países enteros, tan provechosos para el uso del hombre, se desperdicien sin ningún beneficio?⁴⁶

Cotton Mather, vale la pena decirlo, es un hombre cuyas ideas son una curiosa mezcla de mentalidad medieval y modernidad. Por un lado, su universo se rige por fuerzas demoníacas que ponen en constante peligro la armonía cósmica: las plagas, las enfermedades, guerras e, incluso, las tempestades y temblores eran las manifestaciones con que Satán se hacía presente. Pero, por otro lado, presenta nuevos valores, sobre todo de tinte económico, encaminados a darle importancia al lucro, a la ganancia y a la utilidad económica. Para él no reñía la búsqueda de la prosperidad material individual con los preceptos religiosos. El éxito tangible era visto como clara muestra de beneplácito divino. El ver levantadas en menos de una década prósperas granjas y plantaciones, establecimientos dedicados a la pesca de bacalao y a la extracción de aceite de ballena significaba que Dios permitía y deseaba que “su pueblo chupara la abundancia de los mares”, explotara las minas, ex-

⁴⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 43. El viaje de circunnavegación del mundo realizado por Francis Drake de 1578 a 1580, por motivos económicos y hegemónicos, pero también en busca del ansiado paso a Asia por el norte, llevó a su grupo a las costas de California, presagiando lo que, varios siglos después, sería la conquista de California por un pueblo anglosajón. No fueron los ingleses, sino sus hijos, los estadounidenses, los que conquistaron definitivamente esta zona, tras una guerra contra México (1847). El territorio inicialmente llamado por Drake la Nueva Albión era, en palabras del famoso corsario, “un buen país, de tierra fructífera, guardada con todas sus bendiciones para el uso del hombre”. Después de la visita de Drake en su búsqueda del puente americano a oriente, ningún inglés volvió a tocar aquellas tierras por motivo de ocupación, a pesar del esfuerzo de varios consejeros reales como Humphrey Gilbert por promover el establecimiento de una base comercial en la Sierra Nevada que mantuviera contactos con Asia. Véase Samuel E. Morison, *op. cit.*, p. 704 y A. L. Rowse, *The Expansion of Elizabethan England*, Nueva York, Harper and Row, Publishers, 1955, p. 207.

⁴⁶ Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. I, p. 70.

trajera los minerales de la tierra y la madera de los bosques americanos.⁴⁷

Los bienes del Nuevo Mundo serían, no tanto para quien los trajera, sino para quien sacara el mejor provecho de ellos. El concepto de vocación calvinista se secularizó dándole forma al sistema ideológico en el cual una nación debía cumplir con el mandato celestial, que llevado al terreno de la realidad económica de entonces significaba prosperidad, actividad profesional, ganancia y esfuerzos intramundanos del sujeto —como explica el sociólogo alemán, Max Weber— como requisitos previos para la salvación. Cumplir con el *calling* (llamado) era para el puritano el objetivo de su vida y observarlo favorablemente además implicaba el éxito seguro. Los ingleses pensaron que Dios había puesto América en el camino de sus exploradores y colonos, o al menos así lo interpretaron los historiadores como Cotton Mather; todo lo que se tenía que hacer era sacar el mayor provecho del regalo providencial. Por el contrario, los apáticos, y holgazanes —según se consideraba a los españoles a partir de la leyenda negra— vecinos del sur del continente mostraban todas las características de satanismo y pecaminosidad.⁴⁸

América rebozaba en abundancias; se había descubierto para ser explotada y para mejorar la condición humana. Sabemos que este no fue un sueño privativo de los ingleses. Sabemos también que la empresa conquistadora y colonizadora fue igualmente portentosa para España, Francia e Inglaterra. Pero para los puritanos, su pueblo, que daba ejemplos exitosos de presteza en el mundo, sin olvidar el trasmundo, era merecedor de los beneficios americanos.⁴⁹ De hecho, para nuestro autor, un hombre que se considerara un elegido de Dios tenía que reflejar

⁴⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 62. El éxito no sólo se reflejaba en el plano económico, sino también en el político. Mather refiere que: “El Dios del Cielo sonrió a nuestras plantaciones, que bajo un gobierno natural e igualitario, se han realizado los designios del cristianismo a través de iglesias bien organizadas de tal forma que la historia no ha encontrado otro ejemplo comparable a este” (*ibid.*, vol. I, p. 80).

⁴⁸ El viajero inglés, Thomas Gage, contemporáneo de Cotton Mather, escribía al Lord Protector, Oliver Cromwell, que los “soberbios moradores” de la Nueva España “caerán tarde o temprano bajo el poder de otro príncipe en este mundo”, pues no ponían éstos cuidado hacia los frutos materiales que Dios había puesto a su merced a raíz del descubrimiento de América, lo cual era considerado por los calvinistas ingleses como una grave transgresión, o mejor sería decir, como una explicación válida para despojar a los indolentes españoles y, al contrario, “exaltar la posición reformada y mercaderil protestante”, en Thomas Gage, *Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*, México, FCE-SEP-ochentas, 1982, pp. 71-182 y J. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, México, Antigua Librería Robredo, 1953, vol. I, p. 99.

⁴⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 62. Esto nos hace reflexionar que en las naciones protestantes no parecen estar reñidos el desarrollo material y el ascetismo religioso. Véase Max Weber, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Londres, Allen & Unwing, 1930, y E. Troeltsch, *El Protestantismo y el mundo moderno*, México, FCE, 1951. El sentido

la santidad de sus costumbres y reunir en su persona virtudes divinas a la par que viriles; un elegido era, en suma, “aquel que el cielo emplea como ejemplo de santidad y de utilidad en la tierra”.⁵⁰ América era para los elegidos y éstos eran los únicos que merecían sus frutos.

La tendencia de Inglaterra hacia la conquista de Norteamérica derivó de otra ideología que la española y respondió a los nuevos intereses creados por la Reforma, aunado a un espíritu de empresa, al afán de lucro, a la búsqueda de la ganancia y de una manera de mejorar socialmente —característica en la que también destacaron los galos, hispanos y lusitanos por igual— a la defensa del libre examen y a la necesidad de abrir nuevas rutas. No debe olvidarse que las colonias inglesas se fundaron en el siglo XVII después de que la metrópoli experimentó la reforma política y religiosa. Esta herencia marcó el derrotero de su historia de manera muy distinta al de las naciones que poblaron el Nuevo Mundo un siglo antes. Los ingleses que se lanzaron tardíamente al mar y a la conquista de otras tierras al otro lado del Atlántico fundaron establecimientos coloniales que respondieron a la consolidación de la Reforma y ya con la modernidad en ciernes.

Hasta aquí llega la aportación de Mather respecto al descubrimiento de América y al papel que jugó Colón en dicha empresa. La explicación del suceso desde un punto de vista mesiánico parecería querer volverle la cara a la historia y, más aún, alejarse de los valores de la modernidad, fundamentados en explicaciones científicas y racionalistas. Sin embargo, el puritanismo finca sus teorías necesariamente en la voluntad providencial, en la predestinación divina. Dicho esto, de-

de vocación protestante dignifica cualquier trabajo o actividad intramundana, mientras esté orientado a santificar al hombre y a glorificar a Dios. Mather refleja esta virtud puritana y condena la inacción: “Resolvemos confirmarnos a nosotros mismos ante el Señor en nuestras vocaciones particulares, apartando la ociosidad que es la ruina de todo estado; ni trataremos con alguno [ocioso] pues somos los mayordomos del Señor”, en *Magnalia Christi Americana*, vol. I, p. 71. En opinión de R. H. Tawney, “con todo su rigor Calvino aceptó las principales instituciones de una civilización comercial y aportó un credo a las clases que dominarían el futuro”, véase *La religión en el origen del capitalismo*, Buenos Aires, Dédalo, s/f, p. 94. Con el ascetismo calvinista y la elevación del concepto de vocación (calling) hasta sus máximas consecuencias, el hombre reformado adquiriría una metódica racionalización de la vida y una manera peculiar de reaccionar ante el mundo. Como lo expresa el historiador mexicano Edmundo O’Gorman, Inglaterra encarnaría un programa de acción y libertad individuales bajo el signo de un cristianismo reformado, de rígida moralidad y de exaltación del trabajo, que no excluía la creencia en una vida ultraterrena, pero cuya esperanza de logro no difería, sino que se fortalecía con el éxito alcanzado en esta vida. Véase Edmundo O’Gorman, *México, el trauma de su historia*, México, UNAM, 1971, p. 7.

⁵⁰ Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. I, p. 71.

jaremos a Mather para analizar el Descubrimiento en la historiografía erudita de fines del siglo XVIII. No debe sorprendernos el encontrar una sombría vigencia de los conceptos providencialistas que se proyecta aún a nuestro propio siglo.

II. EL DESCUBRIMIENTO Y COLÓN SEGÚN LA ILUSTRACIÓN ESTADOUNIDENSE. EL SIGLO XVIII

Ya para 1728, fecha de la muerte del reverendo Cotton Mather, habían entrado a Norteamérica obras de famosos escritores de Europa, que llegarían a considerarse como los primeros “clásicos” de la corriente filosófica de la Ilustración europea: Shaftesbury, Leibniz, Vico. Sin embargo, afirmar que Mather, aunque era un ávido lector de los más famosos autores extranjeros y poseedor de una de las mayores bibliotecas de su tiempo, se entusiasmó en su vejez por estas novedosas ideas y métodos sería erróneo, antes bien, continuó inmerso en su rígida mentalidad puritana y siguió fiel a su cerrada concepción providencial del universo.¹

No obstante, habían surgido en la Nueva Inglaterra nuevas tendencias orientadas a explicar de manera más racional que religiosa los fenómenos de la naturaleza, así como los hechos históricos. Asimismo se fundamentaban aquellas en la observación y en la experiencia científica (Newton) y en el terreno ideológico los novedosos postulados hacían énfasis en las ideas de libertad política y de soberanía popular (Locke).²

¹ Basta revisar sus libros científicos: *The Christian Philosopher* y *The Wonders of the Invisible World* para darnos idea del sistema de creencias que imperaba en el siglo XVII, muy alejado de las concepciones científicas modernas. Por ejemplo, está la conocida anécdota de que Mather confundió la cauda de un cometa con los pelos del rabo de Satanás, en *Narrative of the Indian Wars, 1675-1699*, Nueva York, 1913, pp. 179-300. Sin embargo, por otro lado nos llama la atención el aspecto de la religión puritana (protestante calvinista) que se inclina al individualismo moderno, al poner al hombre frente a Dios en medio de una soledad dramática y excesivamente racionalista. Como apunta Juan A. Ortega y Medina en *La evangelización puritana en Norteamérica*, “La razón y no el sentimiento religioso es la que dirige al creyente en el conocimiento de la verdad mediante la gracia divina otorgada graciosamente al electo” (p. 226). Son, sin duda, dos aspectos que más que ser contradictorios, ofrecen un esquema dialéctico que sirve para entender la forma de ser y de pensar (la *Weltanschauung*) de los norteamericanos de la centuria decimoséptima.

² Locke expuso definitivamente la teoría política del individualismo económico cuando probó que el Estado que se mezcla con la propiedad y los negocios destruye su propio derecho a la existencia. El Parlamento inglés declaró en 1604 lo que los Estados

Recapitularemos brevemente lo que se dijo del descubrimiento de América en la Norteamérica del siglo XVII. Como se recordará, aquel hecho histórico se justificó porque tenía una trascendencia moral para el mundo cristiano protestante. Ésta consistía en la revelación providencial del continente para que los elegidos de Dios pudieran extender la verdadera fe reformada a través de todo aquel nuevo hemisferio, cuya soberanía había recaído en el demonio antes de la llegada de los occidentales (ingleses particularmente). El Descubrimiento, en suma, fue para los puritanos angloamericanos un hecho positivo, mas con ello no significaban que España, la nación que auspició el viaje colombino, fuera la beneficiada, porque eran los ingleses, en cambio, los merecedores del obsequio divino por la razón que ya hemos visto y que se fundamentaba en que habían abrazado la Reforma protestante y en que sus paladines querían extenderla al mundo entero.

El siglo XVIII conceptuó a su vez el descubrimiento de América a partir de los dictámenes originados por una nueva circunstancia histórica y según otra perspectiva con que los autores se aproximaron al análisis del hecho. La Ilustración se originó en Inglaterra, como lo refiere el historiador alemán Friedrich Meinecke,³ y al ser importada por la metrópoli a sus colonias angloamericanas cambió en ellas muchas de las formas que se tenían hasta entonces de apreciar el mundo americano. Concreta y particularmente vemos con interés cómo se transforma paulatinamente el concepto de “América”: de ser considerado como un rincón alejado del mundo, como un espacio “horrible” y demoníaco, según lo había definido Cotton Mather, la “soledad americana” se trocó conceptualmente en “América”, aunque quizá esta definición aún no se refiera a un contexto continental y omniabarcante del hemisferio. Empezaba a manejarse ya como algo distintivo, singular, que adquiriría un carácter “nacional” entre los norteamericanos.

En el caso particular de los Estados Unidos, desde la etapa colonial de su historia se irá definiendo paulatinamente el concepto de América. En el siglo XVI —vale la pena retroceder un poco— el continente penetró en la conciencia protestante anglosajona al amparo ético y estético de la interpretación renacentista nórdica (edén, paraíso, edad

Unidos esgrimirían como máxima verdad durante el siglo XVII: “Todos los súbditos libres nacen con el derecho de herencia, tanto de sus propiedades como del libre ejercicio de la industria en aquellos campos de la actividad a que han de aplicarse y de los cuales han de vivir. Y como las mercancías forman el principal y más rico de todos, y de mayor alcance e importancia que todos los demás, va contra el derecho natural y la libertad de los súbditos de Inglaterra restringirles y limitarles a unos pocos”. Cf. R. H. Tawney, *op. cit.*, pp. 185-189.

³ Friedrich Meinecke, *El historicismo y su génesis*, México, FCE, 1943, p. 171.

dorada, vergel, tierra abundantísima, indios idealizados); los puritanos del siglo XVII definieron al continente como un escenario despoticado, caído, satanésco y ahistórico y los norteamericanos de la centuria decimooctava adecuarían esa idea según los cánones dictados por la filosofía ilustrada; pero a diferencia del europeo, el hombre de este lado del Atlántico exaltaría lo propio, subrayaría el valor moral y espiritual de sus habitantes y buscaría definirse respecto al Viejo Mundo occidental.

La idea de la superioridad americana —apunta Ortega y Medina— superioridad fundada en la inmadurez primaveral del continente, se encuentra por igual en los primeros cronistas españoles e ingleses de Indias; pero persistió casi inalterable entre los británicos y culminó con los próceres de la independencia norteamericana, quienes defendieron denodadamente su tierra de los ataques deslustrados de algunos científicos y pseudocientíficos de fines del siglo XVIII.⁴

El orgullo religioso protestante procuró sustituir la América diabólica por la Canaán puritana. Posteriormente, obedeciendo no sólo a la inspiración ginebrina, sino también a la ilustrada, los hombres del siglo XVIII continuarán con el intento de expiar y de redimir al hemisferio, proyecto que en esta centuria se encontraba definido en un lenguaje secularizado respecto al del siglo XVII y trasladado a un plano político y económico. En otras palabras, en las primeras horas del despertar colonial el territorio americano fue visto teleológicamente, como el escenario de la historia providencialista, orientada a la evangelización de todo el género humano bajo la bandera protestante; más adelante, como el sitio que impondría los valores de la civilización. Desde el siglo XVIII la expansión de los Estados Unidos de América y el aumento demográfico de la población eran concebidos como una ley de la vida y una bendición del cielo. Se pensaba que no debían existir límites ni obstáculos para el desarrollo de un cuerpo político. Permeaba asimismo el ambiente un concepto de la expansión unida a la idea de progreso.

En 1731 el ministro George Berkeley pronosticaba que la humanidad le estaría agradecida a los ingleses por “la expansión civilizadora, el cultivo de tierras vírgenes y la fundación de colonias que en el futuro se convertirán en naciones cultas y poderosas”.⁵ En efecto, el siglo XVIII vio aumentar las ansias expansivas en respuesta al dictado divino. De 1700 a 1750, la superficie colonizada se triplicó y para finales del siglo se

⁴ Juan A. Ortega y Medina, *La evangelización puritana en Norteamérica*, p. 207.

⁵ Daniel Boorstin, *Historia de los norteamericanos. La experiencia colonial*, 6a. ed., Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina, 1973, p. 101.

consideraba el negocio de la tierra el que aportaba las mayores ganancias. Adam Smith percibió que de entre las actividades productivas de su época, la explotación de la franja fronteriza colonial inglesa era “el empleo más provechoso del más pequeño así como del grande capital”.⁶

Por otra parte a los grandes hombres de la historia norteamericana del siglo XVIII les tocó hacer la Independencia; pero junto con ella surgió el problema de definirse como no-ingleses, sino como “americanos”. Si bien en la centuria anterior los historiadores empiezan a esbozar el nombre de América, lo hacen todavía en el sentido global continental, no en el exclusivo norteamericano. Pero ya en el siglo XVIII, sobre todo después de la Revolución de 1776, esta palabra se ha adoptado como algo propio, distintivo del septentrión americano anglosajón.

Vemos que existe desde el siglo XVII entre los angloamericanos un proyecto inconsciente de inhistorización, de apropiación de la historia; ellos se incluyen como únicos mercedores del escenario americano; y al contrario, de deshistorización o ahistorización al excluir como ciudadanos ecuménicos continentales a los indios, franceses e iberoamericanos. Sin duda, la raíz de que nuestros vecinos hayan hecho suyo el sustantivo que a todos los americanos —seamos hispanos, galos, lusitanos o indios— nos pertenece, procede de los puritanos del siglo decimoséptimo que cada vez utilizaron con más asiduidad el término para definir por exclusión a su pequeña Sión. De considerar la “American Wilderness” o el “American corner of the World”, el término se redujo simplemente a América. Los “otros”, verbigracia, los vecinos del sur, eran singularizados como “Spanish Indies” y los franceses, también cercanos enemigos por el lado Oeste, en el Canadá, eran simplemente “The French”, “Papists” o “Jesuits”. Pero la Ilustración vino a incitar aún más el deseo exclusivo de apropiación del concepto de América por parte de sus habitantes de habla inglesa.

El ataque europeo, particularmente francés, al Nuevo Mundo, considerado como un paraíso abundante y rico pero moral y físicamente degradado, motivó a los norteamericanos, al igual que a los hispanoamericanos, a emprender la defensa. Son famosas las respuestas de Jefferson en favor del americanismo,⁷ donde lleva a cabo una apología exaltando el tipo físico, racial e intelectual de los habitantes de Norteamérica.

Podría parecer que nos hemos desviado de nuestro objetivo inicial para tratar sobre un tema filosófico un tanto ajeno a lo anunciado origi-

⁶ Patricio Marcos, *El sistema político de los Estados Unidos de Norteamérica*, México, UNAM, 1985, p. 14.

⁷ Hay numerosos ejemplos en la correspondencia de Jefferson. Véase la compilación de ésta en *Writings*, Nueva York, Literary Classics of the US, 1987 y en *The Portable Thomas Jefferson*, editado por Merrill D. Peterson, Nueva York, Penguin Books, 1977.

nalmente, mas no es así. El concepto sobre “América” será importante para el norteamericano del siglo XVIII, pero quizá más interesante para nosotros puesto que al tratar sobre el continente, su nombre, significado, soberanía, definición, etcétera, va a surgir entre líneas lo inevitable: su descubrimiento y su descubridor.

Hagamos un rastreo en la historiografía de la época para indagar qué pensaron los norteamericanos de la ilustración acerca de la empresa colombina. En la primera mitad del siglo XVIII los puritanos de Nueva Inglaterra no siguieron el tema abordado por Mather en su libro primero de la *Magnalia*, antes bien se olvidaron de Colón y de la importancia del Descubrimiento para tratar otros asuntos considerados de primerísima importancia. El movimiento religioso conocido como “El Gran Despertar”, importante renovación espiritual experimentada principalmente en la Nueva Inglaterra, hizo más énfasis en cuestiones de gracia visible, inamisolabilidad de la misma, fe y salvación, voluntad humana frente a la divina, albedrío siervo y elección, que en meros asuntos humanos. Por supuesto que siguió vigente en este tiempo el interés receloso por España y por sus colonias americanas; circuló la *Brevísima* de Las Casas y continuó vigente la leyenda negra antiibérica, pero nada adicional se escribió entonces sobre el descubrimiento de las Indias. El *revival* puritano lo impidió por lo menos en la primera mitad del siglo. Jonathan Edwards, predicador de Northampton y máximo representante del Gran Despertar, no habló específicamente de Colón, aunque sí de América, a la que consideró la gran renovadora del mundo, como una unidad anglo-protestante tanto en el terreno espiritual-religioso como en el político.⁸

Los colonos ingleses en la Norteamérica de principios de esa centuria preferían leer obras como la del famoso viajero Thomas Gage sobre las Indias Occidentales en manos de la rica, imperial pero fanática España; revisaban también el famoso opúsculo del puritano John Bunyan, *The Pilgrim's Progress*, que apareció en 1678 en Londres y que fue, a su vez, uno de los primeros libros ingleses impresos en América. Ésta era una obra de carácter religioso que reflejaba las virtudes de un buen protestante y su perseverancia para ganarse la Ciudad Celestial en este mundo. Finalmente, eran también del gusto general las recientes realizaciones del ministro Jonathan Edwards y las biografías, cuya lectura se

⁸ Se considera que la democracia es la secularización y ampliación de la idea de pueblo elegido a partir del Gran Despertar. En el siglo XVIII se proyecta y justifica como un bien para todo el género humano. Este concepto se relacionó con la idea de América como escenario del destino milenarista cristiano y expresamente republicano (idea que practicó Jefferson). Véase, Juan A. Ortega y Medina, *La evangelización puritana en Norteamérica*, pp. 111 y 210.

popularizó desde el siglo XVII. La literatura dieciochesca era fundamentalmente descriptiva o expositiva y se encontraba también mezclada con prejuicios políticos y religiosos hacia otras naciones, monomanías que aumentaron sobre todo en el último cuarto del siglo.

La crisis motivada por los vientos independentistas, que se agudizó a partir de 1763 después de la Guerra de los Siete Años (en que los colonos angloamericanos lograron arrebatarse sus posesiones canadienses a Francia), ocasionó un mayor alejamiento del tema colombiano que hasta ahora nos ha ocupado. Con pretexto de los impuestos y del autoritarismo de la metrópoli, se realizaron escritos pragmáticos de carácter político. Los colonos rebeldes iniciaron la revolución contra la “opresión” de Inglaterra en 1775; circunstancialmente nos pareció lógico que el grueso de los trabajos historiográficos versasen sobre el arte y la estrategia de la guerra, el carácter opresor de la madre patria y sus relaciones coloniales y, finalmente, sobre legislación, constitucionalismo, soluciones federales o monárquicas, formas de gobierno, de organización y de unión. Poco fruto sacamos al rastrear nuestro centro de interés temático en las obras de los llamados “padres de la patria”.

Sin embargo, no podemos dejar de mencionar los hallazgos en la correspondencia de Thomas Jefferson y de Benjamín Franklin. Sabemos por las cartas del primero a sus amigos en Europa, que tenía curiosidad por saber acerca de Cristóbal Colón. De hecho solicitó a David Humphreys que le enviara desde España la vida del famoso Almirante escrita por su hijo Fernando, así como las cartas de Hernán Cortés al emperador Carlos V.⁹ No encontramos ningún escrito del propio Jefferson sobre Colón, de manera que, fuera del conocimiento o cultura que se formó este aristócrata virginiano acerca del Almirante y del descubrimiento de América, el tema no lo motivó a tomar la pluma.

Sabemos que el personaje le interesó profundamente, ya que en 1784 mandó copiar el famoso retrato del navegante (1550) en Florencia y lo colocó en su mansión de Monticello. Posteriormente fue legado a la Massachusetts Historical Society. La consideración de Franklin llegó más lejos que la de su amigo, aunque tampoco para él fue el punto central de su preocupación histórica. Éste ilustrado y fanático defensor del americanismo se sintió obligado a ocuparse de la defensa de lo americano frente a la calumnia de los Voltaire, De Pauw, Buffon, Montesquieu, Marmontel o Raynal, lo que le condujo inevitablemente al tema del descubrimiento del continente del que él se mostraba orgullosamente parte. Este norteamericano, que según Balzac

⁹ Stanley Williams, *op. cit.*, vol. I, p. 60.

era el inventor del pararrayos, del bulo periodístico y de la república,¹⁰ se había dedicado al estudio del idioma español hacia 1733, no tanto por el amor a las letras, sino más bien como sabia cautela según aconsejaba la máxima “conoce a tu enemigo”. En efecto, por esos años la amenaza española a orillas del Mississippi y más allá de la Louisiana francesa se cernía como la segunda nación enemiga después de Francia. Fue precisamente el odio a España lo que impidió al gran científico bostoniano apreciar la hazaña colombina en toda su magnitud.

En su carta fechada el 7 de julio de 1773 dirigida a Samuel Mather, el hijo de Cotton, autor del libro *Venisti Tandem or the Discovery of America* que hemos reseñado como la mayor, o quizá la única obra sobre Colón en la Nueva Inglaterra del siglo XVII, Franklin expone su creencia sobre la veracidad de los viajes fenicios, primero, y vikingos, posteriormente, al continente americano “mucho tiempo antes de los tiempos de Colón”.¹¹ Estas suposiciones se encontraban ya mencionadas en la *Magnalia*, donde Mather refería que, según las autoridades antiguas, los fenicios podían haberse extraviado a raíz de una tormenta y llegado a una “isla de prodigiosa magnitud... más grande que África y Asia juntas”.¹²

A pesar de su práctica formación científica, Franklin se inclina más a responder a los encantos de la metodología ilustrada, que como menciona un historiador de nuestro tiempo

no se atiene propiamente a los hechos; los ejemplos históricos cuentan poco en ella, justo por el sesgo filosófico interpretativo o considerativo. De hecho el historiador filósofo sólo se preocupaba de los conceptos e ideas que para él, en tanto que exigencias lógicas, servían para comprender y dar coherencia a la máquina histórica del mundo.¹³

¹⁰ Werner Sombart, *El burgués*, 4a. ed., Madrid, Alianza Editorial, 1982, p. 127. A pesar de la mala disposición de los ilustrados frente a lo americano, muchos de los grandes filósofos no dejaron de admirar a Franklin a quien conocieron personalmente durante su visita a París en 1776. Lo calificaron de “hombre simple”, pero bien educado e inteligente. Véase Peter Gay, *Age of Enlightenment*, Nederland, Time-Life, 1966, p. 62. En el otro libro de este autor, *The Enlightenment, an Interpretation. The Rise of Modern Paganism*, Nueva York, Alfredo A. Knopf, 1967. Pueden verse las mutuas influencias entre Europa y América a través de las obras de los más representativos ilustrados. Antonello Gerbi en *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica*, México, FCE, 1982, cuenta las anécdotas chuscas de las pláticas defensivas y ofensivas que sostenía Franklin con los filósofos franceses cuando se trataba el tema de lo americano, p. 303.

¹¹ Benjamín Franklin a Samuel Mather, 7 de julio de 1773, en *Writings*, Nueva York, Literary Classics of the U S, 1987, p. 1034.

¹² Cotton Mather, *Magnalia Christi Americana*, vol. I, p. 42.

¹³ Juan A. Ortega y Medina, *Imagología del bueno y del mal salvaje*, México, UNAM, 1987, p. 93.

Inclinado por las interpretaciones ideales, Franklin dio rienda suelta a sus deducciones y concluyó con seguridad categórica que “si los fenicios llegaron a América, prefiero pensar que no fue debido al accidente de una tormenta, sino por el curso de sus largos y aventurados viajes”.¹⁴ Quitarle lo “fortuito” al supuesto viaje de los fenicios equivalía a convertirlos en los primeros descubridores de América; los primeros porque más adelante nuestro escritor racionalista asegura que los “segundos” fueron los vikingos —y he aquí la información escasamente documentada para la época de Franklin— que desde Dinamarca o Noruega pasaron a Groenlandia, para después seguir a Terranova, Nueva Escocia y finalmente a Nueva Inglaterra. Esto, concluye, “lo hicieron seguramente los daneses mismos algunas edades antes que Colón”.¹⁵

Insistimos en un punto, la concepción de Franklin responde a su circunstancia histórica que incluye su formación ilustrada. Para los pensadores del Siglo de las Luces, recordemos, África empezaba en los Pirineos; es decir, había una condena a todo lo hispánico porque tal parecía a aquellos filósofos que el reloj histórico de esa nación se había detenido, que la Península era ajena a la ley del progreso, al programa providencial (o mecanicista) civilizador y que mostraba claros síntomas de decadencia política, económica y moral, no obstante la fachada que daba el régimen Borbón y su proyecto imperialista.

España, se pensaba, había destruido salvajemente el ensueño de un continente virgen y rico. La codicia ibérica había corrompido y dañado al Nuevo Mundo y el catolicismo había sembrado la intransigencia y la terrorífica superstición entre sus habitantes que hasta entonces habían vivido en una edad áurea. Naturalmente para un novoiñglés (pues Franklin nació en la puritana Boston y murió en la caúquera Filadelfia) deísta e iluminado escritor, la presencia española en el continente era considerada como aberrante. La raza de aquellos hombres era tan despreciable que prefería considerarse mil veces y con orgullo como descendiente de otra raza más pura y viril, “swedes” o “danés” qué importaba cuál, el caso era que los primeros pobladores de Norteamérica, aunque fuera efímera su estancia, no eran ibéricos, sino anglos o sajones. Para él, el tipo físico español, que según apreciaba era delgado y alargado, se debía “al orgullo nacional y a la ociosidad y a otras causas más que a la [pobreza causada por] la [guerra] y la expulsión de los moros o a la creación de nuevos establecimientos”.¹⁶ Pese a todo, su fuerte tendencia antiibérica no impidió que la Academia Española de Historia

¹⁴ Benjamín Franklin, *op. cit.*, p. 1034.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ *Ibid.*, p. 373.

lo eligiera en 1784 como su primer académico correspondiente en los Estados Unidos.

El periodo entre la Revolución y el final del siglo fue importante para el crecimiento del hispanismo en la literatura estadounidense. Según Stanley Williams para entonces

el estadista, el mercader, el concurrente a bibliotecas, el editor de revistas o periódicos, el viajero, el secretario de la sociedad cultural, todos estudiaron cada uno a su modo el mosaico rico e intrincado de la cultura española y cada uno reprodujo un fragmento del mismo en su propio microcosmos del pensamiento norteamericano.¹⁷

Jefferson, el ya citado Franklin, John Jay, John Adams, David Humphreys y Crèvecoeur dedicaron parte de su tiempo a meditaciones sobre el mundo ibérico, tanto europeo como americano, mostrando particular afición por los viajeros, por las descripciones físicas, las minas y las exploraciones.

Será hasta después de la Independencia cuando se retome de manera más extensa el tema de Colón y su empresa oceánica. Sin duda en ello influyó mucho la aparición y amplia circulación de la obra del calvinista escocés e historiador ilustrado William Robertson, catalogado entre los tres primeros historiadores británicos de la época de la Ilustración junto con Gibbon y Hume.¹⁸ Su obra *Historia de América* (1777) vuelve a transmitir después de muchos años una nueva forma de concepción al genovés y al Descubrimiento.¹⁹

La fama y trascendencia de la obra del gran teólogo se remonta hasta el siglo XIX y fue el primer punto de partida (el segundo fue Washington Irving) para muchos historiadores interesados en la comprensión y aproximación a la historia de América.

En el libro II aparece la figura de Cristóbal Colón. Parece interesarle especialmente a este historiador-filósofo la vida psíquica del protagonista a quien retrata como un experto marino, como un hombre deseoso de conocimiento —virtud ilustrada sin duda—, “capaz de pro-

¹⁷ Stanley Williams, *op. cit.*, vol. I, p. 72.

¹⁸ Friedrich Meinecke, *op. cit.*, p. 205.

¹⁹ Tres grandes historiadores mexicanos han hecho magníficas interpretaciones historiográficas acerca de la obra americanista de Robertson. Son Edmundo O’Gorman, *Idea del descubrimiento de América*, que consultamos asiduamente a lo largo de todo este trabajo de investigación; Silvio Zavala que lo trata en su obra *América en el espíritu francés del siglo XVIII*, México, El Colegio Nacional, 1949. También está el análisis que de él hace Ortega y Medina en el último capítulo de su libro *Estudios de tema mexicano*, México, SEP, 1973.

fundas meditaciones y dedicado a la especulación”.²⁰ El Colón de Robertson es un hombre modesto, humilde en su trato; un gran proyectista cuya gran virtud es pasar “del pensamiento a la acción”. Además para él, Colón tenía el carácter adecuado al de España: “talante grave y cortés, reservado en sus palabras y acciones, sin tacha en sus costumbres, era observador exacto de todos los deberes y prácticas de la religión”.²¹ El navegante genovés aparece entonces como el gran héroe, admirado y ennoblecido por su carácter y su hazaña; por su confianza en sí mismo y su inclinación moral, valores ínsitos en la ética puritana.

La capacidad de Colón agranda los resultados de su empresa, el descubrimiento de América fue un triunfo de la razón, de la experiencia y de la ciencia en beneficio de la humanidad. Su logro no fue obra de la casualidad, sino de meditadas observaciones. “Un sano juicio” le permitió a Colón formular la hipótesis de que si se navegaba directamente al oeste por el mar Atlántico se encontrarían nuevas regiones que debían ser parte de la India. El Descubrimiento fue el proceso culminante llevado a cabo por un hombre que estudió y se fundamentó en la ciencia, en mediciones, en el conocimiento de longitudes, mareas, vientos e, incluso, según apunta Robertson, en otros indicios tales como el hallazgo inesperado de utensilios desconocidos hasta entonces por europeos, de restos de madera además de dos cadáveres encontrados en las playas de las Azores con rasgos físicos nunca antes vistos por los occidentales.²² Colón logró reunir todo este material en su provecho y aparte contó con la sabiduría proveniente de los textos de las autoridades antiguas y contemporáneas que conoció y consultó con dedicación. A continuación, veremos la concepción del escocés sobre el hecho histórico:

[El 3 de Agosto de 1492] comienza verdaderamente el viaje emprendido para descubrir el Nuevo Mundo, porque este es el momento en que Colón, haciendo vela directamente al oeste, abandonó todos los derroteros seguidos hasta entonces por los navegantes, y se metió en un mar desconocido.²³

La historia del Descubrimiento de William Robertson es la historia de la grandeza de un solo hombre: Colón. Éste es el magnánimo, el racional, el que proyecta y planea; pero su tripulación queda muy menospreciada y sus “compañeros”, que serán alabados posteriormente

²⁰ William Robertson, *Historia de América*, Burdeos, Impr. de Pedro Beaume, 1827, p. 81.

²¹ *Ibid.*, p. 91.

²² *Ibid.*, p. 86.

²³ *Ibid.*, p. 105.

por el romántico Irving en el siglo XIX, quedarán fuera de lugar en la concepción del escocés. Colón es quien tiene la presencia de espíritu y la fuerza para seguir adelante pese a lo difícil del viaje. Su tripulación marinera se enerva y se torna revoltosa, mas su líder los calma y les da fuerzas. En estas páginas el elemento popular español no cuenta para nada, este magno evento que al parecer llevó a cabo un sólo hombre auspiciado por la Providencia y por su genio racional tuvo grandes efectos a futuro. Colón no se atemoriza ni flaquea, está por encima del común de la gente. Como si hubiese viajado totalmente solo, solo también desembarcó y fue, pues, “el primer europeo que puso pie en el *Nuevo Mundo* que acababa de descubrir”.²⁴

El descubrimiento de América fue también un hecho providencial para el presbiteriano autor de la *Historia de América*. Existe en ese plan universal una primera idea, en este caso la ya mencionada de Colón acerca de la posible existencia de tierras hacia el occidente; asimismo, de la simple concepción se pasa a la acción que está motivada por una finalidad expresa. Un primer aspecto de esa meta era inmediato:

Colón tuvo la gloria de hacer conocer a los hombres la existencia de un Nuevo Mundo [y también] extender más y más este descubrimiento y conducir antes que nadie a los españoles al vasto continente que ha llegado a ser la parte más considerable de su imperio, y la parte principal de sus riquezas.²⁵

Pero el gran logro a futuro involucraba a la humanidad entera, pues aquel inmenso espacio que la Providencia había mostrado a los occidentales era una morada adecuada al hombre, a aquel que, teniendo a la mano la ciencia y la técnica, la explotaría en su beneficio para lograr así el progreso civilizador, máxima meta de la ilustración dieciochesca en general y de la norteamericana en particular.

Sin duda el libro de Robertson fomentó nuevamente en los estadounidenses de fines del siglo XVIII el interés por el mundo colonial hispánico iniciado a raíz del Descubrimiento. La obra fue publicada por entregas, luego discutida por los núcleos de intelectuales y reseñada para los periódicos. En este tiempo las publicaciones periódicas incluyeron ensayos sobre Colón. Diez años después de que la *Historia de América* apareciera en Londres, entonces capital de la máxima potencia económica del orbe, salió a la luz en los Estados Unidos el primer fruto de su influencia. En 1787 un joven escritor de Connecticut extrajo

²⁴ El subrayado es mío. Nótese que no le da el nombre de América al objeto del descubrimiento, en *ibid.*, p. 116.

²⁵ *Ibid.*, p. 174.

de ella el andamiaje que habría de servirle para su patriótico poema épico que tituló *The Vision of Columbus*. Joel Barlow (1754-1812), su autor, miembro de la aristocracia novoinglesa, estudiante de Yale, se apoyó casi por completo en Robertson para su creación. No obstante, era un declarado enemigo de España, tanto así que no siguió los consejos de su amigo Thomas Jefferson que proponía aprender el español al considerarlo “el más necesario de los idiomas modernos después del francés”.²⁶ Esto le impidió revisar material importante contenido en fuentes y en archivos españoles, los cuales, a diferencia del romántico Irving, que tuvo esto a su favor, quedaron fuera de su alcance.

La utilización por parte de Barlow de los documentos hispánicos era de segunda mano y la mayor parte de las veces de carácter muy partidista.²⁷ A pesar de su tendencia prejuiciosa y pseudocientífica, podemos afirmar que la *Visión de Colón* es una de las pocas obras que aparecieron en esta centuria específicamente dedicada al famoso Almirante. Se sabe que un contemporáneo de Barlow, Charles Brockden Brown, consideró escribir una historia del descubrimiento de América, mas no se sabe si realmente acometió tan vasta empresa pues no se conoce manuscrito alguno que lo compruebe. Está también la obra colombina de Phillip Frenau quien junto con Barlow reinició una serie de narraciones, cuentos y versos acerca del genovés, que habría de agradecer la posteridad decimonónica.

Al crear su primera visión en 1787, Barlow se convirtió en el padre de la poesía de tema colombino. Aunque estaba latente el interés por reconstruir histórica y literariamente al semimítico e idealizado personaje y sus viajes de descubrimiento, poco conocía el siglo XVIII acerca de él. Realmente podemos afirmar que fue hasta el siglo XIX cuando se ampliaron los horizontes sobre este tema al quedar al descubierto, como veremos en los capítulos posteriores, los principales archivos del extranjero y al adquirir los investigadores nuevas técnicas metodológicas de la historia que superaban a las utilizadas en la Ilustración. Con un escaso vademécum que consistía en la obra del fraile dominico Las Casas y en la de Fernando Colón, los ilustrados filósofos-historiadores imaginariamente cruzaron el Atlántico con el heroico, valeroso y prudente viajero.²⁸

²⁶ Stanley Williams, *op. cit.*, p. 60.

²⁷ *Ibid.*, p. 77.

²⁸ Williams afirma que el interés por el mundo hispánico e hispanoamericano no decreció en el siglo XVIII, antes bien en las bibliotecas se refleja el incremento del interés por España y sus colonias. En los fondos de la Philadelphia Library Company, de la Logonian Library, de la American Philosophical Society o de la New York Society Library

La vida de Barlow es una verdadera historia de aventuras que desafortunadamente no nos toca aquí reseñar exhaustivamente. Cómo llegó este escritor novoiinglés a escribir sobre Colón es algo que aún nos sorprende. En la juventud se había ordenado como ministro de la iglesia calvinista de su natal Connecticut y por lo mismo se había consagrado en aquel entonces a escribir sobre materia religiosa. Como poeta que era, elaboró salmos, himnos y meditaciones sobre la muerte de tinte puritano.²⁹ Sin embargo, la vocación de sacrificio y entrega no se daba por completo en Barlow quien, según describe Henry F. May, “no era austero sino que quería al mismo tiempo sobresalir que hacer dinero”,³⁰ y desde ese punto y hora decidió probar fortuna como especulador de tierras. Este inquieto espíritu fue el que le animó durante diversas etapas de su vida de escritor, de viajero, legislador, diplomático y aun predicador. Encontró la muerte de manera tan excepcional como había transcurrido su existencia misma; en los campos de guerra de Polonia esperando a Napoleón en su desesperada retirada de Rusia (1812).

Pero volvamos a su legado colombino. Contagiado por la Ilustración y por el contacto con los prohombres republicanos revolucionarios, Barlow encontró que su mundo provinciano se ampliaba. A los 33 años publicó entonces su primer escrito sobre Colón, un poema épico, según lo han calificado los críticos. Aún no había madurado en las ideas políticas que después lo calificarían como pro-revolucionario radical y aún jacobino. La *Visión de Colón* así lo muestra; ya que este poema fue dedicado al rey de Francia, Luis XVI, quien solicitó 25 copias al novel historiador. En la dedicatoria, Barlow hace una reflexión sobre los cambios ocurridos en la historia del mundo desde el siglo XV al XVIII: transformaciones en la faz política de Europa, sentimientos de libertad, ensanchamiento comercial, militarismo, filosofía...; todo ello, cree, se suscitó a raíz del descubrimiento de América.

Después del preámbulo empiezan a correr las estrofas, casi siete mil en total. Aparece Colón en prisión, desconsolado y desilusionado, víctima de la política maquiavélica del rey Fernando, cuando se aparece

maduraba el interés por el elemento ibérico presente directa o indirectamente en la vida norteamericana. Según él, en estas instituciones podían encontrarse sin dificultad, aparte de los ya mencionados autores de gran popularidad, las obras de Garcilaso de la Vega, Herrera, Mariana, Solís, Acosta, Muñoz, Zurita, Bernal, Cervantes, etcétera, en varias ediciones e idiomas, (*op. cit.*, vol. I, p. 67).

²⁹ Según Henry May, no eran contradictorios el puritanismo y la Ilustración. “Lejos de contrastar, el protestantismo y la ilustración eran dos caras de la misma feliz historia, cuyo gran hito fue la revolución racionalista protestante de 1688”, en *The Enlightenment in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1976, p. 3.

³⁰ *Ibid.*, p. 191.

un ángel que le ofrece llevarlo por un viaje a través de las diferentes épocas históricas transcurridas. Se revisan de manera paralela la historia de América, desde la prehistoria, y la de Europa, pero es la primera la que ocupa el centro de importancia puesto que en ella se vislumbran los resultados magníficos que habría de tener el descubrimiento de América a largo plazo. Libertad y prosperidad, máximas defendidas por la filosofía ilustrada y encumbradas por el liberalismo triunfarían en los Estados Unidos después de la Independencia, de la que Barlow es un fanático apologista. Colón sostiene un diálogo con su espiritual guía sobre el significado del progreso humano; pregunta por qué Dios no reveló la ciencia y el conocimiento del mundo de una sola vez y desde el principio, lo que el ángel responde es que la Providencia así quiso mostrar al hombre sus limitaciones, obligarlo a controlar sus pasiones y empujarlo al escepticismo. Éste debe confiar en la revelación para complementar la razón. El ángel anuncia la llegada del milenio, uno muy secular desde la perspectiva de Barlow, ya que consiste en la unificación de la humanidad entera bajo un estado de paz y felicidad que conducirá al progreso absoluto, cuyo cumplimiento está indicado por la marcha histórica que Colón puede ver desde su imaginaria atalaya.³¹

En el poema de este ilustrado estadounidense Colón es incorporado a la historia de los Estados Unidos; forma, pues, parte íntima de ella. El navegante sigue un plan racional impuesto por la naturaleza; su viaje, aunque portentoso, no es resultado de un milagro sino de profundos conocimientos científicos, adelantos náuticos y progresos en los cálculos geográficos. No importa el objetivo asiático de la empresa, lo que importa son los resultados y es ahí donde se enlaza la historia de los Estados Unidos con aquel hecho magnífico que ocurrió a fines del siglo XV y que parecería en principio lejano a su destino. La joven república inaugurada como un país independiente, se alzaría como el gran paradigma de los nuevos ideales positivos para la raza humana; sería la magnánima defensora de la libertad, de la igualdad, de la felicidad, de la democracia y, sobre todo, del progreso. Esta era, en suma, la verdadera meta, oculta detrás del providencial e histórico acontecimiento llamado descubrimiento de América. Después de todo, Barlow tenía que comportarse como un verdadero ilustrado pues eso era: defendía la tendencia histórica universal de que la humanidad ascendía de la barbarie a la Ilustración; un puro proceso hacia la perfección, como ya lo había anunciado Robertson.³² Respondiendo a la típica corriente optimista ilustrada, remachada por la supuesta originalidad o

³¹ *Ibid.*, p. 192.

³² Friedrich Meinecke, *op. cit.*, p. 206.

excepcionalidad americana, declarará Joel Barlow que: “la presente es una era de filosofía y América, el imperio de la razón”.³³

Aquella monumental obra poética —y con esto hacemos alusión no a la calidad sino a la cantidad— no tuvo una cálida acogida en Europa. Parece que no hay que culpar por el fracaso al heroico Colón, sino al inexperto aunque entusiasta Barlow, pues aquel gigantesco poema movió a risa en Inglaterra por considerarse fatigoso, en extremo moralizador y técnicamente imperfecto.³⁴ En los Estados Unidos tuvo sus defensores y admiradores, tanto así que Barlow fue nombrado “Primer poeta de la República”, honor que, según el historiador Henry Steel Commager le fue dado “no tanto por su mérito, sino por falta de competidores”.³⁵ El historiador Henry Adams (1838-1918), autor de la *History of the United States during the Administration of Jefferson and Madison*, comparó el trabajo de Barlow nada menos que con el de Homero, Virgilio, Camões y Milton.³⁶

Ahí no terminó la producción del joven poeta de la independencia sobre el almirante genovés. Habría de escribir una versión después de transcurridos más de veinte años, la cual fue producto de una madurez personal y de una experiencia vital muy singular. En 1788 viajó a Francia donde permaneció mucho tiempo con el propósito de acercarse más a la corriente de la Ilustración francesa. Esta experiencia acabó por cambiar su mentalidad por completo; de ser un conservador ministro puritano, se transformó en un ateo, apasionado defensor del republicanism francés y ardiente partidario de la Gironda después de la Revolución de 1789. Al año siguiente de la toma de la Bastilla por el pueblo enardecido contra la monarquía borbona, viajó a Inglaterra donde entró en contacto con personajes radicales como Richard Price y Tho-

³³ Henry May, *op. cit.*, p. 191.

³⁴ Casi por lo general los historiadores contemporáneos concuerdan en calificar el poema de Barlow como de poca calidad. Para el investigador de la literatura norteamericana, Stanley Williams, la obra de Barlow tan sólo es especial como reliquia en los anaqueles para libros de tamaño extraordinario en las bibliotecas (p. 79). Para Henry Steel Commager el poema de Barlow es “una épica monstruosa que examina la melancólica historia del Viejo Mundo y contempla los prospectos gloriosos del Nuevo”, en *The Empire of Reason: How Europe Imagined and America Realized the Enlightenment*, Garden City, Nueva York, Anchor Press, Doubleday, 1977, p. 24. Para él, el poema vale más por la nobleza de sus sentimientos patrióticos que por la belleza de sus versos. Para Russell B. Nye, *The Columbiad* es “uno de los fracasos más rotundos en la historia de la poesía norteamericana, en *The Cultural Life of the New Nation*”, p. 259, este escritor contrasta la poca calidad de Barlow con la de Frenau cuyas obras le causan más admiración.

³⁵ Henry Steel Commager, *op. cit.*, p. 24.

³⁶ Henry Adams, *The US in 1800*, Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1971, pp. 73 y 74. Esta obra es un compendio del libro sobre historia de los Estados Unidos en la época de Jefferson que está reseñado en el texto.

mas Paine. Sus escritos en aquel entonces versaban sobre críticas a la monarquía, al feudalismo y a la Iglesia, instituciones que no encontraba en su América donde “la ciencia de la libertad es universalmente comprendida, sentida y practicada tanto por el [hombre] sencillo como por el sabio, el débil o el fuerte”.³⁷ Sin embargo, sus críticas a la religión (*Christian mummery*) y su defensa del sentido común por encima de cualquier creencia trascendental, le acarrearón ataques en los mismos Estados Unidos y particularmente en su natal Connecticut donde se estimaba que la religión calvinista, con sus diferentes acepciones pero aun así mayoritaria en el país, no era obstáculo para el progreso humano.³⁸

Con todo este cúmulo de experiencias, Barlow decidió volver a tomar la pluma para recrear la hazaña colombina. Trabajó de 1797 a 1802 en la nueva versión que finalmente apareció con el título *The Columbiad*. Nuevamente es una visión de la revolución americana vista por Barlow a través de los ojos de Colón, mas existen naturalmente diferencias respecto al primer poema de juventud. En el segundo ya no aparece el ángel-guía que es sustituido por un elemento pagano, Hesper (o Héspero), estrella de la tarde. Por supuesto, que la dedicatoria ha cambiado también respecto a la primera creación; ya no está dirigida a ningún rey de la Europa caduca y atrasada, lo que es producto sin duda de la alergia que provocó a Barlow todo lo que oliera a monarquismo.

Héspero conduce a Colón nuevamente para mostrarle una visión general de la historia del mundo occidental europeo y americano. La epopeya del Descubrimiento es ahora considerada como el primer paso que presagia la futura grandeza y el expreso destino misional de la América anglosajona. El espléndido porvenir del mundo descansa, pues, en la república federal que se había adecuado con éxito a las necesidades de una naciente nación en proceso expansivo y que tenía además un carácter universal. Nuevamente está insita en la obra de Barlow la idea de que la humanidad progresa. Se le dice a Colón que el mundo se transforma lentamente:

*Man is an infant still; and slow and late
must form and fix his adolescent state,
Mature his manhood and at last be hold
His reason ripen and his force unfold.*³⁹

³⁷ Joel Barlow, *Works*, Gainesville, Florida, 1970, vol. I, p. 115.

³⁸ Los ministros aseguraban que “nada hay en el cristianismo que sea contrario a la razón”, en Henry May, *op. cit.*, p. 57.

³⁹ Joel Barlow, “The Columbiad”, en *Works*, vol. II, p. 311.

El poema logró condensar en muchos aspectos las aspiraciones continentales de la recién inaugurada nación al tratar no solamente sobre su éxito político e institucional, sino al plantear también la idea de que América debía aislarse de la decrepita Europa (frase de Noah Webster acuñada en 1783) y debía ser una *commonwealth*⁴⁰ separada; idea que compartían casi todos los novoingleses de la época. América sería, a partir del Descubrimiento, el escenario de todos los experimentos tendientes a lograr la felicidad del hombre, de todas las aventuras de la razón y la ciencia.

Esta es, en suma, la aportación de Joel Barlow, un emisario de la Ilustración radical, a la historiografía colombina estadounidense. Pese a las limitaciones que en su momento y en la posteridad se le encontraron a este poema “nacionalista”, tiene un valor perdurable y es sin duda un puente de enlace con el siglo siguiente.

Aunque el poema *Cuadros de Colón, el genovés* de Phillip Frenau (1752-1832) fue publicado en 1774, trece años antes de que apareciera la obra de Barlow, haremos mención de él justo antes de concluir este capítulo por la cercanía que encontramos de esta creación literaria con las ideas del romanticismo.

Frenau compartió con Barlow el entusiasmo por el pensamiento político francés revolucionario. Fue un hombre de Princeton y exponente de la democracia jeffersoniana.⁴¹ Según Henry May sólo un norteamericano, Phillip Frenau, se entusiasmó por la novedad romántica en poesía, cuya conquista intelectual de los Estados Unidos se retrasó hasta el segundo cuarto del siglo XIX.⁴² Parece ser que nuestro personaje fue un hombre activo y conocido en las altas esferas intelectuales y políticas de la joven nación. Dirigió en Filadelfia el periódico *National Gazette* de 1791 a 1793 donde aprovechó el espacio periodístico para exponer sus ideales políticos y antirreligiosos, así como también sus primeras impresiones sobre los viajes de Colón a las Indias.⁴³

⁴⁰ La palabra inglesa *commonwealth*, que usualmente se relaciona con el Estado o nación en conjunto o con la república, tiene una profunda connotación para los países nórdicos protestantes, cuya raíz, creo, está íntimamente relacionada con el calvinismo. El que una comunidad haya alcanzado el mayor bienestar es un claro símbolo de éxito y éste lo es de elección divina y de salvación providencial, máximas postuladas por el credo calvinista. Por el contrario, frente a este panorama de virtudes burguesas cae de suyo que el fracaso, el desamparo y la miseria ocuparían el escalafón ínfimo y extremo de dicha escala de valores.

⁴¹ Russell Blankenship, *American Literature as an Expression of the Natural Mind*, Nueva York, H. Holt and Co., 1931, pp. 187 y 188.

⁴² Henry May, *op. cit.*, pp. 231-238.

⁴³ Stanley Williams, *op. cit.*, p. 79.

Volviendo a su poema sobre Cristóbal Colón, Frenau pinta a un Colón idealizado en 18 escenas en las que se relatan pasajes reales e imaginarios de la vida del navegante. Entre las características de inspiración romántica están la de destacar al personaje central inmerso en un paisaje natural del que forma parte íntimamente. La trama se desenvuelve en diversos escenarios: Palos, Barcelona, la Corte de los Reyes Católicos, las islas antillanas. La descripción del genovés es también minuciosa y se detallan sus grandes virtudes y defectos utilizando el famoso recurso estilístico de “luz y sombra” (los contrastes), lo que hace suponer que Frenau fue un romántico precoz pues se adelantó en el manejo de estos estilos a Chateaubriand quien en 1802 fue declarado como el padre de la nueva teoría estética romántica.⁴⁴

El relato poético de Frenau sobre Colón llegó a convertirse en un elemento popular de la literatura norteamericana, solamente superado por su retrato de los indios pieles rojas y por su descripción de la difícil vida que llevaban los colonizadores en los bosques de las fronteras. Aquel poema de juventud recreaba la epopeya del descubrimiento, conquista y colonización del Nuevo Mundo con emoción, sentimiento e imaginación. En este drama de gran colorido poético el español se presenta como el terrible villano y el indio como la gran víctima inocente. Esto no podía ser de otro modo. Frenau era un declarado rousseauiano que admiraba al hombre en estado de naturaleza y añoraba el retorno a la edad de oro que había sido, tiempo atrás, parte de la renacentista utopía americana. Colón fue el primero que entró en contacto con “indios muy feroces” y después de él estos seres naturales quedaron a merced de crueles naciones, temas estos que fascinaban a los lectores del siglo XVIII pues se atizaba más y más el fuego de sus tradicionales prejuicios antiespañoles.

No podemos terminar el capítulo sin hacer una mención al año de 1792 en que por primera vez en los Estados Unidos se consideró que ésta era una fecha digna de conmemoración. El doctor en teología y ministro religioso, Jeremy Belknap (1744-1798) preparó un solemne parlamento titulado *Discourse Intended to Commemorate the Discovery of America by Christopher Columbus* que expuso el 23 de octubre de 1792 ante los miembros de la Massachusetts Historical Society. Esta es la parte prosística que complementa al dúo de poetas que habíamos visto anteriormente y los tres contribuyen a forjar la misma imagen exaltada de Colón, adecuada a satisfacer el gusto del público norteamericano

⁴⁴ Juan A. Ortega y Medina, prólogo a W. Prescott, *Historia de la Conquista de México*, México, Editorial Porrúa, 1970, p. XV.

orientado a la efusión patriótica. He aquí un fragmento de la conferencia:

A mediados del siglo XV... surgió un genio, cuya memoria ha sido preservada con veneración en las páginas de la historia, como el instrumento que ensanchó el terreno de la ciencia y del comercio más que todos sus predecesores... él tenía un genio de ese tipo, que hace uso de la especulación y del razonamiento como excitadores de la acción. No era un proyectista cerrado, sino un aventurero emprendedor [y su viaje] abrió el Nuevo Mundo a los europeos; les dio nueva forma a sus pensamientos, a su espíritu de empresa y a su comercio; que agrandó el imperio de España, y estampó para hacer inmortal el nombre de Cristóbal Colón... En las páginas de la historia imparcial, siempre será celebrado como genio y científico; como [hombre] prudente, habilidoso y un intrépido navegante.⁴⁵

El encomio del ministro bostoniano termina hablando del hemisferio occidental como la tierra de “Columbia”, una “región feliz” donde la libertad, el comercio y la ciencia han florecido y desde la cual “se esparcirá su influencia alrededor [del mundo]”. La nueva nación completó la celebración del tricentenario con el bautizo de un barco, de un colegio en Nueva York, de un río, una revista y una pieza musical en honor de Colón, al mismo tiempo que se pronunciaban frases como “que el Nuevo Mundo nunca experimente los vicios y miserias del Viejo”, “que los dirigentes de América nunca muestren la ingratitud que el Rey [Fernando] mostró hacia Colón” y “que la paz y la libertad siempre perduren en los Estados Unidos de Columbia” (United Columbian States).⁴⁶

El gran legado del siglo XVIII a la historiografía colombina norteamericana fue la idea de que el descubrimiento de América no constituyó la condición de posibilidad para el desarrollo de Europa; antes bien sirvió como punto de partida para la explicación de la formación de los Estados Unidos, que tras conseguir su independencia nada debían ya a Europa. Este “americanismo” se forjó en la concepción estadounidense desde principios del siglo XVIII y se definió aún más en el siglo XIX.⁴⁷

⁴⁵ Kirkpatrick Sale, *The Conquest of Paradise. Christopher Columbus and the Columbian Legacy*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1990, p. 338.

⁴⁶ Se recordará que en 1792 aún no existía la república de la Gran Colombia en América del Sur. Fue la Nueva Granada hasta 1819. Hasta esa fecha se consideró en los Estados Unidos llamarse por el nombre entre comillas.

⁴⁷ Daniel Boorstin, en *America and the Image of Europe. Reflections on American Thought*, Gloucester, Mass., P. Smith, 1976, p. 121, asegura que “a diferencia de la mayoría de las naciones modernas, que sólo gradualmente adquirieron su sentido de identidad, nosotros [norteamericanos] empezamos a principios del siglo XIX con una agresiva afirmación de nuestra absoluta distinción del resto del mundo”.

Las cuatro primeras décadas del siglo decimonono contemplarán una dedicación intensa de los escritores de talento a los temas españoles. En este periodo percibiremos un gran renacimiento literario y un avance notable en la ciencia histórica. Coincidieron, como veremos, el siglo de oro de las letras de Boston con la proliferación del gusto por el mundo ibérico. Pero es necesario volver a insistir que el siglo XIX no hubiera sacado a la luz obras tan originales sin la anterior proyección de los siglos pasados. Esta herencia cultural fue fundamental como enlace para el ensayo descriptivo romántico: se va desde la narración épica del descubrimiento de América y la conquista de los imperios indígenas, a la idealización de Isabel, de Colón o de Cortés, y de aquí al tema del noble salvaje. En fin, se trata de la recreación de los temas más importantes de la historia española, los cuales, desde el siglo XVII, de una manera u otra, encontró el norteamericano tan interesantes y tan íntimamente conectados con su propia experiencia.

III. LA INTERPRETACIÓN ROMÁNTICA DEL DESCUBRIMIENTO

1. Washington Irving (1783-1859): El nuevo punto de partida

Los hombres del siglo XIX recuperaron en la primera mitad de la centuria el interés por el mundo hispano como tema central de su preocupación historiográfica. Literatos como Cooper, Irving, Longfellow, Bryan, Lowell e historiadores como Ticknor, Prescott, Bancroft o Motley se mostraban intranquilos ante el desconocimiento de la historia española y de su heredera cultural hispanoamericana, que sentían les atañía muy de cerca.

Los intelectuales de la escuela de Boston, a quienes abordaremos en el siguiente capítulo, tuvieron una profunda deuda con un escritor neoyorquino contemporáneo, que, aunque alejado de las aulas de Harvard y ajeno también al rígido ambiente puritano, se presentaba como una garantía por sus trabajos literarios e históricos sobre el mundo hispano. Fue la obra del romántico Washington Irving, *Life and Voyages of Columbus* (1828) la que muy probablemente tuvo mayor influencia entre los eruditos novoiñgleses y dio nueva vida al estudio de los temas en torno a la figura del Navegante, del Descubrimiento y, en general, de todos los temas españoles de los siglos XV y XVI.

Después de la *Historia de América* (1777) del calvinista escocés William Robertson, la obra de Irving presentó otro aspecto del mundo hispano y su empresa expansionista americana.

Ésta despertó la reflexión y, pues, el acercamiento a un tema dedicado al estudio de una nación que, aunque extranjera, ofrecía puntos de contacto con la suya propia o norteamericana.

Robertson analizaba desde Europa la historia de América pero traslucía en sus páginas ciertos elementos de condena hacia este hemisferio, al igual que un sentido de superioridad europeo que molestaba a quienes buscaban su propia identidad como americanos. Mas Irving, considerado el “padre de la literatura norteamericana”, escribía como

americano y desde América acerca de un asunto fundamental y trascendental para quien se sintiera hijo de ese continente.

Debemos empezar por analizar los temas más importantes del pensamiento hispanista de Irving. Sus libros despertaron gran interés y entusiasmo entre sus colegas yanquis y constituyeron un punto fundamental dentro de la historiografía norteamericana del Descubrimiento. Es particularmente interesante la aproximación a esta figura literaria puesto que su visión romántica sobre el hecho y sobre el hombre que lo llevó a cabo es contraria y contrastante en algunos puntos, así como similar en otros, a la que manejaron los eruditos novoiñgleses de Harvard. Es, pues, una deuda intelectual la que contrajeron los historiadores bostonianos con Irving, quien por sus trabajos y su reflexión histórica dejó una profunda huella en los círculos intelectuales de entonces. Empero más que otras razones, la nuestra se centra en el compromiso intelectual que tenemos los hispanoamericanos de acercarnos a estas obras de principios de la centuria decimonona. Ahora nuestro interés es conocer y entender a un hombre que a través de sus escritos se preocupó por temas relacionados con nuestras raíces culturales. Emprendamos, entonces, esa tarea.

El 30 de enero de 1826, se lee en el diario de Irving: "Recibí carta de Mr. Everett¹ agregándome a la embajada de Madrid. Incluye pasaporte y la proposición de que traduzca el viaje de Colón".² El neoyorquino debía tener razón al correr con prisa en los preparativos. El plano que le había trazado su colega era acuciante; tenía que revisar y traducir al inglés la *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por el mar los españoles desde fines del siglo XV* de Martín Fernández de Navarrete. El honorario acordado era de 1500 libras y todo el proyecto entusiasmó a Irving, quien notificó a su amigo John Howard Paine que "estaba con un pie en el estribo hacia Madrid".

Así llegó el momento afortunado en que las puertas de España quedaron abiertas para el viajero-poeta que allí descubriría también su aptitud como historiador. Cuando el material propuesto cayó en sus manos, Irving quedó enamorado y prisionero del conocimiento histórico. A la vez que tenía sobre el escritorio lo que él consideró "el cuerpo más completo de hechos relativos a los viajes de Colón dados a conocer hasta entonces".³ La intención original de traducir la obra

1 Alexander H. Everett (1790-1847) fue miembro de la alta burguesía bostoniana. Educado en Harvard, era parte de la élite culta y fungió como ministro estadounidense en Madrid entre 1825 y 1829.

2 Stanley Williams, *op. cit.*, p. 21.

3 *Ibid.*

cambió y se orientó en ese momento a la elaboración de una nueva narración contada a su manera. Se desechó, entonces, el proyecto de interpretar a Navarrete, quien por otro lado se mostró siempre amable y generoso con el estadounidense y lo apadrinó, inclusive, para ingresar como miembro a la Real Academia de la Historia.⁴

Irving expresó que en su país los libreros no ofrecerían nada por la traducción de Navarrete, por temor a que resultara árido, “y como desgraciadamente lo es en grado superlativo, me temo que no queda nada por hacer”.⁵ Nada, excepto la nueva y personal versión que contempló y que le impidió empacar sus cosas y volver a los Estados Unidos. Estaba decidido a realizar una biografía completa del gran navegante y para ello puso manos a la obra, dedicándose a ella con la tenacidad de un benedictino. En completa reclusión extrajo el material que habría de utilizar para levantar el libro, día con día, “golpe a golpe” —como él refiere en su diario— e igualmente, con el mismo aislamiento se prestó a escribir horas enteras, trabajo intelectual que llamó la atención del entonces viajero Henry W. Longfellow, su compatriota y amigo.⁶

Una vez terminado el retiro voluntario y habiendo concluido el *Colón*, Irving inició un prolongado recorrido por la Península (1828). El conocimiento profundo de los archivos españoles, de su gente y de su geografía, además de su formación romántica, lo inclinaron a ver a España desde una lente distinta, que se traduce ciertamente en cada página de su obra completa.⁷ El *Colón* fue la llave para la apertura hacia futuros temas que entusiasmaron al joven escritor, que al urgar entre los papeles antiguos se le despertó una curiosidad novelesca igualmente por el moro Boabdil, por la magnánima Isabel de Castilla, así como por

4 El primer miembro de los Estados Unidos que formó parte de la Academia fue Ben Franklin, el segundo George Ticknor y el tercero Washington Irving.

5 Stanley Williams, *op. cit.*, p. 25.

6 Irving escribía por el año 1827 sobre su experiencia diaria historiando a Colón. En una ocasión refirió en su diario “estoy completamente agotado de tanto trabajar. Durante tres meses lo he hecho incansablemente, algunas veces todo el día y gran parte de la noche, contra todas las normas que me he impuesto a mí mismo y a riesgo de mi salud. Nunca he trabajado con tanta intensidad ni durante tanto tiempo seguido; pero me había propuesto no parar hasta que hubiese hecho un rápido esquema de la obra completa. Lo he logrado ya. El completar, hacer las adiciones, correcciones y aclaraciones serán cuestión de tiempo y de pulir el trabajo”, en Stanley Williams, *op. cit.*, p. 26.

7 Irving consideraba que había tenido oportunidad de “juzgar correctamente a los españoles”. Los consideraba naturalmente temperamentales, impacientes, resistentes al sufrimiento, inquietos, pasionales, celosos, fervientes y entusiastas, aunque fanáticamente religiosos (*Cf.*, *op. cit.*, vol. I, p. 153). Y agrega en otro lugar: “los españoles, aunque son orgullosos y resentidos, e impacientes hacia la indignidad y la limitación, se deslumbran fácilmente con el valor y se ganan con la cortesía y la amabilidad” (*ibid.*, vol. III, p. 138).

los rudos conquistadores del imperio mexicano y del peruano, Cortés y Pizarro. Esto último, sin embargo, estaría lejos de realizarse. Es bien conocida la historia. Cuando Irving se enteró de que William Prescott se dedicaba con entusiasmo a historiar la gran figura de Cortés, renunció a ella;⁸ no obstante, nos legó magníficas obras histórico-literarias de las que su *Colón* ocupa el primer sitio.

Destacar una cualidad de Irving sirve para calificar también su producción. Más que cualquier otra cosa, este hombre era un poeta. Y si aún le agregamos el adjetivo de “romántico” estaremos más cerca de poder entender el interés hispanista contenido en sus obras, que muchos críticos califican dentro de la categoría de “novela histórica”.

Para los fines que nos proponemos en este capítulo bastará el análisis de los trabajos históricos, sacrificaremos por ello la tentación de zambullirnos en el profundo, aunque muy hermoso e invitante mar que ofrecen sus escritos literarios. Tomaremos, entonces, tres obras fundamentales con las que Irving dejó para la posteridad su idea colombina y del descubrimiento de América: *La vida y viajes de Colón* (1828), *La crónica de la conquista de Granada* (1829) y *Los viajes y descubrimientos de los compañeros de Colón* (1831).⁹

Es necesario empezar por la segunda. La preocupación de Irving fue acercarse al mundo hispánico en uno de los momentos más gloriosos de su historia. Su primera reflexión se centró en la Reconquista, una epopeya que antecedió al Descubrimiento. Aquellos valientes caballeros tomaron primero las armas contra los moros y se embarcaron después rumbo a Catay y Cipango en las naos de Colón, Pinzón, Ovando o Alonso de Ojeda. El soldado español se acostumbró al servicio constante en los campos de batalla; el solemne y augusto caballero se disciplinó en el uso de las armas, soportó las largas travesías, así como también se fascinó con encuentros brillantes y repentinos en las escarpadas montañas que flanqueaban las provincias árabes y en la zona fronteriza de Extremadura. Al terminar la guerra contra los mo-

⁸ La anécdota del sacrificio de Irving de su proyecto sobre el estudio de la figura de Cortés en favor de Prescott tiene un notable paralelo en la insistencia de éste último para que John Motley se ocupara de Felipe II. Véase correspondencia de Prescott a Irving en Juan A. Ortega y Medina, prólogo a William H. Prescott, *op. cit.*, pp. CI-CVIII y Harvey Gardiner, *William Hickling Prescott. A Biography*, Austin-Londres, University of Texas Press, s/f.

⁹ Para este estudio, nosotros consultamos las siguientes ediciones: *Life and Voyages of Christopher Columbus*, en tres volúmenes con una continuación que Irving colocó en su tercer volumen sobre los compañeros de Colón, edición ya citada en la introducción de este libro. *Chronicle of the Conquest of Granada* es una preciosa edición en 2 vols., Nueva York-Londres, G. P. Putnam, The Knickerbrocker Press, 1893, ilustrada. Agapida Edition.

ros desapareció la esfera de acción de los españoles, pero no la actitud belicosa ni la excitación combativa.

Así explica Irving las determinantes psico-caracteriológicas de la nación que descubrió el Nuevo Mundo, donde el entusiasmo religioso del pueblo y gobierno se conjugaron en una “perfecta unidad del objeto y armonía en la operación” como nunca antes en la historia de esta nación.¹⁰ Es aquí donde Irving enlaza esta gran hazaña con la historia de Colón pues fue en esta circunstancia que el gran proyecto del navegante fue llevado a cabo. El mismo impulso se trasladó a América junto con los marinos, conquistadores y colonizadores hispanos, a los que veremos lo mismo venciendo al indómito y desconocido mar, que blandiendo sus espadas en encuentros contra los indios, o ganando terreno en las calurosas islas del trópico antillano y caribeño, o en las heladas cúspides de los Andes. El Descubrimiento fue, entonces, la culminación de la época espléndida de la caballería española.

En esta obra en particular, más que elaborar un análisis historiográfico, pretendo mostrar mis consideraciones acerca de la interpretación del propio Irving sobre el Descubrimiento y su juicio sobre Cristóbal Colón, operación intelectual que dejó afortunadas conclusiones a más de un siglo y medio de haber sido propuesta.

La *Vida de Cristóbal Colón* fue sin duda la obra que inmortalizó a Irving. Fue publicada en Londres el 29 de julio de 1829 y de inmediato reportó gran popularidad.¹¹ Fue traducida con igual aceptación al alemán, holandés, sueco y húngaro. Prescott dijo no haber encontrado defectos en ella, aunque, naturalmente, no faltaron también sus opositores. Henry Harrisse destacó “la lamentable ausencia del por qué de los acontecimientos”, otros lo acusaron de plagio, de simple parafraseador de Fernández de Navarrete o de cursi y sentimental. Prescott, con su característica medida, sólo se limitó a contestarle a los críticos del neoyorquino que “la envidia siempre parece acompañar al mérito”.¹²

¹⁰ Washington Irving, *Chronicle of the Conquest of Granada*, vol. I, p. 313.

¹¹ En España fue una obra muy popular. Se hicieron nueve ediciones entre 1828 y 1893. La edición española de 1831 cuya traducción estuvo a cargo de José García de Villalta fue muy elogiada. Incluso, en la celebración del cuarto centenario del Descubrimiento, Menéndez Pelayo lo destacó como un libro que además de agradable y de fácil e interesante lectura, era un trabajo histórico serio, poético y de buen gusto, véase Stanley Williams, *op. cit.*, p. 56. En México, Eulalio Ortega, historiador colombino, dijo de la obra del neoyorquino: “Si Colón halló en el siglo XV el Nuevo Mundo, en cuya búsqueda había consumado la mayor parte de su vida, había encontrado en el siglo XIX al digno historiador que lo comprendiese y en espera del cual habían transcurrido tres centurias”, en Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombina del Descubrimiento desde México*, p. 24.

¹² William H. Prescott, *Historia del reinado de los Reyes Católicos Dn. Fernando y Dña. Isabel*, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig Editores, p. 356.

Vale la pena insistir que el descubrimiento de América significó para Irving una brillante epopeya moderna, donde el Almirante es el personaje central de la trama y el escenario da cabida a una nueva cruzada más notable incluso que las empresas de caballería en Tierra Santa.¹³ Sin embargo, inquieta al autor el motivo espiritual que animó a aquellos hombres y que liberó las energías hasta entonces dormidas de la nación española entera, que además la impulsó aun fuera de sus fronteras nacionales. El celo religioso aunado a las virtudes heroicas caballerescas son peculiaridades de la historia española que Irving rastrea desde la Edad Media. Mas, a diferencia de otros románticos, el norteamericano tiene una visión negativa de esta singular etapa histórica.

El Descubrimiento ocurrió precisamente en una época de transición en que los valores medievales ya no tenían razón de ser. Europa había pasado por “una larga noche de superstición monjil y falso aprendizaje”, donde se perdió tiempo y talento “en ensueños inútiles y dialectos sofisticados”.¹⁴

Pero en el siglo XVI, el conocimiento, felizmente preservado entre los árabes, retornó a Europa, que vio un renacimiento en las letras, en las ciencias y en las artes. Se “inventaría” la brújula y el astrolabio, se hablaría de mediciones, de latitudes y circunferencias. De esta manera, los hombres de la nueva época expandirían el conocimiento y el progreso del saber “no sufriría ninguna pausa en su carrera”. Nunca más, según Irving, volvería una “edad oscura”.¹⁵

De esta manera el historiador neoyorquino tuvo primeramente que analizar la situación europea de fines del siglo XV, que, podemos agregar, significaba en algunos países la transición al mundo moderno, para hacer derivar de este hecho histórico el descubrimiento de América.

Como poeta, Irving descubre América. Su imaginación literaria lo convierte en miembro de la tripulación que acompañó a Colón y, lo que es más, a través de sus vívidas descripciones, permite que el lector perciba junto con él ese “mundo” fascinante y novedoso. Como escritor romántico nos inspira con la fórmula scottiana que da valor al color local o a la descripción minuciosa y detallada del paisaje.¹⁶ Junto con Colón, Irving cree ver el escenario natural del virginal continente:

¹³ Washington Irving, *Life and Voyages...*, vol. I, p. 312.

¹⁴ *Ibid.*, p. 23.

¹⁵ *Ibid.*, p. 63.

¹⁶ El lector podrá encontrar en el libro de György Lukács, *La novela histórica*, México, Era, 1955, la influencia del escocés Walter Scott en los escritores del siglo XIX. Asimismo encontraremos que los norteamericanos aportaron elementos novedosos a la novela histórica.

Mientras [Colón] costea las playas del Nuevo Mundo, el lector participa disfrutando su descripción, en imperfecto, pero pintoresco español, de los objetos que le rodean; la suavidad de la temperatura, la pureza de la atmósfera, la fragancia del aire, lleno de humedad y dulzura, lo verde de los bosques, la magnificencia de los árboles, la grandeza de las montañas, y la limpieza y frescura de los arroyos...¹⁷

La descripción minuciosa del paisaje es un recurso estilístico necesario para el historiador que desea recrear el entorno en el que actuaron los grandes personajes de la historia. Esto se acompaña de consideraciones sobre el carácter y sentimiento de estos mismos individuos para así crear un cuadro completo, un escenario bien montado donde el lector es el espectador del drama irvingiano.

Para Irving la historia es una perfecta conjunción del hombre y su época. Como heredero de la Ilustración, considera, al igual que Voltaire, que para enjuiciar una época debe tomarse en cuenta que todo depende de la circunstancia, del tiempo y del lugar en que se ha nacido y se vive. Para el escritor norteamericano la historia se lleva a cabo, “ocurre”, por las acciones de seres que destacan sobre el resto gracias a su inteligencia y a su genialidad. Por lo mismo, Colón no debe ser medido con la misma vara con que estimaría a una persona común en circunstancias ordinarias. Insiste en que el carácter del marino genovés está ricamente compuesto de elementos extraordinarios, aunque supuestamente contradictorios.¹⁸

Aquel que pinte a un gran hombre únicamente por sus grandes y heroicos rasgos, aunque produzca un magnífico cuadro, jamás presentará un fiel retrato. Los grandes hombres son compuestos de grandes y pequeñas cualidades. Desde luego, mucho de su grandeza se debe a que se elevan por encima de las imperfecciones de su naturaleza, y sus acciones más nobles son el resultado de la coalición de sus méritos y sus defectos.¹⁹

La descripción física y moral de Colón sigue estos mismos lineamientos. Estamos en presencia de un Colón creado por la imaginación romántica de Irving; equilibrio entre la emoción y la razón, entre el ensueño fantástico y fabuloso y la exactitud científica, entre la virtud

¹⁷ Washington Irving, *Life and Voyages...*, vol. II, p. 521. El escritor romántico encontró fascinante y necesaria la recreación del paisaje. Según Edward Foster, “la identidad americana en el periodo romántico dependió mucho del escenario americano (*wilderness*) que se asoció popularmente a lo virtuoso y a lo bueno”, en *The Civilized Wilderness, Background to American Romantic Literature (1817-1860)*, p. 19. Véase también lo que Roderick Nash en su *Wilderness and the American Mind* dice al respecto, pp. 72-74.

¹⁸ Washington Irving, *Life and Voyages...*, vol. II, pp. 396 y 397.

¹⁹ *Ibid.*, vol. II, p. 516.

y la flaqueza propias de cada humano, en fin, entre un gran visionario y una mente supersticiosa. En nuestra opinión, el Colón de Irving se acerca más a un ser humano de carne y hueso con debilidades, defectos y aciertos que todos los demás héroes de la literatura norteamericana hispanista: el Cortés y la reina Isabel de William Prescott, o el Guillermo de Orange de John L. Motley, por citar algunos ejemplos, son figuras demasiado perfectas para resultar reales. Irving le dio color romántico a Colón en una obra que, repetimos, no acaba de cruzar las fronteras entre novela e historia.²⁰ Creó una nueva imagen del navegante pero, más que nada, lo dotó de universalidad y lo incorporó a la historia norteamericana. El *Colón* de Irving nos resulta una calca de su propio autor; refleja sus concepciones personales sobre la justicia, la moral, la rectitud, la verdad, la espiritualidad, el esfuerzo, la ambición, la nobleza y el ingenio.

Irving se esfuerza por penetrar en la excepcional vida del genovés, dentro, a su vez, del marco de la única y singular experiencia histórica de la nación española. Lleva consigo de la mano al lector para que éste pueda formarse también “una idea exacta” del carácter de este formidable marino y de la gran proeza que llevó a cabo, sin condenarlo prematuramente por sus errores. Como su defensor atribuye sus faltas no al carácter de éste, sino a las ideas dominantes de aquellos tiempos. “Debemos transportarnos a la época —insiste el escritor— e identificarnos con Colón, que se arrojó temerariamente a los mares donde ninguna otra vela civilizada había sido antes desplegada”.²¹

Aun en el terreno espiritual, Irving consideraba la existencia de un “claroscuro” en torno a esta figura. Esto se muestra en el caso de la religiosidad del navegante, la cual le parecía al autor sobria, digna y benigna, sin embargo opinaba que “no se puede negar que su piedad estaba mezclada de superstición y oscurecida por el fanatismo de la época”.²² Aun este rasgo lo disculpa Irving, así como la supuesta avidez de riqueza por parte del Almirante, pero lo exonera al atribuirle a otros la “culpa”. Colón —piensa— “fue agujoneado por la impaciencia mercenaria de la Corona y [forzado] por la burla de sus enemigos ante los resultados poco lucrativos de su empresa”.²³ El interés por esclavizar a los naturales que observó el genovés es el yerro más notable que

²⁰ En palabras de Stanley Williams, “el Colón de Irving proporcionó envoltura corpórea al tenue fantasma de la leyenda relativa al descubridor”, en *op. cit.*, vol. II, p. 208.

²¹ *Ibid.*, vol. I, p. 415.

²² Washington Irving, *Life and Voyages...*, vol. II, p. 522.

²³ *Ibid.*, vol. II, p. 523.

le encuentra su biógrafo e historiador. En este sentido dice “no es mi intención justificar a Colón en un punto donde es inexcusable su error. Que quede como una mancha en su ilustre nombre y que otros deriven de esto una lección”.²⁴

Podemos concluir hasta aquí que para Washington Irving el perfil moral de Colón pone de relieve y resalta el elevado carácter de su hazaña y le da valor histórico así como justificación plena al Descubrimiento. Él pensaba que:

Los grandes principios del bien y del mal operan del mismo modo entre naciones que entre individuos; una conducta moderada y abierta, una fe inquebrantable, aunque parezcan adversas a un propósito, son el único tipo de política que asegurarán un éxito honorable y duradero.²⁵

Colón, nos recuerda el romántico erudito, estaba exento de vicios y defectos graves. Su mente vivaz se alzaba por encima de la del resto de los mortales, y sus fines rebasaban las metas egoístas y mercenarias de otros contemporáneos. Colón no fue un aventurero, su deseo no era explotar el continente irracionalmente, ni maltratar a los nativos; su gran objetivo fue “civilizarlo y cultivarlo”.²⁶

El sistema impuesto por Colón debe haber sido sobrellevado con dificultad por los indios... nacido y criado en una pesada libertad, pero jamás fue cruel ni sanguinario. No infligió masacres licenciosamente ni castigo vengativamente [a éstos]. Su deseo era estimar y civilizar a los indios y hacer de ellos útiles súbditos, no oprimirlos, perseguirlos y destruirlos.²⁷

Si bien Colón recomendó la sujeción de los nativos, “mientras tuvo el Almirante control sobre las acciones de su gente, los indios fueron tratados con justicia y amabilidad, y todo se llevó a cabo amistosamente”.²⁸

También como Cotton Mather, toda proporción guardada, Irving considera que Colón fue un hombre que ejerció un efecto amplio en los asuntos de la humanidad.²⁹ La historia parece cumplir una vez más un supuesto objetivo que es lograr el bien común, o mejor sería decir, siguiendo un viejo parámetro ilustrado, alcanzar la felicidad general.

²⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 523.

²⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 307.

²⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. 67, 141, 286 y vol. II, p. 519.

²⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 480.

²⁸ *Ibid.*, vol. II, p. 361.

²⁹ *Ibid.*, vol. I, p. 22.

Nuevamente resalta la tesis de que el Descubrimiento respondió a un impulso racional con el sentido moral de ser una dispensa preparatoria de la historia para revelar el Nuevo Mundo al orbe entero, que hasta entonces lo desconocía.

Cristóbal Colón es el héroe novelesco o el personaje central de esta épica moderna. El gran crítico húngaro György Lukács reconoció este rasgo en los escritores influidos, como Irving, por Walter Scott. Según palabras de Hegel que recapitula el propio Lukács, los héroes de la epopeya resultan ser por lo general “individuos totales que comprenden en sí brillantemente lo que generalmente se halla separado y diseminado en el carácter nacional, y que en ello se mantienen como caracteres grandes, libres y humanamente hermosos”.³⁰ Este es, en suma, el Colón de Irving, creado a imagen y semejanza del autor, y que responde a sus valores y a su ideal personal. Mas pasemos ahora a preguntarle a nuestro autor ¿por qué lo considera el descubridor de América?

Si bien Colón murió con la idea de que había llegado a Asia, no obstante Irving se esfuerza por probar en su relato histórico novelesco, que Colón es de hecho el descubridor “del Nuevo Mundo”. El argumento podría resultar para nosotros históricamente insatisfactorio pues se fundamenta en que el genovés vio una lucecita la noche anterior al doce de octubre, y a la mañana siguiente, Rodrigo de Triana, el vigía, confirmó que el fenómeno físico se trataba, efectivamente, de tierra. Colón fue, pues, el *primer* europeo que en realidad vio una porción de aquel enorme continente, aunque permaneció tiempo después en el supuesto de que había encontrado la ruta de las especias.³¹ No muy conforme tal vez con su propia explicación objetiva del hecho, Irving añade que Colón debía llevar el mérito de descubridor por que *intuyó* la presencia continental americana, aunque durante su vida no alcanzó a conocer su verdadero significado.

Su “sexto sentido” fue producto de su inclinación hacia las actividades marítimas. Mostraba además una irresistible pasión por los estudios geográficos y lo guiaba una fuerte “propensión náutica”. Colón tenía un espíritu visionario, era una curiosa mezcla de poeta y de hombre pragmático. Su genio era penetrante, “buscaba en fuentes profundas para alimentar sus meditaciones”, y con estos elementos llegó a conclusiones superiores a las visiones intelectuales de sus contemporáneos.³² Era, pues, un hombre culto, letrado, “cuyo gran proyecto de Descubrimiento se forjó por los arduos trabajos de su mente vigorosa”. En

³⁰ György Lukács, *op. cit.*, p. 36.

³¹ Washington Irving, *Life and Voyages...*, vol. I, p. 161.

³² *Ibid.*, vol. I, pp. 22, 46 y vol. II, p. 517.

suma, Irving se propone mostrar cómo Colón se acercó gradualmente a su gran designio gracias a su carácter y a su disposición para aprovechar el renacer de las letras y de la ciencia en la época en que le tocó vivir.

Mi finalidad es [dice Irving], rastrear el ascenso y progreso de esta gran idea [Descubrimiento] en la mente de Colón; mostrar que era la concepción de su genio, acelerada por el impulso de la época, y auxiliada por aquellos dispersos destellos de conocimiento, que se pierden ineficazmente en mentes ordinarias.³³

Colón es el héroe del drama irvingniano; pero su genio se debe a su inteligencia más que a otras cualidades personales. Era un hombre “de temperamento fuerte y natural”, que a pesar de las privaciones y obstáculos, supo enfrentar y vencer las dificultades que se le presentaron durante toda su vida. Irving nos presenta a un gran hombre, de elevados y nobles sentimientos, un ser humano ingenioso y plausible. Encuentra que su personaje es un hombre de transición de la Edad Media al mundo moderno, cuyo carácter era el de un soldado de las cruzadas, con un profundo sentimiento religioso, que cuando se alejaba de lo supersticioso, era sublime y elevado. Creía ser un elegido de Dios para cumplir con propósitos grandiosos y su celo entusiasta lo llevó a considerar como empresa factible y necesaria la liberación cristiana del Santo Sepulcro. Como hombre moderno, Colón reflejaba el interés por la ciencia, era un navegante experto y un astrónomo profundo. Para Irving, Colón era un instrumento de la historia, su vida era lección para las generaciones, un ejemplo de lo que el genio humano y el espíritu de empresa podían lograr.³⁴

Una vez analizado el carácter del descubridor, nos será más accesible, aunque no por ello más simple, comprender la tesis de Irving respecto al Descubrimiento. Si Colón intuía la existencia de un “Nuevo Mundo”, claro está que en los planteamientos de nuestro autor neoyorquino el ente llamado “América” aparecerá inmerso en una falsa concepción filosófica apriorística. En otras palabras, dentro de la metodología de Irving, el continente será un objeto físico que existirá previamente al viaje colombino, con todos los atributos y accidentes con que se dotará después de 1507, en que se acepta plenamente que es un Nuevo Mundo y que lleva el nombre de América.

Irving asegura que Colón tuvo que rogar de corte en corte, para obtener ayuda “para el Descubrimiento de un mundo”.³⁵ Si por “mundo”

³³ *Ibid.*, vol. I, p. 56.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*, vol. I, p. 72.

Irving hubiera entendido “Asia”, entonces no sería necesario ahondar más en este problema filosófico, pues Colón resultaría ser efectivamente redescubridor del continente asiático, que se proponía encontrar antes de salir del puerto de Palos el 3 de agosto de 1492. Pero no es así. Para Irving, independientemente del objetivo geográfico del navegante, el 12 de octubre de 1492 ocurrió “el primer desembarque de Colón en el Nuevo Mundo”, entendiéndose con ello este hemisferio y, pues, Colón “reveló” un gran misterio del océano, “estableció triunfante su teoría” y lo que es más, “aseguró para sí una gloria más durable que el mundo mismo”.³⁶ No conforme aún con otorgarle a Colón los laureles máximos de descubridor, todavía imagina, como buen poeta, pero no como buen historiador, qué hubiera pasado si Colón hubiera tocado en alguno de sus viajes la costa de Yucatán. Entonces, no sólo hubiera sido nombrado Almirante de la Mar Oceánica sino también, muy probablemente, conquistador de México!³⁷

Como podrá apreciarse Irving otorga al Descubrimiento valor en sí mismo. No importa cómo se llegó, lo trascendente es que, con el tiempo, América, “este dorado y glorioso mundo”, ofrecería a los europeos “un campo para realizar empresas románticas”; daría un cúmulo de beneficios materiales y morales, tales como la posibilidad de ascender socialmente y dar trabajo a quienes buscaran sobresalir por encima de su condición. A largo plazo, este sería un escenario para empresas gloriosas, donde la vida civilizada ganaría terreno a las regiones bárbaras e incultivadas. Los descubrimientos, además “ilustraron la ignorancia de la época, guiaron las conjeturas a la certeza, e hicieron desaparecer el oscurantismo con el que [Colón] estuvo obligado a luchar”.³⁸

Es sorprendente y muy interesante la adopción que hace Irving del modelo ilustrado, que alienta la idea de progreso. Los escritores románticos defienden casi por lo general un ideal moral que condena el avance egoísta de la aplastante máquina civilizadora occidental en detrimento de la naturaleza y de los valores de las sociedades rurales destruidas a su paso. Empero, Irving no hace sino traslucir las virtudes

³⁶ *Ibid.*, vol. I, pp. 162 y 163.

³⁷ *Ibid.*, vol. I, p. 276. Agregamos la cita textual: “También puede haber insinuado la vecindad del continente, o haberse parado en la costa de Florida, o haber sido empujado por la corriente del Golfo, o al continuar a través de Cuba, donde [ésta] se dobla hacia el suroeste, haberse encontrado con la costa opuesta a Yucatán y realizar así una anticipada esperanza de convertirse en el descubridor de México. Fue suficiente gloria para Colón, sin embargo, haber descubierto un nuevo mundo. Sus regiones más áureas estaban reservadas para dar esplendor a subsecuentes empresas” (vol. I, p. 200).

³⁸ Washington Irving, *ibid.*, vol. I, pp. 311, 370 y vol. II, p. 517.

defendidas por la ascendente burguesía norteamericana, de la que él formaba parte. Refleja, asimismo, el concepto entonces vigente del hoy trasnochado “American Dream”, donde este gigantesco territorio se presentaba como el gran escenario para llevar a cabo exitosamente cualquier proyecto, por descabellado que pareciera.³⁹

Todo historiador supone que una interpretación del pasado debe hacerse desde las tendencias del presente. Empero, en ocasiones vemos a Irving esforzarse por interpretar el Descubrimiento sin perder de vista lo que Colón y los hombres de su tiempo tenían como verdades indiscutibles; a saber, que sólo había tres continentes y que si se navegaba hacia occidente se llegaría a la India, a Catay y a Cipango y no a otro lugar, por que sencillamente “otro lugar” no cabía en la concepción cristiana europea del siglo XV.

Para Colón, llegar al Quersoneso Áureo y a la costa este de Asia significaba haber triunfado en su magna empresa; el gran objetivo era llegar a alguna ciudad opulenta del Este para establecer relaciones comerciales y llevar rica mercancía a Europa “como trofeo de sus descubrimientos”. Quería también expandir la luz de la revelación a los confines del mundo, y pues, “ser el instrumento para lograr una de las grandes predicciones de las Escrituras”.⁴⁰ Como veremos a continuación, saltan de pronto, en la obra que ahora nos ocupa, criterios prehistoricistas como el siguiente: “Animado por las placenteras ilu-

³⁹ El lector puede notar que Irving es un erudito ilustrado que sigue algunos lineamientos de la escuela científico-idealista al mismo tiempo que muestra un humanismo romántico gracias al cual analiza como ningún otro de sus contemporáneos, exceptuando, quizá, a James Fenimore Cooper, la tragedia que trajo consigo la llegada de los europeos para la sociedad indígena, la gran perdedora frente al avance avasallador de la sociedad occidental. Irving sostendrá, como veremos en los siguientes capítulos, una imagen idílica del indio, una del bueno y noble salvaje.

⁴⁰ Washington Irving, *Life and Voyages...*, vol. I, pp. 120 y 197. Para algunos autores norteamericanos (Prescott, Bancroft), tan sólo este impulso inclinado al progreso será suficiente justificación para exaltar la empresa colombina, independientemente de las crueldades cometidas hacia los nativos. El fundamento moral será el proyecto cristianizador que ocupaba la primera atención de Colón y del gobierno castellano, que significaba, bien que mal, un avance hacia un estadio superior de la civilización. Empero, hay autores contemporáneos que en su afán por desprestigiar la hazaña hispánica niegan hasta ese mérito del genovés y lo critican como un aventurero más que introdujo la esclavitud negra en América y no detuvo la masacre indiana en las islas. Por citar un ejemplo entre los más recientes está el libro del historiador Francis Jennings que niega la existencia de un sincero deseo entre los españoles por propagar la fe cristiana: “si la misión religiosa figuró como un motivo ya sea de Colón o de sus reales patrocinadores, ésta no aparece en sus acuerdos. Los artículos del 17 de abril de 1492 hablan de mercancías, bienes y comerciantes, de tráfico y negocio, de octavos y diezmos para ser acordados. No hay mención alguna de obligación evangelizadora como una condición para [fijar] los títulos y poderes de Colón que se le otorgaron dos semanas después. Su función fue encontrar riqueza...” (*The Invasion of America*, Nueva York, W. W. Norton, 1975, p. 34).

siones de su ardiente imaginación, Colón prosiguió con su viaje, con una brisa favorable, a lo largo del supuesto continente asiático”.⁴¹

Si seguimos este criterio histórico, aceptaremos plenamente que, en efecto, las naos españolas se encontraban navegando en los mares de Asia. Los marinos así lo creían; esa era la verdad de aquel tiempo, y como en cada época, la verdad siempre es relativa a la circunstancia histórica. Irving aceptó que “nadie en realidad percibió la verdadera importancia del Descubrimiento. Nadie tuvo idea de que esta era una porción totalmente distinta del globo, separada por el Océano del Viejo Mundo”.⁴²

La extraordinaria imaginación de Colón lo llevó sin saberlo a América, mas paradójicamente esto mismo lo apartó también de ella, al no poder apreciarla como el continente desconocido que era. El navegante siguió a pie juntillas las reglas de Marco Polo y su fantasía quimérica lo acercó más a la búsqueda del Paraíso, de las Amazonas y de las melodiosas sirenas que a vislumbrar la verdadera magnitud del continente que tenía frente a sus ojos. Para Irving algunas conclusiones de Colón fueron erradas, pero también mostraron ser “espléndidas e ingeniosas y resultaron de los nubarrones de la equivocación que aún ocultaban su empresa”.⁴³

Tenemos ante nosotros el verdadero esfuerzo de un historiador norteamericano por comprender la hazaña colombina y con ella la historia hispánica en su totalidad. Empero, parece que Irving nos ha guiado por el sinuoso camino de un doble criterio: por un lado, cree que Colón es el descubridor de América porque intuyó la presencia del continente y fue de hecho quien primero que nadie posó la vista sobre él; mas frente a este concepto que otorga nulo valor a la intención original del genovés se alza otra idea, más débil y tenue que la primera, pero igualmente expresada en la obra que nos ocupa, y es la que se refiere a que Colón descubrió los bordes orientales de Asia y que esto era para él el “Nuevo Mundo”.⁴⁴ Sin embargo, nos quedaría esta duda: ¿Cómo, entonces, vista la contradicción, pudo ser Cristóbal Colón quien ostentara el título de Descubridor del Nuevo Mundo, entendiéndose como

41 Washington Irving, *Life and Voyages...*, vol. I, p. 433.

42 *Ibid.*, vol. I, p. 289.

43 *Ibid.*, vol. II, p. 517.

44 El historiador mexicano Edmundo O’Gorman analiza detalladamente la obra de Irving y nos regala su propia interpretación al respecto en su erudita obra *La idea del descubrimiento de América*. Para él, el escritor neoyorquino representa la culminación de un lento proceso de desintegración de la historiografía colombina antigua, que se orienta a partir de entonces a explicar el hecho a partir del objetivo asiático. Siendo así, Colón llegó a América por casualidad, explica O’Gorman, y esta será la tesis vigente hasta nuestros días. Véase *op. cit.*, pp. 221-235.

tal América? Ha llegado el momento de que el lector escape conmigo del laberinto conceptual en el que la obra nos ha metido, para ver la luz en la explicación providencialista, una vez más, por cierto, providencial y teleológica que el autor propone.

Ya apreciamos cómo en la concepción irvingniana la Historia utiliza como instrumentos a ciertos seres humanos que destacan por encima de los demás. Pero existe también en la mentalidad romántico-ilustrada de nuestro poeta un Dios que mueve racionalmente a la Historia con un fin lógico y moral.

Es maravilloso cómo los destinos de las naciones dependen en momentos de las virtudes de individuos y cómo esto es dado a grandes espíritus que conviven, exciten y dirigen las energías latentes de un pueblo y plasman esto a su propia grandeza... [son] ángeles guardianes enviados por el Cielo.⁴⁵

Irving no se alejó del deísmo de sus antecesores ilustrados y supuso la existencia de un ser superior cuya voluntad era racional y absoluta. Pero en este sentido se acercó mucho más al concepto calvinista de predestinación, en la cual unos cuantos son elegidos por Dios para la eterna salvación y para el cumplimiento de sus designios especiales, mientras otros, la gran mayoría, son abandonados por la gracia divina y se alejan del llamado celestial. En las obras analizadas, los elegidos por la Historia-Dios son Isabel de Castilla y Colón.⁴⁶

El momento en que Colón buscaba fortuna en la corte de España coincidió con la etapa “romántica y estimulante” de mayor grandeza de la monarquía (Reyes Católicos). Isabel de Castilla “uno de los más puros y hermosos caracteres en las páginas de la historia”, una mujer a quien Irving describe física y espiritualmente con gran detalle y artística destreza, ocupa un primerísimo lugar en las páginas de nuestro autor por haber sido, entre otras cosas, la patrona del viaje colombino y, pues, otro de los grandes símbolos en esta historia del descubrimiento del Nuevo Mundo. Ambas figuras se unen milagrosamente en el drama irvingniano para revelar un continente que, aunque permanecería ignorado algún tiempo más, finalmente se mostraría a la humanidad entera

⁴⁵ Washington Irving, *Life and Voyages...*, vol. I, p. 80.

⁴⁶ Existe un marcado desprecio en la historiografía norteamericana hacia Fernando de Aragón. Irving particularmente lo pinta como una figura negativa, un hombre frío y calculador, egoísta y ambicioso, aunque como un gran político. En general, los autores que ahora analizamos dan todo el crédito a Isabel como la hacedora de un imperio y ningún elogio a Fernando. Véase Washington Irving, *Chronicle of the Conquest of Granada*, vol. I, p. 17 y *Life and Voyages...*, vol. I, p. 77.

en toda su magnitud, para ser donador de beneficios para las generaciones futuras.

La recaída teológica de nuestro Irving no le impide, sin embargo, sacar a colación el nombre de los Caboto, cuyo mero topar físico con el continente antes que otro europeo los hace también descubridores legítimos del Nuevo Mundo, en su parte continental. “Los ingleses —dice el autor— ya habían descubierto el continente de Norteamérica (24 de junio de 1497); este fue el primer Descubrimiento de tierra firme americana”.⁴⁷ Ningún escritor, historiador, literato o filósofo anglosajón parece pasar por alto este suceso, bien enraizado en los rincones eruditos y académicos de los especialistas sobre la historia marítima de esa nación.

Hemos llegado al final de nuestro análisis sobre la idea que tuvo Washington Irving acerca del descubrimiento de América y del papel que Cristóbal Colón jugó en este hecho notable. Debemos, sin embargo, dar ahora oportunidad para que se analicen unas últimas consideraciones sobre la tesis de Irving. Decir que estuvo equivocado al proponer la tesis de Colón como descubridor de América, independientemente de la idea que éste defendía, y que sostuvo hasta el fin de sus días, es caer nosotros en el error de incomprensión histórica y falta de perspectivismo temporal. Quizá lo más que pudiéramos decir es que nuestro autor fluctuó entre dos verdades: la suya, producto de su tiempo, y la nuestra, la que pensamos que se acomoda más a las últimas interpretaciones de nuestro siglo.

El filósofo alemán Ludwig Marcuse analiza en su obra *Filosofía americana* la relación existente entre los norteamericanos y el estudio de su pasado. Entiende que en esta nación, a la que también él denomina genéricamente como “América”, “hay poca historia que recuerde lo de antaño, y la que hay, llega muy poco lejos”; y agrega que, como en este país la vida está dominada por la técnica, para la cual no cuentan los antepasados, “no existe realmente motivo para sentirse ligado a lo que ya pasó”. A continuación, como si Marcuse adivinara lo que el lector, después de conocer a Irving, pudiera contestar al respecto, dedica las siguientes líneas al romántico escritor que en su opinión, no fue motivado por un interés verdadero, ahondar en su propio pasado, sino que fue encantado por “un mortecino destello de la nostalgia europea por el tiempo ido”.⁴⁸

Para nosotros, la diferencia establecida por Marcuse resulta poco convincente. Creemos que la historia de Colón y del Descubrimiento

⁴⁷ Washington Irving, *Life and Voyages...*, vol. III, p. 31.

⁴⁸ Ludwig Marcuse, *Filosofía americana*, Madrid, Editorial Guadarrama, 1969, p. 178.

responde a una inquietud que arrastró a Irving por el sendero de la explicitación histórica del continente del que él formaba parte. Necesariamente al llegar a la colonización europea, tenía que rescatar antes para comprenderla el tema del Descubrimiento. Colón fue, pues, el punto de partida para estudiar la historia de América. Ahora bien, para entender la hazaña colombina había que ir aún más atrás en el tiempo para llegar a la historia de España de finales de la Edad Media y poder de esta manera conocer el carácter de la nación que llevó a cabo la magna empresa develadora.

No conforme con agotar el estudio sobre Colón, Irving se propuso historiar sobre los posteriores descubrimientos de quienes sucedieron a Colón como exploradores: Pizarro, Ovando, Balboa (descritos con lujo de detalle en su libro *Compañeros de Colón*). También logró trazar el cuadro completo en torno al Descubrimiento. Concluyó que aunque todas estas aventuras eran magníficas, ninguna se comparaba con el primer viaje del genovés⁴⁹ y agregó que

bien hubiera resultado a España si quienes siguieron las huellas de Colón hubieran tenido su cuerda política y su visión liberal. El Nuevo Mundo, en ese caso, hubiera sido colonizado por pacíficos colonos y civilizado por legisladores ilustrados; en vez de haber sido infestado por aventureros desesperados y desolado por conquistadores avariciosos.⁵⁰

Este romántico historiador y poeta se interesó en la temática hispánica en la medida en que ésta se enlazaba con la historia de América; es decir, la suya propia constitutiva. Irving no sólo interpretó sentimental y espiritualmente la hazaña colombina; sino que de paso plasmó en sus obras un concepto personal de América, que respondió a su metodología y a su circunstancia vital. Este no era ya el continente demoníaco, caótico e inhumano que formaba parte de la conceptualización puritana angloamericana. Era, para Irving, “un mundo glorioso”, “un nuevo continente igual al viejo mundo en magnitud” y, naturalmente, debemos suponer que tal analogía nada tenía que ver con el aspecto geográfico de ambos hemisferios.⁵¹

⁴⁹ “The most momentous of all maritime enterprises”, en Washington Irving, *Life and Voyages...*, vol I, p. 274.

⁵⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 520. La empresa que en opinión de Irving sigue a la de Colón es la de Vasco Núñez de Balboa. El descubrimiento del Océano Pacífico desde el Istmo de Darién fue “uno de los más sublimes descubrimientos que se han hecho en el Nuevo Mundo” (vol. III, p. 170).

⁵¹ *Ibid.*, vol. I, p. 525. Un estudio sobre el “americanismo” de Irving puede encontrarse en la obra de Albert V. Frank, *The Sacred Game: Provincialism and Frontier Consciousness in American Literature (1680-1860)*.

Washington Irving sintió el compromiso personal de rastrear las raíces de su propia historia mediante el estudio de la extranjera. Finalmente, creemos que fructificó el esfuerzo por orientar a sus compatriotas a través del puente comprensivo hispánico y logró en su intento que sus lectores cruzaran sanos y salvos el Leteo del olvido y de la incompreensión, de los prejuicios, del estereotipo negativo y condenatorio con que la conciencia anglosajona había juzgado al mundo español y a sus herederos culturales hispano-americanos.

2. James Fenimore Cooper: La novela histórica colombina

Cristóbal Colón fue uno de los personajes más populares para el historiador y el novelista romántico en los Estados Unidos. Por lo menos las dos figuras representativas de aquel movimiento que se impuso en Norteamérica de 1800 a 1850 recurrieron a los méritos de Colón y a su impresionante viaje atlántico para tratarlos como tema literario o reconstruirlos históricamente. Tal es el caso de Washington Irving a quien dejamos atrás en el apartado anterior y que en nuestra opinión logró distinguirse por su trabajo de "historia novelada" sobre la empresa colombina más que ningún otro estadounidense de su tiempo. Empero, no es el único; de hecho, un contemporáneo suyo, James Fenimore Cooper (1789-1851), también popular escritor de novelas de aventuras, siguió el mismo tema. El fruto de su esfuerzo fue una franca creación literaria más que un trabajo histórico propiamente dicho. Advertimos esto porque resulta relativamente sencillo comparar ambas obras, la de Irving y la de Cooper. Mientras la del primero trata de apearse al relato detallado de los hechos, con una base documental como apoyo y la objetividad en mente, aunque su formación literaria y poética se haga presente constantemente; la del segundo, al igual que en otras de sus obras más famosas, toma como fundamento hechos y personajes reales, pero prevalecen la imaginación y la construcción idealizada de una supuesta realidad sobre el relato estrictamente histórico.

Incluyo la obra colombina de Cooper porque la poesía contribuye sustancialmente a decir la verdad del hombre, pues, como decía Aristóteles, logra captar el espíritu y ahondar en el carácter y en el alma humana. Considero, por tanto, que estos recursos son muy útiles para el historiador y poseen un interés especial ya que abren panoramas nuevos, ricos e importantes para la comprensión del pasado. Emprendamos, entonces, el análisis del texto.

Para el crítico literario György Lukács, de filiación marxista, Walter Scott tuvo un digno sucesor en Norteamérica que adoptó ciertos prin-

cipios de la temática y método de composición del escocés llevándolos en ocasiones aún más lejos. Este hombre fue James Fenimore Cooper.⁵² El escritor de Nueva Jersey utilizó los modelos románticos más característicos: la lucha de contrarios, el valor descriptivo del paisaje, la presencia de un héroe sin errores, valeroso e inteligente, el melodrama, diálogos pomposos, la recreación de una hazaña portentosa, la ambientación colorida, las circunstancias adversas, la exaltación de los sentimientos, etcétera. La novela que ahora nos ocupa no carece de ninguno de estos elementos y el manejo que logra Cooper de ellos permite —en opinión de Lukács— que su obra adquiera “una enorme y amplia perspectiva histórica”.⁵³

El tratado de Cooper que se refiere a Colón es poco conocido; generalmente no aparece citado en los libros generales de literatura norteamericana, tal vez por considerarse de inferior envergadura prosística respecto a sus grandes obras de aventuras como *El último mohicano* o el ciclo de los *Leatherstocking Tales* que le valieron gran fama internacional. El referido a Colón lleva por título el de *Mercedes of Castile*,⁵⁴ simbólica denominación con la que el autor transmite un sentido recto y otro figurado. Antes de abrir las primeras páginas, uno supone que encontrará la relación de las concesiones dadas por el reino de Castilla al navegante genovés, pero al avanzar en la lectura aparece un personaje femenino con el nombre de Mercedes de Valverde, figura esta que Cooper convirtió en la heroína y a la que dotó de toda la carga ética y moral para servir como modelo en la obra. Es, pues, un título alegórico que el lector sólo puede descubrir e interpretar al inmiscuirse en la trama aventurera.

El autor norteamericano se inspiró en el primer viaje que realizó Cristóbal Colón hacia las Indias (1492-93), empresa que considera “la hazaña marinera más grandiosa que el mundo ha presenciado”.⁵⁵ Este fue un tema idóneo para ser explotado como relato de aventuras y sirvió como escenario real para dar entrada al juego de acciones de personajes imaginarios. Es una auténtica epopeya que se centra en las vicisitudes de un héroe valeroso, producto de la invención literaria de Cooper. Se trata de un noble castellano llamado Don Luis de Bobadilla, Conde de Llera, que es un joven despreocupado, un inquieto caballero

⁵² György Lukács, *op. cit.*, p. 72.

⁵³ *Ibid.*

⁵⁴ El libro ha perdido las páginas de registro de lugar de edición y fecha. Por la producción de Cooper, puede haber sido realizado entre 1821 y 1851. Se encuentra en una colección especial en la Universidad de California en Los Ángeles, Estados Unidos de América (UCLA).

⁵⁵ James Fenimore Cooper, *Mercedes of Castile*, p. 422.

cuyas únicas aspiraciones eran el ejercicio de las armas, la conquista del botín en una heroica cruzada y el amor a su dama, Mercedes de Castilla, protegida de la reina Isabel y dotada con todas las virtudes propias de una doncella de alto rango en aquel tiempo: devota católica, discreta, tímida, bella, inteligente y de modales finísimos. Mercedes convence a su amor, Luis, de que la única forma de probar que no es un soldado mercenario sin escrúpulos es seguir a Colón a pesar de lo descabellado de su proyecto para tocar tierra asiática abriendo una nueva ruta atlántica. Para esto, la joven castellana se sostiene en que la del genovés es una empresa divina y Colón un elegido por la Providencia para encumbrar al reino de Castilla y derramar la dicha sobre todos los españoles que han sido señalados por la mano de Dios tal y como lo prueba la reciente conquista de Granada.

A pesar de los argumentos de su amada, Luis considera a Colón un loco por creer que la tierra es esférica y que se puede navegar sin caer al precipicio —visión medieval popular— pero cuando el joven conde conoce personalmente al marino genovés, queda impresionado por su digna presencia y sus elevados planes y se convence de que no es un simple soñador, sino un visionario a quien le están reservados grandes designios. Así, se embarca como su hombre de confianza y secretario personal, cercanía que le permite conocer durante todo el trayecto los sentimientos, la capacidad y conocimientos de Colón, así como su imponente personalidad para enfrentar con aplomo todos los peligros de la expedición. Esta sería a grandes rasgos la trama central del libro que se desarrolla en diferentes escenarios que van desde la corte trashumante de los Reyes Católicos, las carabelas que transportan a los valientes marinos por el Atlántico, la Hispaniola y Cuba hasta Haití. Hay, como en toda novela de Cooper, encuentros constantes con el peligro, hazañas heroicas y proezas del héroe; no falta la dama en peligro y el rescate glorioso.

Antes de introducir a Colón, Cooper dedica tres capítulos a los antecedentes históricos que precedieron a la empresa marítima de 1492. A vuelo de pájaro describe el matrimonio de Fernando e Isabel con la consiguiente unión de los dos reinos más importantes, relata brevemente la conquista de Granada y la fundación de Santa Fe. Una vez situado el marco general, el autor norteamericano da pie al relato novelesco. La parte más importante de esta épica singular es —como expusimos— el viaje atlántico y las aventuras derivadas de éste. Cooper era un profundo conocedor del mar y de sus peligros pues gran parte de su vida la dedicó a la fuerza naval norteamericana. Su experiencia marítima viajera, unida a una formación náutica de primer orden,

le permitieron comprender muy bien lo portentoso de aquella travesía comandada por el gran navegante genovés. Para él, la importancia de la hazaña colombina radicaba no en haber llegado a América (nombre que sólo en contadas ocasiones aparece, excepto cuando Cooper hace referencia a su propio país), sino en haber cruzado el Atlántico por primera vez, con los recursos y la técnica de entonces. Fue este un viaje extraordinario, “el más grande de los eventos” dentro de la historia de la navegación y uno de los más trascendentes para la civilización occidental. Como solemos hacerlo en nuestros días, Cooper comparó la travesía de Colón rumbo a las Indias con un viaje espacial, cuando en el siglo XIX éstos eran inimaginables, dado el peligro y la ignorancia a lo desconocido, amén de estar consideradas las posibles eventualidades, que ambas aventuras pudieran presentar.⁵⁶

A lo largo de la obra existe una consistencia de ideas que Cooper jamás traiciona; en ningún momento aparece que Colón descubrió América o un Nuevo Mundo; ni siquiera se hace mención del continente. Colón emprendió un viaje para descubrir el extremo oriental de Asia, Catay y Cipango; a Asia llegó y de Asia volvió a levantar las velas rumbo a España. En otras palabras, Cooper toma en consideración el objetivo asiático del navegante y su interpretación sobre el Descubrimiento es congruente con este planteamiento hasta el final de la novela. Para Cooper ni por un instante Colón es descubridor casual, accidental o ciego de América; su viaje, al que define como “la aventura más grandiosa de los tiempos modernos”⁵⁷ es loable no por el sitio que tocó sino por la empresa en sí misma. Advierte además con gran maestría poética, que debe tomarse en consideración el hecho de que eran tres pequeñas naves con menos de lo necesario para una travesía tan larga y peligrosa; que contaba con una tripulación desconfiada y descontenta así como con instrumentos atrasados en comparación con la época en que él escribe.

Al finalizar la novela y tras conocer la personalidad de Colón, podemos concluir que para Cooper el viaje trasatlántico fue el más trascendente por los fines nobles con los que fue concebido (la fe inquebrantable de Colón, la energía y la perseverancia humana requeridas y el deseo vehemente de la reina para convertir a los paganos), por la constancia de propósitos y la devoción que se necesitaron para lograr llevar la empresa a cabo y por la magnificencia de las consecuencias que siguieron a su éxito.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 218.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 135.

En el trabajo de Cooper va implícita una recreación de la época; como lo vimos expuesto por Irving desde un punto de vista más histórico, se detalla la transición del reino del feudalismo a la edad moderna. Cooper logra transmitir esta noción a través del diálogo que entablan sus personajes. Cada uno de ellos expresa antagonismos de ideas, caracteres y mentalidades. Isabel, la soberana, es firme y delicada a la vez, magnánima y justa, singularmente bella y graciosa, modesta y sincera. Fernando es adusto y rígido, político e interesado, astuto y hábil. Para Cooper “la Providencia parecía conducir a la piadosa Isabel” y el descubrimiento merece ser totalmente la gloria de Castilla y de la reina. No faltan las moralejas como en toda obra romántica; en este caso el autor estadounidense se hace partícipe de la misma opinión de todos sus colegas al criticar el maquiavelismo del rey de Aragón y plantear que el príncipe gobierna para los súbditos —como Isabel sabiamente lo consiguió— no para sus fines personales.⁵⁸ El novelista estadounidense considera que Fernando fue uno de los principales obstáculos para la pronta realización del viaje colombino, junto con otros determinantes como la carencia de recursos al estar exhausto el tesoro y por los gastos ocasionados por la guerra contra los moros.⁵⁹ El rey estaba más interesado en las cuestiones europeas y motivos políticos de ensanchar el reino que en aspectos religiosos o científicos; a diferencia de la reina a la que Cooper heroiza entre otras cosas por haber dado sus joyas desinteresadamente por una causa incierta y riesgosa.

Otro ejemplo de fines y personajes encontrados es el mismo Colón, promotor de las ideas más novedosas de aquel tiempo, en contraste con la junta de eclesiásticos encargados de deliberar la viabilidad de la empresa marítima. El gran navegante será el portavoz de la ciencia y la técnica encaminadas a abrir las puertas de la modernidad; en oposición a los planteamientos tradicionales derivados de una falsa interpretación de las Escrituras y de las autoridades canónicas. En suma, la novela está plagada de signos y símbolos significativos; se exaltan los valores que van a dar origen a la modernidad (ciencia, descubrimientos, apertura, tolerancia) y se condenan los elementos tradicionales misoneístas (rígidas costumbres conventuales, intolerancia clerical, obstáculos al libre examen, ideales caballerescos).

Para Cooper es loable esa generación de hombres de mar, tanto portugueses como italianos que eran sin lugar a dudas los mejores ma-

⁵⁸ La sentencia de Maquiavelo era que el príncipe vive para la República, no ésta para el príncipe.

⁵⁹ James Fenimore Cooper, *Mercedes of Castile*, p. 82.

rinos de la época, aunque con orgullo filial el autor exclama en defensa de Albión que “los ingleses no eran tan estúpidos a pesar de no ser buenos navegantes”.⁶⁰ El mar y la ciencia fueron los puentes de la modernidad y ocupan todo el espacio posible de la trama novelesca. El escenario principal donde se llevan a cabo la mayor parte de las acciones es casi en su totalidad acuático y el escritor relata paso a paso, casi día a día, el ambiente a bordo de las tres carabelas así como los fenómenos vistos por los temerosos marinos ante la novedad atlántica. La belleza del paisaje nocturno es descrita con gran maestría literaria. Hace partícipe al lector de la admiración de un cielo estrellado, de las aves, las ballenas, los delfines, las algas, las corrientes, la desviación de la aguja respecto a la estrella del Norte; en fin, todo esto lo entiende y lo disfruta Cooper al evocarlo. Del mismo modo gasta y corre tinta para explicar, siempre mediante diálogos, las creencias populares, las suposiciones sobre la existencia de la Antilia, los hipotéticos viajes de San Brandán, los antípodas, las dimensiones de la tierra y el destino de las aguas al topar el extremo curvilíneo del planeta. Pero en la novela el genovés trata de cambiar las antiguas concepciones y propone un proyecto para descubrir una nueva ruta a las Indias como antesala para la posterior y más importante recuperación del Santo Sepulcro por la cristiandad amenazada.

Cooper pinta a un Colón totalmente idealizado, muy lejano a un ser humano común con defectos y flaquezas el cual ni por un momento parecer temer o fallar en la novela. Incluso el autor no considera los aspectos realmente tradicionales que sabemos conformaban la mente del navegante. Mientras que Irving nos dice que estaba a caballo entre dos épocas, el siglo XV y el XVI, Cooper prefiere a un Colón completa y genuinamente moderno, por eso ignora —quizá deliberadamente— que Colón relató en su correspondencia haber visto sirenas, haber buscado en los confines del mundo el paraíso terrenal y haber esperado rendir homenajes al Gran Khan como emisario de los reyes en esos extremos orientales de Asia, amén de otros portentos propios de una mente medieval.

El aspecto físico del Almirante no es diferente a su disposición de carácter. El genovés no era de noble ascendencia, prácticamente era un desconocido cuando apareció en la corte en busca de apoyo, aunque para Cooper su fisonomía tenía la prestancia y la dignidad de un príncipe a quien sólo mirarlo demandaba respeto. Era un hombre sincero, de “altas resoluciones”, perseverante al grado de la terquedad, de

⁶⁰ *Ibid.*, p. 61.

grave semblante, nobleza de sentimientos y sabiduría en el hablar. La pluma de este protestante estadounidense lo dibuja como un ser atento a su vocación (*calling*) y dispuesto al sacrificio en aras de una meta segura y magnánima dictada de antemano por Dios. Colón sólo responde a los mensajes que la Providencia le ha mandado y tiene fe ciega en sus designios. Por eso se comporta con seguridad y aplomo en la corte de los Reyes Católicos, impugna con argumentos sólidos a la junta salmantina y a las autoridades eclesiásticas opuestas a su proyecto. Él confía en Dios, siente que es un instrumento de la Providencia y acata sus órdenes. En un diálogo se manifiesta esta idea muy calvinista de elección divina y sujeción incondicional a los mandatos del Todopoderoso: “No somos más que instrumentos —dice Colón— e inútiles instrumentos también, cuando miramos que poco procede de nuestros propios espíritus y poder”.⁶¹

Cristóbal Colón es para Cooper un ser extraordinario que reúne todas las virtudes que a él le provocan admiración. Es un profundo conocedor de la psicología humana, lo que le permite controlar las pasiones exaltadas y ánimos desbordados de su inquieta tripulación de marinos escépticos. Nos acercamos al Colón de Cooper gracias a los pensamientos del héroe, Luis de Bobadilla, un hombre más bien pragmático que religioso cuyo resorte de acción es el amor más que la fe o la confianza en Dios, que son atributos del genovés. Colón es nombrado el tutor del joven soldado, ahora convertido en marino gracias a las súplicas de su amada, le da consejo, conocimientos y lo guía sabiamente. Es precisamente Luis quien es comisionado por los reyes para buscar a Colón en su camino a la corte de Francia ante la negativa original para concederle ayuda y recursos. Es él quien le transmite la buena nueva de que su proyecto ha sido favorablemente acogido por la soberana de Castilla.

Por experiencia sabe Colón de las actitudes humanas, no desconoce que el oro es la meta principal de sus hombres y juega hábilmente con esta debilidad de su tripulación al prometerles que hallarán el áureo metal en las inmediaciones de Asia. No cree en supersticiones y presagios, prefiere la objetividad de la ciencia y la seguridad de los conocimientos. En palabras de Cooper, no confía en milagros sino en las leyes de la naturaleza en una época de falsa filosofía “e insuficiente ejercicio de la razón”.⁶² El norteamericano compara a Colón con Washington, como lo harán posteriormente Prescott con su Cortés y Motley con Guillermo de Orange el libertador de Holanda, primordialmente por su

⁶¹ *Ibid.*, p. 60.

⁶² *Ibid.*, pp. 255-257.

profundo sentido de la justicia,⁶³ característica que encuentran también en el héroe de la independencia norteamericana.

El gran navegante es ante todo un hombre de ciencia, elemento que impulsa, a los ojos de los estadounidenses, el avance civilizador. Los románticos norteamericanos, igual que sus antecesores de la ilustración, exaltaron el adelanto técnico que traía mejoras sociales y confort general. No le temían al progreso, aunque este significara la destrucción de sociedades primitivas que, aunque idealizadas, no eran preferidas a los sistemas de vida del hombre blanco. Sobre todo en esta novela, se presenta en los últimos capítulos el dramático contacto entre agrupaciones distintas: los españoles, superiores en armamento y táctica bélica, imponen su cultura sobre los ingenuos gentiles. Cooper fue muy consciente de las contradicciones del progreso y no deja de sentir agrado o lástima por los grupos perdedores. La parte donde el autor relata la brutalidad de la oposición es la que merece ser llamada la mejor del libro. Es aquí donde se concentran los mayores sentimientos, reales y creíbles, que superan mucho los acartonados clichés en los que cae a menudo el exceso romántico. La novela cuenta para estos fines con dos personajes indios que logran captar la total simpatía del lector gracias a las descripciones que de ellos hace Cooper. Son el joven cacique Mattinao, quien se hace el acompañante de Luis de Bobadilla en una expedición a Haití, y su hermana Ozema quien es pintada como una ninfa morena de belleza insuperable; como una escultural nativa con grandes atributos morales que en más de una ocasión parece quitarle el mérito a la genuina heroína de la novela, doña Mercedes de Valverde.

Lo que sí parece que se le escapó a Cooper es que de ese dramático contacto hizo su presencia histórica una nueva raza, la mestiza. Esta realidad no encajó en el esquema mental cooperiano ni cuadró con su visión de pureza biológica y cultural protestante formulada por las enseñanzas filosóficas calvinistas desde el siglo XVI, que prohibían la mezcla entre réprobos y elegidos. Lo que sigue en el relato es prueba fehaciente de ello. Colón propone llevar a la princesa india a España con el doble fin de salvarla del caribe enemigo Caonobo, que quiere convertirla en su esposa a la fuerza, y de paso aprovechar que sea educada en la corte bajo la vigilancia de la magnánima soberana castellana. En llegando a España, sin embargo, las cosas se complican pues la belleza haitiana está profundamente enamorada de Luis el magnífico héroe hispánico. Éste, que en otros momentos había admirado las cualida-

⁶³ *Ibid.*, p. 269.

des físicas de la atractiva muchacha, ahora haciendo eco, no de las normas hispánicas más proclives hacia la fecunda mezcla racial, sino más bien trasluciendo la concepción protestante del propio Cooper, la rechaza. Al ser relegada por preferir Luis a la joven Mercedes, la haitiana muere de amor, no sin antes ser bautizada en presencia de la reina Isabel. Al concentrarse Cooper en este problema, el de la transmisión de los valores religiosos a un ser que escasamente entendía el idioma y las costumbres europeas, es donde logra una patética escena donde se ve derrumbarse una sociedad ante el poder de la avasalladora cultura occidental. Antes de morir, Ozema inquiere a la soberana por qué no puede Luis tener dos esposas, a la noble Mercedes y a ella, una no menos ilustre princesa morena. Al contestar que eso es contrario a las leyes de Dios, la nativa finalmente prefiere dejarse llevar por la muerte. Con eso adelanta el autor el destino de las sociedades americanas, más que nada las del norte del continente, es decir los pieles rojas, así como los propios nativos de Haití cuyo número decreció considerablemente —según lo reporta Gonzalo Fernández de Oviedo— entre 1492 y 1520. Aún así, los actuales habitantes de la América hispana y lusitana pueden defender sus raíces culturales mestizas sin el menor empacho.

Ciertamente Cooper ha descrito el fenómeno de la aproximación cultural, pero no se le puede, sin embargo, pedir que entienda el proceso de mezcla intergrupal o miscegenación, y menos aún que lo apruebe pues era ya vieja la tradición excluyente anglosajona frente al otro. Ni siquiera en los últimos años de este lustro los estadounidenses han podido librarse de este lastre, donde la cinematografía ha dado vida a héroes blancos que conviven con tribus piel rojas y logran adoptar algunas costumbres indias, pero jamás se dan el lujo las taquilleras superproducciones de permitir el matrimonio mixto. Pero, volviendo a Cooper, la virtud ibérica de la asimilación racial es un hecho real e histórico que no obstante pasa desapercibido —tal vez a sabiendas— para este norteamericano que de una manera al parecer inconsciente prefiere protestantizar a sus personajes españoles dotándolos de valores más propios de la experiencia vital anglosajona que de la hispánica. Nosotros no podemos menos que preguntarnos ¿no es acaso una contradicción buscar elementos para fincar una identidad americana en una única raza, la blanca, e imponer con impenetrable rigor limitativo una barrera a la participación de otros grupos humanos?

En el terreno antropológico, es a través de los ojos de Colón y de Luis de Bobadilla como Cooper transmite un ideal indio, un “buen salvaje” dadivoso e inocente. Se exalta el trato amable y cariñoso que da el genovés a los naturales quienes se destacan físicamente por sus

cuerpos bien formados, atléticos, ágiles, de graciosos movimientos; su piel es bronceada, no oscura —como relata el propio Colón en su correspondencia— y el color le parece al imaginativo Cooper “no tan desagradable”. En su carácter son modestos, tímidos, ingenuos y muy amigables. Mucho se asemejan los indios haitianos que aparecen en *Mercedes de Castilla* al apolíneo Uncas y al venerable Chingachuk de *El último mohicano*.

Empero, ¿qué queda de estos indios? Parecen meras piezas de vitrina; magníficos exponentes de la cuarta raza que desafortunadamente no pasaron de ser meras “ideas”, estereotipos o concepciones utópicas ajenas a la realidad de lo que fueron las criaturas que se relacionaron con los blancos. A Cooper le pareció interesante hacer una descripción de los ropajes y adornos, al igual que lo hace con el paisaje exuberante de Haití. El ambiente y los personajes recrean un ámbito puramente natural, aunque a pesar de ello, el clima cálido, el aire saludable y la generosa cualidad de la tierra donde habitan seres humanos francos, desinteresados y confiados hace que la recreación literaria semeje un idílico paraíso descubierto por Colón. Después de todo ¿no era esa la idea que se tenía de Asia? ¿No esperaban acaso los españoles encontrar exuberancia, riqueza, exotismo, misterio? Por todas estas cualidades ajenas al escenario europeo es que Cooper califica estas tierras de “nuevo mundo”, mas no en el sentido geográfico americano ni en el filosófico-cósmico denominado como la Cuarta Parte, sino en el estrictamente asiático, pero no obstante novedoso y original a los ojos de los exploradores. Cuando Cooper dice que Colón se sabía un elegido por la Providencia para descubrir un nuevo mundo, no cae en el *a priori* de muchos de sus compatriotas anteriores y posteriores a él, pues según su opinión, los extremos orientales de Asia, la península adicional, Catay, Cipango o el Quersoneso Áureo tenían también para los habitantes del Viejo Mundo cristiano occidental esa carga de novedad.

La personalidad de Colón contrasta con la de Martín Alonso Pinzón, quien a los ojos de Cooper era un extraordinario marino, aunque no opacaba las habilidades del genovés; pero su cruzada no iba orientada a fines morales excelsos, sino a la satisfacción de una bastarda ambición personal. Colón trabajaba para la mayor gloria de Dios por decirlo así, mientras que su compañero andaluz llevaba a cabo ciertamente una cruzada pero en pos de un jugoso botín. Pinzón busca ser el primero en divisar tierra para acreditarse la recompensa ofrecida por los reyes, pero finalmente es el genovés quien ve la famosa lucecita sin proponerse cobrar por ello los diez mil maravedíes. La moraleja vuelve a aparecer; el egoísta Pinzón es castigado por su avaricia y por traicionar a Colón, mientras que la recompensa divina y la admiración terrenal

son finalmente para el Almirante. El nombre de Martín Alonso Pinzón es mencionado nuevamente en el último capítulo, casi para cerrarse la obra, cuando unas mujeres reunidas en el puerto de Palos charlan sobre el triste destino del andaluz y se burlan de él por la forma en que traicionó al comandante. Mientras nadie parece recordar al traidor, Colón disfruta de los honores merecidos; en cambio, la única recompensa de Pinzón fue haberse granjeado la burla y el ridículo.

A pesar de que se maneja un contraste de personajes e ideales, la novela presenta un buen equilibrio; no existe marcado maniqueísmo entre buenos y malos. Aún el mismo Pinzón tiene sus aspectos de luz y de sombra; sus faltas están compensadas por sus habilidades como piloto. En el barco conocemos algunos marinos ambiciosos por adquirir riquezas, pero se muestran simpáticos o bribones y en ningún momento describe el autor atrocidades o excesos cometidos por ellos. Incluso uno de éstos, Sancho Mundo (nótese el simbolismo del nombre) que ofrece su fidelidad al genovés a cambio de unos doblones de oro, ayuda al héroe Luis de Bobadilla a rescatar a la hermosa caciqua Ozema durante una escaramuza contra los indios “malos” que quieren secuestrarla. No encontramos una marcada condena antihispánica en la novela y aún la violencia que observaron los españoles “en pocas ocasiones”, según relata Cooper, para llevar a los indios a España es disculpada por el autor como una costumbre de la época.⁶⁴ Lo mismo sucede con el trueque de baratijas por oro que llevan a cabo los españoles con los nativos, que Cooper juzga como

una transferencia efectuada honestamente por haber sido realizada con base en los principios teóricos sobre libre intercambio, que mantiene que dicho comercio es meramente un intercambio de equivalentes, pasando por alto todas las circunstancias adversas que pueden ocurrir, hasta ese momento, para determinar el valor legal.⁶⁵

Cooper continúa con la defensa de este acto tan común en el proceso de conquista y colonización del Nuevo Mundo y lo entiende como un hecho justificado por la época en que ocurrió. A través del diálogo de uno de sus personajes completa esta idea:

¡Por la misa! Este es un comercio sagrado y justo, y como tal nos convierte en cristianos el llevarlo a cabo. Aquí están estos salvajes, no piensan más en el oro que su Excelencia [Colón] lo hace de un moro muerto, del mismo modo que para mí son baratas estas cuentas de cristal. Déjelos con-

⁶⁴ *Ibid.*, p. 362.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 378.

siderar pobres sus ornamentos y su polvo amarillo... Déjelos trocarlos, a mí me encontrarán listo para cambiar nada por nada.⁶⁶

Así termina el novelista estadounidense su juicio sobre los primeros contactos entre la civilización europea y la que hoy definimos como la nativa americana. Nos ha dado además una nueva y original opinión sobre el Descubrimiento de este continente, que merece —vale la pena insistir en ello— concederle a Cooper el mérito de haber percibido el objetivo asiático de Colón y haber acomodado sus conclusiones según este lineamiento. Finalmente ha aportado una defensa a la imagen del Almirante —aún no tan atacado y vilipendiado como lo será a fines del siglo XIX— de su carácter y de su extraordinaria empresa marítima atlántica.

En general, el romanticismo estadounidense dejó una fecunda huella en el estudio del tema colombino que necesariamente se heredó a las generaciones posteriores. Todavía a fines de esa centuria veremos a los apologistas y a los detractores de Irving. La obra de Cooper parece, en cambio, no haber sido muy conocida.

En su afán por emanciparse de las influencias europeas, particularmente inglesas, escritores como Irving o Cooper, interesados en la afirmación de los valores americanos, redescubrieron la empresa colombina y, como dijimos anteriormente, la incorporaron a su propia historia y literatura. Hemos visto los dos ejemplos más característicos de aquel movimiento de Norteamérica y ambos trataron de distinta manera la hazaña de Cristóbal Colón; además, lo hicieron con una sensibilidad propia que no encontramos en los historiadores puritanos o en los poetas ilustrados. Es ésta una imagen colombina disímbola a lo visto anteriormente que responde al afán de estos escritores por exaltar a las figuras históricas más por el lado del sentimiento que de la razón; más por el aspecto subjetivo que por el objetivo; más, en suma, por el espíritu que por la materia. Para esta corriente de pensamiento el resultado será la recreación de un Colón cargado de valores humanos, morales y éticos. Esto se repetirá constantemente en la generación posterior, hasta fines del siglo, en la que los historiadores puritanos de Boston seguirán considerando estas virtudes exaltadas por el círculo neoyorquino como las más dignas de elogio. El Colón de Irving y de Cooper —que finalmente siguen lineamientos muy parecidos— se convertirá en un clásico y hará que la epopeya del Descubrimiento siga siendo un tema obligado para los lectores y escritores futuros interesados en descubrir la novedad, el misterio o la cercanía cultural de los temas hispánicos.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 379.

IV. LA ESCUELA HISTORIOGRÁFICA PURITANA DE BOSTON (1831-1890)

1. Sobre los autores, sus obras y el hispanismo

La historiografía puritana heredó de las centurias anteriores el interés por el estudio sobre el descubrimiento de América. Medio siglo después de la Independencia (1776), y una vez que el joven país tomó su camino de forma individual e independiente de Inglaterra, los estadounidenses tuvieron también que concertar y contender con otros temas relacionados con su historia, entre los cuales había que incorporar la hazaña colombina con urgencia. Antes de emprender el análisis que del tema hace la historiografía puritana bostoniana, es necesario revisar algunos antecedentes, no para desviarnos del tema, sino mejor aún para facilitar la interpretación del mismo.

Entre 1830 y 1850 se fecha el surgimiento de una escuela homogénea interesada en la historia de España. Un grupo de hábiles historiadores hizo su aparición en la opulenta Nueva Inglaterra, donde riqueza y cultura iban de la mano. Era ésta una región de ancestrales tradiciones, de amplia influencia inglesa, que destacaba por sus grandes astilleros, sus fábricas de textiles, su próspero comercio a través del Atlántico, sus casas típicas, sus activos burgueses, su prestigiosa universidad en el seno de Cambridge. Era un centro financiero y cultural; tal parecía que allí se había realizado al fin el sueño de la ciudad de Dios puritana.

Se vivía la era de Jackson,¹ se hablaba de democracia, expansionismo, educación y de cultura. Se fomentaba un orgullo “patriótico”,

¹ 1829-1844. Michael Kraus que hace un estudio de esta etapa, la define como una época de revolución industrial, de aumento tecnológico, avances en la imprenta y sistema de publicaciones, rápida difusión del conocimiento así como de democracia, oportunidad y expansionismo territorial, en *The U.S. to 1865*, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 1959. Thomas Hietala amplía el tema de la expansión en su *Manifest Destiny. Anxious Aggrandizement in Late Jacksonian America*, Ithaca, N. Y. Cornell University Press, 1985.

se enaltecía lo propio, especialmente se vanagloriaban de la Independencia, se enorgullecían de haber vencido a Inglaterra en 1812 y se jactaban de haber puesto en práctica el experimento republicano con éxito. Crecía la joven nación, económica y demográficamente, y aún no se ceñían gravemente los negros nubarrones de discordia entre Norte y Sur.

Fue precisamente en esta época cuando Harvard vio nacer un grupo literario e historiográfico eminente: George Ticknor, William H. Prescott, Francis Parkman, George Bancroft, John L. Motley. Podemos agregar a este brillante cónclave de eruditos, la gran importancia que cobró la literatura en las aulas de la universidad con profesores de la talla de Henry Wadsworth Longfellow o James Russell Lowell y escritores como William Cullen Bryant, Bret Harte, William Dean Howells, Herman Melville, Mark Twain, Ralph W. Emerson, Walt Whitman, Nathaniel Hawthorne, Henry D. Thoreau, para qué citar más. Los hay hispanistas y antihispanistas, pero cada uno de ellos se comprometió a estudiar el desarrollo histórico y cultural de una misma nación europea, España, ajena en cultura, lengua, costumbres, instituciones políticas, visión del mundo, religión y carácter, pero afín asimismo en cuanto a su permanencia en el continente americano. Éstos son los historiadores que forman la escuela de Boston, la de más prestigio en el siglo XIX y de mayor tradición en los Estados Unidos de América.

Este círculo académico rivalizaría con la American School of History de Nueva York, fundada por Irving. Fue precisamente su libro sobre Cristóbal Colón (1828) el que desató el entusiasmo por la historia de la península ibérica y cuarenta años después, el año de la publicación de la *Historia de los Países Bajos* de Motley, puede decirse que termina este periodo de brillantes historiadores hispanistas del siglo XIX.

En este siglo de oro de la literatura e historia norteamericanas, definido por el profesor Van W. Brooks como la primavera o el renacimiento novoiñglés,² los temas hispánicos fueron continuamente abordados y respondieron a la necesidad de explicar ciertas dudas existenciales que implicaban a Norte e Hispanoamérica, y la conexión con España, al mismo tiempo que las tres tenían sentido y proyección en el contexto de la historia universal.

Una de las vías que condujeron a la ampliación del conocimiento sobre España e Hispanoamérica fue las revistas, que se convirtieron en los principales vehículos para la difusión del conocimiento de la Península a nivel popular. La *Boston Miscellany* tuvo corta vida, no así la

² Van W. Brooks, *The Flowering of New England*, Nueva York, The Modern Library, 1936, pp. 526-528.

North American Review que empezó a circular desde 1815 y que desplegaba los nombres de los más eminentes hispanistas de la época: Ticknor con sus estudios sobre la lengua y literatura españolas; Prescott, cuyos artículos sobre Irving y Bancroft tuvieron gran éxito, y Longfellow, quien destacó por sus concienzudas valoraciones sobre moral y religiosidad ibéricas.

La revista iba orientada al público de mediana cultura e igualmente era para los historiadores y literatos interesados en difundir sus ideas no sólo en Norteamérica, sino también en Europa. La *North American Review* fue un puente vital con España e Iberoamérica, e incluso alcanzó popularidad en Inglaterra.³ Según lo refiere el historiador Stanley Williams, el tema más utilizado por los autores en sus reseñas era precisamente España y en su opinión “los ensayos históricos más vigorosos son los que trataban de destruir la leyenda negra”.⁴ Particularizando aún más, añade este autor contemporáneo que ninguna hazaña de los españoles podía compararse con el descubrimiento de América y este tema fue tratado una y otra vez en los artículos.

Antes de emprender el análisis anunciado es necesario advertir que la aproximación hacia el conocimiento de ese tema se llevó a cabo a partir de tres distintas concepciones que formaban parte de la conciencia norteamericana en el siglo XIX: el puritanismo, el racionalismo (Ilustración) y el romanticismo. Sin tener en consideración estos factores ideológicos que aparecen constantemente en los juicios de los autores que nos ocuparán en este capítulo, no se puede entender su interpretación de la historia de España o de Hispanoamérica y menos aún su concepción del Descubrimiento y de Colón.

Veamos el primero de estos rasgos. Si algo caracteriza a la Nueva Inglaterra, según lo expresa el historiador Henry May, es que fue desde el siglo XVII el centro irradiador del calvinismo.⁵ Aún en el siglo XVIII tras la entrada del movimiento filosófico ilustrado con toda su deísta carga racionalista, continuó siendo dominante el sentir religioso que ha caracterizado siempre a esta región estadounidense. Naturalmente no observaban la misma religiosidad Cotton Mather y William Prescott; un siglo los separa, pero en el último se aprecia una formación religiosa que tiene sus raíces bien intrincadas en la teología puritana que vemos iniciarse en el siglo XVII y que se seculariza en el XVIII y en el XIX.

Según May, el moralismo calvinista se mezcló con el racionalismo ilustrado y dio como resultado dialéctico en los Estados Unidos lo que

³ Stanley Williams, *op. cit.*, pp. 157-178.

⁴ *Ibid.*, p. 173.

⁵ Henry May, *op. cit.*, p. 47.

este historiador llama “una Ilustración moderada”. De hecho, afirma que “el calvinismo moderado fue uno de los principales caminos por el que se entronizó la Ilustración y un soporte a la causa whig en la Revolución Americana”.⁶ Esta es una de las corrientes que llega a los pensadores y escritores de la primera mitad del siglo XIX. Se hablará de calvinistas, pietistas, conservadores, escépticos; los habrá moderados, lockeanos, revolucionarios, republicanos o demócratas.

Pero volvamos al tema religioso. ¿Cuáles son los principales aspectos de esta doctrina espiritual que podemos encontrar en el pensamiento de nuestros autores desde el siglo XVII? Sin duda hallaremos los más representativos del calvinismo tradicional: el concepto de vocación (*calling*), que consiste en que todas las acciones y decisiones humanas son la resultante natural del misterioso, aunque evidente, llamado de Dios con el que favorece a sus elegidos; la doble predestinación por la cual Dios escoge a unos cuantos para otorgarles la gracia salvadora y santificante primero en este mundo y, llegado el tiempo, también en la allendidad, mientras que abandona a la condenación eterna a la mayor parte de la humanidad que serán los no-elegidos o réprobos. Estos dos primeros puntos entrañaban para el cristiano protestante la extrema responsabilidad de que el esfuerzo, el trabajo y el empeño debían fructificar y a cambio de ello se esperaba recibir señales del beneplácito divino, a través del éxito intramundano, según lo define el sociólogo alemán Max Weber. El éxito era, pues, el indicador psicológico de que el creyente había sido considerado por Dios, era la señal de la gracia operante.

Otro aporte del puritanismo fue su sentido de profunda moralidad, peculiar rasgo heredado de la universalidad de la ley moral contenida en el *Antiguo Testamento*. Constantemente veremos aflorar esta característica en los autores novoiñgleses cuando realizan sus interpretaciones sobre los personajes históricos más sobresalientes. Como veremos más adelante, Colón no será la excepción. El eticismo está íntimamente ligado con el providencialismo protestante y de hecho conforma un motor de la historia, un impulsor necesario que antecede a cualquier acción humana. Esta última será valorada en tanto responda a este impulso y se justificará si cumple con la norma rectora. Cualquier cosa que, en palabras de Prescott, sea “subversiva para los principios de la moral” será considerada “contraria a los sentimientos naturales y al sentido común”.⁷

⁶ *Ibid.*, p. 65.

⁷ William H. Prescott, *Historia del reinado...*, p. 106.

En suma, providencialismo y moralidad darán a la historia vista desde la lente puritana un carácter pragmático; el discurrir histórico sirve de ejemplo y lección de ética para las generaciones que lo estudian. La finalidad de los libros de Prescott, por poner un ejemplo, era mostrar a sus lectores cómo “en política o en religión la importancia del objeto no debe separarse de los principios más claros de moral por los que se rigen los asuntos comunes de la vida”.⁸ Brancroft y Motley tendrán exactamente el mismo sentir y sus historias tendrán siempre un tono moralizador.

La escuela puritana de Boston guardará también una profunda deuda intelectual con la ilustración dieciochesca. Ya vimos cómo los hombres de aquella centuria se dedicaron a reunir las mayores colecciones bibliográficas sobre España e Hispanoamérica e introdujeron técnicas metodológicas importadas de Europa que se desprendían de las enseñanzas de Gibbon, Hume, Robertson, Voltaire, Marmontel y otros. Los norteamericanos de Harvard entenderán la historia como un proceso evolutivo, como una sucesión orgánica en la que la sociedad pasará por etapas de crecimiento similares a las de los seres vivos. Por ello, se hablará de infancia, adolescencia, madurez y vejez de las distintas sociedades; se calificarán éstas de imperfecta o perfecta civilización y se efectuará su estudio a partir de un intento de aproximación absolutamente objetivo, tendiendo como punto de partida la creencia de que “la posteridad está libre de toda pasión o miras personales”.⁹

Por otra parte, los historiadores de la Nueva Inglaterra intentarán abarcar diversos temas para enriquecer sus obras, dando como resultado verdaderos trabajos de monumentalidad erudita. Pondrán el dedo en determinismos ambientales-climáticos y raciales para explicar el desarrollo cultural de los pueblos, pero también intentarán la comprensión del pasado desde la perspectiva de aquel tiempo, no de su propio presente que invoca otros valores y juzga a los antepasados desde una posición distinta. Dejemos a Prescott completar esta idea:

Para juzgar [a los conquistadores] imparcialmente, no debemos considerarlos según las luces de nuestro siglo. Hemos de transportarnos al suyo y tomar el punto de vista ofrecido por la civilización de su tiempo. Sólo de este modo —concluye— podemos ejercer una crítica imparcial al revisar las generaciones pasadas.¹⁰

⁸ *Ibid.*, p. 271.

⁹ *Ibid.*, p. 81.

¹⁰ William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, p. 238.

De la vieja tradición historiográfica clásica, renovada por los filósofos e historiadores de la aluciedad, heredarán los estadounidenses el principio relativo a los elementos contradictorios y opuestos, que se resuelve siempre entre los historiadores del siglo XVIII en una optimista teoría del progreso.¹¹ Recurramos nuevamente a William Prescott para completar esta idea de la historia. He aquí su concepción del mundo occidental del que él se siente heredero:

Lejos de mirar atrás y de ajustarse servilmente a lo pasado, es característico al genio europeo procurar siempre adelantar. Los antiguos descubrimientos forman la base de los nuevos; pasa rápidamente de verdad en verdad, uniendo el todo por una sucesión de eslabones, a la gran cadena de la ciencia que ha de circuir y enlazar al universo. La luz del saber se comunica a las obras de arte: ábreanse nuevos caminos para la comunicación de las personas y del pensamiento; invéntanse nuevos arbitrios para la subsistencia; y se multiplican de una manera inconcebible las comodidades personales de todo género, hasta ponerlas al alcance del más pobre. En seguida el entendimiento se interna en una región más noble que la de los sentidos, y se hace que las artes satisfagan las demandas de un gusto elegante y de una mayor cultura moral.¹²

A pesar de su fe en “la gran marcha de la civilización” y de su culto a la razón humana, estos autores, sin embargo, no caerán en la trampa del deísmo dada su formación religiosa puritana, sino que incorporarán siempre a la Providencia dentro del plan histórico-universal que contempla el avance progresivo de las civilizaciones. Debemos recordar que para un protestante calvinista, la voluntad divina está por encima de todo y más lo está de la pobre e imperfecta voluntad humana (*Servum arbitrium*).

Por último, un elemento más vino a inyectar vida a la naciente literatura nacional estadounidense; nos referimos al romanticismo. Si bien este movimiento se importó igualmente de Europa y llegó tardíamente a Norteamérica, tomó una vida propia en los círculos intelectuales de la Nueva Inglaterra. Las obras de Walter Scott, *Waverly e Ivanhoe*, fueron muy populares en Nueva York, Boston, Concord y Salem.¹³ La península ibérica ejerció tanta atracción para los eruditos novoiñgleses precisamente por esa coloración misteriosa y añeja; o como diría el propio Prescott, el atractivo era “España, ¡la romántica España!”, y por supuesto, su historia, mezclada íntimamente con la leyenda, como

11 Juan A. Ortega y Medina, prólogo a William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, p. XVIII.

12 William H. Prescott, *Historia de la conquista de México*, p. 65.

13 Van W. Brooks, *op. cit.*, pp. 8 y 46; véase también Russell B. Nye, *op. cit.*, p. 255.

de forma aguda percibió Washington Irving.¹⁴ No obstante, las nuevas técnicas literarias no eran suficientes para lograr el entendimiento de esta nación o para poder captar su espíritu, habría que superar los lastres dejados por tantos años de enemistad y competencia, sobre todo, en el terreno del estereotipo ideológico. Los norteamericanos, tanto angloamericanos como estadounidenses, recogieron la tradición anti-hispánica inglesa, vigente desde el siglo XVI, y la consevaron como arma de combate contra el imperio español que se sostenía en América todavía a fines del siglo XIX.

La escuela de Boston llevaba a cuestras esta secuela que haría más difícil la comprensión, sobre todo si consideramos que dichos prejuicios fueron adquiridos por generaciones desde la centuria decimosexta. La leyenda negra antihispánica y anticatólica fue remachada con la carga condenatoria de la Ilustración, ya no sólo contra España, sino de paso calumniando a todo el continente.¹⁵

Creo entonces que el romanticismo contribuyó a cambiar la rígida visión que sobre el mundo hispánico se había formado el intelectual norteamericano. Empezaría la curiosidad por descubrir una cultura que hasta entonces había estado velada a los ojos de los sajones del otro lado del Atlántico. Era aquel un país lejano, opulento, con un misterioso pasado medieval que además persistía en un presente intrigante. Todo ello ofreció un poderoso magnetismo que funcionó en las mentes de aquellos inexpertos románticos; de allí la explicación del porqué de la profusión de viajeros a la Península, de historiadores, literatos, directores de periódicos y revistas o bibliotecarios. Washington Irving, a lomo de mula, cruzó la legendaria Andalucía; Alexander Everett, distinguido aristócrata bostoniano y posteriormente ministro plenipotenciario en España, desempolvó los archivos madrileños y trató de darles amplia difusión en su país; el vivaz erudito George Ticknor conoció de cabo a rabo España en sus días de estudiante por Europa para después entregarles a sus alumnos en las aulas de Harvard descripciones magníficas sobre lengua, paisaje, costumbres e historia; el poético historiador William Prescott, casi ciego, imaginó los paisajes castellanos a través de las lecturas que fielmente le hacía su secretario y plasmó en sus obras la descripción de los lugares recorridos por su mente con tal realismo y exactitud, que aún los expertos creyeron que había pasado gran parte de su vida en esas regiones.

¹⁴ Prescott percibió esta característica en Irving quien con sus obras reflejaba más el espíritu del pueblo español que la narración histórica propiamente dicha. Véase *Historia del reinado...*, pp. 175 y 207.

¹⁵ Véase el cap. I, nota 35.

Creo —vale la pena el adelanto— que uno de los grandes méritos de ciertos miembros del distinguido círculo bostoniano fue intentar redescubrir a España, a pesar de los obstáculos, con una lente objetiva permeada por la corriente romántica alejada de la filosofía considerativa y especulativa del siglo XVIII. Con un aparato crítico impresionante (el caso de Prescott), con una obsesión por las referencias, con cúmulos de lecturas sustentando sus opiniones y, sobre todo, con una forma de apreciar “al otro” más benigna y menos demandante que sus antecesores, emprendieron los historiadores la marcha hacia el estudio de España e Hispanoamérica. Que si lo lograron o no, eso se responderá en lo que resta de esta investigación.¹⁶

He querido mostrar hasta aquí, que el interés por los temas de la historia española no se dio como resultado de un proceso químico inmediato de laboratorio; tampoco por generación espontánea brotó en el siglo XIX la curiosidad por esa nación y su cultura. Con anterioridad a Irving, a Ticknor, a Prescott o a Motley, existía una mesurada conciencia de la participación española en el devenir histórico mundial, sobre todo a partir del siglo XVI. Basta recordar a Mather, a Sewall, a Franklin, a Barlow o a Frenau. La gente de Nueva Inglaterra leía las mejores historias de España, relatos, crónicas y literatura clásica antes de que nacieran cualquiera de nuestros famosos escritores del Siglo de Oro novoiñglés.¹⁷ La tierra estaba fertilizada con el abono que haría germinar hermosas flores intelectuales en las aulas neoyorquinas y bostonianas. Las circunstancias de la Nueva Inglaterra durante la primera mitad del

¹⁶ Powell afirma que a pesar de que los historiadores de Boston llevaron a cabo “aproximaciones relativamente simpatizantes al escenario y a la historia española”, generalmente continuaron el retrato de la triste, inquisitorial, atrasada e intolerante España, *op. cit.*, p. 118. Más adelante dice: “la tragedia es que Parkman, Motley, Prescott (nótese que incluye al que parece ser el más benigno), Bancroft y otros no sólo escribieron sus libros en el espíritu de la leyenda negra, sino que ayudaron grandemente a entronizar esta imagen distorsionada de España” (p. 121).

¹⁷ La gente de la Nueva Inglaterra, de Virginia o de Pennsylvania las leía antes de que aparecieran Irving o Prescott para popularizarlas. Mártir de Anglería era viejo conocido desde la etapa colonial, formaba parte de la biblioteca personal del peregrino fundador William Bradford, lo mismo Las Casas, quien fue ampliamente comentado desde la época de los primeros establecimientos angloamericanos y que no ha sido olvidado ni por un instante aún en el siglo XX. Por ejemplo, en un periódico de 1823 fue difundida nuevamente una versión de la leyenda negra extraída del famoso dominico. Dos años más tarde, la obra de Llorente, *Histoire Critique de l'inquisition d'Espagne*, despertó interés entre el público de Nueva Inglaterra. Por otro lado, se sabe que circulaban también las historias de Carlos V y de Felipe II, que se discutían los cronistas clásicos como Bernal Díaz y que se reseñaba frecuentemente la *Historia de América* de William Robertson, amén de la obra preferida por los grupos que amaban reunirse por las tardes en clubes de discusión: *El Quijote*. Véase referencia en Stanley Williams, *op. cit.*, p. 202.

siglo propiciaron este renacimiento académico que permitió a la “Atenas de América”, como se conoció a la ciudad de Boston, ser el centro de cultura más importante de los Estados Unidos de América.

Este torrente creativo de erudición no podía haberse dado sin el progreso material de la región. Aunque insistamos en ello, todos eran burgueses de Boston, de Salem o de Concord. Estos personajes ricos e ilustrados tenían casi en su mayoría, los recursos para coleccionar documentos y para pagar agentes en el extranjero que les recopilaban manuscritos; reunían bibliotecas con volúmenes traídos de Europa y podían, a fin de cuentas, escribir profusamente con miras a terminar un gigantesco proyecto que exigía investigación de tiempo completo, como ahora decimos, sin hablar de la necesidad de emprender continuos viajes al extranjero. Massachusetts y Harvard fueron el punto de contacto entre ellos así como un distintivo común de todos. Escribían artículos y reseñas, pasaban tardes enteras reunidos en la discusión de un tema, casi todos eran íntimos amigos que formaban grupos de estudiantes distinguidos en torno suyo.

La vida de estos escritores coincidió con un hecho que determinó mucho el éxito que alcanzaron sus obras. A principios del siglo, los archivos españoles fueron asequibles a los eruditos e investigadores del mundo. Para 1844 las puertas que impedían el acceso a estos invaluables tesoros quedaron definitivamente abiertas. Los Archivos de Indias, de Simancas, los documentos en los conventos, parroquias y palacios privados, en fin, había un universo inexplorado que los estadounidenses no estuvieron dispuestos a dejar de explorar. Con la ayuda desinteresada de Navarrete o de Pascual de Gayangos, quienes facilitaban el acceso a los acervos, las llaves de entrada al reino español quedaron en manos de los intelectuales de Harvard.

Por último, debemos hacer mención de la formación histórica que recibieron algunos historiadores y escritores de literatura fuera de sus fronteras. La técnica de la investigación germana pasó a los Estados Unidos directamente gracias a sus mismos investigadores: Everett, Ticknor, Cogswell, y más adelante, Bancroft y Motley, estudiaron varios años de su vida en universidades como Gottinga y conocieron personalmente a grandes historiadores y filósofos de la época como Ranke, Niebuhr, Humboldt o el mismo Goethe.¹⁸ Otros, menos afortunados por motivos de salud para emprender viajes largos por el extranjero, como Prescott, sostuvieron una ininterrumpida correspondencia con esos sabios alemanes de primera talla. La obra *Historia del Reinado*

¹⁸ Véase Peter Gay, *Style in History*, p. 73.

de los Reyes Católicos dn. Fernando y dña. Isabel (1836), apareció el mismo año que los volúmenes segundo y tercero de la historia *Historia de los Papas* de Ranke. Humboldt alabó la obra de Bancroft, lo mismo Goethe y Ranke. Motley, quien a los 13 años entró como estudiante de Harvard, fue el historiador norteamericano predilecto de Bismarck.¹⁹

Hemos reconstruido brevemente el trasfondo del que partirá la gran producción historiográfica hispanista. Sin duda el resultado de este esfuerzo académico fue la aparición de obras que quedaron como grandes clásicos de la historiografía y de la literatura norteamericanas. Los libros cumplieron los objetivos de sus autores; presentar sólidas producciones equiparables a los escritos de los más famosos eruditos de Europa. Son obras, en suma, realizadas por americanos, para americanos y como ejemplo para el otro hemisferio.

Prescott no escribió —de hecho ninguno de la escuela de Boston lo hizo— un libro específico sobre Colón como su compatriota Washington Irving, pero sus ideas acerca del descubridor y de su empresa las hallamos contenidas en *Historia del reinado de los Reyes Católicos dn. Fernando y dña. Isabel*. Los especialistas parecen concordar en que su obra más grandiosa es la *Historia de la conquista de México* (1843), aunque también se le reconoce la *Historia de la conquista de Perú* y su obra inconclusa *Felipe II*, cuyas referencias se encuentran incluidas, aunque con menos frecuencia que las del *Reinado*, a lo largo de este trabajo.

En su *Historia de los Estados Unidos* (1834), George Bancroft (1800-1891) se dedicó a buscar sus raíces telúricas en el pasado colonial. Empieza con el estudio de los viajes de descubrimiento y se topa con Colón a quien le dedica algunas páginas dignas de estudio, porque se orientaron a reforzar un toque nacionalista, patriótico y misional de su vigoroso país en expansión. A esta lista de historiadores añadiremos el nombre de George Ticknor (1792-1873), quien a los 64 años escribió sus primeras líneas sobre el famoso Almirante en el libro más fecundo de su vida, *Historia de la literatura española* (1848), “el primer libro de su clase en atraer el respeto europeo hacia la investigación norteamericana sobre España”.²⁰ Básicamente esta es la lista de historiadores principales que

¹⁹ Para Ranke, véase Juan A. Ortega y Medina, *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, México, UNAM, 1980, p. 69. Los artículos que mandaba Prescott a sus amistades en todo el mundo pueden buscarse en el artículo de Harvey Gardiner, “Prescott obsequia sus libros”, en *Historia mexicana* (México, El Colegio de México), núm. 3, vol. VIII (enero-marzo de 1959), pp. 301-324. Sobre las relaciones de Motley y el canciller prusiano véase Van W. Brooks, *op. cit.*, pp. 120-525.

²⁰ Stanley Williams, *op. cit.*, vol. II, p. 211. Ticknor publicó así mismo *El Diario* y la *vida* de Prescott.

hemos elegido para nuestro estudio en lo que concierne a la primera parte de este siglo.²¹

El descubrimiento de América y la portentosa empresa marítima de Cristóbal Colón están, pues, presentes en todas estas obras (de manera directa o tangencial) y fueron los temas que ocuparon la atención de casi todo este círculo elitista; los “bracmanes” como ellos mismos se llamaron. Estos escritores nos regalan la idea o interpretación, acerca de lo que se sintió y se pensó sobre aquel hecho que cambió el curso de la historia europea y, de paso, la del continente americano.

Según el ya citado historiador Stanley Williams, la atracción de la historia española para los norteamericanos estaba ligada con un deseo sincero de aprender lo más posible en relación con el gran navegante; y esa curiosidad no carecía de un carácter posesivo. Porque, como el mismo Williams refiere, “aunque genovés de nacimiento y español en todos los demás aspectos, Colón permaneció siendo algo nuestro”.²²

Vale la pena insistir antes de saltar al análisis de las ideas propuestas, que el tema del Descubrimiento pasará por la crítica de los historiadores novoiñgleses y por el tamiz de su mentalidad y de su concepción protestantes del mundo, de tal suerte que sus conceptos están determinados por la experiencia modernizante calvinista que los constituyó históricamente como individuos y nacionalmente como estadounidenses, hijos y herederos culturales de Inglaterra, una nación heterodoxa y reformada.

2. *El Colón de la historiografía puritana*

Cristóbal Colón volvió a ser un tema apasionante para los escritores de la Nueva Inglaterra y motivo de reflexión histórica su empresa atlántica. Es interesante observar cómo los que se dedicaron a tratar sobre temas hispánicos dentro del grupo de Harvard hicieron a Cristóbal Colón

²¹ Consulté las siguientes ediciones de Prescott: *Historia del reinado de los Reyes Católicos...* ya citada en la p. 63; *Historia de la conquista de México*, ya citada en la p. 56; y la *History of the Conquest of Peru*, Nueva York, The Modern Library-Random House, s/f. De Ticknor, *History of the Spanish Literature*, 3 vols., Boston, Ticknor and Fields, 1864. De Bancroft, *History of the United States*, 7 vols., Routledge, Warne and Routledge, 1861. Hemos dejado a un lado a Francis Parkman y sólo mencionamos algunas ideas de John Motley en cuanto éstas se refieran a nuestro tema central. De este último utilizamos *The Rise of the Dutch Republic*, 3 vols., Londres, Dent and Sons, 1906 y *History of the United Netherlands*, 2 vols., Harper and Brothers, 1864. Las obras de Parkman, también uno de los mayores representantes de esta escuela, se centran en el estudio de las primeras fundaciones francesas en Norteamérica y en la importancia de la exploración y presencia galicana en el septentrión americano.

²² Stanley Williams, *op. cit.*, vol. I, p. 200.

parte de su historia nacional, aun cuando el navegante no plantó sus pies en el territorio que después formaría parte de los Estados Unidos de América. Ellos le rinden homenaje al Colón que empleó su inteligencia en favor de los intereses más altos de la humanidad; al Colón que descubrió América para el progreso civilizador; en suma, al Colón que así formó parte de la historia norteamericana.

El héroe de la epopeya romántica no cayó en el olvido dentro de la historiografía y de la literatura bostonianas, antes bien, la personalidad del famoso Almirante fue anatómicamente disecada por la pluma de esta pléyade de eruditos quienes meditaron e interpretaron la gran hazaña y su repercusión mundial. Empero, estamos en presencia de un Colón muy distinto al que nos regaló el romanticismo, al Colón soñador, intuitivo y bañado de superstición religiosa y espíritu de cruzada heroica. Para los historiadores puritanos Colón fue mucho más que eso.

Ciertamente el genovés fue un hombre admirable, virtuoso y virilmente pugnaz, cualidades o calificaciones que encontramos en las páginas del gran Irving, pero la historiografía bostoniana se forjó su propia idea singular y única de Colón, que respondía a su estereotipo de valores o se acercaba a la perfección, visto todo tras la lente protestante. En otras palabras, estos hombres inventaron a su propio Colón y le confirieron una serie de cualidades que se ajustasen adecuadamente al modelo preconcebido que ellos tenían en mente. Basta recordar al “Pobre Ricardo” de Benjamín Franklin, ejemplo de solicitud, trabajo y empeño, santo y seña de los valores que, de seguirlos al pie de la letra, encaminarían al hombre hacia el éxito y admiración generales.²³

Al terminar nuestros autores sus gestas históricas y literarias, nos han regalado un Colón que responde a su visión del mundo y que despliega facultades y valores protestantes, que no difiere mucho de la visión de Cotton Mather. De las apretadas páginas extraemos a un hombre de templado carácter y nos familiarizamos con un amante y defensor del libre examen; con un censor de la superstición y del fanatismo; trabajador incansable y motor del progreso; benefactor de la humanidad; de nobles y éticos principios; frugal en su alimentación y sencillo en su ornamento; disciplinado y constante; ahorrativo y previsor,

²³ En su autobiografía y pequeño ensayo sobre “El pobre Ricardo”, Ben Franklin receta los pasos a seguir para llegar a ser un hombre íntegro. Los consejos se resumen en tres principales: trabajo, frugalidad y honestidad. Véase *Autobiografía y otros escritos*, México, Editorial Porrúa, 1983, (*Sean Cuántos...*, 391), pp. 111-120. El doctor Ortega y Medina resume lo que conforma la ética protestante: Búsqueda del *confort* en lo práctico, desdén al mal uso de la riqueza, la ostentación y el derroche; un sano espíritu de ahorro; un modo de vivir metódico y sabiamente regulado. Véase, *México en la conciencia anglosajona*, vol. I, p. 70.

perseverante en la prosecución de una empresa; exitoso, pragmático y religioso. En pocas palabras, Colón personificó las virtudes anteriormente mencionadas, ejemplificó una *summa* de los valores protestantes. “Cualesquiera que hayan sido los defectos de sus facultades intelectuales —apunta William Prescott— el dedo del historiador no podría señalar una sola mancha en su carácter moral”.²⁴ Agrega también este notable escritor, haciendo alarde de objetividad que:

La historia no puede convertir en bueno lo que es malo, ni en malo lo bueno, ni tampoco realzar el carácter de sus favoritos disminuyendo en parte el horror que debe causar sus vicios. Antes por el contrario debe presentarlos en toda su deformidad, por lo más visibles que se hacen por efecto de la misma grandeza a que van unidos.²⁵

Como los *divines* angloamericanos de la centuria decimoséptima, ejemplos vivientes de sanidad, moralidad, ética, disciplina y constancia, también los historiadores del siglo XIX van a exigir estas características en los grandes personajes históricos. Como Colón, aquellos seres que más se acerquen con sus actos, disposición y conducta a la perfección serán ejemplos de vidas ilustres a imitar; serán quienes, en términos puritanos, van a manifestar la gracia divina y con ella su calidad de elegidos.

Por otra parte, George Ticknor se ocupa igualmente de profundizar en el carácter del famoso marino y es el primero en considerar importante su lugar de nacimiento. Asegura que, aunque no es oriundo de España, su espíritu es eminentemente español, porque destacan en él ciertas cualidades distintivas de este pueblo, como la lealtad, la fe religiosa y entusiasta, así como el amor por las grandes y extraordinarias aventuras, distinciones que, en su opinión, lo acercan más al temperamento hispánico y entran mejor en armonía con el carácter nacional de este pueblo que con el italiano. Su colega y amigo, William Prescott, agregaría que, en efecto, dichos rasgos son típicamente mediterráneos, distintos del humor nórdico, que hacía a ingleses y escoceses, por ejemplo, “más reflexivos y melancólicos”.²⁶

²⁴ William H. Prescott, *Historia del reinado...*, p. 355.

²⁵ *Ibid.*, p. 392.

²⁶ George Ticknor, *History of Spanish Literature*, p. 186. Para Prescott hay una influencia decisiva del clima en el desarrollo de las razas. Las mejores temperaturas serán las frías e incluso favorecerán el desarrollo óptimo de las fuerzas intelectuales, pues el extremo calor y las abrasadas temperaturas hacían a los pueblos indolentes, apáticos y dilatados. “El clima —apunta Prescott— cuanto más cálido, tiene el efecto de hacer a las personas voluptuosas y afeminadas” (*op. cit.*, p. 207). John Motley será el máximo defensor

Siguiendo a Washington Irving, tanto Prescott como Ticknor hablan de Colón como un hombre reflexivo, de carácter elevado e impedido a cumplir con sus proyectos vitales con un profundo impulso moral. Ticknor le confiere además el don de visionario, rara aunque notable característica en los hombres de su tiempo; como Irving, cree en la natural intuición del genovés para adivinar la presencia de las tierras americanas.

Había un hombre valeroso para quien los terrores del desconocido y temible océano eran solo estímulos e incentivos, y cuyo don de la visión, aunque a veces ofuscada por la altura desde la que se levantaba, podía ver más allá de las olas ese gran continente cuya ferviente imaginación juzgó que debía equilibrar el mundo.²⁷

de la superioridad germánica y anglosajona fundamentando sus opiniones en la raza y el clima. Los escritores de Harvard, como Emerson, expresan la misma idea que sus colegas los historiadores. Para él, “donde crecen los plátanos, el sistema animal es indolente y está minado a costa de las más altas cualidades; [allí] el hombre es usurpador, sensual y cruel”. Véase “civilización americana”, en *Ensayos*, México, Editorial Porrúa, 1990, p. 95. Consúltese también el libro de Reginald Horsman, *La raza y el destino manifiesto*, cap. III.

²⁷ George Ticknor, *op. cit.*, p. 186. La expresión usada por Ticknor “*to balance the world*” es de procedencia tradicional clásico-cristiana. Mather, como conocedor que era de los textos antiguos, menciona también a América como “balancing half of the globe”, en *Magnalia Christi Americana*, vol. I, p. 41. El escocés William Robertson escribe igualmente una alusión al respecto: “Era muy verosímil que el continente del mundo conocido, colocado en una de las superficies del globo, estuviese *contrapesado* por una cantidad de tierras casi igual a la del hemisferio opuesto”, en *Historia de América*, p. 83. Asimismo Ticknor asegura que Colón tuvo una visión de América, una especie de iluminación interior. Su fundamento es una carta del propio marino dirigida a los Reyes Católicos fechada el 7 de julio de 1503 desde Jamaica. A ésta se le conoce como *Lettera Rarissima* y es en la que Colón da cuenta de los sucesos de su cuarto y último viaje. Ahora presento el fragmento que eligió el propio Ticknor que tomé para que el lector observe por qué el contenido de dicha carta se ajustó tan bien al esquema mental del bostoniano, pues está repleta de virtudes puritanas, tales como elección, confianza en Dios, fe en el éxito de la empresa. Daré la versión original y a continuación la traducción de Ticknor, porque me parece que debe apreciarse el manejo del idioma de este notable autor y la belleza de su transcripción.

“Mi hermano y la otra gente toda estaban en un navío que quedó adentro; yo muy solo de fuera en tan brava costa, con fuerte fiebre, con tanta fatiga, la esperanza de escapar era muerta; subí trabajando lo más alto, llamando a su voz temerosa, llorando y muy aprisa, los maestros de la guerra de vuestras altezas, a todos cuatro vientos, por socorro; mas nunca me respondieron. Cansado, me adormecí gimiendo; una voz muy piadosa oí diciendo: ¡Oh estulto y tardo a creer y a servir a tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo Él más por Moyses o por David su siervo? Desde que naciste, siempre Él tuvo de ti muy grande cargo. Cuando te vido en edad de que Él fue contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo, tan ricas, te las dio por tuyas; tú las repartiste a donde te plugo, y te dio poder para ello. De los atamientos de la mar oceana, que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dio las llaves; y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo el más alto pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto?... Los privilegios y promesas que da

Ticknor considera que los fundamentos de las grandes esperanzas y proyectos del marino descansan en sus ilusiones y corazonadas; en cambio, para el racionalista y pragmático Prescott la mentalidad soñadora y novelesca de Colón es un defecto en su carácter, que lo condujo a descabelladas ideas como imaginar la conquista del Santo Sepulcro.

Por lo general, la *Historia* de Colón de Washington Irving se presentó como el libro de cabecera para quienes estuvieran interesados en la vida del extraordinario navegante. En la introducción a su *Historia de la literatura española*, George Ticknor alabó la obra de su colega como “un monumento erigido a la Historia sobre las aventuras españolas”, y lo mismo hizo Prescott, cuyo tratamiento sobre Colón es algo modesto, ya que considera que Irving había agotado admirablemente todo estudio respecto al genovés y lo acreditaba diciendo que “es muy justo que las vicisitudes del descubridor de la América ocupasen la pluma de un habitante de uno de los más favorecidos e ilustrados países que comprende”. Prescott se muestra agradecido hacia Irving por su capacidad de construir una historia tan deliciosa para la

Dios no las quebranta, ni dice después de haber recibido el servicio, que su intención no era ésta, y que se entiende de otra manera, ni da martirios por dar color a la fuerza; Él va al pie de la letra; todo lo que Él promete cumple con acrecentamiento ¿Esto es uso? Dicho tengo lo que tu Criador ha hecho por ti y hace con todos. Ahora medio muestra el galardón de estos afanes y peligros que has pasado sirviendo a otros. Yo así amortecido oí todo; mas no tuve yo respuesta a palabras tan ciertas, salvo llorar por mis yerros. Acabó él de hablar quien quiera que fuese diciendo: No temas, confía: todas estas tribulaciones estan escritas en piedra mármol y no sin causa”, en Edmundo O’Gorman (comp.), *Navegaciones colombinas*, México, SEP, s/f, pp. 79-94.

My Brother and the rest of the people were in a vessel that remained within, and I was left solitary on a coast so dangerous, with a strong fever and grievously worn down. Hope of escape was dead within me. I climbed aloft with difficulty, calling anxiously and not without many tears for help upon your Majesties' captains from all the four winds of heaven. But none made me answer. Wearing and still moaning, I fell asleep, and slow to trust and serve thy God, the God of all! What did He more for Moses, or for David His servant? Ever since thou was born, thou hast been His especial charge. When He saw thee at the age wherewith He was content, He made thy name to sound marvellously on the earth. The Indies, which are a part of the world and so rich, He gave them to Thee for thine own, and thou has divided them unto others as seemed good to thyself, for He granted thee power to do so. Of the barriers of the great ocean, which were bound up with such mighty chains, He hath given unto thee the keys. Thou hast been obeyed in many lands, and thou hast gained an honored name among Christian men. What did He more for the people of Israel when He led them forth from Egypt?... The privileges and promises that God giveth, He breaketh not, nor, after He hath received service, doth He say that thus was not His mind, and that His meaning was other. Neither punisheth He, in order to hide a refusal of justice. What He promiseth that He fulfilleth, and yet more. I have told thee what thy maker hath done for thee, and what He doth for all. Even now He in part showeth thee the reward of the sorrows and dangers thou hast gone through in serving others. All this heard I as one half dead; but answer had I none to words so true, save tears for my sins. And whosoever it might be that thus spake, he ended saying: "Fear not; be of good cheer; all these thy griefs are written in marble, and not without cause", en George Ticknor, op. cit., pp. 189 y 190.

imaginación por “su brillantez y colorido dramático”, que supera al relato histórico propiamente dicho. Concluyó sosteniendo que el escritor y diplomático neoyorquino había agotado todo lo referente a Colón y el respeto profesional hacia su colega le hizo limitarse, desafortunadamente para nosotros, en cuanto al volumen y densidad que hubiera deseado dedicarle a Colón. Empero, nos queda un consuelo, y es que si bien Prescott declare “concordar enteramente con el libro de Irving”, su impulso académico y su curiosidad erudita lo acercan, finalmente, a emitir un juicio personal sobre esta imponente personalidad histórica, misma que difiere de la concepción manejada por Irving.

Prescott va más lejos que Irving en cuanto a considerar a Colón el merecedor del título de descubridor de América. Para él, Colón no intuyó la presencia de América como sostuvo Irving, sino que supo de antemano su existencia, de tal suerte que, el 12 de octubre de 1492

...fue ciertamente el momento de suprema gloria en la vida de Colón; porque había probado completamente la verdad de su teoría por tanto tiempo combatida, a despecho de los argumentos, de los sofismas, de las burlas de la duda y del desprecio; *porque la había realizado, no por casualidad, sino por cálculo y sostenido por su prudencia consumada en medio de las más adversas circunstancias.*²⁸

Cuando se refiere a “las más adversas circunstancias”, Prescott nos remite a las trabas impuestas por los miembros de la junta que examinó el proyecto de Colón y emitió un fallo contrario a los deseos del navegante. Como se sabe, el proyecto se calificó de disparatado y contrario a la verdad y a la razón. El norteamericano critica a los teólogos y sabios salmantinos así como a los consejeros reales y los acusa de ir contra el libre examen, el cual es uno de los máximos postulados del protestantismo. De no haber sido por la reina Isabel se hubiese retardado aún más lo que la Providencia tenía prisa por revelar. Para Prescott era una manifestación de ignorancia el negar la esfericidad de la tierra y el considerar imposible que por la ruta atlántica occidental se pudiese llegar, como calculaba acertadamente el genovés, a las costas extremas de Asia.²⁹ Aprovecha también el bostoniano para lanzar toda su batería

²⁸ Las cursivas son nuestras. William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 191.

²⁹ Véase Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombina del Descubrimiento desde México*, p. 41. Colón utilizó el conocimiento de los marinos de su tiempo y con este bagaje cultural geográfico y científico calculó que la tierra era tres cuartas partes menor de lo que es en realidad: 30 000 kilómetros de circunferencia ecuatorial, en lugar de los 40 075 que se imponen hoy en día. Esta impresión se originó de los cálculos de Marco Polo, Mandeville y el árabe Alfragano que estimaba en 56 millas y dos tercios el tamaño del grado de la

contra la Inquisición, que hizo su acto de presencia como institución moderna durante el reinado de los Católicos.³⁰

Prescott hace a Colón el agente consumidor del hecho histórico porque en su acción estaba implícita una concepción inicial y una ejecución final. Sin importar los obstáculos y molestias, el genovés se mantuvo firme en su gran propósito y

en la mañana del 3 de agosto de 1492 —fecha en que Colón partió de España— aquel intrépido navegante, —continúa Prescott— dando su adiós al mundo antiguo se lanzó resueltamente a ese inmenso piélago, jamás hasta allí surcado, y sobre cuyas aguas hasta entonces nunca se diera al viento vela alguna.

Lo más importante de la tesis prescottiana es la conclusión de aquella empresa que se inició esa mañana de agosto, cuando “Colón lanzó su atrevida nao sobre aquellas turbulentas y desconocidas aguas”, y poco más de dos meses después “se había descubierto un nuevo mundo”. Como vemos, el simple topar físico con estas tierras situadas al otro extremo del Atlántico es prueba suficiente de que Colón es el descubridor. Si para Washington Irving lo importante es que Colón fue el primero que de hecho “vio” una porción terrestre antes que cualquier otro europeo, para Prescott es más meritorio que el genovés fue “el primero que holló con sus plantas el gran continente meridional, a que abriera ya antes el camino”.³¹

Reconocido ya sin titubeo el mérito de Colón como descubridor del Nuevo Mundo, se entenderá el porqué Prescott prefiere darle a éste el título y negárselo a Sebastián Caboto, más popularmente famoso entre los historiadores protestantes, tanto ingleses como norteamericanos. Imaginamos a esto se le debe sumar otra posible explicación, que parece encontrarse en las fuentes que consultó, casi todas hispánicas, sobre todo el relato de Fernando Colón, quien se empeñó en demostrar que su padre merecía los honores al haber tenido claro su objetivo americano.

Algo opuesto le ocurre al joven panegirista de los Estados Unidos, George Bancroft. Él considera importante retomar, meramente para el

circunferencia ecuatorial, medida aceptada por Colón, pero acertadamente combatida por la junta salamantina.

³⁰ Para Prescott, la Inquisición era “el mayor abuso que haya deshonrado jamás a la humanidad”, en *Historia del reinado...*, p. 95. La define también como “máquina infernal” (p. 97), contraria a la ley natural; la valla más insuperable que jamás se haya opuesto a los progresos del saber (p. 105) y encima de todo un tribunal ostentoso y costoso.

³¹ *Ibid.*, p. 274.

conocimiento de sus presuntos lectores, las viejas hipótesis basadas en el mapa de Vinland sobre los viajes de Leif Ericson (¿año 1000?) y su tripulación de vikingos previos al de Colón, mas el escéptico autor de la *Historia de los Estados Unidos* rechaza que estos relatos tengan una base científica y prefiere suponerlos como simple mitología de oscuro significado. Para él no hay clara evidencia histórica de que estos grupos nórdicos pasaron de Groenlandia a Labrador y otorga también a Colón el mérito de descubridor; pero con mucho menor entusiasmo que el resto de sus colegas y con especial hincapié en que Colón tocó las islas y no tierra firme continental hasta su tercer viaje (1498-1500).

Concuerdo con este historiador, quien asegura que los logros del genovés fueron magníficos, pues “revelaron una verdad maravillosa”, no obstante los gérmenes de esta idea que suponía la existencia de tierras hacia el Occidente desconocidas hasta entonces por los europeos no fueron privativos de Colón, sino que “pudieron haber existido en la imaginación de todo marinero juicioso” del siglo XV. Pese a todo, el historiador bostoniano no le quita el mérito al viaje atlántico de 1492, “una empresa que parecía más divina que humana”. Empero, para los fines que persigue en su libro —y que vale la pena insistir en que se trata de mostrar la supremacía anglosajona en el continente— Bancroft concede mayor atención a los viajes de Juan y Sebastián Caboto que a reseñar con lujo de detalle la historia colombina. Él considera e insiste que ya Washington Irving, “con candor, originalidad e investigación exhaustiva... y en suaves pero duraderos colores ha llevado a cabo como nadie” la narración del Descubrimiento.

Para Bancroft, los Caboto son los verdaderos descubridores del continente americano, sin importar el elemento de intencionalidad, que para tal caso sería igual al de Colón, sino simplemente porque esa expedición tocó primero —y esa es una “verdad” científica y objetiva para nuestro autor— el hemisferio. De esta forma concluye:

El descubrimiento del continente americano probablemente en los 56 grados de latitud, alejado hacia el norte del estrecho de Belle Isle, entre los osos polares, los rudos salvajes y los tenebrosos farallones de Labrador, fue el fruto de su viaje.³²

Es de suponerse que nuestro historiador, heredero de la tradición inglesa, no podía pasar por alto ni tampoco desapercibido el hecho de

³² George Bancroft, *History of the United States*, vol. I, p. 8. Hay datos adicionales sobre este historiador, político y diplomático norteamericano en el libro de Robert Allen Skotheim, *American Intellectual Histories and Historians*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1966, pp. 15-17 y en Thomas Hietala, *op. cit.*, pp. 40 y 206.

que el viaje de 1497 fuera auspiciado por la Corona tudoriana y descubierto, según él apunta con gran seguridad, por un “inglés”,³³ y menos aún podía escapársele que estos navegantes, venciendo el gélido clima y los obstáculos impuestos por las altas latitudes, llegaron a este territorio catorce meses antes de que lo hiciera Colón en su tercer viaje y casi con dos años de antelación al que hiciera Américo Vespucio a las costas de Sudamérica.³⁴

Volvamos a Prescott, para quien la gloria del Descubrimiento es de Colón y de nadie más, porque la idea está intrínseca en su historia vital y porque, como veremos en el apartado siguiente, la mano directriz de la Providencia apuntó el camino aún antes de que el genovés naciera o supusiera que llegaría a ser marinero y descubridor. A diferencia del también puritano Cotton Mather, tomando en cuenta la brecha temporal que los separa, no habla Prescott sobre “injusticias” cometidas hacia Colón por una posteridad malagradecida, pero podemos imaginarlo esbozar una leve sonrisa cuando se refiere al explorador florentino, Américo Vespucio, en cuyo honor el continente que habitamos recibió su distinción onomástica. Sin saberlo siquiera, él ganó la gloria, la mayor acaso, “que jamás concedió al hombre la casualidad o el capricho de la suerte, de dar su nombre al hemisferio descubierto” [por Colón].³⁵

El problema se reduce a esto: una vez que Colón tuvo el conocimiento de tierras occidentales, no sabemos sin embargo cómo ni porqué, el genovés se lanzó al mar resuelto a cumplir con su llamado (recordemos que Ticknor secunda esta noción), llegó entonces a América y en ese momento la existencia del Nuevo Mundo se reveló por fin. Este discurrir histórico había sido planeado de antemano por la sabia Providencia que guió el impulso humano a través de un llamado interior que sólo obedece a la Voluntad celestial.

Tenemos ante nosotros la tesis de un historiador de primera línea, mas sospechará el lector que, al formularla, el bostoniano dejó olvidada su formación académica rigurosa y se extravió en un falso camino, ya no digamos hipotético, sino abiertamente equivocado. Prescott afirma

³³ David Beers Quinn, historiador que se ha dedicado a estudiar el papel de Inglaterra en el descubrimiento de América, estima que Sebastián Caboto no era inglés, sino veneciano y que llegó a Inglaterra en 1548 después de haber servido a España como marino. No se sabe si él acompañó a su padre, Juan Caboto, en la expedición de 1497. Véase *England and the Discovery of America. 1481-1620*, Nueva York, Alfred Knopf, Inc., 1974, pp. 132-136. Los historiadores que hemos visto hasta ahora consideran que sí participó en los dos viajes, el de 1497 y el de 1498.

³⁴ El primer viaje de Vespucio fue el 20 de mayo de 1499 a islas ya visitadas por Colón.

³⁵ William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 418.

que el ser de América era una verdad escondida en los intrincados conductos del cerebro del navegante. Mas saber cómo conoció Colón esta verdad es algo que Prescott no nos explica. Ni siquiera podemos conformarnos con la leyenda del piloto anónimo o las insinuaciones contenidas en los textos antiguos sobre la presencia de tierras aquende el océano, que la tradición desplegaba como base crediticia cuando se hablaba del Colón conocedor de su objetivo. No nos aclara tampoco nuestro historiador qué fuentes conoció Colón; mas para él la pluma de Irving lo había dicho ya todo.

Estas aporías no deben pasarnos demasiado, supuesto que conocemos la tesis irvingiana intuicionista y la teológica calvinista, que añade a ésta la participación de Dios en todos los acontecimientos terrenales, sin dejar al hombre la posibilidad para obrar por su propio y libre albedrío. La lógica nos haría suponer —como apuntamos— que Prescott conoció y retomó la vieja tesis de Fernando Colón que, en opinión de Edmundo O’Gorman, presenta el “Descubrimiento” desde el punto de vista del “descubridor”, es decir, recupera la tesis de la finalidad descubridora del Nuevo Mundo de la empresa colombina.³⁶

Si bien esto pudiera ser una respuesta muy viable, ya que una de las fuentes más importantes de Prescott fue precisamente el hijo del Almirante, pensamos nosotros que lo que motivó a Prescott a formular su idea es algo mucho más complejo y profundo; responde, quizá, a las exigencias de una mentalidad puritana que otorga a Dios el papel de primer actor en la realización de la historia. Esto lo hace concordar con la idea de que Colón no fue independiente al objetivo americano, sino que fue directamente a América por la sencilla razón de que llegar aquí era el dictamen providencial. La concepción teológica de William Prescott le impidió en ocasiones entrar en una comprensión historicista del hecho.

Por lo pronto, el providencialismo histórico del escritor bostoniano hizo que viera a Colón como el único y original héroe de la hazaña descubridora. No importaban las ideas geográficas medievales tomadas por el marino como punto de partida, ni tampoco contó la cartografía latina que conoció Colón antes de zarpar. La figura del Almirante posee un misterioso carisma que lo distingue sobre sus compañeros y que lo coloca como único hacedor de la proeza del Descubrimiento. En otras palabras, Colón es el elegido del cielo y aún involuntariamente llegó a América. También el gran escritor James Russell Lowell, formado en el brahmánico círculo bostoniano, se sumó a la idea prescottiana de con-

³⁶ Edmundo O’Gorman, *La idea del descubrimiento...*, p. 93.

siderar a Colón como un predestinado por la Providencia y retrató al Almirante con las pinturas y colores poéticos que ahora presenciamos:

*If the chosen soul could never be alone
In deep mid-silence, open doored to God,
No greatness ever had been dreamed or
done,
Among dull hearts a prophet never grew,
The nurse of full-grown souls is solitude.*

Aprovecho el brinco poético para antes de finalizar el análisis historiográfico sobre la conciencia que los puritanos tuvieron de Colón, agregar lo que la literatura hizo para completar el retrato sobre esta gran personalidad histórica. La poesía y la prosa inventaron un nuevo Colón rodeado por escenarios naturales del romántico y misterioso continente. Ya Irving había incursionado sobre este emotivo aspecto del navegante como descubridor de la naturaleza tropical y, años después, este tema seguía fascinando a los escritores trascendentalistas. La cita a continuación refleja una hermosa imagen sobre el Colón que inventa Ralph Waldo Emerson como un ente inseparable del escenario americano:

Todo acto heroico es también noble y hace resplandecer a los espectadores y al sitio en que se realiza. Por los grandes actos sabemos que el universo es propiedad de todo aquel individuo que lo habita... los vientos y las olas —decía Gibbon— están siempre en favor de los más hábiles navegantes. Lo mismo se puede decir del sol, de la luna y de las estrellas del cielo. Cuando se realiza un acto noble, quizá en un escenario de gran belleza natural se suma a la belleza del escenario la belleza del hecho, como sucedió... cuando la barca de Colón se aproximó a las orillas de América y los navegantes contemplaron ante sí la multitud de salvajes que salían de sus chozas de caña, detrás del mar, y las rojizas montañas del archipiélago de las Indias en torno suyo. ¿Podremos separar al hombre de este paisaje viviente? ¿No viste sus formas el Nuevo Mundo con sus bosquecillos de palmeras y sus sabanas? La naturaleza se esconde siempre de este modo y envuelve sus grandes acciones.³⁷

En los Estados Unidos se cultivó también el género de la novela histórica de forma admirable. Los historiadores de Boston se vieron profundamente influidos por los novelistas, y al contrario, también estos últimos contrajeron una deuda intelectual hacia sus compañeros para lograr construir sus relatos. Es conocido el poema de Lowell sobre el

³⁷ Ralph Emerson, "Naturaleza", en *op. cit.*, p. 11.

Almirante de la Mar Oceánica,³⁸ y en los ensayos de Emerson no deja de aparecer el nombre del descubridor de América. Ni qué decir sobre las dos famosas poesías de Walt Whitman (1819-1892) sobre Colón. En ellas, este escritor nacido en Long Island plasmó su manera de conceputar al genovés y su empresa oceánica. Él también lo consideró un elegido del Creador para llevar a cabo grandes y trascendentales hazañas que abrieron el camino a la libertad del hombre. Así lo expresa una de sus estrofas del poema “Plegaria de Colón”, en la que entrevemos sin dificultad los elementos más sobresalientes del puritanismo (fe en Dios, elección, vocación, o *calling*)...

¡Oh! Estoy seguro de que han venido de Ti,
el ímpetu, el ardor, la voluntad indomable,
El poderoso mandato interior,
más fuerte que las palabras.
Un mensaje del Cielo que me ha sido susurrado
aún en sueños,
Estas cosas me han impulsado.

Asimismo, en “Navegar a las Indias”, la segunda poesía a la que aludimos líneas atrás, completa Whitman su visión de Colón, que ahora trasmitimos en esta selección de hermosa expresión literaria estadounidense:

Como el histrión principal
camina hacia las candilejas en una grandiosa escena,
Veo al almirante en persona,
dominándolo todo.
Tipo histórico de valor, de la acción, de la fe,
Vedle hacerse a la vela en el Puerto de Palos,
a la cabeza de su pequeña flota,
considerad su viaje, su regreso, su gran fama,
sus desdichas, sus detractores,
Vedlo prisionero, encadenado,
contemplad su angustia, su pobreza, su muerte.

Whitman centra su atención en el Colón ya envejecido que retorna frustrado de su cuarto viaje. Imagina que se pone en su lugar y trata de comprender su postura. Así interpreta los pensamientos que supuestamente corren por la mente del famoso marino al elevar éste su plegaria a Dios...

³⁸ El poema *Columbus* está incluido en el epílogo de este trabajo.

Mi fin esta próximo,
las nubes se aglomeran ya sobre mí,
El viaje frustrado, el rumbo discutido, perdido,
A ti entrego mis navíos.

Para el escritor estadounidense, el Almirante consagró su vida a realizar un mandato del Cielo que le fue comunicado —muy puritanamente— hasta el interior de su espíritu, y no obstante en esta vida fue tratado con injusticia por sus patrocinadores reales. Se sabe que, efectivamente, los Reyes, informados sobre la incapacidad del genovés para organizar y gobernar una colonia (la Hispaniola), le retiraron las concesiones otorgadas por acuerdo en las Capitulaciones. En ellas, se estipulaba que, en caso de descubrir las Indias, Colón recibiría el título de Almirante para él y sus descendientes, sería también nombrado gobernador de las regiones incorporadas al reino y recibiría una parte considerable (10%) de todas las riquezas encontradas. Tras el fracaso en las islas antillanas, la Corona, no obstante, siguió otorgándole el nombramiento de Almirante, pero le retiró las demás prerrogativas. Whitman interpreta así el dolor y la desilusión que esto causó al genovés.

Sabes que ni una vez he perdido la fe
y el éxtasis en Ti,
Encadenado, encarcelado, deshonrado,
no me he quejado,
Lo he aceptado todo de Ti, pues todo
viene de Ti.

La caída en desgracia de Cristóbal Colón fue un hecho que los norteamericanos consideraron, con toda base de verdad en sus manos, como un acto ominoso y deshonesto por parte del Estado español hacia quien les entregó las llaves de un futuro imperio. No sólo el trato dado al genovés resulta denigrante. También el hecho de que en vida él no se percatara de su logro le parece patético a Whitman. Colón creyó ir al Asia, aunque para el cuarto viaje esas tierras manifestaban una singularidad propia, distinta de lo que se sabía existía en el Lejano Oriente. Colón, aturdido y en gran confusión, habla sobre esto en su oración, pero en verdad, como sabemos, es el propio Whitman quien propone muchas interrogantes:

¿Doy expresión al pensamiento del profeta, o delirio?
¿Qué se de la vida? ¿Qué se de mí mismo?

No conozco ni mi propia obra pasada o presente,
Conjeturas imprecisas de ella, siempre cambiantes,
puestas ante mí,
De mundos nuevos y mejores, de su alumbramiento
gigantesco,
Burlándose de mí, desconcertándome.

Así expresa el poeta norteamericano la gran paradoja en la que se vio envuelto Colón por una conjunción de extrañas circunstancias.

¡Ah genovés, tu sueño, tu sueño!
Siglos después de haber sido depositado
en tu sepultura,
la costa que descubriste confirma tu sueño.

Este es el Colón de Walt Whitman. Más que otra cosa nos parece un hombre de fe. Para el protestantismo, aquel que tiene fe y además sabe escuchar el llamado divino, condición previa para la elección vocacional, será recompensado con creces. El éxito le será otorgado como premio y éste es señal inequívoca de salvación eterna.

Para Whitman, Colón importa, desde luego, como persona valiosa y emprendedora. A pesar de que su objetivo había sido llegar a Asia, este estadounidense piensa que lo que verdaderamente es menester resaltar es “la obra realizada”. Esta es trascendentemente más compleja, notable y digna de alabanza. Tomamos a continuación de los dos poemas sobre Colón algunas estrofas representativas de la idea que manejó Whitman del descubrimiento de América. Las hemos expuesto como si vinieran unidas en el texto original aunque no es así, pero con este orden subjetivo creemos que se aclara la visión completa de este poeta acerca del problema histórico colombino.

¡Navegar a las Indias!
¡Vamos alma mía! ¿No ves el
designio de Dios desde el comienzo?

.....

La tierra para ser recorrida, para ser
cubierta de redes,
Las razas, los vecinos, para pedirse y darse
en matrimonio,
Los océanos, para ser atravesados haciendo
cerca lo lejano, los países para ser
unidos unos a otros.

Al revisar la obra completa de Whitman, nos queda claro que para él, es en América donde convergen todos los portentos anunciados desde el Descubrimiento. Aunque Colón no lo percibió, fue gracias a sus viajes que “los países viejos de la tierra, ahogados, encerrados, han sido libertados y abiertos... redondeado los hemisferios... lo desconocido [ha sido] unido a lo conocido”. Para Whitman, el mundo de 1492, con su despierto espíritu de empresa “algo alimentaba entonces a la humanidad, como la savia de la tierra en la primavera”. En suma, el fin de la Providencia era ¡que se originara América! (entendiéndose, claro está, Norteamérica o los Estados Unidos) y así lo expresan los siguientes apartados:

Otra vez la ciencia conquistada, la
brújula del navegante,
Tierras descubiertas y naciones que nacen,
tu nacimiento, América
Para grandes destinos,
cumplida la gran expiación del hombre,
Tú, armonía del mundo, al fin lograda.

Whitman evoca un sentimiento de superioridad de la prodigiosa y joven América frente a la caduca y vetusta Europa.

Acaso la cizaña humana, bestial e
innumerable que conozco [habla Colón nuevamente]
Trasplantada aquí se ennoblezca,
Adquiera el saber digno de Ti.
Acaso las espadas que conozco se conviertan aquí en
herramientas de labranza,
Acaso la cruz inerte que conozco, la cruz muerta de
Europa, reverdezca aquí y se cubra de flores.

Al elegir a Walt Whitman, se pensó dar un ejemplo del poeta que incorpora a Colón nuevamente a su canto patriótico y que trasmite con orgullo lo que el genovés representa en la formación de los Estados Unidos de América.

El Colón de estos escritores, tanto novelistas o poetas, como historiadores, es un personaje histórico y además el producto de una romántica imaginación. El fundamento de las tramas descansa en el dato histórico exacto, más la recreación, que en este caso es lo que embelena al lector, está formada por una emotiva construcción literaria.

He aquí, pues, el otro aspecto de Colón, el que se desprende de la activa conciencia literaria del siglo XIX. Es un Colón poético, amante de

la naturaleza, el valiente héroe de una saga que complementa al Colón de los historiadores y se nos presenta como una figura verdadera y asequible.

3. *La explicación teológico-providencialista del Descubrimiento*

Como vimos en el punto anterior, salta a la vista en seguida la tesis teológica de nuestros historiadores respecto al Descubrimiento, cuestión que no nos sorprende si consideramos la formación puritana de cada uno de ellos; y no pretendemos encasillarlos con esto en un determinismo asfixiante, sino sólo indicar algunas directrices fundamentales de su pensamiento, que los obligaron a interpretar la historia de acuerdo con esta singular visión del mundo. Veremos al grupo obsesionado ante la participación divina en toda acción humana, lo que le confiere, como ya lo vimos en Washington Irving, un carácter moral a ésta; mas para los herederos del puritanismo la implicación celestial tendrá mayor trascendencia.

La predestinación calvinista, menos dramática, pero igualmente operante en el siglo XIX que en el XVII, será nuevamente trasladada al plano histórico. El Dios cristiano-protestante va a seleccionar entre la humanidad a unos cuantos individuos para llevar a cabo sus inexplicables designios. Estos elegidos, cuyos atributos reunió Colón para la historiografía bostoniana, van a ser las más de las veces heroicos personajes sin tacha, sin defectos morales ni exageradas contradicciones de carácter; basta revisar a la magnánima y benigna Isabel de Castilla, al viril y político Cortés, al patriótico y liberal mártir holandés, Guillermo de Orange y al humilde y frugal Pedro de Gasca. Todos y cada uno de ellos fueron señalados por la mano de la Providencia para cumplir un mandato racional, lógico y necesario, aunque a veces incomprensible y alejado de la pobre y menoscabada voluntad y entendimiento humano. Tomemos como ejemplo a la heroína prescottiana, Isabel, reina de España:

Si hay algún ser sobre la tierra a quien sea dado hacernos recordar de la misma Divinidad, es sin duda alguna el regulador de un imperio que emplea los altos poderes que le están confiados en el beneficio exclusivo de su pueblo, y que, dotado de las facultades intelectuales correspondientes a su elevado puesto, en una época comparativamente bárbara, procura derramar sobre él los brillantes rayos de la civilización que iluminan su propio ser, y crear con los elementos mismos de la discordia la bella fábrica del orden social. Tal fue Isabel; tal el siglo en que vivió.³⁹

³⁹ William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 81.

La mayoría de nuestros autores exalta a la reina Isabel entre otras cosas por su íntima relación con el Descubrimiento.⁴⁰ Fue la monarca católica quien patrocinó los viajes ultramarinos, quien impulsó a Colón, quien creyó en sus utópicos destinos y quiméricas ficciones y, finalmente, gracias a ellos, logró encaminar a su nación por el sendero del progreso. Para William Prescott incluso esta gran mujer era la única capaz de opacar la figura del Almirante, pues aunque ambos seres se parecían en su desinterés personal y en su amor al prójimo, el entusiasmo de la castellana “estaba más templado con alguna más benignidad y discreción que el del navegante”.⁴¹ Para Prescott, así como para Ticknor, el impulso moral de estos seres y la constancia de sus propósitos se une al torrente de las tendencias nacionales activas, lo que permite a los Estados, en conjunto, obrar de manera eficaz y convertirse en grandes potencias. Igualmente para el trascendentalista escritor Ralph William Emerson, quien defiende un casuismo singular, “la civilización depende de la moralidad” más que de los climas o las razas. El aspecto espiritual es la “esencialísima condición” que determina su avance. De hecho, para él, “la evolución de una sociedad llamada a altos destinos debe ser moral; debe marchar sobre los rieles de las ruedas celestiales”. Podemos inferir que en la mentalidad de este puritano de la Nueva Inglaterra, cualquier acción de una gran potencia es justificado si en sus metas lleva esta característica de moralidad.⁴² A continuación veremos la interpretación que hace Prescott de la elección llevada a un plano político:

Si la energía se encuentra combinada con un genio elevado y sometida a la acción de poderosos principios... entonces aquella presenta la imagen de un poder que se aproxima más que todas las demás cosas de este mundo al

⁴⁰ Este personaje de la historia española es preferido, y habitualmente comparado, a la reina inglesa del mismo nombre que no es favorecida por la historiografía bostoniana. Prescott y Motley hacen una aguda crítica de Isabel de Inglaterra. Véase William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 341 y 342. Motley la define con algunos de estos adjetivos; celosa, cauta, tacaña, fastidiosa y políticamente perversa, véase John Motley, *The Rise of the Dutch...*, vol. III, p. 213 y 227. Con la reina en el poder, Inglaterra era un despotismo, aunque no tan perverso como el español. *History of the United Netherlands...*, vol. II, p. 113. Más que atacar al imperio hispánico, Motley dirige sus argumentos, como buen estadounidense, a todo lo que le huele a absolutismo y lo que es contrario a los valores del liberalismo y de la democracia.

⁴¹ William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 273.

⁴² El contraste de una nación con los atributos ennumerados por Emerson como “civilizada” es aquella “donde las artes no tienen vida propia, sino que son todas importadas; donde no se garantiza el esfuerzo manual de los trabajadores; donde el sufragio no es libre ni igual [entonces] ese país no es civil, sino bárbaro desde todos los puntos de vista, y ni las ventajas del suelo y del clima pueden resistir a esos procedimientos suicidas”, Ralph Emerson, *op. cit.*, pp. 95 y 100.

de la inteligencia divina, y los que la poseen son, ciertamente, agentes de que se vale la Providencia para llevar a cabo aquellas grandes revoluciones, que conmoviendo al mundo hasta sus fundamentos, hacen brotar nuevos y más hermosos sistemas, y hacen avanzar de un solo impulso, al espíritu humano en la carrera de los adelantos.⁴³

Una de estas grandes revoluciones fue, sin duda, el descubrimiento de América, hecho en el cual la historia y la religión se unieron perfecta y armónicamente en un incontenible movimiento cuya meta era “la carrera de los adelantos” que podemos traducir, y lo haremos más adelante, como “progreso”. Por esto, son inseparables el hombre y el hecho, Colón y el Descubrimiento. Uno representa el plano espiritual, es el elegido de la Providencia, el agente de sus designios, el predeterminado para llevar a cabo la empresa; lo segundo es la meta de la historia, el *non plus ultra* o la finalidad absoluta del plan celestial progresista. El espíritu noble y desinteresado del famoso navegante, a quien Dios señaló como el actor principal de sus misteriosos designios, estaba en perfecta relación con la grandeza de sus planes, o mejor sería apuntar, con los proyectos providenciales, el resultado, es decir, el Descubrimiento, “fue lo más sorprendente que el cielo haya permitido jamás realizar a hombre alguno”.⁴⁴

Las aventuras de Colón y de su “valiente cuadrilla de caballería oceánica” contribuyeron a formar, al decir de Prescott, “una de las más notables páginas en la historia del hombre” y sólo Dios, estaba el escritor convencido, podía disponer que “la raza de tales hombres fuera contemporánea con el descubrimiento del Nuevo Mundo”.⁴⁵ Se trataba de un romance puesto en acción y esto era precisamente lo que fascinó a los disciplinados, adustos y racionalistas puritanos.

Tal es la explicitación sobrenatural del Descubrimiento en la conciencia historiográfica puritana. Hemos rastreado, además, el origen de la tesis en la mentalidad protestante, supuesto que el credo calvinista exige la fe y confianza en el Creador y, pues, esta característica moral ideológica está hondamente arraigada en el corazón y en la mente de un sincero creyente de los postulados teológicos del protestantismo ginebrino. Empero, debemos agregar que resulta insatisfactoria la explicación meta-histórica fundamentada en la tesis teológica de nuestros autores, problema que, al parecer, adivinaron el mismo Prescott y quienes le siguieron en la interpretación colombina, ya que ellos mismos li-

⁴³ William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 257.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 355.

⁴⁵ William Prescott, *Historia de la conquista de México*, pp. 105 y 556.

braron al lector de la intranquilidad dejada por el primer planteamiento y aportaron otras soluciones.

4. La explicación circunstancialista del Descubrimiento

Como historiógrafos profesionales, los intelectuales de Harvard, influidos algunos por las corrientes europeas de la Ilustración o el Cientificismo y endeudados otros con los sabios alemanes quienes les inspiraron los métodos de la dialéctica idealista, no olvidaron los elementos fundamentales sin los cuales quedaría trunca una explicación histórica científicamente aceptable. La observación de lo hechos, la exhaustiva búsqueda de datos fidedignos, al interpretación erudita de los resultados y la reconstrucción lógica de los acontecimientos fueron cuestiones que el grupo de Boston difícilmente pudo pasar por alto.

Dos de nuestros historiadores, Ticknor y Prescott, van a escudriñar en la realidad política, social, económica y cultural de aquella nación que llevó a cabo el Descubrimiento, así como los subsecuentes viajes de exploración, la circunnavegación del globo y la conquista de grandes imperios. Van a insertar a los principales personajes históricos en la trama de la situación europea e interpretarán cómo se construyó la realidad histórica con múltiples y disímbolos elementos.

El ejemplo de William Prescott es interesante. En su libro *Historia del reinado de los Reyes Católicos dn. Fernando y dña. Isabel* intenta explicar, a partir de su propia visión del mundo y perspectiva decimonona, el descubrimiento de América. Para él, este hecho trascendental y único no podría entenderse sin “la reunión de circunstancias” que lo determinaron. En esta obra, que exige ser apreciada por su riqueza interpretativa y valorada en sí misma como un producto de su época, Prescott regala al lector un cuadro completo de las etapas más significativas de la historia española de fines del siglo XV y principios del XVI a fin de mostrar el contexto en el que ocurrió el viaje colombino. Para él fue esta una etapa de transición en la que la civilización occidental europea experimentó un cambio; se pasa de una “edad corrompida”, ya que así define nuestro ilustrado autor a la Edad Media, a una nueva era de progreso intelectual inaugurada por el Renacimiento.

La Edad Media, que representó un verdadero problema filosófico para el historiador norteamericano ajeno a ella, se conceptuó como un sombrío periodo de barbarie y rudeza, de ignorancia y de superstición; pero también se consideró como una etapa digna de estudio para satisfacer la sed romántica de un pasado misterioso propio y singular del mundo ibérico. El mismo Prescott, y con él los eruditos de Harvard, se

persuadieron que era preciso recuperar su valor, que había sido minimizado por los ilustrados europeos, y en varias ocasiones también los americanos que se empeñaron en llamarle oscura o sombría. El rescate se fundamentó en que durante esta época maduraron las semillas del saber que después de un tiempo, “florecerían en formas más elevadas de civilización”.

Hay una explicación dialéctica que prefieren los estadounidenses por encima de la determinista y unitaria propia de la Ilustración, que consiste en ver a la Edad Media como “el caos de oscuridad que separa el mundo moderno del antiguo”, pero también como un proceso histórico necesario, pues la Europa feudal fue cuna de instituciones que más tarde hicieron surgir el sentimiento de libertad, sobre todo en el Mediterráneo y en el Báltico, donde los hombres se abrieron paso por el mar y unieron a las provincias mediante el comercio.⁴⁶

En esta forma de entender la historia vemos que los escritores de Boston van a horcajadas entre la explicación ilustrada y las exigencias románticas en lo relativo a la concepción del pasado humano. Mientras que la metodología dieciochesca negaba la Edad Media al considerarla como una etapa carente de significado, el romanticismo volvió la cara al pasado para recuperarlo e insertarlo en la totalidad de las etapas constitutivas de los procesos históricos. Este último movimiento intelectual fue clave, pues según palabras de Edmundo O’Gorman, “valientemente rompió lanzas en pro de la necesidad ineludible de admitir el poderoso concurso de la imaginación y del sentimiento en el afán de alcanzar la verdad”.⁴⁷

Los historiadores puritanos consideraron en vano emprender la comprensión del descubrimiento de América y todo lo que esto implicó sin explicar antes el carácter típico de los españoles a fines del siglo XV, sin el cual este acontecimiento difícilmente podría haber sido posible. Prescott tiene puesta la mirada en un punto fundamental, en la tradición caballeresca hispánica...

La época de que hablamos, era todavía la de la caballería; esa sorprendente y novelesca edad, de la cual apenas puede tenerse una corta idea en los tiempos presentes de práctica y positiva realidad. El español, con su delicado pundonor, con sus romances heroicos y sus altivas y vanagloriosas pretensiones, era el mejor representante de aquellos siglos...⁴⁸

⁴⁶ William Prescott, *Historia del reinado...*, pp. 116 y 117; véase también *History of the Conquest of Peru...*, p. 827.

⁴⁷ Edmundo O’Gorman, *La idea del descubrimiento...*, p. 271.

⁴⁸ William Prescott, *Historia de la conquista de México*, p. 457.

Ticknor reaccionó a estos mismos valores y rescató en su obra los elementos que se gestaron en la etapa feudal española, pero que sólo fueron perceptibles a fines del siglo XV. Para él, la literatura lograba rescatar un retrato mucho más fiel de las costumbres nacionales que cualquier otro género. Se enamoró tanto de este recurso que intentó la comprensión del pueblo español a través de su literatura. Se empeñó en demostrar cómo el reinado de los soberanos católicos reflejaba las peculiaridades distintivas de la literatura castellana en su primitiva originalidad.

Este historiador retoma los conceptos señalados por Prescott diez años antes de que escribiera su *History of Spanish Literature* e igualmente considera que la Edad Media es una etapa llena de significado dentro de la historia humana, pues forjó el carácter nacional hispánico, que salta a la vista en cada párrafo de las obras poéticas y prosísticas de los grandes escritores españoles. Los cantares, las gestas, los romances, todo ello trasluce la vieja lealtad y la profunda fe religiosa de este pueblo que se formó y nutrió en este largo periodo “de prueba y sufrimiento”. Le maravilla sobre todo a Ticknor, que estos rasgos estén presentes en todo escrito, lo mismo entre los que reseñan el grande y glorioso drama de la caída de Granada, que en las cartas de Colón o entre “las atrocidades de la conquista del Nuevo Mundo”. Así explica este norteamericano el objetivo que persigue en su historia:

Obtener un retrato viviente del estado de las maneras en ese periodo oscuro, cuando los elementos de la sociedad moderna apenas empezaban a separarse del caos en el que habían luchado por tanto tiempo, y del que, por la acción de etapas sucesivas, fueron gradualmente forjadas esas formas políticas que ahora dan estabilidad a los gobiernos, y paz a las relaciones entre los hombres.⁴⁹

Tal como lo prometieron, Prescott y Ticknor se transportan imaginariamente a la Edad Media española; el primero para comprender el carácter de este pueblo tras esta larga y formativa etapa de su historia; mientras que el segundo lo hace para construir el desarrollo de la literatura y el espíritu que la animó. Ambos fueron deudores intelectuales de Irving que, como vimos, con extraordinaria habilidad y una hermosa y elegante prosa relató las románticas vicisitudes de los caballeros medievales que atravesaban la península ibérica en prosecución de una cruzada religiosa y en aras del cumplimiento de un deber moral. Se exalta el valor caballeresco porque “derramó cierto brillo de cultura sobre los más feroces rasgos de aquellos tiempos”.

⁴⁹ George Ticknor, *op. cit.*, p. 156.

Es precisamente lo anterior lo que hace tan atractivo a los historiadores norteamericanos el estudio sobre la cultura hispánica. Es toda la etapa constitutiva medieval de “la romántica España”, lo que invita a su estudio e incita su imaginación. Prescott, mitad ilustrado y mitad fascinado por las técnicas literarias románticas, tomó la pluma durante toda su vida, a pesar de la enfermedad y de la ceguera, para comprender un carácter diferente al suyo propio y reseñar la historia de esta etapa novelesca que enlaza el fin de la caballería con el descubrimiento de América y que culminó con las conquistas de México y del Perú, epopeyas heroicas que este notable escritor nos dejó como herencia, en el primer caso, como un clásico para la historiografía mexicana.

Como buen hijo de la modernidad, llevada a cabo por muchas determinantes históricas, entre ellas la Reforma religiosa, Prescott prefiere dejar de lado a los diez siglos de “rudeza y barbarie” para dar la bienvenida a la revolución que trajo consigo la transformación en la estructura política de la sociedad europea. Con gran claridad logra captar las grandes directrices o movimientos totalizadores que cambiaron el curso de la historia no solamente hispánica, sino europea y mundial. Las instituciones feudales decayeron gradualmente por las nuevas exigencias y adelantos de la sociedad. Él da su preferencia al Renacimiento sobre la Edad Media pues trajo consigo la Modernidad que, según la define dialécticamente, constituye la síntesis resultante de la pugna entre el régimen aristocrático feudal en decadencia contra el vigoroso centralismo real estatal.⁵⁰

Nuevamente fue España la que desplegó mejor que nadie estas energías y contribuyó así a desequilibrar el antiguo orden europeo. En esta nueva atmósfera se dieron grandes inventos “destinados a influir sobre la marcha de la civilización” y se rescataron otros que habían sido por fortuna preservados entre los árabes. Nuestro autor no atribuye al genio del Almirante ni a su magnánimo carácter el éxito de la empresa develadora; antes bien éste se debe a los avances técnicos como la brújula y el astrolabio, así como a los adelantos en la náutica, pero sobre todo, a los recursos otorgados por la reina Isabel, quien protegió a Colón de los obstáculos impuestos por el fanatismo eclesiástico y la envidia de los cortesanos.

Prescott asegura que “la dirección de un impulso difiere aun en un mismo individuo colocado en diversas circunstancias”, lo que hace que la historia sea una feliz reunión de determinantes. En este caso, el Descubrimiento fue un enlace de hechos encadenados: el genio de Colón,

⁵⁰ William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 217.

la mentalidad de la época, el espíritu de empresa, una reina benigna, una España en que se gestaba el sentimiento nacionalista, el avance tecnológico, la victoria contra los árabes, las Capitulaciones de Santa Fe (1491), corrientes, vientos y mareas favorables, entre otras cosas.

Una vez que Prescott logró su propia síntesis dialéctica entre la explicación providencialista y la histórica, superó las aporías las premisas apriorísticas erradas. Pero a este mecanismo debe agregársele el intento verdaderamente comprensivo que va implícito en su tesis sobre el Descubrimiento. Como Irving, Prescott intentó desprenderse de su mentalidad decimonónica y norteamericana para así trasladarse al siglo XVI y tratar, a partir de esto, de entender los hechos desde la perspectiva de las creencias y verdades de la época. Felizmente Prescott concluyó que “se había descubierto ciertamente un nuevo y majestuoso mundo, *aunque en cuanto al lugar en que precisamente estaba situado, a su extensión, historia, y si era isla o continente, sólo había conceptos vagos y confusos*”.⁵¹ La misma inquietud historicista sufrió Ticknor quien concluyó que Cristóbal Colón había muerto decepcionado y en la ignorancia de lo que había hecho por la humanidad; sería una triste paradoja que el descubridor no percibiera que su nombre sería pronunciado gloriosamente por las futuras generaciones.

Considero un mérito —vale la pena insistir nuevamente en ello— que después de haber heredado los lastres ideológicos que surgieron de la tendencia condenatoria hispánica, vigente en las naciones protestantes, como los Estados Unidos de América, desde la vieja pugna o conflicto definida históricamente como Reforma-Contrarreforma, o modernidad nórdico germánica contra misonéismo latino,⁵² tanto George Ticknor como William Prescott en el terreno historiográfico se hayan esforzado por desembarazarse de los prejuicios y se hayan acercado a la historia de España con una sincera intención de rescatar sus valores y comprender su desarrollo nacional. Ellos resolvieron contemplar la historia desde la atalaya que se eleva por encima de la densa neblina de la incomprensión. Valientemente trataron de construir un camino que comunicara a tan distintas culturas, la anglosajona y la hispánica. Empero, para lograrlo, había que derribar otros obstáculos creados dentro del mismo grupo de historiadores, entre los que había quienes insistían en la quiebra y en la discordia. Llegaremos pronto a ese punto.

⁵¹ Cursivas nuestras. William Prescott, *Historia de la conquista de México*, p. 105.

⁵² No hemos perdido de vista el hecho de que Juan Calvino era francés y, por lo tanto, heredero de la cultura latina; sin embargo, las naciones que adoptaron el calvinismo, exceptuando a Francia y Suiza (centro) fueron principalmente las del norte de Europa. Los hugonotes franceses, si bien un grupo vigoroso y cada vez más numeroso, fueron diezmados por las guerras religiosas que asolaron a Francia (1547-1598).

5. El Descubrimiento visto como antesala del progreso

El reinado de Fernando e Isabel quedó en la tradición historiográfica de Harvard como el de mayor gloria de España, pues significó el tránsito “de los hábitos de ferocidad, propios de siglos feudales” a la apertura hacia costumbres más refinadas de una civilización moral e intelectualmente más elevada.

Una vez que el matrimonio regio abrió las puertas a la prosperidad y a la grandeza nacionales fue posible el descubrimiento de América, penúltimo peldaño que, en opinión de los críticos estadounidenses, escalaría España en su carrera ascendente.⁵³ El reinado de los Católicos fue memorable por la riqueza literaria que se gestó gracias al patrocinio de Isabel y Fernando (Ticknor), por el espíritu caballeresco que aún insuflaba los ánimos de cruzada y por el avance científico; pero más que nada, por el descubrimiento “de un mundo del otro lado de las aguas cuyas desconocidas regiones suministraron ancho campo donde los vuelos de la imaginación podían desplazarse”. La carrera de Cristóbal Colón fue, por lo tanto, “el más brillante episodio de la historia de [ese] reinado”.⁵⁴

Los descubrimientos colombinos tuvieron lugar en el tiempo más oportuno para la nación hispánica, cuando ésta empezaba a liberarse de las “tumultuosas y terribles” contiendas contra los musulmanes y después de que esta guerra dejara una enseñanza al soldado español y experiencia al novelesco espíritu del caballero conquistador. El descubrimiento del Nuevo Mundo ocurrió en una época en que el género humano se hallaba con la suficiente ilustración para formarse una idea de su importancia. Para Bancroft, esto sería la gran diferencia entre las expediciones normandas, o cualesquiera otras que hubieran podido anteceder a la de Colón; que no estaban fincadas en bases científicas y que, de haber ocurrido, respondían a un impulso ciego e indiferente, sin una meta para el beneficio de la humanidad.⁵⁵

⁵³ Lo llamamos así porque todavía Prescott incluye las conquistas de México y del Perú como un último escalón de España hacia el progreso.

⁵⁴ William Prescott, *Historia del reinado...*, pp. 205-274.

⁵⁵ Esta misma idea será compartida por los estadounidenses e idealistas alemanes como Alejandro de Humboldt, buen amigo de Prescott y maestro de Ticknor y Bancroft durante su estancia en los estados alemanes (1815-1820). Humboldt le da a Colón un lugar muy especial en la historia porque abrió las puertas de la ciencia. Véase *Cosmos: essai d'une description physique du monde*, París, Gide et Cie. Libraires Editeurs, 1847, parte segunda. Sobre lo relativo a Colón, consultamos el *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América: historia de la geografía del nuevo continente y de los progresos de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI*, trad. Luis Navarro y Calvo, Madrid, Librería de la Vda. de Hernando, 1892 (*Biblioteca Clásica*, 163), del propio Humboldt, traducido al español por Luis Navarro y Calvo.

Tanto Ticknor como Prescott coinciden en que en el siglo XV las condiciones eran propicias para que, con los adelantos técnicos y la nueva mentalidad propia del Renacimiento, el descubrimiento del Nuevo Mundo fuera aquilatado en su completa importancia. En España recayó el feliz designio, pues la voluntad divina y las circunstancias históricas la llevaron a una “elevada y gloriosa prosperidad”. Según lo sacamos entre las líneas de los autores, esta nación fue señalada favorablemente por Dios y, según lo indica su vertiginoso desarrollo material y espiritual, había recibido, en términos puritanos interpretativos el mensaje ineludible del beneplácito divino.⁵⁶ En suma, España había tomado el camino correcto hacia su meta histórica, es decir, hacia el progreso.

No debe sorprendernos que los historiadores de Boston hayan pasado de la explicación teológica predestinatoria a esta idea secularizada en lo tocante al Descubrimiento. Creemos que no existen contradicciones en los términos empleados, puesto que la vieja tesis teológica del credo calvinista sobre el éxito, vigente en América del Norte desde el siglo XVII, se trocó en la centuria decimonona en expresión de progreso y adelanto civilizador. Si para los santos puritanos de la época colonial eran señales del beneplácito divino la proliferación de las plantaciones, la construcción de pequeños barcos pesqueros, el aumento de la población, la explotación de los minerales y el aprovechamiento de los bosques y demás recursos, también para el hombre del siglo XIX las sociedades confortables, los nuevos inventos, la rápida industrialización, la expansión nacional hacia el oeste y la democracia eran signos igualmente operantes de gracia selectiva.

Al anunciar Lutero en 1520 la dignificación del trabajo a través del cumplimiento de la vocación (*Beruf*), abrió las puertas al éxito económico. Cotejemos a Emerson en este punto para entender cómo el célebre consejo del padre del protestantismo, el *laborare est orare* seguía vigente en el siglo XIX. Según el primer escrito trascendentalista: “El distintivo y el fin de un hombre bien constituido es su trabajo... el trabajo es el fin para el cual existe... es la salud y la virtud de todos los seres”.⁵⁷ No hay duda de que no podía resultar otra cosa más que el avance material de una sociedad que le rinde culto al trabajo. El progreso era la secularización del éxito calvinista de antaño. Los resultados eran los mismos, pues como apunta Juan A. Ortega y Medina:

⁵⁶ La reforma espiritual llevada a cabo por el cardenal Cisneros provoca la admiración de Prescott y de Ticknor, quienes se extienden en la descripción de cómo ésta se llevó a cabo y de sus repercusiones.

⁵⁷ Ralph Emerson, *op. cit.*, p. 100.

la piedad puritana posee de suyo la eficacia poderosa de promover la prosperidad. De esta suerte —continúa— la perseverancia del santo tiene su equivalente económico en la indefinida o perseverante acumulación de bienes temporales.⁵⁸

Ya habíamos revisado, recordará el lector, cómo la energía, la diligencia, la frugalidad, sobriedad y el ahorro eran virtudes típicas puritanas manifiestas desde la época colonial inglesa y esta mentalidad, fundada en la necesidad económica, en la especulación y en la ganancia, veía la prosperidad material como símbolo de redención y santificación.

La España del siglo xv evidenciaba el hecho de que había cumplido obedientemente con el supuesto llamado (*calling*) providencial y corría a toda prisa hacia la meta de la modernidad. Sorprendente, cuanto rara, es esta idea si pensamos que proviene de un pequeño grupo de escritores norteamericanos, pues no deja de maravillarnos que un Prescott o un Ticknor concedan a este pueblo la dignidad de formar parte de las naciones “elegidas”, privilegio que sólo han gozado para los pensadores anglosajones las potencias protestantes herederas de la Reforma. Vemos que se equipara a la España del siglo xv con los Estados Unidos del xix: ambas, naciones en expansión, potencialmente poderosas e imperialistas —tanto en un plano terrestre como marítimo— donde el Estado vigilaba, a través de las leyes, la protección de las personas y sus propiedades, donde los jueces aplicaban la legislación de manera imparcial, donde el pueblo era considerado e invitado a participar, donde se podían escalar puestos por mérito personal más que por derecho nobiliario, donde no existían privilegios aristocratizantes, donde se aseguraban los derechos particulares, la tranquilidad interna así como la seguridad exterior y, finalmente, donde la mirada vigilante de la Providencia parecía conducir a todos hacia “la mayor de las felicidades humanas, la libertad civil y religiosa”.⁵⁹

No obstante, no todos los escritores opinaron tan favorablemente de España y de la cultura hispánica. Hubo quienes pensaron como John Motley, que se calificaba a sí mismo como un honesto estudiante de historia y un sincero “amante del progreso humano”, quien afirmaba que no todas las naciones iban por el camino correcto hacia el progreso. Este tránsito hacia formas más elevadas de vida, cultura, economía y religión, así como de libertades políticas y logros gubernamentales tan sólo estaba destinado a las naciones elegidas como Holanda, Inglaterra

⁵⁸ Juan A. Ortega y Medina, *Destino manifiesto*, p. 107.

⁵⁹ William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 6.

y los Estados Unidos de América, países que, en su opinión, hicieron triunfar por completo los postulados del liberalismo. España fue considerada por él no sólo como la antítesis del progreso, sino como el principal obstáculo que se levantó en Europa e impidió a otras naciones lograrlo. Al tratar sobre el tema de la represión española en los Países Bajos, este autor se formó un concepto negativo de España, lo cual es explicable si se considera que efectivamente el gobierno español aplacó a sangre y fuego a los rebeldes holandeses. La política observada por Felipe II en las provincias no fue, empero, la misma que aplicó en América y en haber hecho la analogía como si se tratara de cosas idénticas es en lo que diferimos de Motley.

Aun entre los historiadores inclinados a hacer partícipe a España dentro del torrente civilizador y preocupados por darle un merecido lugar en la historia universal, vemos que la alabanza terminó por ser efímera; España se quedaría rezagada por razones que los historiadores norteamericanos infieren en sus obras y que veremos en nuestro siguiente apartado.

Por ahora, debemos continuar con el análisis emprendido, que sus- tenta que el fin peculiar de la marcha histórica apuntada de antemano por Dios, incluso desde la Creación misma, era que la humanidad esca- lara niveles cada vez más altos de civilización. Para Prescott era una ley histórica que todas las naciones progresarían tarde o temprano, lenta o vertiginosamente, sin importar los obstáculos puestos por la mano del hombre:

El progreso de los principios liberales podrá acelerarse o retardarse por efecto de las circunstancias particulares y del carácter general de cada nación; pero nadie puede dudar razonablemente de su triunfo definitivo en todas partes.⁶⁰

Para este bostoniano⁶¹ las semillas de la libertad podían estar adormecidas, pero se encontraban profundamente arraigadas en el carácter de todas las naciones “en espera tan sólo del tiempo oportuno para brotar”. Este es el orden que opera en la historia, que responde a los impulsos dados por una directriz universal que ya sabe de antemano las metas; entonces, se preguntará acaso el que siga de cerca a Prescott y

⁶⁰ *Ibid.*, p. 412.

⁶¹ Cabe aclarar que Prescott nació en Salem, Massachusetts, pero por influencia y educación es parte de la élite bostoniana. En esta ciudad realizó sus estudios y residió durante toda su vida. Una estupenda biografía para el lector mexicano es la que proporciona Juan A. Ortega y Medina en su prólogo a la *Historia de la conquista de México*, Porrúa, 1970.

sus epígonos, ¿qué papel tiene el hombre como artífice de la historia? ¿En qué plano queda la espontaneidad, la libertad y la individualidad humanas? Recordemos una y otra vez que en la concepción puritana está la respuesta a esas interrogantes. La voluntad humana no tiene cabida en el juego cósmico, tan sólo responde a los mandatos divinos. Las obras no sirven para nada —recordemos en esto a Lutero y, sobre todo, a Calvino— puesto que los seres humanos no tiene libre albedrío. Sus acciones y pensamientos son siervos de Dios cuya omnisapientia lo decide todo. Vemos nuevamente cómo la manera de hacer historia entre los puritanos lleva implícito un sello teológico indeleble. En resumen, todo lo que ha pasado y pasará en el discurrir histórico ocurrió y ocurrirá por la voluntad divina, puesto que para los historiadores protestantes resulta impensable hacer al hombre partícipe en las acciones que alteran el curso de las circunstancias. El fin perseguido por Dios es el mejoramiento paulatino, según Prescott y Ticknor, de todos los seres humanos; mientras que para Bancroft y Motley, sólo de los elegidos, que se harán conspicuos de acuerdo al grado de libertad alcanzado.

El descubrimiento de América fue visto como una parte de este plan que consistía en acarrear a la humanidad entera hacia el progreso. Mas no todos entendieron de igual forma cuál era la meta final. Para algunos, España fue la nación providencialmente elegida y Cristóbal Colón el agente que cumpliría dicho mandato. Para otros, lo importante no radicaba en que España había logrado adjudicarse el mérito, bastaba con que fuera la civilización occidental en conjunto la que atravesara con éxito el Atlántico, para llevar a América la mejor y más avanzada forma de vida. El punto clave para nuestros historiadores se centraba en América, no en Europa, para buscar las respuestas del plan providencial.

Como el Descubrimiento fue una necesidad histórica, un designio superior cuya finalidad superaba al entendimiento humano es, en última instancia, plenamente justificado por los historiadores de Boston. Tomando nuevamente a Prescott como ejemplo, señalaremos que, pese a que se cometieron injusticias contra la indefensa población nativa, así como infamias por la “ambición desmedida” que mostraron los españoles para adquirir el oro, para él, más enamorado del progreso que de los naturales amerindios, el Descubrimiento está totalmente acreditado, como justificada está también la conquista del imperio mexicano llevada a cabo por Cortés y sus huestes.

cualquiera que fuese la suma de bienes o males que a la España resultasen inmediatamente de sus nuevos descubrimientos, sus consecuencias morales fueron de inestimable valor. Traspasáronse los antiguos límites del pen-

samiento humano y de la esfera de actividad en que obraba; recorrióse el velo que durante siglos había ocultado los secretos del inmenso piélago, abrióse un nuevo hemisferio, y ofrecióse un campo ilimitado a la ciencia en las infinitas variedades con que la naturaleza se presentaba al hombre en aquellas incógnitas regiones.⁶²

Para Prescott era una sabia disposición histórico-providencial que ocupasen estos territorios otras gentes, cuya religión y forma de gobierno, aunque todavía imperfectas, las hacía más aptas para el progreso de la humanidad. Por eso, no le queda más que aceptar, aunque se duela por los mártires indios, el proceso avasallador de conquista, occidentalización y cristianización europeo.

Las crueldades se justifican en el empeño de salvar al hombre y a la humanidad entera, borrando mentalmente todos los obstáculos que se oponen al programa civilizador. El Descubrimiento, así como también las demás empresas hispánicas cuyas metas eran similares, no debían, si recordamos a Irving, “ser medidas con los estándares de bien y de mal establecidos en la presente y más ilustrada era”.⁶³

El proceso civilizador había pasado de Europa a América gracias al viaje colombino trasatlántico. La imagen poética de Emerson nos sirve para transmitir la idea que se tenía de carácter del descubridor y la energía expansiva que desató el grandioso siglo XVI:

Then I unbar the doors; my paths lead out.
The exodus of nations;
I disperse men to all shores that front the hoary main.
I too have arts and sorceries;
Illusion dwells forever with the wave.
I make some coast alluring, some lone isle
To distant men, who must go there or die.

La enseñanza que retomamos de estas fuentes es que la hazaña llevada a cabo por el genovés fue una portentosa empresa marítima que abrió el camino para la futura e interminable comunicación entre los

⁶² William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 285.

⁶³ Washington Irving, *The Life and Voyages...*, vol. II, p. 481. Aun los románticos como Irving o Fenimore Cooper, que recuperan el valor de los indios y de su civilización, justifican el Descubrimiento y la llegada del hombre blanco. Para Irving, el valor de dicha empresa no radicaba en la riqueza que pudiera extraerse a raudales, sino en que abriría el camino a nuevos proyectos gloriosos y benévolos para la humanidad entera y también en “los beneficios que traería la vida civilizada sobre regiones bárbaras e incultivadas” (vol. I, p. 370). En las obras literarias de Cooper escapan de entre las páginas ciertos argumentos de desprecio ante los terribles ritos pieles rojas y exalta en cambio los valores occidentales del cazador blanco de las fronteras.

continentes. Aquí radica para nosotros la importancia del Descubrimiento. El mar significó un elemento clave para los historiadores protestantes herederos de toda una tradición y un concepto especial sobre este, fue el verdadero puente entre las naciones y las costas eran “el asiento natural de la libertad”. Bancroft admiraba la empresa de Colón precisamente porque había sido la primera vez que un europeo cruzaba el Atlántico, por lo menos con una base científica segura, lo cual era digno de admiración y respeto. Washington Irving había hecho alusión al viaje colombino como una grandiosa, romántica y heroica epopeya, que conectó dos hemisferios antes separados por la inmensidad oceánica.

Emerson consideraba que el avance civilizador, del que él era ferviente partidario si se trataba de extender la bandera norteamericana por el globo terrestre, se debía en gran parte al desarrollo de los barcos, “compendio y resumen de las artes de las naciones”. Pero lo que más le sorprendía era que Colón hubiera “descubierto el Nuevo Mundo con un barco que no tenía cubierta”.⁶⁴ Haciéndose eco de la máxima del gran Tucídides, los historiadores de Boston consideraron al mar como el vehículo de la expansión misma, fue el *plus ultra*. Alaban todos a coro al Colón navegante, al genio en la técnica náutica, al primer hombre que cruzó el Atlántico, mérito que no debe —en nuestra opinión— ser desacreditado en la actualidad.

Todo lo anterior nos hace recordar a Arnold Toynbee, historiador de nuestro tiempo, cuando señala que “el nuevo suelo proporciona un estímulo mayor para la actividad que el suelo antiguo [sobre todo cuando] el nuevo suelo está separado del antiguo por un viaje marítimo”.⁶⁵ Para el historiador británico, los pueblos emigrantes llevaban a cabo una épica. No se crea que en ello hay una completa originalidad; ya Prescott había insistido en que el medio acuático estimulaba las fuerzas físicas y morales de los hombres e incluso, cuando reseñó la hazaña de Cortés, atribuyó el triunfo del valiente soldado español ante las fuerzas indígenas a que el capitán consideró la flota como “la llave de la guerra”.⁶⁶ Emerson le siguió en este punto, aunque con un discurso diferente al del historiador, el del lenguaje poético. El mar convertía a los marineros en verdaderos hombres y la experiencia en cada puerto “despejaba su inteligencia”. Para él, un hecho plausible era que “las

⁶⁴ Ralph Emerson, *op. cit.*, pp. 94-153.

⁶⁵ Arnold Toynbee, *Estudio de la historia*, vol. I, p. 166.

⁶⁶ William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 227 e *Historia de la conquista de México*, p. 472.

naciones más adelantadas son siempre las que más navegan”.⁶⁷ Henry W. Longfellow, conocedor de sus tradiciones como buen literato que era, rindió también su tributo personal al mar en varios poemas. El siguiente es el ejemplo de una estrofa dedicada a este tema:

Ah! What pleasant visions haunt me
as I gaze upon the sea!
All the old romantic legends,
all my dreams, come back to me.

Su colega James Russell Lowell también tiene una colección de poesía consagrada al mar y no es casualidad que después de haberse empapado de sus secretos continuaron sus trabajos de alabanzas marineras al emprender la labor de exaltar al más famoso navegante de la historia, Cristóbal Colón.

El amor al mar es perfectamente comprensible entre los historiadores y literatos estadounidenses, como mencionamos anteriormente, porque son herederos de la tradición inglesa cuya conciencia insular mantiene una concepción especial hacia el mar, muy diferente a la que sostienen los pueblos “de tierra adentro”. Algunos escritores contemporáneos aseguran que esta ha sido la clave del éxito de los países protestantes.⁶⁸ El liberal John Motley, *enfant terrible* de la historiografía

⁶⁷ Emerson agrega que el mar convierte a los marinos en verdaderos hombres “y el cambio de costas y de pueblos despejan su inteligencia y la limpia de las ideas vulgares...” (*op. cit.*, p. 92).

⁶⁸ Para A. L. Rowse, “Toda la historia de este país [Inglaterra] ha estado grandemente determinada por el hecho de ser una isla, por su carácter y su situación geográfica. El poder naval fue, por lo tanto, natural e indispensable: fue su primera línea de defensa en todo momento y cuando la sociedad alcanzó su integración y madurez y, abundó en energías que buscaban escapar [fue] su principal medio de expansión y agresión”, véase *op. cit.*, p. 324. Nosotros creemos que, si bien lo expuesto por Rowse puede considerarse como una determinante para dar una explicación histórica aceptable, la clave del triunfo de las naciones nórdicas no está tanto en el mar, patrimonio de todos los hombres, como en ese proceso coyuntural que significó el cambio de escenario hegemónico del Mediterráneo hacia el Atlántico a fines del siglo XV, que, además, coincidió con el proceso de crisis medieval y con la unificación política, “nacional” de los reinos atlánticos: España, Portugal, Inglaterra y Francia. En suma, el Atlántico tomó el lugar del Mediterráneo como núcleo de intercambio económico y como centro de influencia geopolítica. En opinión de J. H. Eliot, “La frontera de Europa se había desplazado... y este desplazamiento había producido un cambio en el centro de gravedad económica”. Véase *El Viejo Mundo y el Nuevo. 1492-1650*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, p. 95. Esta coyuntura afectó, por consiguiente, a las potencias latinas mediterráneas que dejarán su lugar de preeminencia a las naciones nórdicas protestantes que, a partir de entonces, proclamarán el océano como suyo. El investigador Carlos Bosch García ha hablado ampliamente en sus obras históricas sobre “naciones de cara al mar” y mentalidad de “tierra adentro”, véase *Sueño y ensueño de los conquistadores*, México, UNAM, 1987 y *México frente al mar*, México, UNAM, 1981.

bostoniana, insiste en toda su obra en que al mar se le debe la prosperidad material de los Países Bajos, a pesar de que el despotismo español se empeñara en eclipsar el naciente impulso del *laissez faire*. La fuerza principal de los holandeses radicaba, pues, en el mar “...en cuyo amistoso abrazo permanecen” y que constituía el fundamento de su riqueza comercial. Empero, para Motley esto sólo es privativo de la raza anglosajona. En su arrogante defensa de todo lo nórdico, este historiador descarga con furia su pesada artillería erudita en contra de España y de paso olvida mencionar los grandes siglos dorados de navegación latina, tanto hispánica como italiana.⁶⁹

Prescott, aunque con mayor moderación, acepta que “la familia anglosajona... ha salido a buscar su subsistencia al océano... y ha abierto el comercio con regiones distantes del globo”. Desafortunadamente no podemos preguntarles a los historiadores norteamericanos del siglo XIX por qué olvidaron las ciudades italianas, puntos neurálgicos del comercio mediterráneo durante los últimos siglos de la Edad Media, o las empresas catalanas, que Prescott menciona en su *Historia del reinado de los Reyes Católicos* a vuelo de pájaro. La descarga cae, sin embargo, con mayor fuerza contra las sociedades indígenas americanas, las cuales, a pesar de contar con formidables extensiones costeras, no desarrollaron flotas ni mucho menos un comercio exterior.

Es fácil entender el porqué la política de los Austrias, tan hostil al mar, produjo aversión en nuestros autores. Quien diera espalda al mar casi irremediablemente quedaría rezagado a un plano muy secundario como potencia hegemónica. Motley, por ejemplo, justifica la pugna entablada por Inglaterra en 1588 para arrebatarle la supremacía oceánica a España y disolver su monopolio en las Indias. No olvidemos que el triunfo inglés frente a la Armada Invencible de Felipe II, abrió la puerta de entrada a Norteamérica.⁷⁰

⁶⁹ Motley dedica casi todo su primer tomo a reseñar, con lujo de detalle, los crímenes de la Inquisición española en los Países Bajos. Si el urgar durante años en los archivos hispánicos y holandeses con el fin de desacreditar a España le quitó el sueño a nuestro historiador estadounidense, él le cobra al lector con la misma moneda al reseñarle las macabras torturas que utilizaban los tribunales españoles con los defensores del libre examen y de la tolerancia.

⁷⁰ La lucha marítima entre Inglaterra y España se llevó a cabo en el Canal de la Mancha donde los buques ingleses se aprestaron para la defensa contra la Armada Invencible, como se le conocía a la flota hispánica de Felipe II. Igual que España consideró que la conquista de América se llevaba a cabo “por un monarca, un imperio y una espada” y, en efecto, como apunta el historiador Hilaire Belloc, esta nación poseía, a diferencia de Inglaterra, un solo propósito servido por un poder político unido y centralizado. Véase Juan A. Ortega y Medina, *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*, p. 192. Además, conquistaba el orbe entero “en guerra justa”. Esta gruesa muralla impedía a los ingleses entrar al Nuevo Mundo y sintieron que la única manera de lograrlo y de gozar

El descubrimiento de América fue un acontecimiento que los estadounidenses hicieron parte de su historia nacional, precisamente porque creyeron que la verdadera meta detrás del hecho era que los Estados Unidos existieran como nación y, además, fueran el mayor ejemplo de prosperidad y civilización para el resto del continente. En todos nuestros historiadores vemos el orgullo patriótico reflejarse en sus obras. El mismo Prescott, en el prefacio de su obra sobre los Reyes Católicos, asegura que es un compromiso para la pluma de un americano el abordar aquella época memorable, puesto que durante este periodo de la historia española “se reveló por vez primera la existencia de aquella favorecida parte del globo que les es propia”.⁷¹ En América del Norte se abrirían paso los diligentes puritanos que “abandonando sus pacíficos hogares —como apunta nuevamente Prescott— se lanzaban al océano y levantaban sus tiendas en la soledad del desierto para gozar las dulzuras de la libertad civil y religiosa”. Con orgullo filial agrega que, como estadounidense, tiene “la suerte de provenir de una nación y un periodo civilizados”.⁷²

Naturalmente nuestros historiadores, republicanos y liberales ellos mismos, parten de un modelo preconcebido para medir los valores de la civilización ejemplar.⁷³ La sociedad que ellos consideraban la mejor

de sus riquezas era vencer al rival en guerra legal marítima y acabar así con el monopolio de los Austrias. Pacientemente esperó Albión a que un exasperado Felipe II tomará la iniciativa del ataque, tras varios años de “guerra fría” en los que ninguna de las dos potencias se decidía a tomar la iniciativa contra el adversario. El año de 1588, en que se batieron ambos enemigos, resultó ser crucial para Inglaterra en su lucha por abrirse paso al imperio oceánico monopolizado por España. Véase también Garrett Mattingly, *The Armada*, Boston, Houghton, Mifflin and Co., 1959. La pugna pareció haber llegado a su fin después de 1604, cuando Jacobo I firmó un tratado de paz con el gobierno español, pero lo cierto es que la rivalidad se dejó sentir también en América y sus lastres ideológicos aún los percibimos hoy. A raíz de este conflicto no sólo se creó, en opinión de G. M. Trevelyan, la moderna Inglaterra, “a la vez insular y oceánica”, y se abrió la ruta hacia Norteamérica, sino también, la nación cortó definitivamente las ataduras católicas con el continente. Véase *Historia política de Inglaterra*, México, FCE, 1943, p. 221.

⁷¹ William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 4.

⁷² William Prescott, *Historia de la conquista de México*, p. 457 y *History of the Conquest of Peru*, p. 733.

⁷³ Ralph Emerson, en su ensayo “Civilización americana” hace una definición de lo que él entiende por la palabra “civilización”. A continuación la cita: “Llamamos civilización a cierto grado de progreso sobre el estado más primitivo en que se encontró el hombre en los primeros tiempos, a un grado superior al hombre habitante de las cavernas o de los árboles, cuando vivía como un mono o un canibal o era un consumidor de moluscos, gusanos y despojos... implica la evolución del hombre más elevado, que asciende hasta la suprema delicadeza de los sentimientos en poder práctico, en religión, libertad, gustos y sentimientos del honor... una nación donde apenas hay telas ni alfabeto, ni hierro ni matrimonios, ni artes de la paz y que no tiene pensamientos abstractos, es llamada bárbara”, (*op. cit.*, p. 91).

de todas era la suya propia, la que de manera más óptima había alcanzado la perfección moral y rápidamente daba señales de prosperidad material gracias a un creciente industrialismo, a un enérgico urbanismo norteño y a un dinámico expansionismo hacia el oeste. Estas metas trazadas por el gobierno del presidente Jackson se convirtieron para la activa burguesía norteamericana en el patrón infalible del éxito y de pujante e interminable progreso.

Cristóbal Colón abrió el camino del Nuevo Mundo, para que en adelante sucedieran allí grandes cosas; sería el teatro de operaciones donde se desplegaría el celo misionero español, donde traficaría el *cour- eur de bois francais*, donde lucraría el comerciante holandés y donde experimentará el gobierno teocrático puritano.

George Bancroft concuerda con la opinión de su colega y añade que la empresa colombina es la más memorable en la historia de la navegación mundial puesto que estableció de manera permanente un puente entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Para él, aquí se encuentra la clave del proceso histórico que abrió los ojos a los europeos sobre nuevas tierras al otro lado del Atlántico, juicio en el que coincidimos plenamente. Si bien, como expresa el historiador inglés Trevelyan, Inglaterra tuvo una relación activa y adquisitiva con el mar después de la Edad Media,⁷⁴ los estadounidenses, herederos culturales de dicha relación, continuaron embarcándose para sacar provecho al mar, sobre todo en lo relativo a sus frutos comerciales. Boston fue durante el siglo XIX una ciudad de astilleros y de negocios marítimos. No es casualidad que Bancroft busque en el pasado esa conexión trasatlántica y menos aún que él sea parte de la admiración hacia las naciones que le dieron la cara.

No solamente para el avance económico había logrado el genio de Colón abrir el camino hacia el continente, porque para Bancroft era igualmente trascendente que el Nuevo Mundo hubiese recibido a todo tipo de refugiados, aventureros y gente deseosa de labrarse un destino. América —y hacemos hincapié en que el término no es genérico, sino exclusivo de sus habitantes septentrionales— sería la cuna de la libertad popular, protegida durante dos siglos en estos rincones del mundo, para después ser mostrada al resto de las naciones, “desde el Labrador hasta Chile, hasta la ilustrada Francia y hasta los antiguos gobiernos de Europa” como ejemplo.⁷⁵

Para cuando Bancroft escribía su *History of the United States* era ya perfectamente visible que “los Estados Unidos de América constituían

⁷⁴ Cit. por Juan A. Ortega y Medina, *El conflicto anglo-español...*, p. 112.

⁷⁵ George Bancroft, *op. cit.*, p. 201.

una porción esencial de un gran sistema político, que abraza a todas las naciones civilizadas de la tierra".⁷⁶ Su nación era la que más lejos había llevado el impulso inicial, el del progreso material y espiritual. En el prefacio resume así el fin de su estudio:

Es el objetivo del presente trabajo explicar cómo se ha logrado el cambio en la condición de nuestra tierra; y cómo la fortuna de la nación no se encuentra bajo el control de un destino ciego, sino que sigue los pasos de una favorable Providencia, que ha llamado a nuestras instituciones a existir y ha conducido a nuestra nación a la presente felicidad y gloria.⁷⁷

Quienes estudiaban la historia del descubrimiento de América desde la perspectiva única de la historia de los Estados Unidos, nos referimos a George Bancroft y John Motley, vieron que el resultado final de dicha empresa había sido ciertamente el progreso, pero sólo de la parte norte del continente, mientras que el centro y el sur, herederos de la tradición española, habían quedado a la zaga, a la deriva.

Hemos analizado hasta aquí la concepción colombina de los principales eruditos que integraban la escuela de Harvard en el siglo pasado. Todos intentaron explicar un acontecimiento trascendente al que consideraron que los había constituido históricamente. Se han revisado discursos diferentes y discrepantes en torno a una figura histórica y a la acción que la hizo pasar a la memoria de otras generaciones; hemos también presenciado cómo un mismo hecho ha sido visto desde diferentes ángulos, concluyendo en dos o más verdades polarizadas, entintadas con colores nacionalistas. Las interpretaciones finales de nuestros autores no fueron deshonestas, ni estuvieron enmascaradas por presiones políticas o clasistas; respondieron a los valores y a la época de que son hijas; surgieron, en suma, de la experiencia decimonónica que vivieron sus creadores y de la mentalidad protestante que de manera importante ha formado el pensamiento anglosajón. Sin embargo, conviene que, a continuación, señalemos los puntos concordantes dentro de esta misma interpretación del descubrimiento de América.

6. La inevitable condena y exaltación de lo propio

Creemos haber sucumbido en el apartado anterior a la tentación de anunciar hacia donde se encaminó la historiografía puritana en sus conclusiones. A pesar de que España era muestra patente de la elección

⁷⁶ *Ibid.*, p. 3.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 4.

divina enlazada con el éxito político, con la apertura de un gran continente para ser utilizado en beneficio de la nación, con la labor evangelizadora de miles de seres que habían permanecido en la ignorancia y con sus hombres dignos y laboriosos, tan pronto terminó el reinado de Isabel y Fernando todo el majestuoso edificio se vino abajo estrepitosamente. Para los escritores norteamericanos el progreso moral y material se detuvo a raíz de que España no aceptó la Reforma religiosa iniciada por Martín Lutero en 1517, de la que debió haber sido la principal promotora. En cambio, este país se convirtió en el máximo defensor del antiguo credo y, en opinión de nuestros autores, cayó en el más profundo fanatismo religioso que impidió el libre examen propuesto por la dogmática luterana como punto principal de su doctrina, y ahogó las energías espirituales y temporales de los súbditos.

El impulso se detuvo con los Austrias que en lugar de fomentar la libertad e independencia de la nación, valores, insistamos en ello, típicamente puritanos, levantaron una muralla férrea bajo el despotismo. Esta “raza sobria, atrevida e independiente” —como Prescott la define— fue oprimida bajo el absolutismo llevada “al afeminado abandono a que se hallaba naturalmente dispuesta por su religión y su voluptuoso clima”.⁷⁸ Nuestro historiador concluye, doblegándose ante el invitante recurso romántico de evasión hacia un pasado dorado, que

el español de hoy que contempla estos restos de una raza gigantesca, y que son muestras al mismo tiempo de la degeneración presente de su patria, tiene que buscar consuelo volviendo la vista a un periodo más antiguo y magnífico de su historia.⁷⁹

Podríamos considerar que los estadounidenses defendieron sus monomanías antihispánicas acusando a la dinastía de los Habsburgo de la decadencia de España; pero la nacionalidad poco importa cuando se trata de un hecho que raya en lo contundente. El historiador francés Pierre Vilar habla metafóricamente del agotado imperio español, tan avejentado como su monarca enclaustrado en el monasterio de Yuste, que disfrazaba un edificio en ruinas aún en la época inmediatamente posterior de Felipe II. La transformación económica acarreada por la modernidad acabó por excluir a España. Carlos Bosch, historiador catalán ya nacionalizado mexicano, encuentra en el centralismo del poder, iniciado por los Reyes Católicos, pero agudizado en la etapa de Felipe II, una de las determinantes esenciales de la decadencia española.

⁷⁸ William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 9.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 416.

Así —apunta Bosch— entró España paulatinamente en el declive de su decadencia. Los cambios resultantes de la nueva política de la centralización, iniciados en América... y consolidados con las leyes de 1542, involucraron a América en la misma decadencia lenta y espectacular que obligó a la explotación de los recursos naturales y a la economía mercantilista.⁸⁰

La idea del descubrimiento de América, como hazaña portentosa y vehículo del progreso, no es suficiente para exonerar las subsecuentes faltas de España, porque sus mayores errores radicaban en no haber abrazado la Reforma y haber defendido valores caducos, de espaldas a la modernidad. En esta época surge, como vimos en capítulos anteriores, la pugna entre el misionerismo católico y la modernidad protestante, que habría de proyectarse hasta nuestros días. Nuevamente veremos vigentes en el siglo XIX los viejos estereotipos, la añeja tendencia condenatoria de lo hispánico, creada en el siglo XVI y ahora remachada con sofismas heredados de la Ilustración tales como el clima y la raza.

Si bien España auspició a Colón en su empresa, y se vio beneficiada por el hallazgo, experimentó, sin embargo, un franco retroceso moral. Los amplios conocimientos sobre la historia española no facilitaron a los historiadores de Harvard la comprensión del tropiezo español. Qué complejo resulta entender y explicar los elementos irracionales de la historia, que Voltaire anunció, pero que los historiadores norteamericanos no pudieron resolver. España iba al parejo de las demás naciones del occidente europeo; empero, una realidad histórica, la Reforma, mucho más fuerte y vigorosa, ofreció, como diría Toynbee, un estímulo mayor del que pudo soportar y, pues, quedó atrasada mientras otras naciones que sí respondieron favorablemente a la incitación, tomaron la delantera.

Para George Ticknor, la política que se observó después del reinado de los católicos reyes, en especial por Felipe II, fue un drama inmoral que acarreó grandes males espirituales, pues el antiguo y noble carácter español fue sustituido lamentablemente por valores degradados, indignos y mojigatos. El impulso inicial fue restringido por la “infección” causada por la ambición austríaca del imperio universal y fue detenido por la superstición en la que cayó el catolicismo en su defensa contra la naciente heterodoxia protestante. Una monarquía corrupta y ciega ante las verdaderas necesidades destrozó los fundamentos de la vieja lealtad española y de la tolerancia.

⁸⁰ Pierre Vilar, *Historia de España*, Barcelona, Crítica-Grijalbo, 1986, pp. 49 y 57. Carlos Bosch García, *Tres ciclos de navegación mundial se concentraron en América*, México, UNAM, 1981, p. 43.

La civilización que reconoció tales elementos presentó, sin duda, mucho de lo que es brillante, poético y ennoblecedor; pero no estuvo exenta de su lado oscuro; pues fracasó para estimular y apreciar muchas de las cualidades más elevadas de nuestra naturaleza común, esas cualidades que se producen en la vida doméstica y que resultan de cultivar las artes pacíficas.⁸¹

El grupo de historiadores que ahora analizamos casi al unísono condena la política de los Habsburgo tanto en España como su proyección americana. A Carlos V y, sobre todo, al mencionado Felipe, su heredero, se debe, en opinión de los críticos estadounidenses, el fanatismo, “el peor de los males que a una nación pueden sobrevenir” así como también el aniquilamiento de las viejas virtudes caballerescas. España, “que estaba llamada a eclipsar a todas las demás monarquías de Europa”, entró en franca decadencia general después del descubrimiento de América; no cumplió con el compromiso responsivo, o en otras palabras, no concertó el “pacto” que el país predestinado debe observar hacia Dios, e ignoró el regalo providencial. Podríamos aventurarnos a concluir que España desconoció el *calling* vocacional y licenciosamente desperdició la oportunidad que Dios le había concedido a ella por su inexplicable voluntad.

Después de haber cometido la transgresión venía la correspondiente caída. La decadencia española que siguió al descubrimiento del Nuevo Mundo fue explicada en términos económicos, en el fracaso material. El peor error lo constituyó la serie de disposiciones comerciales que siguieron, en opinión de Prescott, “una política mezquina”, pues lejos de permitirse a los nuevos territorios el trato libre con naciones extranjeras, fueron reducidos al monopolio y a la restricción por parte de la Corona.

La grandeza moral de los descubrimientos marítimos hechos durante el reinado que nos ocupa [de los Reyes Católicos] no debe deslumbrarnos hasta el punto de elevar a la misma altura el cálculo de sus resultados inmediatos bajo el aspecto económico.⁸²

Los Reyes Católicos dirigieron a sus jóvenes colonias por un camino muy limitado comercialmente hablando. Prescott compara el desarrollo de Hispanoamérica con el de Angloamérica y opina que

a diferencia de los establecimientos que se fundaron en las costa, comparativamente estériles, de la América del Norte, a los cuales se per-

⁸¹ George Ticknor, *op. cit.*, p. 432.

⁸² William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 283.

mitió crearse leyes propias, acomodadas a sus necesidades e ir adquiriendo fuerza con el ejercicio de las fundaciones políticas, las colonias españolas se vieron desde el principio dominadas y oprimidas por la suprema legislación de la metrópoli.⁸³

El espíritu restrictivo y el monopolio fue de tal consideración que paralizó el libre tráfico de las colonias, por lo que para nuestro liberal historiador, heredero y defensor de las máximas postuladas por las escuelas económicas inglesas desde Adam Smith, “fue el peor que el ingenio humano pudo inventar”. Los metales, en vez de dar vida a la nación, estancaron su industria, su comercio y su agricultura.⁸⁴

Al descubrimiento de las Indias Occidentales siguieron disposiciones impolíticas y erradas, no sólo de carácter estatal y económico, a las que debemos sumar el establecimiento de una ruta única entre América y Sevilla, sino también un agravante de orden moral, pues se introdujo indiscriminadamente la esclavitud negra, problema histórico y ético que tantos dolores de cabeza ocasionó a los historiadores norteamericanos, desde Cotton Mather hasta la ponderada escuela de Boston.⁸⁵ Esto por no mencionar el luto que provocó la caída de la desgraciada cuanto idealizada raza indígena, que hizo correr torrentes de tinta a estos autores. Tan sólo consideraremos aquí este aspecto, en tanto se relaciona con la tesis del Descubrimiento:

Nuestra admiración del intrépido heroísmo que manifestaron los primeros navegantes españoles en sus extraordinarios viajes, se disminuye mucho al considerar las crueldades con que le mancillaron y que fueron demasiado grandes para que el historiador pueda pasarlas en silencio o disculparlas.⁸⁶

Si bien Prescott revisa la política comercial hispánica a fines del siglo XV y principios del XVI y critica el mercantilismo como un sistema económico que “sólo puede hallar justificación en el espíritu de la época”, no obstante sigue pensando que el Descubrimiento fue un hecho histórico necesario y provechoso. Apunta que a pesar de que

⁸³ *Ibid.*

⁸⁴ *Ibid.*, p. 282.

⁸⁵ Cotton Mather analizó cuidadosamente este sistema que ya en el siglo XVII representaba un problema. Los historiadores del XVIII tuvieron que lidiar igualmente con la esclavitud; basta recordar al propio Jefferson, propietario de esclavos, o a los teóricos de la Independencia y posteriores (Hamilton, Madison, Jay). En el XIX, los historiadores bostonianos, como buenos nortños, pensaban que la esclavitud era una “aberración” (Emerson), una institución caduca, “que roba a los hombres el fruto de su trabajo”, *op. cit.*, p. 100.

⁸⁶ William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 419.

“no hay país alguno que haya pasado por más terribles experiencias, o que haya manifestado en general tan profunda ignorancia de los verdaderos principios económicos como España bajo el centro de la dinastía austriaca”, justifica plenamente el Descubrimiento por sus consecuencias morales “de inestimable valor”.⁸⁷ Prescott parte del supuesto de que el Descubrimiento tiene su ética propia y se explica según su tiempo histórico, entonces, “no son los números los que dan importancia a un conflicto; sino las consecuencias que dependen de este, la magnitud de la aventura y la habilidad y coraje de los jugadores”.⁸⁸

En términos generales del Descubrimiento desde el punto de vista prescottiano es una hazaña extraordinaria y necesariamente grandiosa, lo mismo que el hombre que “la llevó a cabo”. Empero, los subsecuentes resultados no caben dentro del esquema que nuestro liberal norteamericano considera como virtuoso, utilitario y, pues, justificatorio. Aflora inevitablemente, aun en el sincero y prudente Prescott, la condena y el afán regenerador. Se pasa de la admiración hispánica a la condena y el desprestigio. España tuvo en sus manos un vasto imperio; Navarra, Granada, Aragón, las posesiones en África e Italia y con Felipe II, llegó a reunir incluso Portugal y los Países Bajos bajo su cetro. Empero, las colonias americanas eran “las adquisiciones más importantes que en el exterior hizo España [gracias] al genio de Colón...”,⁸⁹ sin embargo...

La indiferencia más egoísta hacia los derechos de los primitivos habitantes de aquel suelo es un cargo que puede hacerse en común a los primeros conquistadores europeos, así católicos como protestantes del Nuevo Mundo, pero este cargo es nada en comparación del largo catálogo de crímenes de que puede acusarse a los primeros colonos españoles, crímenes que acaso han recibido en este mundo el castigo del cielo, que ha creído conveniente su imposición convirtiendo aquel manantial inagotable de riqueza y prosperidad para la nación en fuente de amargura.⁹⁰

Como podrá apreciarse, poco separa a los puritanos de la Nueva Inglaterra colonial de los bostonianos del siglo XIX en materia ideológica. La vigencia de los conceptos es extraordinaria. Por otra parte los historiadores de Harvard se alejaron del deísmo de la Ilustración que consideraba la existencia de un Dios indiferente a los problemas humanos, un Dios que había puesto en marcha al mundo como un gran reloj, para

⁸⁷ *Ibid.*, p. 285.

⁸⁸ William Prescott, *History of the Conquest of Peru*, p. 1107.

⁸⁹ William Prescott, *Historia del reinado...*, p. 418.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 119.

olvidarse de él inmediatamente después. El Dios ilustrado se acerca también a secularizarlo en forma de naturaleza total. Pero el Dios puritano es el Jehová del *Antiguo Testamento*, una divinidad que incide en los asuntos humanos, cuya voluntad es omnipotente y deja menoscabada la del hombre; un Dios vengativo que castiga con implacable furia a quienes han desconocido su llamado. Basta releer la cita antes expuesta para ver la participación providencial en los hechos históricos.

Los españoles ciertamente cometieron el pecado, a los ojos de los historiadores protestantes, de ignorar el designio divino que era, como recordaremos en Cotton Mather, transformar la maleza americana en un vergel y un oasis de riqueza en beneficio comunitario, para los elegidos. Las palabras de Prescott son de suyo elocuentes, pero lo que nos sorprende es verlas intactas, tal como fueron formuladas en el siglo XVII, y sin que esa mentalidad haya pasado por el cedazo de la secularización. La consecuencia lógica de tan grave transgresión fue naturalmente el castigo, castigo divino por licenciosos, despilfarradores y crueles; por haber cometido barbaridades y atrocidades sin fin; por haber explotado irracionalmente las tierras, por haber considerado “el descubrimiento de un mundo como el de una mina”.

No sólo para Prescott, sino para su colegas, la cara negativa del Descubrimiento era la política colonial que le siguió. Para Bancroft, Colón, cuyas aventuras resultaron en el descubrimiento de América, cambió el comercio del mundo, pero la metrópoli se empeñó en obstaculizar la libertad en los mares; los conquistadores realizaron una portentosa hazaña exploradora por inhóspitos y peligrosos terrenos, mas la capital europea desconoció sus empresas y los relegó a un segundo plano; los devotos y humildes misioneros trajeron el cristianismo y lo dieron a conocer a los ignorantes indios, pero la política de los Austrias impuso la nefasta Inquisición moderna y abrió las puertas al clero español que, en opinión de los autores estadounidenses, impuso la intolerancia y la represión. El gran escritor puritano del siglo XVII, John Milton, habló de un paraíso perdido por los pecados y corrupciones de la humanidad, pero siempre queda la posibilidad de redención. Para los puritanos modernos la redención no podía conferírsele a la contrareformista, despótica y monopólica España.

Si bien Prescott enfatiza acerca de los errores de España, también escoge el resaltar sus virtudes. En esto es secundado por Ticknor, y las obras de estos dos grandes historiadores ofrecen contrastes y oscilaciones entre la simpatía y la abominación, aunque en ocasiones la balanza se cargue a uno u otro lado. Empero no ocurre lo mismo con el grupo más joven, compuesto por los dos rabiosos antihispanistas, John Motley y George Bancroft, que no perdonan los errores comerciales de una

nación que apenas experimentaba con un novel imperio trasatlántico, y lo que es peor, condenan totalmente la labor conquistadora y colonizadora hispánica en sus bien nutridas obras, en las que llegan a veces hasta ignorarla o negarla por completo. Estos escritores —vale la pena adelantarlo— no lograron sacudirse los lastres dejados por la filosofía racionalista importada de Europa; incluso en la metodología, sus obras se inclinaban más del lado considerativo y especulativo, que al estricto rigor científicista fundamentado en fuentes documentales y en un sólido aparato crítico.⁹¹

Motley es el censor más firme en contra de España, en sus obras oprime constantemente sobre la profunda llaga que más lastima, la labor civilizadora hispánica en América. Para él, el *auri sacra fames* era el único impulso de los descubridores, exploradores, conquistadores y colonizadores españoles en el Nuevo Mundo. El oro y la plata trasatlánticos servían “no para expandir un comercio saludable y vivaz, sino para derretirse en sangre”. Para exterminar a otros pueblos y para destruir civilizaciones avanzadas sirvió “el sudor y las torturas de los súbditos paganos del rey en el Nuevo Mundo...”. Las colonias no tenían derechos, se les gobernaba con “la fuerza de la espada, del clero y de la ambición por el oro”.⁹²

En su persistencia demoledora Motley formula una tesis dialéctica en la que divide a la Europa del siglo XVI en dos grupos opuestos: aquellas naciones que respondieron favorablemente a la Reforma y pugnarón por la libertad de comercio, la civil y la de conciencia, y las que cayeron en la mojigatería, escogieron el despotismo y aniquilaron las ansias de libertad espiritual. Inglaterra se fundamentó en la libertad, al igual que Holanda; mientras España se basó en la opresión para mantener atadas a sus colonias. Cierto es, como expresamos líneas atrás, pero hasta cierto punto, lo apuntado por Motley, mas insistimos en que debe tomarse en cuenta que la historia de los Países Bajos fue muy diferente al desarrollo colonial americano.

Sin embargo, la crítica del bostoniano es contundente y generalizada, ningún elemento o persona de origen hispánico se salva. Todos son réprobos, malignos, satánicos y antivirtuosos. De allí se deriva, lógi-

⁹¹ En una reseña hecha por Prescott a la *History of the United States* de George Bancroft, se critica el modesto uso de las notas que hace el autor. Veamos al propio Prescott dar la rigurosa reprimenda al joven alumno: “Queremos saber el fundamento de sus conclusiones, el andamiaje con que ha levantado su estructura para estimar en su justo valor cuanto dice... necesitamos una razón para nuestra fe; de otra manera seguiremos con los ojos vendados”, (Stanley Williams, *op. cit.*, vol. II, p. 29).

⁹² John L. Motley, *The Rise of the Dutch...*, vol. II, pp. 35-43 y 413.

camente, que una nación así no podía tener derecho alguno a participar en la explotación y colonización del Nuevo Mundo. Para Motley, parecía increíble que Felipe II pasara penurias económicas después de recibir tales cantidades de oro y plata de las Indias americanas y de la mitad de Europa. Su conclusión fue que la riqueza del nuevo continente era mal gastada y peor empleada en gastos “inútiles” de ostentosa pompa y magnificencia, al igual que en guerras vanas e injustificadas que asolaban a los Países Bajos para impedirles su independencia. Para Motley, España estaba demasiado comprometida en sus inútiles empresas europeas. Esta nación fomentaba la rebelión con su política represiva. Para este liberal puro la tranquilidad y la seguridad individual eran condiciones *sine qua non* para que avanzara la sociedad mercantil y espiritualmente. Orden y progreso serán las resultantes filosóficas de este pensamiento burgués, que finca sus raíces en la Ilustración.

América no era la única colonia, también estaban las provincias neerlandesas, que para nuestro autor eran las “Indias” europeas y juntas formaban, en el esquema de Motley, un mapa geopolítico imperialista. Las riquezas holandesas y “las minas americanas y peruanas fluiría[n] al tesoro real por las fuentes perennes de la confiscación”.⁹³ La idea que resulta tras leer las obras de Motley es que España no edificó nada en el ámbito colonial, mientras que exprimió a sus posesiones como resultado de una política oscurantista que creía que de países destrozados saldría todavía algo de riqueza. Con gran ímpetu destructor Motley concluye que no entiende “¿con qué fin descubrió Colón un hemisferio para Castilla y Aragón y fueron revelados los tesoros ocultos de las Indias?”.⁹⁴

Salta de inmediato en las líneas de nuestro beligerante autor, y de todos los demás, la tesis de la regeneración, viejo tema dentro de la historiografía puritana. Motley imagina una colonia holandesa en América fundada por los exiliados calvinistas al mando de Guillermo de Orange, donde se hubiera implantado un establecimiento religioso poblado por una raza comercial y amante de la libertad religiosa, que hubiera precedido por medio siglo a la colonización inglesa “una raza afín impelida por motivos similares y con circunstancias y condiciones similares”. Mas, desafortunadamente, estos “ifismos” quedaron sólo como ejercicios intelectuales del bostoniano, puesto que, al despertar del romántico e históricamente inoperante ensueño de ver el continente en mejores manos que las españolas, se percató de que la “Providencia

⁹³ *Ibid.*, vol. II, p. 82.

⁹⁴ *Ibid.*, vol. II, p. 413.

impidió su realización”, y que dicha empresa, de haberse realizado plenamente (de hecho sabemos que existió la Nueva Holanda en el septentrión americano), hubiera cambiado los destinos de la humanidad y de la civilización por rumbos incomprensibles para el entendimiento humano.⁹⁵ El calvinista Guillermo de Orange, a quien no por casualidad compara Motley con George Washington, e incluso el protagonista motleyano supera al héroe de la independencia norteamericana por mucho, hubiera sido el personaje idóneo para plantar una colonia en América, como amante de la libertad individual, del progreso y de la tolerancia religiosa que era el caudillo holandés y, sobre todo, porque era uno de los principales enemigos de España.

Motley es heredero espiritual del legado puritano que, en palabras de Ortega y Medina,

adquirió naturalmente entre los estadounidenses sus características peculiares hasta encontrar históricamente su propia consagración y fórmulas agresivas: ‘destino manifiesto’. Es a saber —continúa Ortega— misión regeneradora, libertaria, democrática y republicana sobre todo el continente... y sobre el mundo entero.⁹⁶

Vemos esta idea traslucida también en el pensamiento de Ralph W. Emerson.

Trabajemos por la justicia, el amor, la libertad, el conocimiento, la utilidad, que son los intereses que las divinidades honran y promueven. Si de este modo podemos cabalgar sobre las carrozas del Olimpo, colocando nuestras obras en el camino de los circuitos celestiales, también podemos enjaezar los agentes del mal y los poderes de las tinieblas y forzarlos, aun contra su voluntad, a servirnos para los fines de la sabiduría y la virtud.⁹⁷

No estoy muy convencida de que el trascendentalismo —aunque los mismos escritores de esta corriente lo hayan aclarado— haya tenido una tendencia laica, exclusivamente filosófica, frente al dominio que ejercía el puritanismo. Emerson se decía unitario; pero era al fin y al cabo un heterodoxo más dentro de los muchos que forjaron aquel grupo magnífico que dio el nombre de “Renacimiento Americano” a la etapa áurea de las letras de Boston. En sus escritos salta su formación protestante; en el aspecto de la regeneración no se quedó atrás y por

⁹⁵ *Ibid.*, vol. II, p. 503.

⁹⁶ Juan A. Ortega y Medina, *Destino manifiesto*, p. 129.

⁹⁷ Ralph Emerson, *op. cit.*, p. 98.

ello defendió que la Unión expandiera “nuestro comercio y por lo tanto nuestras leyes... por todo el continente”.⁹⁸

El otro campeón de los valores liberales y democráticos, por no mencionar los más característicos de providencialismo patriótico y misión nacionalista, fue George Bancroft. Este escritor, también oriundo de Boston, armó su *History of the United States* con piezas de rompecabezas perfectamente embonables con sus intereses pronorteamericanos y solamente por mera casualidad no dejó fuera de su obra a España, aunque casi lo logra, y no por descuido, sino por pretender que la historia de esta nación “imperfectamente civilizada”, como la definiría Prescott, no había hecho absolutamente nada de valor en el Nuevo Mundo. Su americanismo, o mejor sería apuntar, su norteamericanismo, le hizo borrar del mapa toda labor colonizadora hispánica y arrancar desde la colonización inglesa, motor del cambio y de la regeneración continental.

Hace poco más de dos siglos desde que el más viejo de nuestros estados recibió su primera colonia permanente. Antes de ese tiempo todo el territorio era un desperdicio improductivo. A través de toda su extensión las artes no habían edificado monumentos. Sus únicos habitantes eran unas cuantas tribus esparcidas de débiles bárbaros, destituidos del comercio y de conexión política. El hacha y el arado eran desconocidos. La tierra, que había ganado fertilidad por el reposo de siglos, prodigaba su fuerza en una magnífica pero inútil vegetación. Desde el punto de vista de la civilización este inmenso dominio era una soledad.⁹⁹

Para Bancroft, la gente que se involucró en el proyecto asiático animado por el genovés, exceptuando a éste fue una turba de ruñanes y de aventureros, cuyo interés no era descubrir y explorar, sino robar a los habitantes para saciar su “extravagante ambición”.¹⁰⁰ Tan pronto retornaron las naos del primer viaje a través del Atlántico con lo que, según Bancroft se obtuvo la seguridad de que se trataba de un Nuevo Mundo, los marinos fueron invitados a participar en los peligros y los frutos de esta aventura en América. Empero la sed de riqueza fue tal que los españoles en la América del Norte fueron incapaces de construir algo perdurable y “en toda esa extensión ni un sólo fuerte español fue edificado, ningún puerto ocupado, ni un establecimiento comenzó”.

⁹⁸ *Ibid.*, p. 106. Respecto al trascendentalismo como movimiento literario puede consultarse James E. Miller y Robert Hayden (comp.), *United States in Literature*, Glenview, Illinois, Scott, Foresman and Co., 1979, p. 220.

⁹⁹ George Bancroft, *op. cit.*, p. 4.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 11.

Para él, el fuerte de San Agustín en Florida, primera fundación europea permanente en el septentrión continental, fue “el resultado de un celoso fanatismo”.¹⁰¹

A todo lo anterior contraponen Bancroft los éxitos tangibles de los navegantes ingleses e italianos bajo auspicio de los Tudor y sobre todo de los primeros colonizadores hugonotes, franceses ciertamente, pero al fin y al cabo calvinistas, al norte de Florida. Pero fueron los norteamericanos quienes más patentemente demostraron la guía de la Providencia gracias al óptimo surgimiento y desarrollo de las instituciones norteamericanas, pero sobre todo, porque supieron “conducir al país a su presente estado de felicidad y de gloria”.¹⁰² Tras la condena de las hazañas hispánicas se alza, casi inmediatamente, la comparación o exaltación de lo propio. Para Bancroft, el Descubrimiento fue motivado por Colón que deseaba más que nada encontrar el paso a la India; el verdadero descubrimiento del continente fue hecho por los Caboto, héroes de la historiografía bancroftiana que no sólo abrieron las puertas a Inglaterra para la futura colonización, sino que, en palabras del propio autor, “dieron a Inglaterra un *continente*”.¹⁰³ Hacemos especial hincapié en la palabra en cursivas pues se notará la implicación abarcante manifiesta en las palabras del historiador estadounidense.

La cadena concluye con el impulso moral triunfante, siempre anglosajón, que originó las colonias norteamericanas, y que finalmente son los Estados Unidos, quienes mejor aprovecharon las oportunidades abiertas por los navegantes del siglo XV y ejemplificaron el progreso de una civilización moderna, que consistía en “no robar, no destruir, no esclavizar, sino fundar Estados, plantar colonias cristianas permanentes, establecer refugios y moradas para los oprimidos con todos los elementos de existencia independiente nacional”.¹⁰⁴ Tal cosa era, para Bancroft, sin duda alguna, el fin del llamado divino; era la meta-historia. En suma, los Estados Unidos habían retomado el verdadero valor moral del Descubrimiento, o según apunta el propio Bancroft, “la mentalidad americana ha salido victoriosa en su competencia por los intereses de

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 47. Cuando habla de fanatismo se refiere a la matanza que llevaron a cabo los españoles (1564), bajo el mando del capitán Pedro Menéndez de Avilés, de hugonotes franceses que habían establecido una pequeña colonia al norte de la Florida. Cotton Mather refiere el hecho en los primeros capítulos de la *Magnalia Christi Americana*; Bancroft se explaya sobre dicho acontecimiento en su *History of the United States*. El lector puede recurrir al ya citado David Beers Quinn para obtener más información al respecto. En efecto, la política de los Austrias fue represiva y hostil contra la disidencia holandesa. Se fundamentó en el maquiavelismo político y en la “razón de Estado”.

¹⁰² George Bancroft, *op. cit.*, p. 4.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 11.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 89.

la humanidad".¹⁰⁵ América, la septentrional únicamente, era el asiento de la libertad, del progreso y de las oportunidades individuales y nacionales.

Hemos llegado al final del análisis historiográfico sobre la idea colombina de la escuela harvardiana del siglo XIX. El acoso intelectual que hemos practicado con los historiadores del pasado nos encamina a descubrir los ejes temáticos que forman la larga cadena del pensamiento estadounidense sobre temas hispánicos. Sigamos, pues, adelante, que aún es menester revisar las interpretaciones que surgieron afines del siglo pasado con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 56.

V. LA CONMEMORACIÓN DEL CUARTO CENTENARIO
DEL DESCUBRIMIENTO.
1892

Con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América el 12 de octubre de 1892, fecha en que al parecer los europeos y americanos celebraron por vez primera de forma general dicho evento,¹ el presidente de los Estados Unidos de América, Benjamín Harrison, pronunció un discurso conmemorativo. En él dijo: “En la noche del 11 al 12 de octubre de 1492 a las dos horas después de la media noche, un viernes, Cristóbal Colón descubrió la América”.² Tras proferir estas palabras el entonces mandatario norteamericano hizo partícipe a su país en el festejo del gran suceso y aseguró que al igual que España e Italia, Chicago recordaría la hazaña colombina.

La ciudad norteamericana sería, en efecto, la sede de una importante exposición y de la reunión de un congreso de americanistas. Por espacio de dos años se organizaron diversos actos; una réplica de un barco vikingo cruzó el Atlántico y despertó el entusiasmo de los estudiosos de la penetración nórdica en este hemisferio; se inauguró también la Exposición Colombina en Washington, D.C.; se sacaron igualmente a la luz supuestas cartas atribuidas a Colón que causaron revuelo entre los estudiosos de Harvard. Una edición de una de ellas fue vendida en 4 300 dólares, de aquel entonces naturalmente, una suma equivalente al valor de un ejemplar en folio de Shakespeare o un volumen

¹ En la conmemoración del Tercer Centenario (1792) se recordó el suceso, aunque no de forma general. Tengo noticia de que, además de los escritos revisados en el capítulo correspondiente, se pronunció un discurso en Boston, a cargo de Jeremy Belknap (1744-1798): *Discourse intended to commemorate the Discovery of America by Christopher Columbus*, ante la Massachusetts Historical Society. Justin Winsor fue el encargado de recordarlo, aunque asegura que es muy poco conocido entre sus contemporáneos, en Justin Winsor, *Christopher Columbus*, Boston-Nueva York, Houghton, Mifflin and Co., 1892, p. 55. El historiador Kirkpatrick Sale lo menciona también en *The Conquest of Paradise. Christopher Columbus and the Columbian Legacy*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1990, p. 337. Thomas Jefferson mandó copiar el retrato de Colón que se encontraba en Florencia. A fines del siglo pasado se localizaba en la Massachusetts Historical Society, en Boston.

² Henry Harrisse, *Christoph Colomb* (edición especial para el Cuarto Centenario), París, H. Welter Editeur, 1982, p. 1. En adelante citada como ed. esp.

de Mazarino, o también de la *Biblia* de Gutenberg, curiosidades que se disputaban los coleccionistas ricos³ sin importar cuán altas estaban éstas cotizadas. La música norteamericana fue parte de la ambientación dada al evento y no podía faltar en los preparativos del festejo; Antonín Dvorak, famoso músico instalado como director del conservatorio de música de Nueva York en 1892, compuso su célebre sinfonía *Desde el Nuevo Mundo* para la exposición colombina de Chicago. También para el Centenario Dudley Buck preparó la música de la *Centennial Meditation of Columbus* para estrenarse en Filadelfia y una cantata titulada *The Voyage of Columbus* para un libreto en seis escenas basadas en la biografía colombina de Washington Irving.⁴

Los historiadores estadounidenses, principalmente los profesores de Harvard, presentaron en el año de 92 voluminosas obras sobre Cristóbal Colón y su epopeya oceánica que eran producto de una década o más de ardua investigación originada en los archivos europeos. La producción historiográfica que estudiaremos se resume en la siguiente lista: Henry Harrisse, *The Discovery of North America* (1891) y el *Christoph Colomb* que terminó durante su larga estancia en París y que los editores franceses sacaron a la luz el mismo 12 de octubre de 1892. Analizaremos también la obra de John Fiske *The Discovery of America*, publicada igualmente en 1892 en la que trata ampliamente sobre el carácter del Almirante y la importancia del Descubrimiento. No podemos dejar de revisar los dos libros que sobre nuestro tema elaboró Justin Winsor, alumno de Francis Parkman, encargado de la biblioteca de la Universidad de Harvard y miembro de la Massachusetts Historical Society. La primera que publicó en 1889 lleva por título *Narrative and Critical History of America* y la segunda es su *Christopher Columbus* que presentó el mismo año de la celebración cuatricentenal con el propósito de derribar, según lo apuntó el propio Winsor, los mitos en torno al famoso genovés. Finalmente, para cerrar el círculo de escritores novoiingleses en el que nos hemos centrado, debemos mencionar a otro miembro de la Massachusetts Historical Society, Edward Everett Hale, autor de *The Life of Christopher Columbus: from his own letters and journals and other documents of his time*, (1891). Este libro fue publicado en Chicago para la presentación académica a la exposición colombina.⁵

³ Stanley Williams, *op. cit.*, vol. I, p. 489.

⁴ J. T. Howard, *Our American Music*, 3a. ed. Nueva York, T. Y. Crowell, 1946, pp. 593 y 594.

⁵ Las ediciones consultadas para esta investigación son: de Harrisse, *The Discovery of North America. A Critical Documentary and Historic Investigation*, Londres, Henry Ste-

Tomemos como punto de partida de nuestro análisis historiográfico sobre la idea colombina y del Descubrimiento a fines del siglo pasado a Henry Harrisse. Personalidad combativa, historiador positivista, incansable rebuscador de archivo, Harrisse pensaba que sólo él tenía la potestad del tema sobre Colón y atacaba la iniciativa de otros colegas cuando éstos se aproximaban al estudio de ese asunto. Guardaba celosamente los datos por él hallados en los archivos europeos que además imaginaba que no habían sido antes vistos por investigador alguno y con este material publicó, entre otros trabajos,⁶ los dos libros que ahora nos ocupan y que reflejan, en nuestra opinión, los objetivos metodológicos del estadounidense. Tras haber revisado los archivos de Génova, Sevilla y Madrid, Harrisse elaboró los dos densos volúmenes dedicados a Colón y un pequeño libro donde resume las ideas principales sobre el Almirante y lo relativo a la conmemoración. Son éstas obras repletas de datos extraídos de documentos ciertamente valiosos, pero no tan novedosos como Harrisse creía y que en pocas ocasiones son interpretados profunda y críticamente por el historiador norteamericano. En un esfuerzo por presentar en aquel año algo original, este profesor de Harvard ofreció sus conclusiones sobre la genealogía de Cristóbal Colón que le llevó más de diez años de trabajo y a la que le dedica casi todo el segundo tomo de su voluminosa obra. Con gran paciencia vemos desfilar a los hermanos de Colón, a sus sobrinos, a sus hijos, y a los hijos de sus hijos, esfuerzo éste que no le valió elogios a Harrisse, sino burlonas críticas desde la palestra historial dedicada a la Cuarta Conmemoración y aún se escuchaban ecos académicos adversos en el extranjero.⁷

vans and Son, 1891; *Christoph Colomb: son origine, sa vie, ses voyages, sa famille et ses descendants*, 2 vols., París, Ernest Leroux Editeur, 1884; *Christoph Colomb* (edición especial para el Cuarto Centenario) París, Henry Welter Editeur, 1892; de John Fiske, *The Discovery of America with some account of Ancient America and Spanish Conquest*, Boston-Nueva York, Houghton, Mifflin and Co., 1892; de Justin Winsor, *Christopher Columbus*, Boston-Nueva York, Houghton, Mifflin and Co., 1892; *Narrative and Critical History of America*, Boston-Nueva York, Houghton, Mifflin and Co. The Riverside Press, 1889; y de Edward Everett Hale, *The Life of Christopher Columbus. From his Own Letters and Journals and Other Documents of his Time*, Chicago, G. L. Howe & Co., 1891.

⁶ Por mencionar algunos, *Bibliotheca Americana Vetustissima. A Description of Works Related to America Published Between the Years 1492 and 1551*, Nueva York, 1886; *D. Fernando Colón, historiador de su padre: Ensayo crítico*, Sevilla, 1871; *Excerpta Colombiniana: bibliographie de quatre cents pieces gothiques, françaises, italiennes et latines du commencement du XVI^e siècle, non decretées jusqu'ici précédée d'une histoire de la Bibliothèque Colombine et de son fondateur*, Génova, Slatkine Reprints, 1971. Hay además una vasta bibliografía sobre Colón, Caboto y Gaspar de Corte Real.

⁷ Fiske opina del libro de Harrisse que es "un trabajo de inmensa investigación, absolutamente indispensable para todo estudioso de la materia, aunque aquí y allá algo sobreingenioso e hiper-crítico, y en general indebidamente predispuesto por las excentricidades del propio autor sobre la obra de Fernando [Colón]" (*The Discovery of America*

Sin embargo, no podemos afirmar del todo que en la obra de HARRISSE, quien se calificaba a sí mismo como un historiador imparcial y amante de la verdad, “los documentos hablan por sí solos”, pues en ésta el historiador de Harvard no sólo embiste a sus colegas que han escrito sobre el tema colombino con argumentos, algunos poco convincentes, sino que además emite una opinión personal sobre Colón y sobre España que no necesariamente refleja lo contenido en los documentos.

La principal idea de HARRISSE, que creo se desprende de sus páginas, es que la gloria pertenece a Cristóbal Colón como individuo; no es de su natal Italia y mucho menos de España, su patria de adopción. El norteamericano se burla de la manera en que ambas naciones celebran el Cuarto Centenario, ya que en el caso de los italianos, éstos, con fervor nacionalista, creen que su país (se recordará la reciente unificación italiana, 1870) tuvo parte en el magno acontecimiento del 12 de octubre de 1492. Lo único que aportó Italia, según HARRISSE, es una pléyade de hábiles y valientes marinos como Colón, Caboto, Vespucio o Verrazano, que generalmente no trabajaron para su servicio, sino para los reyes extranjeros.

En cuanto a España se refiere, HARRISSE critica que en la Península, a la que Colón favoreció para hacerla la sede de un enorme imperio y la receptora de las riquezas americanas, se encarguen de desconocer la figura heroica del famoso navegante al considerar los eruditos hispánicos desde Madrid otros nombres más idóneos para ocupar el sitio que le corresponde al Almirante en los anales de la historia uni-

p. 341). Su fiel seguidor, Edward Everett Hale dice sobre HARRISSE que “ciertamente parece que todo documento que existe sobre el tema ha sido cotejado por él”, *op. cit.*, p. 7). En cuanto a la manía de HARRISSE por reconstruir exactamente la ascendencia y descendencia de Colón, parece que ésta despertó la admiración, o por lo menos la curiosidad, de Winsor, quien dedicó unas líneas al respecto en su libro, que a continuación transcribimos: “Nadie ha logrado manejar tan ampliamente como HARRISSE lo intrincado de la genealogía colombina”, (*Christopher Columbus...*, p. 71). El historiador mexicano Carlos Pereyra critica a HARRISSE y lo acusa de tener “el cerebro vacío” y de ser “un mero coleccionista de papeletas”, en *Historia de la América española*, Madrid, Saturnino Calleja, 1920, p. 82. Lo que le molesta al mexicano es que el historiador estadounidense considere que el Descubrimiento fue obra de un solo hombre, Colón (idea que analizaremos más adelante) y que por lo mismo niegue el mérito a la nación que lo auspició y a los marinos expertos que lo acompañaban, como los Pinzón. Otras críticas de Pereyra a HARRISSE pueden verse en *La conquista de las rutas oceánicas*, México, Porrúa, 1986, pp. 63 y 64. Don Marcelino Menéndez Pelayo había notado a propósito de la actitud de HARRISSE que “el anhelo de novedad, el amor a la paradoja, el deseo quizá de hacerse notable y famoso entre las gentes tomando rumbos opuestos a los que lleva el sentir común, suelen ocasionar exageradas y peligrosas reacciones en que la verdad de la historia experimenta nuevo naufragio”. Cit. por Ramón Iglesia, prólogo a Fernando Colón, *Vida del Almirante...*, p. 7.

versal. Ese es el caso de Martín Alonso Pinzón, que fue propuesto por algunos académicos del Ateneo madrileño como el verdadero descubridor del Nuevo Mundo.⁸ Para Harrisse el famoso andaluz que se hizo a la mar junto con Colón no es de manera alguna el supuesto descubridor, pues ni su personalidad ni sus conocimientos científicos y náuticos se equiparan a los del genovés, y lo que es más, el pobre Pinzón no era más que un vulgar vendedor de sardinas, las cuales, por alguna inexplicable razón, son un platillo abominable para el frugal estadounidense.⁹ Otro blanco de los ataques del historiador norteamericano es el funcionario Francisco de Bobadilla, enemigo de Colón (y por lo mismo enemigo del propio Harrisse) a quien califica de “déspota atrabiliario”, “espíritu estrecho” y “alma mezquina”. De todo esto Harrisse concluye que Cristóbal Colón fue la víctima de la “jactancia castellana” contraria al “sentido común”,¹⁰ que repudia al genovés por su sangre plebeya y su origen extranjero.¹¹

Según el historiador novoiñglés, España no quiere someterse a la idea de que su grandeza pasada se debe a los logros de un forastero que abrió —y ese es su gran mérito— un hemisferio entero a la actividad humana de los siglos venideros. Reaparece la vieja tesis de que España invirtió mal el oro extraído de las Indias, pues malgastó la enorme riqueza en objetos suntuarios de grandeza eclesiástica, artísticamente bella, pero poco práctica desde el punto de vista de la ética utilitarista protestante.¹² Finalmente Harrisse termina su juicio diciendo que “es gracias a este genovés, a su genio, a su iniciativa y a sus esfuerzos que la nación española puede reclamar un lugar entre los pueblos que se han merecido el título de civilizados”.¹³

Para el autor, ni la conquista de Granada ni la batalla de Lepanto son hazañas equiparables a la epopeya colombina; por ello, “la idea de conmemorar con mucho brillo el Cuarto Centenario del descubrimiento de América es justa y bella”.¹⁴ En su biografía sobre el ge-

⁸ Henry Harrisse, *Christoph Colomb*, ed. esp., pp. 54 y 55.

⁹ *Ibid.*, pp. 55-60. Este detalle es maliciosamente criticado por Carlos Pereyra, *op. cit.*, p. 82.

¹⁰ Henry Harrisse, *ibid.*, pp. 45 y 74.

¹¹ Harrisse considera que Colón es de extracción simple, a diferencia de su hijo Fernando quien asegura que su padre es de noble cuna. Véase Fernando Colón, *Vida del Almirante don Cristóbal Colón escrita por su hijo Fernando Colón*, México, FCE, 1947, pp. 27-34 y Henry Harrisse, *Christoph Colomb*, ed. esp., p. 74.

¹² Henry Harrisse, *Christoph Colomb: son origine, sa vie, ses voyages, sa famille e ses descendants*, París, Ernst Leroux Editeur, 1884, vol. II, pp. 47 y 48.

¹³ Henry Harrisse, *Christoph Colomb*, ed. esp., p. 74.

¹⁴ *Ibid.*, p. 24.

novés, HARRISSE cree estar desenterrando una “figura olvidada por siglos”, cuando en realidad en la historiografía norteamericana era ya una añeja costumbre —y así lo hemos apreciado a lo largo de este trabajo— interpretar la gesta descubridora y al personaje que la llevó a cabo. El profesor de Harvard cree que ha vislumbrado a un nuevo Colón, pero la verdad es que no nos aporta nada novedoso. Sus conclusiones están anunciadas en la tradición anterior, desde Prescott hasta Bancroft. Para él, Colón fue el descubridor del Nuevo Mundo, pero se cuida de caer en la trampa de considerarlo también el merecedor de la fama universal como descubridor de América. No es este un juego de conceptos, antes bien es una distinción que se encuentra muy clara en la obra que ahora nos ocupa.

Sólo hasta el tercer viaje —explica el autor— Colón se percató de que había llegado a tierra firme, donde, al ver la extensión del Orinoco, concluyó que esa región no podía ser otra cosa que “tierra infinita”.¹⁵ Mas en ella, su imaginación desbordada y su mentalidad tradicional situaron el paraíso terrenal. Sin embargo, para HARRISSE, Colón se encontraba de hecho físicamente en un Nuevo Mundo y pese a su ceguera, con su simple acto, revelaría la verdad que sería conocida en Europa pocos años después y que cambiaría los destinos de la humanidad entera.

La trampa de la que escapó HARRISSE es el haberse librado de considerar a Colón el descubridor del continente, distinción que concede primero a Caboto y luego a Vesputio. “Estos navegantes —escribe— tienen el honor de haber descubierto primero que Colón el continente americano”.¹⁶ HARRISSE no traiciona esta creencia y en su libro *The Discovery of North America*, casi no menciona la hazaña colombina por considerarla ajena al suceso histórico que adelanta a sus lectores con el título de su libro. En cambio, es Juan Caboto el gran héroe de esta epopeya, el gran descubridor de “América”, ahora sí en el siglo XIX conceptualizada de manera exclusiva para la región y población estadounidenses.¹⁷

Juan Caboto excedió a Colón, según interpreta HARRISSE, porque supuso que aquellas regiones no eran China ni Japón, sino tierras desconocidas separadas de la costa asiática dentro de un continente nuevo¹⁸ y lo que es más, el estadounidense condena al hijo de Caboto, Sebastián,

¹⁵ Henry HARRISSE, *Christoph Colomb: son origine...*, vol. II, p. 89.

¹⁶ *Ibid.*, vol. II, p. 102.

¹⁷ Sobre Juan Caboto véanse las obras de HARRISSE, *The discovery of North America y Jean et Sebastien Cabot leur origine et leurs voyages*, París, Ernst Leroux Editeur, 1883.

¹⁸ Henry HARRISSE, *Christoph Colomb*, ed. esp., pp. 79 y 80, y *The Discovery of North America*, p. 247.

por haberle querido arrebatarse la gloria a su padre. El veneciano (Harrisse con toda seguridad cree que no nació en Bristol como apuntaron otras fuentes) fue un charlatán y un usurpador, pero jamás un descubridor. Harrisse concluye con gran seguridad que

el descubrimiento del continente norteamericano [sic] y el primer desembarco (hechos que equipara este estudioso) en la costa este fueron logrados no por Sebastián Caboto sino por su padre Juan en 1497, bajo los auspicios del rey Enrique VII.¹⁹

Según recientes interpretaciones de historiadores de nuestro siglo, el barco de Caboto se precipitó al fondo del mar en su segundo viaje (1498) (aunque otras fuentes aseguran que murió tiempo después) y junto con él, el experto marino servidor de Inglaterra con su idea de que había llegado al Catay y Cipango y no a un continente como lo quiere hacer parecer Harrisse.²⁰ El mismo autor parece contradecirse cuando muestra el documento que contiene la declaración hecha por los embajadores españoles respecto a que Juan Caboto llegó al país del Gran Khan en 1497: “*E dice haver trovato lige 700 lontam de qui Terra ferma el paexe del gran Cam*”.²¹ Por último, Harrisse quiere desacreditar la tesis que sostiene que Caboto llegó en su primer viaje a cabo Bretón, una isla, y no al continente como se indica en el planisferio de Sebastián Caboto de 1644. Esto equipararía la hazaña inglesa con la colombina o, más aún, haría sobresalir a esta última pues si ambas llegaron supuestamente a una isla y no a tierra continental, la expedición de Colón para tal caso tuvo la prioridad al tocar tierra, aunque insular, en 1492. Por eso Harrisse afirma que dicho planisferio se basa en el error, ya que Juan Caboto llegó a 10 grados más al norte del cabo Bretón, a la costa de Labrador, es decir, a tierra continental.²²

Los anteriores esfuerzos explicativos y especulativos responden a un casuismo especial por parte de Henry Harrisse. Todo se reduce a un problema de temporalidad. Parece ser que el viejo error se repite por tradición: aunque se dice que lo principal es haber llegado, sin importar el objetivo en mente de quien llegó, parece ser aún más trascendental el hecho de probar quien vio o tocó con sus plantas primero el

¹⁹ Henry Harrisse, *Discovery of North America*, pp. 27 y 28. David Beers Quinn concede a Sebastián la gloria de haber estimulado los viajes ultramarinos y el comercio inglés en las Indias, ya que fue él quien proyectó buscar un paso a Asia por el norte (*England and the Discovery of America*, pp. 132-139).

²⁰ David Beers Quinn, *op. cit.*, p. 103.

²¹ Henry Harrisse, *The Discovery of North America*, p. 107.

²² *Ibid.*, pp. 27 y 28.

suelo americano. Es una discusión que se encuentra vigente —como vimos— en la tesis de este historiador de Harvard. De allí el gasto de tinta para demostrar que no fue Sebastián Caboto (pues sus viajes se sitúan de 1501 en adelante), sino su padre quien pisó tierra continental antes que Cristóbal Colón, fundamentando con ello el dominio inglés sobre América.

Otro argumento que el historiador norteamericano considera digno de tratar es que Colón no fue original al proponer la idea de que al otro lado del océano se encontraban regiones accesibles al marino intrépido. Tampoco fueron sus propios cálculos los que demostraron la existencia de aquellas tierras lejanas pues, como sabemos, sus predicciones se fundamentaban en los textos de los sabios antiguos y contemporáneos como Behaim, Zacuto o Toscanelli. La carta de éste último, sobre todo, es considerada como la fuente animadora de la empresa colombina, pues en ella se menciona con certeza la existencia de tierras ignotas hacia Occidente. HARRISSE concluye que la hipótesis de Colón estaba plagada de profundos errores, pero fueron éstos los que finalmente lo condujeron a este hemisferio. No obstante, hace la distinción entre “error” y “casualidad”. De hecho critica fuertemente la obra de Martín Fernández de Navarrete,²³ en la que se sostiene la tesis de que el descubrimiento de América se logró por casualidad, pues el objetivo real de Colón, que reflejaba la problemática general y las necesidades de aquel tiempo, era buscar una nueva ruta a Asia y se llegó a América por una combinación de circunstancias impredecibles. Curiosamente, HARRISSE sostiene que la obra del experto marino, Fernández de Navarrete, es inaceptable mientras que elogia con entusiasmo el libro que sobre Colón escribió Washington Irving, quien, como vimos, era discípulo indirecto del autor español y compartía muchas de sus conclusiones. Del *Life of Christopher Columbus* HARRISSE opina que “es una historia escrita con gran juicio e imparcialidad, que deja muy atrás otras descripciones del descubrimiento del Nuevo Mundo publicadas entonces y hasta ahora”.²⁴

Según HARRISSE, Colón tenía un juicio equivocado, que lo llevó a considerar el tamaño de la Tierra menor al que calculan los especialistas

²³ Fernández de Navarrete, Martín, *Colección de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV: con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*, Madrid, Imprenta Nacional, 1837.

²⁴ Henry HARRISSE, *Christoph Colomb: son origine...*, vol. I, p. 136. Otro historiador norteamericano que participó en la celebración académica del IV Centenario, Clements R. Markham, considera que la obra de Irving es extraordinaria por su cuidadosa investigación y por la solidez de sus juicios además de por el candor de su estilo, en *Life of Christopher Columbus*, Londres, Phillip & Son., 1892, p. 337.

modernos y, mientras rebajó la dimensión del planeta, sobrevaloró la extensión de Asia. Mas su acción no fue desacertada pues actuó de buena fe. El Descubrimiento se produjo, por error, mas sin esta flaqueza del marino genovés el Nuevo Mundo habría sido conocido y explorado por lo menos siete años después del día en que él tocó suelo por primera vez.²⁵ Repite nuevamente que Colón es quien merece el título de descubridor del Nuevo Mundo porque pisó estas tierras antes que otro europeo lo hiciera y porque el Almirante proclamó en vida que había encontrado una extensa región austral, probablemente el extremo oriental asiático de la Isla de la Tierra, distinta y separada del *orbis terrarum*, ignorada por los antiguos y desconocida por las autoridades modernas y a ésta la concibió como un mundo nuevo.²⁶ Mas debe quedar claro que para HARRISSE Colón no es, por otra parte, el descubridor de América que fue develada —como expusimos anteriormente— por Caboto, el cual, según el autor, de manera consciente supo que se trataba de un continente distinto de Asia, aunque tuvo —parece creer HARRISSE— el infortunio de no haber publicado sus hallazgos como lo hizo prudentemente Vesputio en sus famosas cartas: el *Mundus Novus* de 1503 y la “*Lettera*” de 1504, donde intuye que “*quasque novvum mundum appellare licet*”.²⁷

Sus errores no disminuyen la grandeza de Colón, sus servicios, su valor y su gloria. Él inició una cadena que nunca terminará. Él ha dejado una marca imborrable sobre la civilización moderna. Él traspasó el espacio antes que cualquier otro. Hizo conocer a la sorprendida Europa los países soñados por los poetas y adivinados por los filósofos. Es el genio más audaz de que la historia haga mención.²⁸

Al revisar este planteamiento podría uno preguntarse ¿Dónde queda entonces el mérito humano? Error y acto ciego es todo lo que parece concedérsele a Colón y aún así es para HARRISSE una figura heroica. ¿Dónde está la contradicción? En efecto, el estadounidense se metió en un problema filosófico al tratar así el asunto y se esfuerza por no perder al Almirante, por no relegarlo a un término muy secundario. Creo que en esto se equivocó definitivamente HARRISSE pues no se puede hablar de “error” en Colón, ya que esto implicaría que llevó a

²⁵ Henry HARRISSE, *Christoph Colomb* ed. esp., p. 91.

²⁶ Para entender los distintos motivos que impulsaron a Colón a formular esta teoría, véase Edmundo O’Gorman, *La invención de América*, México, FCE, 1984, p. 126.

²⁷ Henry HARRISSE, *The Discovery of North America*, p. 107 y Edmundo O’Gorman, *La invención...*, p. 123.

²⁸ Henry HARRISSE, *Christoph Colomb*, ed. esp., p. 91.

cabo una acción desacertada o equivocada, provocada por un juicio falso cuando en realidad no podía adivinar la existencia de tierras desconocidas (mucho menos continentales) a la mitad del camino entre Asia y Europa. Por lo que se refiere a la falsa medición de las dimensiones terrestres y asiáticas, él no fue el autor de ese equívoco, sino por el contrario, logró concentrar todo el saber anterior a su tiempo y dar una conclusión perfectamente coherente extraída de las autoridades. En suma, actuó conforme a las circunstancias y la verdad de su tiempo.

Harrisse explica sus conclusiones a partir de la idea del progreso tan de moda en aquellos años. El Descubrimiento no es considerado ya como un hecho inexplicable, producto de la voluntad de la Providencia. Colón no será ya un instrumento del Cielo sino un vehículo del avance humano hacia un grandioso futuro. Su empresa oceánica es vista por los historiadores del siglo XIX por lo general como un acontecimiento histórico, no de origen divino; se han secularizado las tendencias religiosas de antaño. La historia la hacen los hombres, es este un avance en cuanto a la explicación meramente teológica de los años anteriores. Sin embargo, prevalece la idea de que es el acto más que la intención lo que cuenta en este caso. Es el fin último más que la iniciativa consciente del actor de los hechos lo que se exalta. El descubrimiento de América contribuyó, pues, a la prosperidad de toda la humanidad.²⁹ He aquí cuál es para Harrisse la verdadera trascendencia de este hecho histórico; esto es lo que hace a Colón “el gran genovés” y es una injusticia reprocharle sus faltas, como el haber fomentado el comercio de indios inofensivos en el mercado sevillano, el haber iniciado la esclavitud según opinaban los críticos, incluyendo a sus propios colegas estadounidenses, el haber desobedecido las órdenes de Isabel,³⁰ su insaciable sed de oro, su ambición de poder y riquezas, su falta de capacidad para el gobierno, etcétera. Considerar así al Almirante es un error para Harrisse quien se hace eco de las enseñanzas de Voltaire y de Prescott cuando afirma que “es incorrecto juzgar a los hombres con las ideas de nuestro tiempo, el historiador debe ser imparcial en el interés de la Verdad”.³¹ Al analizar la personalidad del famoso navegante, dice que nunca fue un rebelde, ni un déspota, mucho menos desleal, inhumano e inepto: “c’est á dire de scélérat et d’imbécile”.³²

La memoria de Cristóbal Colón ha pasado por todas las pruebas imaginables, se le menosprecia aún desde el mismísimo mundo por él

²⁹ *Ibid.*, p. 41.

³⁰ En palabras de Isabel “que poder tiene mío el Almirante para dar a nadie mis vasallos”, en Henry Harrisse, *Christoph Colomb: son origine...*, vol. II, p. 112.

³¹ Henry Harrisse, *Christoph Colomb*, ed. esp., pp. 44 y 45.

³² *Ibid.*, p. 78.

descubierto, desde América, la hispana lo mismo que la de habla inglesa. HARRISSE se irrita cuando ve que en su propia *alma mater*, centro de erudición y conocimiento más importante de Norteamérica, se ven-tilen cosas como ésta:

Colón fue el expoliador del mundo que había descubierto, no dejando tras de sí más que los crímenes y la ruina. Pudo haber sido el promotor de la geografía, pero prefirió el papel de descubridor enfurecido contra lo que le impidiera apoderarse del oro o de un vicerreinado. Lejos de poner un límite a las atrocidades de sus compañeros les dio el lamentable ejemplo de una conciencia obliterada.

HARRISSE se proclama contra este panfleto, obra de un “insensible e ingrato bostoniano”³³

Así estaban los discursos hace un siglo en torno a la celebración del Centenario. Había opiniones encontradas y entusiasmos desbordados y radicales, tanto en la defensa como en la condena del genovés. Como en la centuria pasada, ahora vemos, en la quinta conmemoración, las mismas pasiones exaltadas, fervores nacionalistas, y críticas antiacadémicas que separan a los pueblos que comparten una historia común.³⁴

Cuando HARRISSE se propone comprender los actos negativos de Colón, intenta —a veces infructuosamente— no separarse de la época pasada que marcó la circunstancia específica. La sed de oro, por ejemplo, que fue el tema predilecto de los críticos empeñados en destruir la figura del Almirante, es explicada como un factor dominante en la mentalidad de la época; el afán por obtener riquezas y por escalar un peldaño hacia el mejoramiento y el bienestar social no fue privativo de Colón. HARRISSE observa que esto fue también un deseo ardiente en los

³³ *Ibid.*, p. 45. No menciona el nombre del autor, pero por el contenido creemos que se trata de Winsor, principal hostigador contra el Almirante, contra España y contra los conquistadores. Winsor atizó la leyenda negra sobre todo considerando a Colón —quien tradicionalmente se encontraba fuera de la condena anglosajona— parte de las bárbaras hordas de conquistadores asesinos que mandó España a poblar América. La crítica de HARRISSE podría estar dirigida también a Fiske a quien acusa de ignorante de las fuentes y de los archivos, pero en la obra de este último no encontramos que critique a Colón tan despiadadamente.

³⁴ En un artículo aparecido en los Estados Unidos, el 27 de mayo de 1991, se ventilan cosas que se están escuchando actualmente en el vecino país con motivo de la aproximación del Quinto Centenario. “Invasión”, “genocidio”, “ocupación legalizada”, “explotación”, “decadencia moral”, “año de arrepentimiento y reflexión”, “violación de América”; estos son los nombres con los que se quiere designar al Descubrimiento. En cuanto a Colón, es un villano, un criminal, un agente de España. El autor del artículo, Charles Krauthammer describe lo que está ocurriendo en su país, pero personalmente defiende a Colón por traer a este continente las semillas de la civilización, (*Time*, 27 de mayo de 1991). Véase el cap. VII de este trabajo.

pueblos de la Nueva Inglaterra.³⁵ Lo que es más, Colón compensa esa ambición con su sincero misticismo, con un espíritu religioso exaltado que sin embargo no debe ser llevado a los extremos de considerar al Almirante como un santo, ni mucho menos aprovechar la existencia de esta característica para canonizarlo.³⁶

Ciertamente HARRISSE se esfuerza por comprender a Colón como hijo del siglo xv. El móvil principal de sus acciones, como hombre de su tiempo, era la adquisición de riquezas. ¿Y no es acaso —se pregunta este crítico— la ambición por tener más, algo legítimo en esa y en todas las épocas? Al leer estas afirmaciones podríamos quedar tranquilos y aplaudir al historiador que ha logrado su cometido: tratar de entender las acciones humanas en la circunstancia y en la perspectiva del pasado. Sin embargo, HARRISSE sucumbe más adelante. Colón es disculpado porque sus proyectos comerciales iban revestidos de un carácter religioso y místico. El genovés pensó que era un elegido de Dios para revelar un hemisferio antes del fin del mundo.³⁷ Si esclavizó a los caníbales es porque creyó que era más inhumano su estado de barbarie al del servilismo que padecían bajo el dominio occidental. Pero recordemos lo anteriormente expuesto: para HARRISSE el descubrimiento de América parece ser la obra de un solo individuo, verbigracia, el propio Colón, mientras que el resto de la tripulación son “aventureros miserables” que perdieron de vista lo glorioso de la empresa.³⁸ Ni los Reyes Católicos (especialmente critica a Fernando pero no por ello redime a Isabel), ni

³⁵ Henry HARRISSE, *Christoph Colomb*, ed. esp., p. 41.

³⁶ Cerca del Cuarto Centenario, el papa Pío IX lanzó la propuesta de considerar a Colón para la canonización, a partir del conocimiento de todo tipo de argumentos basados en su personalidad intachable así como en la expansión de la religión cristiana en América a raíz del Descubrimiento. El nombre de Colón fue clave, como veremos más adelante en este capítulo. Para los historiadores protestantes esto era un acto propagandístico, una maniobra de los países católicos para enaltecer su participación en América. En su opinión todo este esfuerzo italiano, francés y español por adjudicarse la celebración reflejaba que “*l'orgueil national cette plaie de l'Histoire!*” (Henry HARRISSE, ed. esp., p. 87). Hasta 1918 se discutió esta cuestión. Finalmente el Vaticano la rechazó con fundamento en que Colón no se casó con la madre de Fernando.

³⁷ Henry HARRISSE, *Christoph Colomb: son origine...*, vol. II, p. 44. Sobre la creencia del genovés de que era un elegido véanse las explicaciones que da Alain MILHOU, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1983, p. 195. Sobre el pensamiento milenarista de Colón, es muy probable que sinceramente creyera en el próximo fin del mundo y en la necesidad de redimir a los paganos de todo el orbe mediante la evangelización, antes de que eso ocurriera. Puede verse la influencia medieval en Norman COHN, *En pos del milenio*, Madrid, Alianza Editorial, 1981, *passim*, y en John L. PHELAN, *El reino milenarista de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1972, pp. 34-36. Los historiadores de nuestro siglo han abordado este tema. Véanse los últimos capítulos de esta investigación.

³⁸ Henry HARRISSE, *Christoph Colomb: son origine...*, vol. II, p. 111.

los consejeros reales, ni los amigos de Colón en la Rábida, ni sus hijos, ni los marinos temerarios y expertos, ni España, en suma, la nación que auspició el proyecto, valen nada para el historiador estadounidense.

Hemos expuesto hasta aquí las ideas principales del revisor de Gómara, Robertson, Navarrete, Las Casas, Irving, Oviedo, Mártir y Humboldt. Con pinzas se debe extraer lo nuevo de su tesis, para observar al final que esto difícilmente se encuentra. No obstante, dentro de los Estados Unidos Harrisse fue considerado como una autoridad en su tiempo —la mayor quizá— sobre el tema colombino. Es citado por todos los autores contemporáneos y fue uno de los principales exponentes en la Exposición Mundial sobre Colón (World's Colombian Exposition) en Washington (1890) y un aplaudido especialista en las Conferencias de Americanistas en Chicago (1892).

Uno de sus mayores seguidores en la Nueva Inglaterra fue Edward Everett Hale (1822-1909), aristócrata bostoniano egresado de teología de Harvard y miembro de la Massachusetts Historical Society. A los 69 años publicó su análisis sobre el tema del Descubrimiento con el libro *The Life of Christopher Columbus. From his Own Letters and Journals* (1891).

Esta obra no aporta en general datos adicionales ni interpretaciones novedosas sobre lo que entonces se conocía del tema. Pero no era la intención de este historiador calvinista sacar a la luz una obra original o revolucionaria; tan sólo pretendía describir los cuatro viajes de Colón a través de una selección de documentos que incluía la correspondencia del Almirante, las relaciones de Las Casas, Pedro Mártir de Anglería, Oviedo y otras autoridades, con el fin de poner en las manos “de todo tipo de lectores” un libro ligero, sencillo y ameno. Al instruir a la gente de su país sobre lo ocurrido en 1492, Hale vería cumplido el objetivo de “ofrecer [su trabajo] como una contribución a la gran celebración”.³⁹ Su motivación crecía al descubrir que

la determinación del pueblo de los Estados Unidos para festejar adecuadamente el gran Descubrimiento que ha avanzado la civilización y ha transformado la faz del mundo, pone de manifiesto que un nuevo interés ha surgido por la vida del gran hombre a quien, por la providencia de Dios, se debe ese descubrimiento.⁴⁰

Como podrá apreciarse, es claro hacia dónde se dirige la interpretación de este escritor, al volver a plantear la participación divina en el

³⁹ Edward Everett Hale, *op. cit.*, p. 7.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 7.

discurrir histórico. A estas alturas, el lector puede adivinar las conclusiones que van aparejadas a este tipo de explicación teológica. Tan sólo tomemos, entonces, las principales ideas del razonamiento del autor, sin ahondar más en el problema metahistórico.

Para él, no hay error al decir que “América fue descubierta por Cristóbal Colón en 1492”,⁴¹ argumento que archisabido está, se desprende de la concepción providencialista puritana que el autor maneja, la cual seguía en vigor —aunque resulte sorprendente— todavía a fines del siglo pasado. Hale no perdió de vista que aquel grupo de marinos creía encontrarse en Asia y aún así insistió en que Colón era el descubridor de América. La insistencia en la explicación teológica hace difícil juzgar a Hale por no haber caído en la cuenta de este error filosófico. “La vida de Cristóbal Colón —afirma— es una constante ilustración puesta a la vista del éxito que Dios concede a aquellos que, habiendo concebido una gran idea, valientemente determinan llevarla a cabo”.⁴² Tras leer esta cita se recordará sin duda lo expuesto en los capítulos anteriores sobre la vocación calvinista basada en el *calling* y la manera en que Dios favorece a quienes han seguido el llamado otorgándoles el éxito en su empresa.

Por copiar indiscriminadamente a HARRISSE, Hale también cae en el mismo error que su colega al definir a Juan Caboto como “el descubridor del continente de Norteamérica”. ¿Acaso hay dos o tres continentes dentro de uno sólo? Mejor dicho, quizá tenemos la respuesta y es que la equivocación se debe a un problema esencialista. Más bien es un solo continente repartido fundamentalmente entre tres naciones: Estados Unidos de América (Inglaterra); Hispanoamérica (España) y Brasil (Portugal). Probablemente la manía por conceptuar la parte septentrional como un “continente” responda a la vieja idea ecuménica anglonorteamericana abarcante de todo el territorio para sí, pero excluyendo al resto de sus habitantes no anglosajones de él.

Hale estima que el verdadero valor de Colón —como hombre pensante y actuante en la historia— es su determinación por probar lo que había recogido de las autoridades anteriores: que se podía navegar a Catay y a Cipango por la ruta atlántica. Otro mérito que le encuentra es que fue un excelente marino, un geógrafo instruido y “un buen matemático”.⁴³ Para nosotros esta explicación es mucho más valiosa que la solución providencialista pues, en efecto, el gran mérito del genovés consistió en descubrir la ruta de ida y vuelta por primera vez

⁴¹ *Ibid.*, p. 13.

⁴² *Ibid.*, p. 290.

⁴³ *Ibid.*, p. 25.

para ser imitada posteriormente por la humanidad. Le llama al autor la atención, como a todos sus colegas, el hecho de que Colón haya creído ser un elegido de Dios para revelar una verdad grandiosa. Este hombre notable fue —en opinión del bostoniano— un conquistador más que un descubridor, porque tuvo que hacer frente con valentía a todos los obstáculos que la época y sus contemporáneos le pusieron en el camino. Por supuesto se relata la actitud del rey Fernando —a quien sin embargo Hale considera el primer interesado en el proyecto colombino, adelantándose incluso a Isabel como mecenas del marino— pero fue finalmente la reina la que materializó la ayuda para llevar a término la aventura oceánica. Están incluídos también los eternos villanos, la junta de Salamanca, ese grupo de “hombres viejos con ideas fijas en las Sagradas Escrituras” y sobre todo, el clero español, la barrera más infranqueable y fatal para Colón. Todos ellos contrastan con el carácter del Almirante, hombre de siglo XV, cuyo entusiasmo religioso mezclado con el pragmatismo del descubridor lo hacían “un cruzado en la aventura de los negocios”.⁴⁴ Por ello, el descubrimiento de América es para el autor un triunfo de la fe al mismo tiempo que una conquista hacia el progreso.

En este breve libro —si lo comparamos con la obra de Harrisse—, Hale se lamenta por la vida del famoso navegante y se duele por su “triste historia” y, más aún, por “la cruel historia” del Nuevo Mundo que cayó en manos de mercenarios y conquistadores ambiciosos. Mientras que Colón vivió sus últimos años sin gozar de los premios y honores que merecía, el continente fue infestado por hombres pusilánimes y corruptos.⁴⁵ “Los españoles fueron crueles y licenciosos”, no sólo maltrataron a los indios, quienes, por otro lado se defendieron con violencia para completar su venganza hacia el cruel invasor, sino que se consagraron a conseguir grandes cantidades de riqueza abandonando los fines supremos que la colonización obligaba. “La búsqueda de oro, desde el principio, rompió con todos los planes inteligentes de descubrimiento geográfico y de colonización”.⁴⁶

Para Hale, quien retoma nuevamente viejas concepciones heredadas del pasado, los que le siguieron a Colón “eran sólo aventureros, nada más que eso”.⁴⁷ Se diferenciaban del genovés en que el primero tenía un sólo y loable propósito, así como una voluntad de hierro. “No

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 198 y 199.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 143.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 169.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 212.

descubrió Asia, como pretendía, pero esto se debió a que América estaba en el camino”.⁴⁸ A pesar de haber muerto en el olvido, Hale considera que finalmente la Historia le ha hecho justicia al colocar su nombre en el primer sitio de quien hace avanzar al mundo.⁴⁹ Nada nuevo hay en esta noción —se recordará— pues no se toma en cuenta el hecho histórico en sí, es decir, lo que aconteció el 12 de octubre de 1492, sino lo que a futuro se desprendió de ello. ¿Y qué fue ese obsequio que regaló Colón inconscientemente a la posteridad? El progreso: “este éxito de la Historia que acarreo el coraje (*courage*) de un sólo hombre”.⁵⁰

Pasemos ahora a revisar a otro autor, considerado también por los norteamericanos como uno de los principales historiadores del siglo XIX; nos referimos a John Fiske. La obra que nos ocupa es *The Discovery of America*, que le llevó a su autor treinta años de investigación. Fiske inicia su libro expresando profunda gratitud hacia HARRISSE por el material documental que logró extraer de su relato histórico sobre Colón, mas dice no estar de acuerdo con sus conclusiones, lo que al parecer molestó mucho a su receloso colega quien en respuesta lo atacó durante la celebración del Cuarto Centenario.⁵¹

El historiador no solamente profundiza en la llegada de Caboto y las subsecuentes expediciones inglesas a lo que actualmente es el territorio de los Estados Unidos; aprovecha también para tratar con cierta extensión temas sobre antigüedades americanas, arqueología, la raza piel roja y aun inserta en su contenido temático a los pueblos prehispanicos. Acto seguido, trata sobre los viajes precolombinos, tanto los que son producto de meras especulaciones (la supuesta visita de chinos e irlandeses por ejemplo) como los que tienen ligeramente fundamento de verdad que, en opinión de Fiske, son los relatados por las sagas vikingas y normandas, aunque cree que “cada paso de la hipótesis escandinava es una mera presunción”.⁵² De la historia de Marco Polo da paso a los progresos náuticos de los portugueses; se enfrasca igualmente en unos cuantos capítulos en explicar el desarrollo de la ciencia marítima y su teorización desde los griegos y autoridades antiguas hasta el Renacimiento y, por fin, llega hasta Cristóbal Colón.

Empeñado en la exactitud, Fiske hace que el lector recorra numerosas hojas para enterarse de la fecha y lugar de nacimiento de Colón. Tras aportar diversas explicaciones, concluye que hay profundas dudas

⁴⁸ *Ibid.*, p. 288.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 290.

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ Henry HARRISSE, *Christoph Colomb*, ed. esp., pp. 85 y 86.

⁵² John Fiske, *The Discovery of North America*, p. 386.

sobre la fecha exacta pero que es muy probable que “el descubridor de América (primer adjetivo contundente que explicita a Colón) nació en la ciudad de Génova en 1436, o no mucho después”.⁵³

Su fuente principal es el padre dominico Bartolomé de Las Casas de quien opina es “uno de los caracteres más nobles y uno de los más fieles historiadores de esa o cualquier otra época”.⁵⁴ El autor de la *Historia apologética sumaria* lo introdujo al estudio de la figura de Colón. Tras leer cuidadosamente la descripción de ésta y otras autoridades, Fiske se crea mentalmente un cuadro físico y psico-caracteriológico del Almirante:

Era un hombre de noble y autoritaria presencia, alto y de constitución fuerte; buen mozo de tez blanca y ojos azulgrisáceos llenos de entusiasmo que fácilmente se encendía, mientras su ondulante cabello blanco debe haber sido bastante pintoresco. Sus modales eran corteses y cordiales y su conversación encantadora, así que ganaba rápidamente a los extranjeros, y a los amigos que lo conocían bien inspiraba un fuerte cariño y respeto. Había en él un aire indefinido de autoridad, que cuadraba con un hombre de buen corazón y elevados pensamientos. Tras esa mirada chispeante se vislumbraba un alma poética y grandiosa que había sido tocada por una chispa divina de entusiasmo religioso que hace al verdadero genio.⁵⁵

Este abogado anglosajón dedicado a la historia, criticaba el romanticismo de Irving, pero en mi opinión carece del talento poético y literario del gran escritor neoyorquino. No encontramos descripción más bella sobre Colón que la del famoso autor del *Life of Christopher Columbus*. Realmente puede ser porque Irving llegó a amar profundamente a su personaje, enamoramiento poético que le valió grandes críticas mordaces y mal intencionadas por parte de muchos de sus colegas. Los historiadores de fines del XIX intentaron abordar a Colón desde fuera y de manera demasiado científica, como si se tratara —si se nos permite la comparación— de un espécimen de laboratorio. El libro de Fiske es moderado; no así el que veremos posteriormente, el del furibundo Winsor. Pero casi podríamos establecer un patrón que empieza con Harrisse y que refleja la rigidez con que estos historiadores se aproximan a sus temas, como si la conducta humana fuera siempre predecible, al igual que las leyes de la naturaleza, como si la historia tuviera una

⁵³ *Ibid.*, p. 349. En esto se fundamenta en la fecha dada por Harrisse que es la misma que aporta Washington Irving. Véase también Henry Harrisse, *Christoph Colomb: son origine...*, vol. I, p. 196. Recientemente se ha preferido la fecha 1451.

⁵⁴ John Fiske, *op. cit.*, p. 335.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 352 y 353. La famosa descripción física de Colón puede verse en el libro de Las Casas, *Historia de las Indias*, lib. I, cap. II, p. 29.

relación de causa-efecto. Pero sigamos con el análisis historiográfico anunciado con antelación.

La personalidad de Colón fue muy admirada por este puritano nacido en Connecticut en el año de 1842.⁵⁶ Le interesa su misterioso origen y los oscuros pasajes de su niñez. Tiene la idea de que Colón fue desde muy joven educado en las faenas prácticas del arte de la navegación y que a edad adulta era un experto marino como pocos se podían encontrar en aquel entonces. Además, sus prolongadas aventuras oceánicas le hicieron también un diestro cartógrafo así como un profundo conocedor de mareas, latitudes y otros fenómenos relativos a la práctica de marear. Estas razones de Fiske para explicar la seguridad que mostró el genovés frente a su temerosa y exaltada tripulación, al ver ésta la desviación de la aguja, las hierbas flotantes en altamar y otros fenómenos físicos durante la travesía. Esto refleja también la habilidad de Colón para percibir tierra sólo por el destello de aquella famosa luz que vio la noche antes de llegar a Guanahaní, según nos lo relatan los historiadores y cronistas.⁵⁷

Colón es un personaje de primera importancia; ya no se muestra a los ojos de estos historiadores-científicos como el instrumento de la Providencia. Sus acciones se dan con fundamento en una lógica basada en la amplitud de sus conocimientos y son evaluadas en términos de sus consecuencias útiles para la humanidad. No se destaca en este libro la moralidad ni magnanimidad de sus sentimientos, Colón es un hombre real, un ser humano práctico en manos de un historiador práctico. Pero la contraparte, la antítesis de este personaje, también hizo su acto de presencia. Vuelve a aparecer Martín Alonso Pinzón, figura cada vez más desacreditada en la historiografía estadounidense.

Para Fiske, el andaluz era igualmente visto que por HARRISSE: tramposo, oportunista y desleal. Aprovecha de paso la figura de Pinzón para arremeter contra España, a quien consideraba una nación atrasada, institucional y racialmente inferior. El acto con el que Pinzón quiso arrebatarse la gloria a Colón, según los relatos, es condenada con fuerza por la generación harvardiana de fines del siglo XIX. Particularmente para Fiske, “este fue el primer ejemplo de traición que tan frecuentemente ha marcado la historia de la exploración y conquista española en el Nuevo Mundo”.⁵⁸ Ningún aspecto de la cultura hispánica cuadraba a

⁵⁶ Sobre la biografía de este historiador estadounidense véase Harvey Wish, *The American Historian. A Social Intellectual History of the Writing of the American Past*, Nueva York-Londres, Oxford University Press, 1960, pp. 110-113.

⁵⁷ John Fiske, *op. cit.*, p. 431.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 436.

este defensor del evolucionismo, que anteponía siempre el ejemplo de la raza, la virilidad y la superioridad anglosajonas respecto a los pueblos latinos. Recordemos tan sólo uno de sus argumentos: “Siempre que, en cualquiera de las regiones abiertas a la colonización, esta raza [la anglosajona] ha entrado en competencia con otras razas europeas, las ha o derrotado o absorbido, siempre probando su superior capacidad”.⁵⁹

Con estas perspectivas, esta formación y esta metodología, John Fiske tuvo que contender también con el acto que realizó Colón y con las consecuencias posteriores de dicha operación. El genovés fue un hombre que a lo largo de su juventud y tras lecturas y estudios minuciosos concibió paulatinamente un esquema: navegar hacia el oeste a las Indias. En esto no radica naturalmente su originalidad (pues como ya vimos ampliamente, estos historiadores sostienen la existencia de todo el vademécum antiguo que utilizó el navegante), “sino en haber concebido esto de una manera tan particular y práctica que lo hizo estar listo para realizar la aventura en su propia persona”.⁶⁰ Según el profesor de Harvard, todo lo que pensaba Colón era factible y perfectamente coherente, pues así lo apuntaban las conclusiones de la ciencia de su tiempo, la cual había heredado el cúmulo de los conocimientos de los siglos anteriores. Por lo mismo, “las ideas estaban en el aire”; Colón no las originó, sino que las encarnó en hechos y les infundió vida a estos.⁶¹ Como Irving, Fiske también concede al genovés el don de la profecía. Él veía con los ojos de la mente lo que otros no podían mirar y, al igual que HARRISSE, entiende que los errores de Colón lo llevaron a descubrir el Nuevo Mundo. De no haber sido por estas cosas curiosas e incomprensibles en la historia, “Colón seguramente no habría concebido este gran esquema y el descubrimiento de América probablemente *habría esperado a ser realizado por accidente*”.⁶²

Fiske critica a su colega W. Anderson, quien en su libro *America not discovered by Columbus* acusaba a Colón por deshonesto y poco franco al ocultar de dónde y cómo había obtenido su preciosa información sobre las tierras que él pretendía descubrir. Como es lógico esta aberrante explicación fue debatida por Fiske, quien todavía se tomó la molestia de informar a mister Anderson que si Colón nada dijo fue porque nada conocía. ¿Qué es lo que en opinión de Anderson tenía que conocer y que celosamente guardaba Colón para sí? Aparece aquí nuevamente la

⁵⁹ Harvey Wish, *op. cit.*, p. 113.

⁶⁰ John Fiske, *op. cit.*, pp. 367 y 368.

⁶¹ *Ibid.*, p. 372.

⁶² Las cursivas son mías, *ibid.*, p. 381.

clave que radica en el deseo de amoldar, aunque sea a contrapelo, una explicación satisfactoria para responder a un fin último preestablecido.

Según inventó Anderson, antes de partir en su primer viaje, el genovés seguramente conoció el mapa de Vinland como resultado de sus visitas y la de su hermano Bartolomé a la corte de Inglaterra, este documento antiquísimo mostraba costas desconocidas al occidente; pero nada dijo Colón sobre su hallazgo y prefirió esconderlo con el fin consciente y premeditado de darle la potestad de esas tierras —que él sabía con certeza que alcanzaría— a España, y no a Inglaterra como merecidamente —en su absurda opinión— debía ser. Hasta aquí vale la pena cansar al lector con este libro que no mereció ser tomado siquiera en cuenta para ocupar un lugar en las bibliotecas estadounidenses.⁶³

Para hacer la apología de Colón, Fiske acepta por completo que el marino nunca profesó haber descubierto América; en cambio, “murió en la creencia de que lo que había hecho era haber alcanzado las costas del este de Asia por una ruta más corta que la lograda por los portugueses”.⁶⁴ Al disculpar a Colón, logra avanzar en la explicación histórica del problema respecto a lo que anteriormente habíamos visto en la tradición historiográfica colombina norteamericana. Para él es un error afirmar que Colón llegó al Nuevo Mundo o a América, pues en realidad él creyó firmemente que había llegado al Este y murió con la conciencia de haber realizado ese hallazgo. Para este historiador, por lo tanto, es imperativo considerar como punto neurálgico del problema al objetivo de Colón, es decir, llegar a las Indias.

“Ahora sabemos que Colón realmente descubrió un Mundo Nuevo” —dice Fiske al verlo desde la perspectiva de su propio tiempo—, “pero en verdad él salió rumbo a Cipango el 6 de septiembre de 1492⁶⁵ y cuando bojeó la isla de Cuba en el segundo viaje, se encontraba en los confines de Asia, rodeando el Quersoneso Áureo. Esta idea ya había sido tímidamente esbozada por Irving, aunque jamás este extraordinario poeta dio el gran salto a la explicación real o histórica del problema. En esa contradicción es donde ataca Fiske al neoyorkino, pues a pesar de haber aceptado el objetivo asiático, aún así convirtió a Colón en el descubridor de América. Sobre todo se declara en

⁶³ Seguramente una búsqueda exhaustiva en las bibliotecas de los Estados Unidos haría sacar a la luz el libro de Anderson, que no pude encontrar en las principales universidades, lo que me impidió dar al lector los datos de edición y fecha correspondientes. Sólo citamos lo que el propio Fiske dice respecto a su polémica, en *ibid.*, p. 390.

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ Se recordará que salió del puerto de Palos el 3 de agosto de 1492. Luego de una detención en las islas Canarias, del 10 de agosto al 6 de septiembre, la flota reanuda el viaje, *ibid.*, pp. 318 y 424.

total desacuerdo con la aseveración de Irving de que la población de Palos recibió al extraordinario marino con muestras de regocijo “cuando volvió triunfante del descubrimiento de un mundo”,⁶⁶ cuando en realidad esa gente no sospechaba siquiera la magnitud del hemisferio que físicamente se encontraba al otro lado del Atlántico. La causa de estas equivocaciones eran debidas, según Fiske, a la proyección de los conocimientos actuales sobre el pasado.

Cristóbal Colón fue una víctima a quien la historia parece haberle jugado una mala pasada. “¡Pobre Colón —exclama su crítico estadounidense— príncipe inconsciente de descubridores!... ¿Puede haber acaso algo más patético, o que mejor ilustre la profunda ironía con la que el universo parece gobernarse?”.⁶⁷ Una vez más podemos apreciar que ya no es la Providencia, sino las leyes de la naturaleza las que parecen marcar los derroteros de la historia. Sin embargo, vemos también que aun así queda reducida a un segundo plano la voluntad del hombre para labrar su propio destino, y la de todos los hombres, para fijar los derroteros de la historia de la humanidad. Fiske rechazó la participación divina como motora de la historia; pero el determinismo spenceriano que él manejó no dejaba tampoco lugar a la probabilidad, al azar, marcado por la impredecible conducta humana.

Fiske acepta el objetivo asiático de Colón, por eso no lo considera el descubridor de América. Las tierras que él visitó eran las Indias; no fue hasta tiempo después de su muerte y una vez que se atravesó el Océano Pacífico cuando se distinguieron estas regiones de las Indias Orientales. El Nuevo Mundo, opina,

no fue al principio una apelación comprensible para los países descubiertos por Colón, fue aplicado a una región particular nunca visitada por él, verbigracia, a la porción costera de la parte sureste del continente que fue por primera vez explorada por Vesputio.⁶⁸

Sin duda, el acontecimiento histórico de 1492 le parece a Fiske un hecho sobresaliente y extraordinario aunque su grandeza estaba por encima del alcance de esa generación que fue testigo del retorno de las naves españolas. La razón es que, aunque entonces no se supiera, en 1492 empezó el contacto entre las dos mitades del globo, y los dos torrentes de vitalidad humana que anteriormente habían fluido de manera independiente ahora se mezclarían para siempre. Es curioso que

⁶⁶ *Ibid.*, p. 318.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 434.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 444.

este defensor de la superioridad racial anglosajona hable de contacto y no de “superposición” cultural por parte de Occidente, sobre todo en la Unión Americana, donde ni el mestizaje ni el sincretismo tuvieron cabida. El primer viaje de Colón abrió, pues, las perspectivas más amplias para lograr rápidamente el completo conocimiento del planeta. No había ya otro mundo para descubrir. En suma este hecho “es un evento único en la historia de la humanidad, nada parecido se había hecho antes y nada como eso podría repetirse de nuevo”.⁶⁹

Fiske plantea su propia hipótesis sobre lo que él considera que es el significado del Descubrimiento, y lo hace tomando como punto de partida las ideas más importantes que imperaban en su tiempo. Su explicación crítica sobre el hecho histórico de 1492 tiene mucho parecido con las teorías del evolucionismo darwiniano. “El descubrimiento de América fue un proceso gradual... Cristóbal Colón inició la cadena pero no vivió lo suficiente para completar el descubrimiento”.⁷⁰

Cuando hablamos de que América fue descubierta en 1492, no queremos decir que en el momento en que Colón desembarcó en dos o tres islas de las Indias Occidentales, un despliegue completo del hemisferio occidental desde Labrador y Alaska hasta el Cabo de Hornos repentinamente saltó a la existencia en las mentes de los europeos.⁷¹

Para Fiske, llamarle a este acontecimiento el “descubrimiento de América” es adecuado y preciso, aun cuando se considera el objetivo asiático de Colón, mas no es un hecho aislado y estático y además está condicionado por la época de la que Colón, ese gran marino italiano, era uno de los mayores representantes. Antes que nada “fue un caso de evolución”, y aún mejor, “el viaje de 1492 fue simplemente el incidente más decisivo y trascendente para la gestación de una época en esa evolución”.⁷² Es esta la hipótesis central del norteamericano. Fiske nos transmite la idea de que el Descubrimiento no “pasó” el 12 de octubre de 1492 ni se conceptuó de un día para otro, sino que “el hemisferio occidental fue conocido lenta y gradualmente con el nombre de América”.⁷³ A diferencia de HARRISSE, piensa que Colón no es *el* descubridor, sino *uno* de los descubridores —el primero para ser exactos—

⁶⁹ *Ibid.*, p. 446.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 447. En esto concordaba años más tarde el historiador mexicano Carlos Pereyra, cuando afirmaba que el Descubrimiento no se hizo en un día, sino en años, y no por un solo hombre, sino por muchos (*op. cit.*, p. 119).

⁷¹ John Fiske, *op. cit.*, p. 447.

⁷² *Ibid.*, p. 448.

⁷³ *Ibid.*, p. XIII.

y que su mérito no descansa en nombrarle con este apelativo, sino en haber abierto la ruta oceánica hacia el oeste por vez primera. Concluye que “para indagar que las tierras a las que llegó Colón eran distintas al Viejo Mundo se requirió del trabajo de muchos descubridores, compañeros y sucesores de Colón”.⁷⁴

Fiske logró desembarazarse de todos los *a priori* idealistas que habían servido para fincar las hipótesis de todos los historiadores de la generación anterior. Él prefirió considerar a Colón como un hombre concreto, cuya hazaña es aplaudible y digna de estudio (no en balde le llevó 30 años acercarse a ella), pero no se le puede pedir más de lo que dio. Así le da Fiske sentido al hecho histórico: y como buen positivista ve el suceso de manera sincrónica o considerada temporalmente a largo plazo. El nuevo planteamiento propuesto por él consistía en comprender el fenómeno desde la perspectiva evolucionista; como un fenómeno lento y condicionado por ciertas circunstancias sociales. Esto ha sido hoy superado y se han buscado otros conceptos para explicar el sentido de la historia; pero creemos que de este último grupo, la fórmula filosófica más aceptable es la de Fiske, no porque compartamos hoy en día sus supuestos, sino porque sus conclusiones son fieles y sinceros reflejos de los ideales de este historiador, que transmiten, a la vez, la ideología dominante de esa época.

Como pudimos apreciar, no todos los eruditos estadounidenses se encontraban unidos ante la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América. Para algunos, ya bien lo expresaba HARRISSE, festejar el Descubrimiento era un acto “justo y bello”;⁷⁵ mientras que otro grupo consideraba que los Estados Unidos nada tenían que ver con un acto que favorecía sólo a terceros, es decir a naciones como España o Italia. Este es el caso de Justin Winsor, miembro de la Massachusetts Historical Society, director de la Biblioteca de Harvard y autor de dos libros sobre el descubrimiento: *Narrative and Critical History of America* (1889) y *Christopher Columbus* (1892).⁷⁶

Para Winsor, atacar la hazaña colombina era una tarea justa y lo hizo con violencia, pues con ello quería presentar un necesario frente de combate académico contra las propuestas para canonizar a Colón,

⁷⁴ *Ibid.*, p. 515.

⁷⁵ Henry HARRISSE, *Christoph Colomb*, ed. esp., p. 24.

⁷⁶ Del resto del grupo sólo mencionaremos algunos ejemplos: Marie Brown, *Icelandic Discoverers of America*, 1888; Arthur Helps, *The Life of Christopher Columbus*, Nueva York-Londres, E. P. Dutton, J. M. Dent, 1925; este autor era inglés, nacido en 1813 y muerto en 1873; A. P. Dunlop, *The Real Character of Christopher Columbus*, 1892; Aaron Goodrich, *A History of the Character and Achievements of the So-Called Christopher Columbus*, Nueva York, D. A. Appleton & Co., 1874; Clements R. Markham, *op. cit.*

que se originaron en el Vaticano y fueron apoyadas por españoles y, sobre todo, por franceses. Este proceso empezó a formularse en el mundo católico alrededor de 1851, al ser apoyado por el Papa Pío IX, y reforzado por León XIII en 1892 con motivo de la conmemoración de la llegada de Colón a América, que equivalía, según la Santa Sede, al arribo de la verdadera y única religión a estos confines de la Tierra. La sugerencia latina se fundamentaba, según explica Winsor, en el nombre de Colón, “Christus Ferens” o “Christophorus” que es el santo que lleva a Cristo a cuestras, “Colombo” (se recordará a Cotton Mather que lo menciona) es la paloma que lleva el olivo al arca de Noé, o la paloma mensajera que en este caso trajo el cristianismo a estas partes del mundo. Para este bostoniano, todas esas son tonterías y más que nada subterfugios de los que se valen las naciones latinas para darse importancia en 1892, y para destacarse por encima de los países nórdicos.⁷⁷

Winsor revisó todas las autoridades sobre Colón y una buena porción de su libro está dedicada a la relación de estos documentos: papeles originales, cartas, fuentes hispánicas, italianas; biógrafos: Robertson, Irving, Prescott y, sobre todo, Harrisse, a quien Winsor debe los datos de casi la totalidad de su investigación y sobre quien prodiga los más grandes elogios. Al estudiar a Colón, Winsor se propuso transmitir al público norteamericano la idea de que el marino no era una persona cabal e íntegra como lo hacían parecer las opiniones foráneas, sino un ser humano lleno de defectos y flaquezas. A los académicos del extranjero les presentó un Colón totalmente negro, lo contrario a un santo se puede decir, naturalmente con el objetivo de desacreditarlo.

El primer muro a derribar era la obra de Washington Irving, quien había forjado una imagen muy favorable del genovés. Para Winsor, el personaje sin tacha creado por el romántico historiador y poeta no era más que una falsa representación de la realidad, no era un Colón genuino. Pintarlo como héroe era culpa de Irving, “producto de la debilidad de su flácido carácter hechizado por su gracioso estilo”.⁷⁸ La obra del neoyorquino embelesa al lector ordinario que busca en la interpretación satisfacer un pasatiempo; pero al estudioso de la historia no le satisface pues tiene un “instinto melodramático barato”. Así se empeñaron los escritores de la corriente pragmática en derrumbar el idealismo forjado por el romanticismo, pues esta corriente, como apunta el holandés Johan Huizinga, “es para la sensibilidad del hom-

⁷⁷ Dice concordar con la profesora Brown de que todo esto es un plan del Papa y de la Iglesia Católica para negar las empresas de normandos o vikingos anteriores a Colón, en *Narrative and Critical History of America*, p. 96.

⁷⁸ Justin Winsor, *Christopher Columbus*, p. 56.

bre de Norteamérica simplemente debilidad y pecado”, ya que es el retorno a lo metafísico que entraña necesariamente para él una actitud antihistórica. Lo cierto es —agrega este historiador— que el norteamericano “vive para el resto, el aquí y el ahora”.⁷⁹

Para Winsor, Colón debió haber sido físicamente un hombre de estatura impresionante, de elevado y austero comportamiento, de pómulos saltados, nariz aguileña, ojos gris claro, complexión mediana y la cara rojiza cubierta de pecas, su cabello gris y su ropa muy parecida al sayal utilizado por los franciscanos.⁸⁰ Este es el Colón fabricado por la imaginación del autor, que se ve reforzado por las descripciones que de él hacen Las Casas, Oviedo y don Fernando. En cuanto a otros asuntos, cree que no hay duda alguna de que era el genovés pues él mismo lo dijo y lo declaró en su testamento y la verdad, para estos investigadores, descansa únicamente en la autoridad que se desprende de los documentos, pero también es lógico —en opinión de Winsor— que tenía que ser italiano pues éstos eran en general los mejores marinos de la época.⁸¹

Por lo que se refiere a su carácter, Winsor no lo exime de ninguna de sus faltas, ni de las más humanas, y lo que es más, se convierte en su máximo censor y juez más implacable. Debemos recordar que el objetivo era ese precisamente, mostrar que en realidad nada tenía Colón de santo y que lo más errado era proponerlo como tal. Critica duramente a Prescott por haber afirmado que Colón no tenía mancha en su carácter moral cuando, en opinión de Winsor, saltan a la vista faltas muy graves en detrimento de la sociedad a través de las instituciones que propuso: esclavitud, comercio, repartimiento y en el ámbito de la moral (para esto saca a colación las relaciones íntimas del marino con Beatriz Enríquez de Arana, madre de Fernando su hijo ilegítimo).⁸²

La primera “maldad” cometida por Colón fue haber dicho que había visto la luz en el horizonte (se recordará la ya varias veces mencionada anécdota) para quitarle la recompensa prometida por los Reyes Católicos al pobre marino que había divisado tierra poco después. Con este acto, Colón demostró una rivalidad desconsiderada “y con un descaro poco generoso y poco acorde a un comandante, se embolsó la recompensa que pertenecía a otro”.⁸³

⁷⁹ Johann Huizinga, *El concepto de la historia*, México, FCE, 1946, pp. 424 y 425.

⁸⁰ Justin Winsor, *Christopher Columbus*, p. 61. Los últimos años de su vida, Colón vistió el hábito de la orden terciaria. Nuevamente remitimos al lector a las explicaciones que sobre esto dan John L. Phelan, *op. cit.*, pp. 33-38 y Alan Milhou, *op. cit.*, pp. 90-96.

⁸¹ Justin Winsor, *Christopher Columbus*, pp. 77 y 104.

⁸² *Ibid.*, p. 501.

⁸³ Eran 10 000 maravedíes, en *ibid.*, p. 209, Kirkpatrick Sale piensa que equivale a 1400 dólares de los actuales.

Esta es sólo la primera embestida crítica contra Colón, pero el voluminoso libro del historiador está repleto de ellas, las cuales, además, carecen del apoyo de un aparato crítico sólido que al menos podemos encontrar en Harrisse o en Fiske. En suma, más que un acercamiento crítico e histórico serio y académico, el libro de Winsor es un regaño furibundo contra Colón y su hazaña que se hace extensivo a los estadounidenses por incorporar a esta figura tan ajena a su historia nacional y por tirar la casa por la ventana con motivo de la celebración de un hecho que no se identifica con su pasado.

Como dijimos, no hay afán ni intención alguna por comprender lo que sucedió el 12 de octubre de 1492. Por ejemplo, el objetivo asiático se pierde de vista, poco importa ya tomarlo siquiera como eje de reflexión filosófica. Para Winsor “el principal objetivo de Colón fue encontrar oro”,⁸⁴ según lo interpreta tras haber leído con otros ojos a Pedro Mártir y sobre todo al padre Las Casas. Se pone énfasis en los viejos estereotipos y añejas condenas contra España, sus hombres y sus acciones. El oro —repite Winsor haciéndose eco de las acusaciones de la época isabelina y cromwelliana— “fue el Dios de los cristianos”, pero la avaricia individual de Colón por el áureo metal “fue inexorable”.⁸⁵ Esta falta, claro, no puede achacarse sólo a Colón, pues es una característica distintiva —opina el bostoniano— de la avaricia española.

Winsor da nueva y vigorosa vigencia a la leyenda negra antihispánica; pero en su obra, a diferencia de las anteriores, ni siquiera Colón se salva, antes bien “este indigente genovés investido con el vicerreinado de un Nuevo Mundo fue más aventurero que nadie... No tenía un espíritu noble y generoso propio de un hombre que ama a sus semejantes y a Dios de forma conjunta”.⁸⁶ Fue un vulgar especulador que sobrepasó a sus compañeros (se refiere a todos los que tuvieron que ver con el descubrimiento, con la conquista y la evangelización del Nuevo Mundo) en cuanto a su ambición y a sus audaces visiones y expectativas doradas. Este impugnador estadounidense afirma que fue Colón quien arruinó a los paganos de las Indias y fue “el primer tratante de esclavos del Nuevo Mundo”.⁸⁷ El genovés no merece otro apelativo que el de

⁸⁴ *Ibid.*, p. 223. La historiografía norteamericana en el siglo XX ha vuelto a discutir sobre la búsqueda de riqueza como único aliciente de Colón. Nosotros nos apegamos con las opiniones moderadas que tratan de comprender que sin dicho afán, común a todos los hombres de la época, muy probablemente no se hubieran lanzado esos exploradores y aventureros a la peligrosa travesía oceánica.

⁸⁵ *Ibid.*, pp. 282 y 315.

⁸⁶ *Ibid.*, pp. 265 y 282.

⁸⁷ *Ibid.*

degradador de los habitantes de este hemisferio, por que no mostró piedad, sino que se comportó cruel e injustamente hacia ellos. No podían faltarle las cifras estadísticas ni los número estimados por Las Casas y con fundamento en ellas calcula que la política de Colón aniquiló a dos terceras partes de los nativos de La Española en dos años.⁸⁸

Como dijimos, este irritado adversario de Colón lo fue también de todo lo ibérico. Los Reyes Católicos fueron lo más pérfido y mentiroso que se puede encontrar en los ejemplos históricos y concuerda con Arthur Helps, otro rabioso antihispanista, que aún Isabel fue malvada (*evil*) e intolerante pues no pudo separar las cuestiones personales de los asuntos religiosos, mientras que el rey Fernando es considerado también como una figura muy negativa por su política maquiavélica.⁸⁹

En cuanto a la religión católica se refiere, la cual era una característica dominante de este reino en expansión al igual que un distintivo del ideal caballeresco tan exaltado por los románticos, Winsor no puede más que hablar a partir de la mentalidad protestante que lo conforma íntimamente, y opina que el catolicismo fue el patrocinador de todos los crímenes que se cometieron a raíz del Descubrimiento.⁹⁰ Relata todos los horrores, la crueldad y el magnicidio utilizando para ello al dominico Las Casas. Las cacerías de indios perseguidos por fieros mastines, arcabuces dispuestos por las manos españolas para perpetrar la masacre de los nativos, el vil sistema de encomienda que es —en su opinión— “la culpa más monstruosa legalizada por España”, el fatigador trabajo en las minas para satisfacer la pasión aurífera de los asesinos, en fin, todo esto fue ocasionado por la llegada del “explotador del Nuevo Mundo”. El Descubrimiento fue una mancha al dejarse en América un legado de devastación y crimen.⁹¹

No termina Winsor con esto la arremetida crítica contra su blanco principal. Maliciosamente aporta información que compromete la integridad mental del Almirante (*insanity*), y desconocemos igualmente de dónde extrajo el dato en el que se recalca que si alguien osaba decirle a Colón que aquellas tierras encontradas en sus viajes no eran Asia, éste multaba al atrevido con una fuerte suma; mas si fuere un marino insistente, recibiría por orden del maestro principal 100 azotes y se le sacaría la lengua.⁹² Su persistente opinión de que había visto hermosas sirenas

⁸⁸ *Ibid.*, p. 506. Winsor va más lejos, no permite que se le escape detalle alguno. Colón no fue solamente un asesino, sino un secuestrador pues se llevó a los inofensivos indios contra su voluntad a España.

⁸⁹ *Ibid.*, pp. 160 y 161.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 311.

⁹¹ *Ibid.*, p. 512.

⁹² *Ibid.*, p. 297.

fue considerada por Winsor como antesala de la locura. Después del cuarto viaje es claro para este biógrafo que el marino cansado y desilusionado ya no estaba en sus cabales y, a su juicio, este hombre lastimoso enfrentó la muerte ruin que merecía.⁹³

Cristóbal Colón llega a fines del siglo XIX muy mal parado y con su imagen mermada. Si antes había sido el ejemplo de moralidad, humanidad y desinterés ahora se le describía exactamente como lo contrario, como la antítesis de los valores que los protestantes han aclamado como los más elevados y excelsos. Para Winsor, resulta ser que Colón no era un hombre sobrio; era ambicioso, celoso, orgulloso, cruel y mal intencionado.⁹⁴

Winsor reincide en la vieja equivocación de hacer a Colón el descubridor de América por el simple hecho de haber pisado estas tierras antes que otro europeo. Incluso le concede el mérito de haber inspirado el viaje de Juan Caboto de 1497, pero también este marino contratado por Inglaterra creyó haber llegado a Asia, y aún así para Winsor es él el descubridor de Norteamérica. Lo que parece sorprenderle a este autor bostoniano es la falta de inteligencia de Colón por haber permanecido ciego a su hallazgo; “no tuvo concepción de la verdad física —observa Winsor— y esta aberración fue la causa patente que lo alejó de la oportunidad de poner su propio nombre en la meta de sus ambiciones”.⁹⁵ Los *a priori* no nos sorprenden pues los hemos identificado constantemente en esta revisión historiográfica, pero nunca antes habíamos visto que se le reprochara a Colón el haber ignorado que esas regiones distaban mucho de ser Asia. Esto es lo que más se le echa en cara a Colón con ausencia absoluta de sentido histórico por parte de Winsor. “Ningún otro personaje en la historia —asegura— ha sacado tan poco de sus oportunidades”.⁹⁶ Se considera, en suma, que Colón fue un inepto porque no hizo lo que Winsor hubiera hecho en su lugar.

El autor asevera que Colón encontró un mundo, aunque inadvertidamente; es decir, sin tener conciencia de él, y eso lo convierte en “el verdadero descubridor”, conclusión que no regocija al estadounidense. Para nosotros es la repetición del viejo error de considerar la realidad histórica presente como ya dada de antemano; América existía en el siglo XIX pero no en el XV; y es también negar la participación humana con plena responsabilidad y atención en el discurrir de la historia.

⁹³ *Ibid.*, pp. 437 y 512.

⁹⁴ *Ibid.*, pp. 297 y 316.

⁹⁵ *Ibid.*, p. 358.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 512.

Al no enterarse de la magnitud de su hallazgo, Colón perdió la oportunidad de convertirse, según los esquemas de Winsor, en un hombre de trascendencia histórica. Américo Vespucio que tenía —así lo apreciaba el norteamericano— “instintos más claros”, hurtó con su original intuición del “*Mundus Novus*” el legítimo nombre con el que se debió haber bautizado el continente⁹⁷ con ello “robó al gran descubridor [Colón] la necesidad de otorgar su nombre al nuevo continente, el cual había descubierto de manera justa al igual que inconsciente”.⁹⁸ Estamos en presencia de otro problema, y es que no sólo se equivocó Winsor al interpretar la personalidad de Colón, sino que lo mismo hizo con Vespucio, quien jamás supuso que su nombre quedaría para siempre plasmado en aquel hemisferio y que con ello arruinaría las expectativas de Colón.

El genovés y el florentino son para Winsor personalidades encontradas. La mente tradicionalista del Almirante de la Mar Oceánica molesta al estadounidense, mientras que considera al Piloto Mayor un hombre más “moderno”. La supersticiosa formación y desbordada imaginación de Colón contrastaba agudamente con la “mente estable” de Amerigo. Fueron las fantasías geográficas del primero, como el querer situar terrenalmente el Paraíso, buscar las amazonas u otras quimeras lo que hace que Winsor lo condene sin hacer mayores esfuerzos por comprenderlo como hombre de su tiempo.

Winsor cree que los vikingos llegaron antes que Colón a Norteamérica, según lo prueba el mapa Vinland, aunque esto sea todavía mera hipótesis. Según la explicación que hemos visto expuesta en este libro, el que esos grupos nórdicos hayan tocado tierra continental antes que cualquier otra persona los haría los descubridores, pero curiosamente no es así. Dice Winsor que Vinland es un suceso importante en la historia de las expediciones marítimas precolombinas, pero la noticia del supuesto hallazgo no trascendió ni se consideró a nivel general de la población, mientras que lo hecho por Colón sí tuvo difusión y la noticia del éxito de su empresa ocasionó nuevos preparativos así como ulteriores viajes de gran envergadura para el avance del conocimiento humano. Las Indias Occidentales ya no serían olvidadas, aunque su descubridor “se enterraría a sí mismo en un mundo de conjeturas”.⁹⁹

⁹⁷ *Ibid.*, p. 358. Dos son las cartas más importantes de Américo Vespucio, *Mundus Novus* (1503) y la *Lettera* (1504). Estas y otras pueden ser consultadas en el libro de Roberto Levelier, *Américo Vespucio. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*, Buenos Aires, Nova, 1951.

⁹⁸ Justin Winsor, *Christopher Columbus*, p. 412.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 499.

Es muy claro que el Cristóbal Colón que nos presenta Winsor en su obra es distinto al que nos han expuesto otros autores anteriormente. Aquí está ante nosotros un Colón poco docto de la geografía e ignorante de la ciencia náutica de su tiempo; podríamos suponer que este bostoniano quiere considerarlo un “mal marino”. También recalca que el genovés no fue original en sus ideas y cualquier hombre de su época tenía seguramente el mismo cúmulo de creencias. No le confiere gran valor como científico ni como compilador del saber anterior a él. Le reprocha no haber conocido bien las corrientes marítimas, ni las distancias y haberse equivocado al considerar que allí estaba Asia. En vez de ser un desinteresado promotor de la ciencia y de la geografía “probó ser un rabioso buscador de oro y de un virreinato”. Su razón “perdía rápidamente el equilibrio y su discernimiento estaba entenebrecido con visiones ilusorias”.¹⁰⁰ El colmo para Winsor es que Colón haya creído ser un elegido de la Providencia, afirma con ironía que de haberlo sido Dios no lo hubiera engañado con la creencia de que había llegado a la India sino que le habría revelado de inmediato que aquello era —una vez más viene el *a priori*— América. La seguridad de Colón de que era un seleccionado por la divinidad es prueba de sus alucinaciones, fue su mayor colapso mental —dice el autor— pero de paso con ello quería impresionar a los soberanos. El héroe de Irving era —según lo prueba Winsor— un mentiroso o un loco.¹⁰¹

Como marino, Colón está desacreditado, lo mismo desde el punto de vista moral o ético. Faltaba calificarlo también como líder político y organizador, donde menos que en ningún otro campo Winsor le encuentra méritos. Sigue una nueva enumeración de supuestos errores: haber dejado a los marinos en el fuerte de Navidad tras el naufragio de la Santa María, haber puesto a su hermano Bartolomé a cargo del gobierno de Hispaniola, haber sido cruel e injusto con los indios y mal conocedor de la psicología humana, lo que le granjeó muchos enemigos y rencillas internas en la corte. Fue un mercenario apasionado y ambicioso por obtener riqueza sin importar el costo. Su falta de generosidad se equiparaba a su desmedido afán por adquirir poder y posesiones territoriales.¹⁰² Solicitó demasiado a la Corona, más de lo que un hombre humilde y desinteresado hubiera demandado. “Su mayor degradación empezó —dice Winsor— cuando degeneraron los nobles propósitos al

¹⁰⁰ *Ibid.*, pp. 432, 433 y 437.

¹⁰¹ *Ibid.*, pp. 454 y 455.

¹⁰² *Ibid.*, p. 510.

nivel de las reclamaciones mercenarias”.¹⁰³ Winsor no encuentra finalmente nada positivo en la figura del genovés.

No fue inteligente, ni genial, tampoco fue un creador de ideas ni promotor de la civilización, no fue, en suma, un hombre excepcional porque: “El hombre realmente grande es superior a su época y anticipa el futuro; no como una súbita aparición, sino como la personificación de un largo crecimiento de ideas de las cuales él es el heredero y el ejemplar más capacitado”.¹⁰⁴

Podemos ahora preguntarnos ¿a qué responde este ataque desalmado, donde los ojos del historiador norteamericano no pudieron mirar con objetividad ni encontrar absolutamente nada rescatable de la hazaña colombina? El desprecio a Colón por parte de este estadounidense no es más que la punta del iceberg que aflora a la superficie, pero que oculta una estructura gigantesca cubierta por las aguas.

El odio a Colón trasluce el odio al mundo latino, en particular, al español. El siglo XIX fue difícil y doloroso tanto para España como para Hispanoamérica, sobre todo si se toma en cuenta lo conflictivo de las relaciones diplomáticas con los Estados Unidos de América. No es casualidad que esto se proyectara en la manera como la generación de historiadores de fines del siglo trató o consideró los temas hispánicos. Los Estados Unidos se encontraban en camino de convertirse en uno de los países más industrializados y poderosos del mundo, fenómeno que fue cada vez más acelerado después de la Guerra Civil (1861-1865). Fue el final de la centuria decimonona el que observó también la mayor expansión territorial norteamericana sustentada por la Doctrina Monroe (1823) y el Destino Manifiesto, a costa de las naciones latinoamericanas, jóvenes repúblicas débiles e inexpertas políticamente.

La Península había experimentado en ese siglo la invasión napoleónica, la pérdida de sus colonias americanas, luchas internas para definir la entrada a la modernidad económica, política y social. Por otro lado, la década de 1890 refleja el conflicto hispano estadounidense por Cuba, última colonia española que quedaba en América. Ni qué decir de Hispanoamérica, que recién lograda su independencia se debatía entre las fórmulas gubernamentales posibles: monarquía, república, centralismo, federalismo, unión y en la consiguiente búsqueda de la formación de su identidad nacional, a la par que hacía frente a la agresión de las potencias extranjeras que trataban de violar su soberanía.

La manera de apreciar el mundo hispánico —repetimos— no era positiva por parte de los historiadores norteamericanos, sino condena-

¹⁰³ *Ibid.*, p. 511.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 500.

toria y abiertamente ofensiva. El acercamiento era difícil al estar condicionados por los prejuicios (de ambas partes) y el resentimiento. Aun el diálogo académico no pudo desembarazarse de estos mitos.

Sin duda Winsor estaba atrapado en ese espeso bosque de las monomanías históricas, por eso no encontró elementos nacionalistas o patrioterros para ensalzar al genovés; en los Estados Unidos no se hablaba español, no se profesaba la religión católica de manera mayoritaria, ni tampoco Colón había llegado a esas zonas septentrionales, elementos que el mundo hispánico debe y tiene que tomar en cuenta, no así los estadounidenses. Quizá Winsor no estaba tan falto de razón al rechazar el homenaje nacional planeado. Muchos colegas, y sobre todo el gobierno norteamericano, parecían aprovechar la memoria de este hecho histórico para encauzarla hacia fines muy particulares. La historia oficial se valía de esa fecha memorable para celebrar con fastuosidad el glorioso éxito de la república estadounidense. No faltaron los textos escolares donde se consideraba a Colón y el Descubrimiento como el primer paso que presagiaba la futura grandeza y el expreso destino imperial de la América anglosajona.¹⁰⁵

Cuando se afirmaba en los discursos que Colón había descubierto América, los norteamericanos tenían la tendencia a apropiarse del personaje para integrarlo a su historia nacional “americana” o lo que consideraban lo mismo, “estadounidense”. Esto es lo que trata de aclarar Winsor, que Colón no es parte de la historia de los Estados Unidos, posición muy respetable por las razones que ya dimos; mas lo que no es admisible es utilizar toda la batería crítica, veraz y falsa, a la mano. Tampoco es lícito torcer indiscriminadamente el sentido de los documentos para demostrar una idea preconcebida y para derribar los mitos que él pensaba que cegaban a sus contemporáneos y compatriotas. Eso se aleja de las metas de un historiador serio y comprometido a interpretar los documentos de manera ética y en la medida de lo posible, objetiva.

Hemos revisado a cuatro representantes de Harvard de fines del siglo pasado que ejemplifican diferentes modos de considerar el descubrimiento de América. Con toda seguridad no conseguimos abarcar la totalidad de autores que escribieron sobre el tema con motivo de la cuarta conmemoración, muchos desafortunadamente se quedaron en el fichero. No obstante, mi intención no era absoluta. El interés era revisar cuatro tendencias distintas para dar una idea de las opiniones que se manifestaron el siglo pasado y que fueron recogidas por los autores que en el siglo XX continuarán con el estudio del tema colombino.

¹⁰⁵ Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombina del Descubrimiento desde México*, p. 113.

VI. LA CONCIENCIA HISTÓRICA COLOMBINA CONTEMPORÁNEA

1. *Las tesis de Henry Vignaud (1902) y Roger Merriman (1918)*

Revaloración de las fuentes, revisionismo, eclecticismo, tradicionalismo, desmitificación de la figura colombina y hasta neoprovencionalismo, son características de la historiografía colombina estadounidense en el siglo XX.

El siglo XIX aportó el legado positivista de interpretación crítica y “objetiva” del material. El descubrimiento de América fue estudiado como un hecho científico en el que Colón actuó como promotor del progreso; análisis hecho, desde luego, en pleno siglo de triunfo burgués y de entronización de los valores de la civilización capitalista occidental. El IV Centenario dejó una experiencia académica y además se preparó un cúmulo de ediciones entre las que destaca la *Raccolta Colombiana*,¹ instrumento muy valioso para abordar con nuevas luces el acontecimiento de 1492. Las obras de Fiske, Winsor y HARRISSE siguieron considerándose como fuentes útiles por los historiadores del siglo XX.

Este conjunto bibliográfico inauguró la investigación colombina en nuestro siglo, y a sólo dos años de haber éste comenzado, Henry Vignaud, un ilustre norteamericano, publicó sendas obras sobre Cristóbal Colón y su empresa, entre las que destacan *Toscanelli and Columbus* (1902), *Histoire critique de la grande entreprise de Christophe Colomb* (1911), *Le vrai Christophe Colomb et la légende* (1921).²

El erudito historiador de ascendencia francesa y con una larga carrera diplomática en Europa se dedicó a revisar de manera exhaustiva las “verdades” que se habían escrito sobre Colón y el Descubrimiento, en un intento por abordar la figura del genovés desde otro ángulo y al

¹ El título completo es *Raccolta di documenti e studi de la R Commissione*, Roma, 1892.

² Las ediciones son *Toscanelli and Columbus*, Londres, Sands & Co, 1902; la *Histoire critique de la grand entreprise de Christoph Colomb*, París, Auguste Picard, 1911 y *Le vrai Christoph Colomb et la legende*, París, Auguste Picard, 1921.

mismo tiempo exponer ante el mundo académico de entonces nuevas hipótesis sobre aquel importante hecho.

El antecedente de esta nueva aproximación viene del siglo pasado; ya conocemos el punto de vista de Justin Winsor expuesto en el capítulo anterior. Pero debemos remontarnos a algunos años atrás, a 1874, fecha en que apareció la obra *A History of the Character and Achievements of the So-called Christopher Columbus* del historiador norteamericano Aaron Goodrich para buscar el origen de este proceso “desmitificador”, como los mismos estadounidenses llaman a la tarea de “derribar a los ídolos” del pedestal en que la tradición y el tiempo los han colocado.³

Vignaud recogió esta tendencia decimonónica para resaltar que Colón era un hombre de carne y hueso, con graves defectos en su carácter y que había otros marinos y exploradores en su tiempo cuyas hazañas eran ahora dignas de ser rescatadas. Esta es, entonces, la arteria que alimentó las proposiciones de este autor cuyos juicios le valieron elogios por parte de destacados colegas en los Estados Unidos, donde formó una escuela que ha continuado sus enseñanzas hasta nuestros días. En el extranjero, su obra fue analizada por la aguda pluma del español Ramón Iglesia, también éste un “humanizador” de Colón. Las críticas han provenido precisamente de nuestro país, donde Carlos Pereyra, un destacado mexicano, ha tratado de derribar las tesis defendidas por Vignaud y Edmundo O’Gorman ha demostrado por su parte la debilidad de los fundamentos en que éstas se sostienen.⁴ ¿En qué consiste la novedad de los postulados?

Consideró Vignaud que el primer libro a desmentir era el de Bartolomé de Las Casas, seguido del de Fernando Colón, autoridades en que se apoyaron los estudiosos del tema durante los siglos anteriores y eran citados como si se tratara de la única verdad posible en torno al Descubrimiento. Se propone estudiar “si en los cuatro siglos transcurridos no hemos sido los bobos en un fraude que nos esconde las causas reales que condujeron al evento más grande de la historia del mundo”.⁵

Tras desacreditar a las autoridades españolas, le toca el turno al gran escritor norteamericano Washington Irving, cuya romántica y novelesca historia en opinión de su compatriota, debía ser reescrita. Ya el autor anteriormente citado, Aaron Goodrich, había definido al neoyorquino como “un extravagante admirador de Colón”.⁶ ¿Cuáles son, entonces, las fuentes que consultó Vignaud? Básicamente se preocupa

³ Aaron Goodrich, *op. cit.*, p. VIII.

⁴ Véase Carlos Pereyra, *La conquista de las rutas oceánicas*, p. 70 y Edmundo O’Gorman, *La idea del descubrimiento de América*, *passim*.

⁵ Henry Vignaud, *Toscanelli and Columbus*, pp. 5 y 6.

⁶ Aaron Goodrich, *op. cit.*, p. 136.

por escudriñar en los documentos “originales” a los que tuvo acceso tras su prolongada residencia en Europa, aunque, naturalmente, el punto de partida tuvo que haber sido el fraile dominico seguido del hijo y biógrafo del Almirante en los que se recopilan valiosos datos y cartas que ahora se han perdido. Sin embargo, Vignaud considera que hay inexactitud en algunas pruebas contenidas en los libros de ambos escritores hispanos; cree que hay correspondencia falsa, inventada para demostrar algo que interesaba mucho a los fines de Colón o para ocultar ciertas acciones inconvenientes para salvaguardar sus privilegios.

Vignaud hace un estudio exhaustivo donde pone en duda la autenticidad de las cartas entre el humanista Paolo Toscanelli y Colón, en las que el médico y matemático florentino le revela al marino genovés su sospecha, bien fundada en autoridades y cálculos, de la ruta a las Indias por el rumbo de occidente, así como su confianza de que puede alcanzarse dicha meta con relativa facilidad.

Colón nada menciona sobre su posible inspirador, pero Las Casas y don Fernando hablan de la influencia que recibió el descubridor por parte del sabio toscano para poder así acometer su empresa. Por lo anterior es que Vignaud considera a estas fuentes poco confiables y “la crítica actual debe destruir fragmento por fragmento sus falsificaciones”.⁷ Para el estadounidense se trata de un fraude pues en 1474, fecha registrada en uno de los documentos, cree él que aún la posibilidad de la ruta occidental a las Indias no había surgido, sino hasta 1481 en Portugal, cuando este reino empezó a interesarse en el comercio ultramarino. Toscanelli murió en 1482 y Colón jamás lo conoció personalmente —concluye Vignaud— y muy difícilmente mantuvo una correspondencia directa con él.

En esta superchería no participó Colón directamente. De haber conocido él estas novedosas teorías, no lo hubiera hecho a través de Toscanelli, sino de un portugués canónigo de Lisboa, Fernao Martins, cuyas nociones cosmográficas son idénticas a las del navegante genovés, aunque “Colón las da por suyas propias”.⁸ La reconstrucción de la historia es como sigue: Martins, canónigo de la catedral de Lisboa, conoció al humanista Paolo Toscanelli en Florencia. Este gran hombre de ciencia le comunicó a Martins que era posible alcanzar las Indias por la ruta occidental y a su regreso el portugués hizo circular la información entre los lusitanos hasta que ésta llegó al conocimiento del rey Alfonso V, quien se mostró muy interesado en el proyecto. El monarca pidió a Martins que iniciara correspondencia con el florentino para ampliar los porme-

⁷ Henry Vignaud, *Toscanelli and Columbus*, p. 261.

⁸ *Ibid.*, pp. 244 y 249.

nores del viaje (1474), de la cual Colón adquirió copias que fueron la base de sus ideas. Sin embargo, cuando éste hubo madurado la posibilidad de realizar la aventura, Portugal desvió su interés a los viajes en el occidente africano a raíz de los éxitos de Bartolomé Dias y dio poca atención a las elucubraciones colombinas, razón por la cual el genovés fue rechazado en ese reino.

Colón no inventó sus relaciones con Toscanelli para darle importancia a su empresa, la trampa provino de su ingenioso hermano Bartolomé quien creó la conexión Toscanelli-Martins-Colón

con el propósito de demostrar que el descubrimiento de América resultó de la aplicación de una teoría científica planeada por Colón y sancionada por un gran erudito, mientras que, de hecho, sólo se debió a información práctica de la que Colón jamás pronunció palabra.⁹

¿A qué se refiere Vignaud cuando nos habla de “cierta información práctica” que tuvo Colón en sus manos y que fue la verdadera clave del viaje?

Viene a continuación un audaz rescate de la tradición de cuatro siglos atrás. Vuelve a dársele vigencia no ya al “choteado” Las Casas, sino a otras autoridades como Oviedo y Gómara; se da nueva vida a la leyenda del piloto anónimo, por extraordinario que esto parezca.¹⁰

Quizá la lectura de Fernando Colón confundió a Vignaud, pues el norteamericano culpa a Colón de haber construido su teoría científica *a posteriori*, es decir, una vez realizado el primer viaje, con lo cual buscaba realzar la empresa a los ojos de sus contemporáneos. Como sabemos, esto fue obra de su hijo Fernando quien se interesaba en mostrar precisamente que su docto padre salió a buscar la mañana del 3 de agosto de 1492 lo que con cuidadoso estudio había meditado con antelación y así comprobó de manera científica su existencia y, pues, descubrió el Nuevo Mundo. El estadounidense insiste de todos modos que el secreto fue revelado por aquel desconocido y malogrado piloto, a quien

⁹ *Ibid.*, p. 259. Sin embargo, el autor no exonera a Colón, pues mientras Bartolomé creó el ardid y fue el agente del truco, Colón seguramente —nos dice Vignaud— conoció el asunto y al convenirle, calló. El discípulo de Vignaud, John Boyd Thatcher amplía la información relativa a esto y añade que Bartolomé inculcó a Colón las ideas que lo condujeron al gran descubrimiento. Véase *The Continent of America. Its Discovery and its Baptism* (consultado en folio en la biblioteca de El Colegio de México). Otra obra de este alumno de Vignaud es *Christopher Columbus. His Life. His Work. His Remains*, Nueva York, Houghton, Mifflin & Co., 1903. También puede consultarse a Ramón Iglesia, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, FCE, 1986, p. 68.

¹⁰ La tesis de Vignaud sobre el piloto anónimo debe verse en *Histoire critique...*, vol. II, pp. 212-215 y en *Le vrai...*, p. 178.

el genovés conscientemente usurpó el lugar que le correspondía para la posteridad y le arrebató la gloria que no merecía.¹¹

Es entonces aquel misterioso piloto que fue inventado por la imaginación popular del siglo XVI y recreado por Francisco López de Gómara, quien hizo confidencias a Colón sobre tierras lejanas y desconocidas localizadas en el Atlántico. El genovés no tuvo como objetivo expreso abrir la ruta a las Indias, “su solo propósito fue ir donde el piloto había ido y le había revelado su secreto”.¹² Vignaud se fundamenta en que las capitulaciones no mencionan las Indias o tierra de las especias o ningún otro sitio del este, tan sólo aparecen referidas ciertas islas y tierras en el océano. Según él, Colón llevaba los mapas e indicaciones que le había dado previamente el piloto por lo cual se explica que el genovés haya llegado a las islas sin contratiempo.¹³ El problema con el que tropezó el norteamericano sería el mismo que aquel que la crítica moderna ha encontrado en Gómara. ¿Por qué si es un redescubrimiento, supuesto que el Descubrimiento lo hizo el piloto desconocido, es que ambos autores llaman “descubridor” a Colón? ¿Por qué Colón le llamó Indias a estas tierras e indios a sus habitantes? En lo primero Vignaud parece contradecirse pues afirma que “fue por pura casualidad que [Colón] descubrió Guanahani”.¹⁴ ¿Qué fue entonces, casualidad o información exacta y precisa revelada por el desconocido, aunque experto, marino? Si fuera todavía hoy posible sustentarse en la segunda opción se necesitaría emprender una tarea de investigación y revisión del material de los cuatro siglos pasados, meterse al trabajo de archivo para tratar de sacar a la luz una información hasta ahora ignorada y reconstruir un hecho que, de probar su existencia, debe ser interpretado sin demora. Sin embargo, dar vueltas a la hipótesis del piloto náufrago como el verdadero descubridor de América es una labor fracasada de antemano y queda descartada la sugerencia de Vignaud de volver a considerar como probable una fábula que sólo existió en las mentes de los hombres y mujeres del siglo XVI. Respecto a la segunda pregunta, no nos es posible contestarla pues aquí nos quiso dejar el autor, quien no aclara, a diferencia de Gómara, del porqué del nombre de “Indias” e “indios”.¹⁵

11 Henry Vignaud, *Toscanelli and Columbus*, p. 260.

12 *Ibid.*, p. 265.

13 *Ibid.*, p. 266.

14 *Ibid.*, p. 267.

15 López de Gómara dice que fue el mismo piloto quien llamó así a las tierras y a los habitantes de éstas, en la creencia de que había tocado Asia, en *Historia general de las Indias*, vol. I, Madrid, Espasa Calpe, 1941, pp. 37 y 38.

El proceso para bajar del pedestal a la figura del Almirante y acabar la leyenda áurea creada por el romanticismo tomó nuevos aires con Henry Vignaud. La diferencia con el siglo pasado es que ahora no estamos en presencia de una crítica acrimoniosa o destructiva como la de Justin Winsor cuyos juicios no tenían las más de las veces fundamento histórico y cuya otra tenía un carácter combativo personal. Vignaud intenta mostrar que Colón era un hombre de carne y hueso, con matices en su personalidad, con claroscuros como enseñó Irving, pero que en opinión de Vignaud no aplicó el romántico neoyorquino, con debilidades y cualidades, vicios, defectos y aciertos. Así lo explica el propio escritor estadounidense:

Cualquiera que sea la admiración sentida por sus grandes cualidades, su indomable energía, su firme perseverancia en prosecución del fin que él tenía en mente, su inquebrantable lealtad hacia los soberanos que lo habían empleado, su rectitud en todo lo tocante al desempeño de sus deberes públicos, no podemos cerrar los ojos a ciertos rasgos de su carácter que lo revelan en una luz muy desfavorable. Era violento, tacaño, vanidoso, áspero, voluble y lo que es peor mentiroso.¹⁶

Para Vignaud hay ciertas debilidades morales en Colón que no pueden pasarse por alto cuando se estudia su carácter. Tenemos aquí una nueva imagen de esta figura histórica, que ha ido cobrando vida desde fines del siglo pasado. Es un hombre muy alejado de la fantástica épica romántica y de los valores atribuidos a él por la escuela de Boston. Se supera el juicio de Prescott, quien dijo que no podía encontrar tacha en el carácter moral del gran genovés; de igual forma se deja atrás a Cooper para quien el viaje colombino era una empresa donde Colón sabía de antemano de su triunfo y su posterior grandeza, se critica la imagen de Irving acerca del navegante sabio, docto y ecuánime. El Colón de Vignaud es astuto, taimado y sutil para sacar partido, para ocultar la verdad según su conveniencia, para aprovecharse de las personas sin amarlas, para enriquecerse, para negar su origen humilde, para ocultar incluso el nombre de la madre de Fernando por no ser ésta de noble ascendencia.

Por el mismo afán de Colón por desvirtuar la verdad es que ahora el historiador padece, según el autor, para esclarecer su origen y los pasajes de su juventud. Para Vignaud es una seguridad que nació en Génova en 1451 o poco después. Su familia era de baja extracción; trabajadores manuales que no podían presumir de tener alta estirpe o de

¹⁶ Henry Vignaud, *Toscanelli and Columbus*, p. 260. Aaron Goodrich hace referencia a su falta de honestidad, en *op. cit.*, p. 132.

contar con un personaje ilustre por sus hazañas. Se podría decir que era gente común. Agrega además que Colón nunca asistió a la universidad de Pavía¹⁷ ni comandó flota alguna al servicio de otros príncipes antes de 1492. Vignaud tampoco cree cierta la versión dada por el propio marino ligur de que tenía cuarenta años de experiencia en las faenas marítimas cuando escribió su diario. En realidad fue el conocimiento obtenido por la práctica cotidiana en Portugal y, sobre todo, las revelaciones de aquel marino náufrago cuya existencia defiende el estadounidense como una posibilidad viable para explicar los éxitos de Colón, lo que le dio al genovés la pauta para emprender la aventura oceánica. Naturalmente todo lo anterior le resta mérito al genovés y opaca la grandeza de su viaje marítimo. Todas sus teorías cosmográficas fueron formuladas subsecuentemente a los descubrimientos. Él no fue original en ninguna de ellas, no era un científico ni el viaje de 1492 fue el primero en cruzar el Atlántico.

Vignaud añade una explicación adicional: Al ver Cristóbal Colón que sin querer había llegado a los confines del Este (pues el autor considera que aún a pesar de saber que iba a unas islas esparcidas en el océano él confundió lo que estaba buscando por Asia), decidió que lo mejor para sus intereses personales era hacer creer que él era docto y letrado, que había construido su hipótesis con diversas lecturas a través de una larga preparación científica y para ello decidió ocultar su gran secreto sobre la verdadera procedencia de los datos. Luego Bartolomé lo favoreció aún más inventando su conexión con Toscanelli a través del portugués Martins, lo cual no sólo le dio validez sino un fundamento teórico indispensable a los proyectos de su hermano.

¿De quién es el *a priori*? ¿de Colón, de Bartolomé o de Vignaud? Pensamos que Colón no tenía que demostrar sus conocimientos después de haber realizado el viaje cuando ya había obtenido los privilegios acordados en las capitulaciones. Además, si era inculto, astuto y se quiso pasar de listo, ¿cómo probó en la junta salmantina, compuesta por gente docta de quienes no era fácil burlarse, los puntos científicos de su proyecto? Como sabemos, la junta los rechazó, pero Colón tuvo que exponer sus teorías entre ellas la que afirmaba que el océano era

¹⁷ El historiador italiano Paolo Taviani afirma que existe una confusión pues Colón no atendió a la Universidad de Pavía y nunca se jactó de haberlo hecho. Estudió en Génova en el Vicolò de Pavía, escuela para la instrucción elemental de los hijos de los laneros. Allí se enseñaba letras, nociones de latín (lengua práctica de entonces), además de los primeros rudimentos del arte marítimo. Véase Paolo E. Taviani, *Cristóbal Colón. Génesis del gran Descubrimiento*, 2 vols., Barcelona, Instituto Geográfico De Agostini/Teyde, 1977, vol. I, pp. 46 y 47.

menos extenso y que la tierra ocupaba una dimensión mayor de lo que era en realidad.

Para Vignaud todo parece indicar que Bartolomé Colón quiso hacerle un favor a su hermano inventando su extraordinaria capacidad como científico y astrónomo, cuento que fue creído, por espacio de cuatro siglos y que él, Vignaud, disipó. Las Casas consideró que con este material, que parece le hizo llegar la familia Colón con premeditada intención (toda una conspiración familiar para dar al genovés los laureles de la gloria), tenía un arma de ataque perfecta contra los postulados de Francisco López de Gómara que le hacía la competencia al genovés contraponiendo su defensa de la leyenda del piloto anónimo.

Realmente a quien más quita Vignaud todo mérito no es a Colón, sino a Paolo Toscanelli, el gran hombre de ciencia del Renacimiento, quien ahora resulta totalmente ajeno al descubrimiento de América. Las fuentes utilizadas por el genovés antes de embarcarse tan sólo se limitan a Marco Polo, al *Imago Mundi* de Pierre D'Ailly, a la geografía de Ptolomeo y por supuesto a los datos exactos sobre aquel piloto quien, afortunadamente para el genovés, había por gran casualidad exhalado su último suspiro en la misma casa de Colón, no sin antes relatarle con lujo de detalles las novedades más fabulosas sobre tierras desconocidas allende el océano. Casi podemos concluir que Vignaud quita a Colón de en medio; la contienda queda entre Toscanelli y el piloto para disputarse el título de descubridor, aunque de antemano ya sabemos el resultado del marcador.

El real iniciador del descubrimiento del Nuevo Mundo, resume Vignaud, puede haber sido, no el celebrado astrónomo [Toscanelli] cuyo nombre llena volúmenes y a quien se le han erigido estatuas, sino un pobre marino quien murió en la oscuridad sin dejar siquiera su nombre a la posteridad.¹⁸

Con Vignaud la vieja idea del siglo decimosexto vuelve a aparecer como probabilidad histórica. Menos mal que el historiador norteamericano asegura que sus sugerencias descansan en un terreno hipotético y están sujetas —como en realidad han estado hasta nuestros días— a la revisión y a un mayor y más amplio estudio. En nuestra opinión el estadounidense aporta un punto interesante: que la figura de Colón tras cuatro siglos de ser analizada, criticada, exaltada o vanagloriada, aún guarda secretos para ser descubiertos por los investigadores de esta y todas las épocas por venir. Interpretar a Colón, bajándolo del pedestal mítico en que la tradición lo situó, es positivo y necesario, es de hecho lo

¹⁸ Henry Vignaud, *Toscanelli and Columbus*, p. 273.

que el siglo XX ha llevado a cabo en todo el mundo occidental, aunque por cierto no siempre del todo exento de pasiones.

Sin embargo, vemos desde nuestra perspectiva actual que el negar el objetivo asiático de Colón para sugerir nuevas posibilidades es entrar en un terreno especulativo que pocos frutos puede dejar. La parte discutible por mucho sería el afán por resucitar la leyenda del piloto anónimo, pues siguen siendo inexistentes las pruebas documentales de lo que seguramente se inició como un bulo popular para explicar una hazaña portentosa que en ocasiones parece rebasar los límites de las acciones del hombre. ¿Por qué restarle mérito ahora a la empresa marítima de 1492? Si la tradición historiográfica norteamericana no encontró anteriormente razones de peso para desacreditar el viaje colombino anteponiendo las aventuras oceánicas de los fenicios, los daneses, galeses, chinos o los vikingos, asentadas estas últimas en bases arqueológicas e históricas más o menos fidedignas. ¿Por qué hacerlo ahora? ¿Por qué rescatar una fábula tan falta de autenticidad y de tan oscura procedencia? Sin duda, el viaje de Colón tiene su valor como logro técnico, científico y de la tripulación en conjunto, aunque aquel que dirigió la pequeña flota haya sido solamente un ser humano.

La explicación histórica de Vignaud pronto fue analizada por los interesados en el tema. Fue una fuente muy utilizada para la elaboración de otros análisis sobre Cristóbal Colón. Un ejemplo es el segundo volumen de la obra *The Rise of the Spanish Empire* (1918),¹⁹ de Roger B. Merriman, dedicado a los Reyes Católicos. Aquí el autor toca lo referente al descubrimiento de América, acontecimiento que no se hubiera llevado a cabo de no haber existido un vínculo estrecho entre los reinos de Castilla y Portugal. Colón se formó en la gran tradición marinera del siglo XV bajo la inspiración de los lusitanos, quienes se lanzaron a la conquista de las rutas lejanas para extender un amplio comercio. En realidad, piensa que Portugal “tenía más derecho al honor de descubrir el hemisferio occidental que su vecina y fue el resultado del accidente que Castilla diera el paso en el último momento para despojarla de él”.²⁰

Como apuntamos, no es de extrañar que una de las fuentes principales del libro que ahora nos ocupa sea precisamente Henry Vignaud, el historiador “de moda” a principios de siglo, o si se prefiere llamarlo a la usanza de Edmundo O’Gorman “el gran hereje de la ortodoxia colombina”.²¹ Merriman analiza la hipótesis propuesta por el investigador

¹⁹ Roger B. Merriman, *The Rise of the Spanish Empire*, 2 vols., Nueva York, Cooper Square Publishers, 1962.

²⁰ *Ibid.*, p. 192.

²¹ Edmundo O’Gorman, *La idea del descubrimiento...*, p. 373.

galo-norteamericano sobre que Colón sabía de la existencia de tierras desconocidas más allá de las Canarias. Estas ideas “son difíciles de descartar”, mas recuerda también que los reyes dieron a Colón una carta dirigida al Gran Khan y también es digno de considerarse el hecho de que se haya bautizado este continente con el nombre de “Indias”. Sin desechar la propuesta de su compatriota, Merriman intenta lograr una síntesis de sus explicaciones con las de Vignaud y deja libre la posibilidad de que Colón tuviera ambos objetivos en mente, es decir, llegar a Asia y de paso encontrar tierras desconocidas en el Atlántico.²²

Merriman aborda también a Henry Harrisse, el combativo historiador del IV Centenario, pero no concuerda con él en lo que respecta a la figura de Martín Alonso Pinzón. Se recordará el maniqueísmo que manejó Harrisse con Pinzón, el malvado traidor, en contraste con Colón, el magnánimo descubridor; mas para Merriman, otra vez en el esfuerzo de ver a las figuras históricas como seres humanos, Pinzón era el brazo derecho del genovés y dio ayuda muy valiosa para equipar la expedición así como para organizar a los tripulantes (de 90 a 120 personas). Sin esa preciosa colaboración probablemente Colón no hubiera podido llevar a feliz término su viaje.²³

El autor trata con amplitud a Fernando de Aragón, otro personaje cuyo “rescate” sólo fue posible hasta nuestro siglo. El norteamericano le concede al rey una participación mayor en la empresa de las Indias de la que comúnmente se le atribuye. Para Merriman, el hábil gobernante no fue indiferente ni hostil al proyecto, prueba de ello es que su firma aparece en todos los documentos y tratados relacionados con la expedición. El presente libro parece dar nueva luz respecto al conocimiento de las relaciones entre el genovés y la Corona. La imagen de un monarca hosco, a quien Colón parecía simplemente no simpatizarle, cambia y aparece una figura en vías de ser comprendida. Podemos apreciar ahora que Fernando fue un aguzado político y, como dice el filósofo español José Ortega y Gasset, el estadista es un tipo especial de persona, un hombre de acción que ve más allá de la problemática cotidiana.²⁴ No en vano Maquiavelo eligió a Fernando como el príncipe por antonomasia. Para entender ahora su conducta es necesario apreciar que

²² Roger B. Merriman, *op. cit.*, p. 197. Fernando Colón sugirió que su padre iba en busca de tierras desconocidas en el Atlántico de cuya existencia sabía a través de la lectura de las autoridades antiguas pero no negaba el interés de llegar a Asia con lo cual se abría una magnífica ruta comercial con España. Véase Edmundo O’Gorman, *op. cit.*, pp. 93-127.

²³ Roger B. Merriman, *op. cit.*, p. 196.

²⁴ Véase el encantador ensayo de José Ortega y Gasset, “Mirabeau o el político”, en *El Tráptico*, 9a. ed., Madrid, Espasa Calpe, 1972.

el objetivo ecuménico del aragonés no se perfilaba hacia el occidente atlántico, sino que se dirigía a sus vecinos más inmediatos, es decir, a la política hegemónica europea y a ello dedicó su atención y sus recursos.

Al ser Merriman un investigador interesado en el reinado de los católicos, naturalmente la orientación que da al capítulo sobre Colón se centra en las relaciones de éste con la Corona y en la importancia del descubrimiento como punto de partida para la implantación del sistema colonial hispánico en América, al cual considera como el resultado de un proceso gradual. A fines del siglo XV nadie podía tener una noción exacta del lugar que las Indias ocuparían en el imperio español. Por todo ello Merriman se concentra en los problemas de Colón como gobernante, más que en su capacidad o proezas marineras, pues su estancia en la isla Española iniciaría la pugna entre la monarquía y los intereses particulares de los colonizadores. Los privilegios del descubridor le fueron rebajados en aras de que el Estado centralista hispánico, de cuño moderno, tomara el control de las provincias de ultramar.

En este campo el autor incluye también el comportamiento del Almirante con los indios, a quienes vio como seres aptos para la conversión religiosa, pero mucho más útiles como esclavos, lo que marcó una desviación de la política de los reyes, que constituyó uno de los mayores problemas de la administración colonial para España. El objetivo de la Corona fue desde el principio, nos dice Merriman, la conversión, que Colón propuso por primera vez en sus cartas, y desde entonces se le menciona en los documentos “una y otra vez”. El autor cree que hubo buena intención por parte de los soberanos hacia los indios como la prueba el haberlos considerado como súbditos del reino, a diferencia de Inglaterra.²⁵ En cambio, los descubridores y colonizadores vieron a los nativos con otros ojos, con los de un comerciante o tratante de esclavos. Colón fue el primero en considerarlos de esta manera pues, según el estadounidense, era una forma de sacarle provecho a las islas a falta del tan anhelado oro. El incidente del fuerte de la Navidad donde perecieron los hombres dejados por Colón en el primer viaje, fue el resultado de la indisciplina y del probable maltrato que los españoles dieron a los indios, lo que provocó la venganza de éstos. Esto marcó, entonces, el paulatino deterioro de las relaciones entre ambos grupos.

Por lo que toca a los viajes, según Merriman, en el primero se convenció Colón de que había llegado a los confines del mundo oriental. Opina que el genovés observaba una religiosidad profunda y sincera

²⁵ Roger B. Merriman, *op. cit.*, pp. 206 y 232.

con la cual venció todas las adversidades. Las cosas cambiaron, sin embargo, de la segunda a la cuarta travesía, donde lo ideal se trocó en decepción, desesperación y búsqueda continua de lo inexistente. A esto deben añadirse los problemas en la corte, el escepticismo de la Corona, la enfermedad que aquejaba al Almirante y los problemas con los colonos de la Española. Merriman es de la opinión que en el tercer viaje Colón sólo divisó tierra continental pero no desembarcó, en el cuarto viaje nada novedoso aportó el marino, al haber llegado ya otros a tierra firme.²⁶

Vignaud y Merriman son dos autores representativos de la corriente interpretativa del Descubrimiento a principios de nuestro siglo. Su manejo del tema muestra que aún seguirán vigentes las viejas consideraciones decimonónicas a las que simplemente se les dio un toque personal. Por ejemplo, estos historiadores continuaron basándose en el padre Las Casas como fuente principal; no añadieron una explicación novedosa al asunto de la intencionalidad de Colón, que en mi opinión es condición esencial de historicidad, y el marino siguió siendo considerado como “descubridor de América”. Vignaud trajo a la memoria la inspiración en el piloto anónimo y Merriman prefirió sujetarse al “doble objetivo”, es decir, el asiático y el que buscaba tierras desconocidas en el Atlántico. De esta forma, la historiografía colombina contemporánea continuó con el ciclo crítico iniciado en el siglo anterior, aunque marcó también el rumbo para contemplar al genovés desde una perspectiva humana, histórica en suma.

2. La imagen colombina para el público norteamericano

He querido incorporar dos libros de texto sobre historia de los Estados Unidos que comprenden poco más de una década (1918-1930), y representan la información que el público norteamericano conocía en torno a la figura colombina fuera de los círculos de especialización universitaria.

En su *A History of the United States*,²⁷ John Holladay, profesor de la prestigiada universidad de John Hopkins, explicaba que la toma de la ciudad de Constantinopla por los turcos en 1453 motivó a la búsqueda de nuevas rutas al Oriente que resultó en el descubrimiento de América, planteamiento que parece muy lógico y que ha sido planteado como una *sine qua non* en el proceso de expansión europea, par-

²⁶ Niega que Vesputio haya tocado tierra continental en 1497.

²⁷ John L. Holladay, *A History of the United States*, Boston-Nueva York, Allyn & Bacon, 1918.

ticularmente hispano-lusitana hacia el Atlántico, pero que en la década de los noventa de este siglo ha sido considerada como una causa no contundente del fenómeno explorador y descubridor.²⁸

El autor nos cuenta la historia de Colón que es el relato tradicional: nació en Génova, hijo de tejedor, viaja a Portugal, donde se casa... pero ya en ese reino conoce las ideas de Toscanelli que se convierten en su primer contacto con la noción de la ruta hacia las Indias. Colón la hace suya, pero es rechazado sistemáticamente hasta que sus amistades y sobre todo la benevolencia de la reina le ayudan a poner en marcha sus proyectos. Se equipa la flota de tres barcos, archisabido está, y llega a Guanahaní el 12 de octubre de 1492, en el que sería su primer viaje que, en opinión del autor, es el que lleva el mérito. No hay ninguna novedad ni juicio original en esta revisión histórica, pero esa fue la imagen que constituyó la tradición con la que el pueblo norteamericano conoció las hazañas colombinas. No era otra cosa más que un cuento, quizá real, quizá históricamente falso, pero que se daba como una receta y, por supuesto, formaba parte importante de las historias sobre los Estados Unidos, a pesar de que el genovés, como vimos, no tuvo contacto alguno con las tierras de lo que actualmente forma ese país.²⁹ La interpretación que emite el autor sobre el punto es que

el tiempo [querrá decir tal vez la Historia], en general, ha sido justo con Colón, pues a pesar de las calumnias de los contemporáneos y la crítica de los historiadores posteriores mantiene un lugar muy alto en la lista de los grandes héroes del mundo.³⁰

Holladay continúa, como vemos, la exaltación de las figuras históricas a la manera decimonónica. Menciona por supuesto al descubridor de tierra firme continental, Juan Caboto, “genovés como Colón”, al servicio de la bandera inglesa y de quien opina fue “el más valiente de los marinos”. Pasa a evaluar brevemente a Vesputio, pero la contribución cartográfica del florentino no le motiva a exaltarlo, sino por el contrario, considera que “una injusticia singular fue hecha a Colón por el nombre aplicado al Nuevo Mundo”.³¹

²⁸ Según el historiador Kirkpatrick Sale, el cierre de la ruta al Oriente a través de Constantinopla no fue el motivo que impulsó a las naciones atlánticas a buscar nuevas rutas, en lo cual diferimos sustancialmente. Véase *The Conquest of Paradise*, p. 24.

²⁹ Ni siquiera la isla de Watling (San Salvador o supuestamente Guanahaní) que forma parte del archipiélago de las Bahamas es parte de los Estados Unidos. Era una integrante del *Commonwealth* británico hasta 1973.

³⁰ John L. Holladay, *op. cit.*, p. 9.

³¹ *Ibid.*, p. 9.

Otro profesor universitario formado en Harvard, Charles Lummis, escribió en 1930 *Los exploradores españoles en el siglo XVI*, libro en el que desde el prólogo nos advierte que su obra procura ser una reivindicación de España y de su colonización en el Nuevo Mundo. No es este un libro académicamente sólido, por razones que explicaremos más adelante, pero parece que a los españoles les causó muy buena impresión,³² y con razón pues la obra es proclive a elogiar al país que fue la mayor potencia en el siglo XVI de manera excesiva, tanto que parece una exaltación casi propagandística.

Para Lummis, las exploraciones realizadas por esta nación fueron “las más grandes, las más largas y las más maravillosas series de valientes proezas que registra la historia”.³³ Mas esto, para el historiador, ha pasado desapercibido para sus colegas estadounidenses a quienes advierte que a pesar de haber llegado los escandinavos al septentrión continental varios siglos antes que Colón, es el genovés quien merece la gloria pues los vikingos “no hicieron más que acampar, y realmente nada añadieron al conocimiento del mundo; nada hicieron para merecer el título de exploradores”.³⁴

Lummis critica algunos argumentos que en torno al estudio de Colón resultaron de las discusiones, conferencias y obras del IV Centenario, que quitaban el mérito a España y se lo concedían todo al genovés, como si él hubiera acometido solo la empresa. “El honor de haber dado América al mundo pertenece a España”, nos dice el autor en una explosión de entusiasmo, y “de no haber sido por esta nación, Colón no sería héroe”.³⁵ Este reino aportó dinero, confianza, barcos y hombres.

Para el estadounidense la razón de que en su país no se hiciera justicia a los exploradores hispánicos era sencillamente “porque hemos sido mal informados”. Empero, desafortunadamente debemos decir que aunque la intención del autor es buena, él también contribuye a la “desinformación” de sus compatriotas, pues comete serios errores no sólo en sus juicios, a los que la mayor parte de las veces da un carácter absoluto, sino también, y más grave aún, en la exactitud de datos históricos simples. Por ejemplo, afirma que Diego (el hijo legítimo del Almirante) fue el biógrafo de Colón en vez de Fernando, a quien ni siquiera

³² Charles Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*, 9a. ed., Barcelona, Araluce, 1930. Los elogios se encuentran en el prefacio, donde aparecen los comentarios de altas personalidades de la política española. Se hicieron 11 ediciones de la obra.

³³ *Ibid.*, p. 13.

³⁴ *Ibid.*, p. 15.

³⁵ *Ibid.*

menciona.³⁶ Otro argumento que seguramente confundió a los lectores norteamericanos en vez de iluminarlos fue asegurar que en el primer viaje “Colón llevó consigo a los doce primeros misioneros que fueron a América”.³⁷ Cuando trata la Conquista, continúa con los estereotipos negativos de la tradición pasada al decir que “Cortés conquistó y colonizó un país *salvaje*”.³⁸

La obra de Lummis carece de aparato crítico y de bibliografía; sabemos que la fuente principal fue el padre Las Casas, pero al faltarle otras obras imprescindibles para el tema lo hizo presa fácil de errores graves como los anteriores.

Las carencias en claridad y precisión histórica son suplidas por interpretaciones personales del autor en las que se muestra prolífico. Para él, Colón tenía la intención de ir al Asia, “no tenía idea de la existencia de América”, pero cae también en la manía de considerar al continente como un ente cuya existencia y atributos ya están dados de antemano, es decir, previamente a la concepción hecha por los europeos de esas tierras: “América —concluye— tuvo que esperar tantos siglos a que Colón la descubriese”.³⁹

Para Lummis, Cristóbal Colón era un hombre notable “y teniendo en cuenta su época y su profesión era un hombre bueno”.⁴⁰ Destacan en él su genio, su energía, tenacidad y terquedad, aunque “no era buen administrador ni tenía elevados principios morales”. El marino fue un extraordinario explorador, pero como colonizador fue un fracaso. Como Washington Irving cree, sin embargo, que sus faltas no son imputables a él sino a su tiempo y considera que el gran mérito de este hombre no fue haber inventado la teoría de llegar a Oriente por la vía de occidente, en lo cual estaba lejos de ser un proyectista original, sino en haberla llevado a la práctica.

A pesar de haberle dado el mérito a Colón tras habérselo quitado a los exploradores nórdicos del siglo XI, considera que los viajes del genovés a Portugal y sobre todo a Islandia deben haberlo puesto en contacto con las noticias “acerca de los piratas [?] escandinavos a América”.⁴¹ ¿Qué entonces nada añadieron éstos al conocimiento del mundo, nada hicieron para merecer el título de exploradores, como anteriormente había dicho Lummis? Si es que el mérito de Colón, en su

³⁶ *Ibid.*, p. 26.

³⁷ *Ibid.*, p. 32. No llevó Colón a ningún religioso en el primer viaje. La llegada de los doce franciscanos ocurrió en el año 1524, ya consumada la conquista por Hernán Cortés.

³⁸ *Ibid.*, p. 17. Las cursivas son mías.

³⁹ *Ibid.*, p. 22.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 34.

⁴¹ *Ibid.*, p. 25.

opinión, descansa solamente en el hecho de que el genovés llevó a la práctica la hazaña de abrir una ruta hacia occidente, debe haberse escapado que la tripulación de Leif Ericson realizó eso mismo siglos atrás. Sin duda el valor de Colón descansa en eso y muchas otras cosas que merecieron haber sido explicadas con mayor amplitud.

Por lo que se refiere a Juan Caboto, Lummis trata el asunto de igual forma que manejó la cuestión de los vikingos y explica que tampoco ese viaje tuvo consecuencias ni dejó una huella fructífera. “Caboto vio pero nada práctico hizo en el Nuevo Mundo”.⁴² Volvemos al problema de querer ver la historia como si los hechos humanos tuvieran un efecto inmediato, como si Colón hubiera descubierto “América” el 12 de octubre de 1492, como si ese día toda Europa hubiese tenido una idea general del nuevo continente. En el caso de Caboto, habría que ver si sus viajes de exploración no tuvieron importancia. Sin ir más lejos, la política expansionista y colonialista inglesa se fundamentó precisamente en este primer viaje de exploración enviado por la corona Tudor, aunque la trascendencia, claro, no fue visible al momento. Lummis considera que “si Colón no hubiera descubierto antes el Nuevo Mundo, Caboto nunca hubiera navegado”. Quizá, pero la realidad de la época nos enseña que el impulso por cruzar fronteras oceánicas flotaba en el ambiente y permeaba las mentes de los marinos y estadistas de los distintos reinos del occidente europeo. La energía, el dinamismo y la creatividad del Renacimiento no vivían en la mente de un sólo hombre. Las necesidades de los reinos atlánticos por ensancharse se convirtieron en tendencias nacionales. Parece que Juan Caboto se encontraba en España al momento de recibirse la noticia de la llegada de las dos carabelas de aquel viaje; sin duda buscaba algo en ese reino, de no haber sido así ¿qué sentido tenía allí su presencia? Podemos agregar otra interrogante: ¿Qué hay de los otros marinos como Pinzón, “el valiente camarada de Colón”, según lo define este autor, no acaso el andaluz se había informado sobre tierras desconocidas del este en su viaje al Vaticano? Sin embargo, para el norteamericano quien tiene todo el mérito es Colón, el primero que envió España, quien a pesar de no ser oriundo del reino, inició una corriente impetuosa y constante de exploradores nacidos en la Península, “que en cien años hicieron más en América que todas las otras naciones de Europa juntas en los primeros trescientos años”.⁴³ Por medio de estos hombres España transmitió sus instituciones, caracterizadas por su “espíritu humanitario y progresivo desde

⁴² *Ibid.*, p. 38.

⁴³ *Ibid.*, p. 43.

el principio hasta el fin”, así como su legislación, la cual era, según su opinión, mucho más avanzada que la de la Gran Bretaña.

Por toda esta labor llevada a cabo por la mancuerna entre un gran marino y una extraordinaria nación es que penetró la civilización occidental en el Nuevo Mundo. Por eso el autor de este fervoroso estudio prohispanico considera que el hemisferio no debería llevar el nombre de Vespucio pues “llamar América a este continente en su honor fue una injusticia, hija de la ignorancia” y agrega que en todo caso con igual razón podía éste haberse llamado “valdsemullera”.⁴⁴

Como podemos apreciar, Cristóbal Colón siguió siendo considerado como una parte muy importante de la tradición historiográfica norteamericana. En 1934 el presidente Franklin D. Roosevelt declaró que el 12 de octubre era conmemoración oficial o *Columbus Day*. Para la siguiente década los lectores estadounidenses vieron surgir un nuevo tipo de aproximación al estudio del genovés y sus viajes de exploración.

3. *El almirante de la mar océano (1941)*

Samuel Eliot Morison, profesor de Harvard, realizó una travesía oceánica con el propósito de seguir las rutas que Colón había descubierto en sus cuatro viajes, con el fin de reconstruir la experiencia histórica de 1492. Sus observaciones y resultados fueron plasmados en una obra que se ha convertido en un “clásico” en el vecino país, se trata de *El almirante de la mar océano. Vida de Cristóbal Colón (1941)*.⁴⁵

La expedición colombina de Harvard, que llevaría a Morison y a sus compañeros de viaje de España al “Nuevo Mundo”, a bordo de los bergantines *La Capitana* y el *Mary Otis*, tenía como fin apegarse lo más posible a las circunstancias en las que viajó Colón, en barcos de similar tamaño, tonelaje y aparejos, y debía zarpar de Palos el 3 de agosto de 1939,⁴⁶ en la misma fecha pero casi quinientos años después de que lo hiciera Colón.

Curiosa manera la de Morison de recrear la historia del siglo XV; pero hasta donde sabemos casi todo se vale cuando se buscan apoyos documentales para reconstruir el pasado. La única manera de contemplar el éxito si lo vemos desde un punto de vista estrictamente

⁴⁴ *Ibid.*, p. 44.

⁴⁵ Samuel Eliot Morison, *El almirante de la mar océano. Vida de Cristóbal Colón*, Buenos Aires, Hachette, 1945. También consulté su obra *The Great Explorers. The European Discovery of America*.

⁴⁶ La hazaña fue repetida por el historiador italiano Paolo Taviani, quien también ha dedicado gran parte de su vida al estudio de Cristóbal Colón y su gesta oceánica. Véase *La aventura de Cristóbal Colón*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1989.

histórico es haber tenido en cuenta que no era posible repetir la vivencia marítima de 1492, sino sólo suponer lo que pudo haber sido ésta. Preferimos ceñirnos a la opinión del historiador Jakob Wasserman quien en los años treinta escribió que en este siglo no se podía uno imaginar lo ocurrido hace casi cinco centurias y que de nada servía traer a cuento modernas hazañas trasatlánticas pues “estas y parecidas empresas se realizaron y se realizan dentro de una tradición científica, apoyándose en conocidas leyes naturales y confiando en un orden cósmico comprobado”.⁴⁷

Quizá sería injusto reprocharle a Morison, quien era un marino experto así como gran conocedor de la técnica náutica, el querer revivir aquellos viajes, pero sobre todo la concepción que se pudo tener de los mismos en el siglo XV, a partir de la mentalidad y la técnica actuales, de no explicarnos su objetivo primordial al penetrar en el estudio sobre Colón. Su primera razón para acometer la empresa y rescatar la figura del genovés de manera práctica fue llegar a entender en la medida de lo posible a Cristóbal Colón como marino y esa finalidad se comprueba, efectivamente, al revisar la estructura de la investigación de este escritor estadounidense. Todo el primer libro está dedicado a las artes de la navegación desde el siglo XV y posteriormente se intercalan lecciones sobre técnica, adelantos, rutas, latitudes, vientos, corrientes, vida cotidiana y diversos aspectos de los viajes marítimos.

A partir del segundo libro Morison introduce a Colón, cuya personalidad fue un tema fundamental de la preocupación de su biógrafo. El carácter del genovés inspiró la curiosidad del romántico autor, o neorromántico si se prefiere, como lo hemos calificado por razones que se verán más adelante. El historiador norteamericano intitula un capítulo “el hombre Colón”,⁴⁸ que especifica nuevamente las expectativas del siglo XX respecto a la manera de abordar la figura del Almirante. Para Morison, el ligur fue “un marino intrépido y un soñador práctico”⁴⁹ a quien admira por su coraje físico, su incansable persistencia y su voluntad inquebrantable, además de por “su fe genuina y sincera”. Agrega que su religiosidad “era mucho más poderosa que su deseo de ganar gloria, riqueza y honores mundanos”.⁵⁰ El historiador Ramón Iglesia difiere en este punto, ya que considera que no era esta la característica más destacada de Colón.

⁴⁷ Jakob Wasserman, *Cristóbal Colón: el Quijote del océano*, Madrid, Ediciones Ulises, 1930, p. 71.

⁴⁸ El ya citado historiador español, Ramón Iglesia, tiene un ensayo del mismo nombre que escribió en el año de 1930.

⁴⁹ Samuel Eliot Morison, *The Great Explorers...*, p. 352.

⁵⁰ Samuel Eliot Morison, *El Almirante...*, p. 82.

Yo creo que Colón —afirma— fue un hombre poco religioso. Su pretendida piedad era elaborada, consciente, extrovertida, ritual. La religiosidad de Colón es tan secundaria en su espíritu, tan interesada, tan pendiente de resultados prácticos, como su pretendido sentimiento de la naturaleza.⁵¹

Morison argumenta que Colón era un hombre astuto pero que de haber buscado sólo la recompensa material se hubiera retirado a gozar de ésta, dejando a otros la tarea de colonizar, lo que lo hubiera librado de terribles problemas y dolores de cabeza innecesarios. Empero, el autor lo exonera de sus faltas, como lo hizo Irving un siglo y medio atrás, diciendo que si fracasó como colonizador fue “porque su concepción de una colonia trascendía el deseo de sus acompañantes para instaurar, y de los indios para recibir, las instituciones y la cultura de la Europa renacentista”.⁵²

Existe un lado negativo junto a las virtudes de Colón y a la excelencia del viaje. Mientras Morison difícilmente encuentra defectos en el Colón navegante, “la más sobresaliente y esencial de sus cualidades”, su sistema colonialista fue “muy cuestionable”. Los nativos fueron esclavizados cuando el genovés impuso el sistema de repartimiento a través de una política cruel que él inició e “inexorablemente” siguieron sus sucesores.⁵³ Esto resultó en el genocidio, aunque Morison, siguiendo la tradición anterior, recuerda que esta crueldad no era privativa de los españoles, sino que era un modo de vida de los europeos de aquella época.

En el tema sobre la obra conquistadora y colonizadora hispánica destacó considerablemente un compatriota de Morison, Lewis Hanke, a quien mencionamos aquí porque afirmaba que el periodo del Descubrimiento, una de las épocas de mayor actividad intelectual de la historia, reflejaba que “aunque hubo saqueo e inhumanidad... también es cierto que España, en el proceso mismo de forjar su imperio, estuvo durante décadas obsesionada por el afán de gobernar con justicia”.⁵⁴ Hanke y Morison no negaban que la encomienda había empezado con Colón, pero Hanke observaba también que

⁵¹ Ramón Iglesia, *El hombre Colón...*, p. 84. Para el historiador Alain Milhou, Colón era un hombre devoto, mas no supersticioso; compenetrado con los textos sagrados, “asumió toda la herencia mesiánica de la cruzada medieval”. Véase *Colón y su mentalidad mesiánica*, pp. 46, 96 y 470.

⁵² Samuel Eliot Morison, *El Almirante...*, p. 805.

⁵³ Samuel Eliot Morison, *The Great Explorers...*, pp. 469 y 470.

⁵⁴ Lewis Hanke, *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo*, México, SEP, 1974 (*SEP-Serietas*, 156), p. 181.

no habían pasado veinte años desde que [el genovés] daba gracias a Dios por llevar su expedición a buen fin en tierras de América y se ganara la amistad de los naturales ofreciéndoles bonetes colorados y cuentas de vidrio cuando se alzó el primer clamor de justicia a favor de los indios.⁵⁵

Pero volvamos con Morison. Este repite la creencia de los autores de la escuela decimonónica de Boston en el sentido de considerar a Colón como un predestinado, como un hombre que tenía muy clara su misión y confiaba en su destino. La lectura de los juicios de este investigador nos hace pensar en él como un neoprovidencialista, pues hace continuas y numerosas referencias a la participación divina como guía de las acciones del marino genovés. Para él —y esto nos recuerda necesariamente a los argumentos de las escuelas romántica y la puritana— “Dios está con los hombres que ponen su pensamiento en Él por una buena causa”.⁵⁶ Hay en sus palabras un afán por conferirle al carácter de Colón una dimensión moral, intento que hemos visto repetirse constantemente desde el siglo XVIII en el lento proceso de hacer de esta figura un ser casi mitológico, que debía pasar a los anales junto con los más grandes estereotipos históricos.

Morison define a Colón como un hombre cuya mentalidad estaba a horcajadas entre la Edad Media y el mundo moderno. Sus rasgos medievales son su “inquebrantable fe en Dios”, sus métodos de razonamiento, su ética y su visión milenarista.⁵⁷ Producto de la revolución renacentista, que también se trasluce en su carácter, está su definición como hombre de acción, reflejada concretamente en su actividad marinera, en su curiosidad, en su sentido de la aventura, en el anhelo por adquirir riqueza y nombre e igualmente en su “indómita fuerza de voluntad”.⁵⁸

Esas son las conclusiones que saca Morison de las fuentes tradicionales. Del padre Las Casas dice que “es el único libro del Descubrimiento de América que yo desearía conservar si todos los demás debieran ser destruidos”,⁵⁹ opinión que, nos atrevemos a conjeturar, parecen haberla compartido sus compatriotas desde el siglo XVII, al ser ésta indiscutiblemente la referencia más utilizada por los especialistas preo-

⁵⁵ Se refiere al fraile dominico Bartolomé de Las Casas a quien estudió varios años de su vida como investigador. Véase *La lucha por la justicia en la conquista de América*, trad. Ramón Iglesia, Buenos Aires, Sudamericana, 1949, p. 27.

⁵⁶ Samuel Eliot Morison, *El Almirante...*, p. 82.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 27-29.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 30.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 86.

cupados por reconstruir la figura colombina. Agrega el autor además a Fernando Colón, a Herrera y a Oviedo.

Además de la célebre descripción física de Colón que reseñan las obras mencionadas y que no vale la pena repetir, Morison extrae los datos sobre su vida que también ya conocemos. Se declara contrario a la tesis que insiste en el origen judío del marino,⁶⁰ antes bien asegura que es un católico genovés, de origen plebeyo, aunque disculpa a su hijo Fernando por quererlo elevar a un estrato superior en la escala social de entonces. El estadounidense tiene la debilidad de inventar o recrear figuras románticas y tiende también a olvidarse de la objetividad en aras de la emotividad.

Podemos imaginar —dice— a este muchacho de buen carácter y cabellos rojos soñando los grandes e ilusorios proyectos de la juventud... lo suponemos mozo, altivo y sensible, fiel al cumplimiento de sus obligaciones religiosas... anhelando la aventura y místicamente convencido de su alta misión.

Y un último ejemplo, “cabe pensarlo asimismo como un caudillo en la tumultuosa vida de las calles genovesas”.⁶¹

No haré una crítica literaria sobre el carácter novelesco de los juicios, sino que analizaré las nociones implícitas en ellos. ¿Qué proyecto soñó Colón en la juventud? Muy probablemente no lo que cree Morison, aquel que el genovés maduró después en su mente, es decir, el verificar la existencia de la ruta asiática por la vía de occidente, anhelo que conoció al contacto con los marinos portugueses (1477 o después) y por las lecturas que según parece llevó a cabo. Toda una experiencia vital permitió a Colón acumular preparación y medios para que a los cuarenta años pudiera poner en práctica su esquema de las Indias. No fue este hombre, creo, un adolescente precoz ni un visionario predestinado desde niño. Tampoco parece haber sido un ciudadano genovés destacado, menos aún un “caudillo”, aunque desafortunadamente faltan documentos precisos que nos permitan aclarar cómo era su vida en aquellos días. El mismo Morison asegura más adelante que Colón aprendió náutica en la escuela de la experiencia; que viajó a Chíos,

⁶⁰ Entre la década de los treinta y los cuarenta de este siglo se ventiló en los Estados Unidos la sospecha del origen judío de Colón, creencia que han rescatado algunos estudiosos hasta hace muy poco. Cito como antecedentes: Henry Vignaud, “Columbus a Spaniard and a Jew”, en *American Historical Review*, XVIII, 1913, pp. 505-512; también Jakob Wasserman, *op. cit., passim*; Salvador de Madariaga, *Vida del muy magnífico señor Cristóbal Colón*, Buenos Aires, 1940. La última propuesta es la de Simon Wiesenthal, *Sails of Hope*, Nueva York, Mcmillan, 1973.

⁶¹ Samuel Eliot Morison, *El Almirante...*, p. 40.

África e Irlanda, aunque en sus travesías por el norte no parece haber conocido las sagas nórdicas ni el mapa Vinland pues de otra forma: “Fernando lo habría consignado en el décimo capítulo [de su obra], allí donde fueron reunidos todas esas islas míticas.”⁶² ¡Qué curioso nos parece que Morison desconfiara del dato acerca de la ascendencia ilustre de Colón, aportado por su biógrafo, y creyera que la omisión del supuesto mapa era prueba suficiente de la ignorancia del genovés respecto a la experiencia trasatlántica del siglo XI.

El capítulo VI, “La empresa de las Indias 1474-1492”, resulta ser de los más importantes de la obra colombina de Morison porque empieza al formularse la pregunta clave: ¿Qué es lo que Colón se proponía hacer? Aquí entra el autor a polemizar con los argumentos de Henry Vignaud, “el gran iconoclasta”, como llama a su compatriota, en torno a la hipótesis de negar la verdad del objetivo asiático de la empresa de 1492. La polvareda crítica que levantó Vignaud aún estaba muy reciente en los años cuarenta, pues los discípulos⁶³ de aquel crítico norteamericano le daban vigencia a sus postulados. Morison llama a la polémica “un intercambio de conjeturas” por el cual —asegura— él mismo resulta ser el más fatigado.⁶⁴

Para Morison el objetivo de Colón era llegar a Asia navegando hacia el occidente. Esta era, en su opinión, “la idea madre ante la cual se subordinaba todo el resto”, aunque como meta adicional estaba el encontrar una o más islas en su ruta, Fernando Colón postulaba esto último como el primer objetivo y el autor anteriormente citado Roger B. Merriman consideraba —recuérdese— que éste era un motivo tan importante como encontrar Asia por el oeste. Para nosotros se sostiene el objetivo asiático, pero no es difícil ni descabellado suponer que Colón esperara también encontrar islas en su travesía por el océano. Para probar que Colón deseaba ir a la India, Morison se apoya en que nadie le discutió a éste sus títulos acordados en las capitulaciones antes de partir, porque se sabía que había vuelto de Asia, según lo prometido a los Reyes Católicos. El estadounidense agrega también que Colón, al tener muy claro su cometido, “no abrigaba pensamiento ni intención alguna de hallar el continente que nosotros llamamos América, ni siquiera sospechaba de su existencia”. De manera totalmente explícita

⁶² *Ibid.*, p. 55.

⁶³ Los principales seguidores de la tesis de Henry Vignaud fueron John Boyd Thatcher (1904), Cecil Jane (1930-33) y recientemente Kirkpatrick Sale (1990).

⁶⁴ Samuel Eliot Morison, *El Almirante...*, p. 71.

el biógrafo colombino concluye que “América fue develada de modo fortuito o por casualidad”.⁶⁵

Por las anteriores razones Morison considera que es una necesidad creer en la hipótesis sostenida por la escuela de Vignaud, de que la existencia de las tierras en el Atlántico hubiesen sido develadas por información secreta de un personaje desconocido, fundamentada en una mala interpretación del libro de Fernando Colón. Su padre no escondió los datos deseoso de sacar el mejor partido de lo que ofrecía la Corona por sus descubrimientos. Todo ello es para el autor, y no le falta razón para creerlo así, “una gigantesca conspiración para deteriorar la Verdad”.⁶⁶

La segunda interrogante de Morison es: ¿De dónde le vino la idea a Colón de que llegar al este por el oeste era una posibilidad? Para responder, el autor prefirió acudir más a sus sentimientos que a su lógica, y la solución parece más novelesca que histórica.

Navegar al oriente por el occidente puede habersele ocurrido a Colón en su niñez, cuando cavilaba sobre la leyenda de su nombre de pila⁶⁷ o en la juventud en una estación de ayuno y oración que hacen a la mente más receptiva para el alumbramiento; o ya hombre mientras contemplaba una magnífica puesta de sol desde la cubierta del barco. Puede haber llegado silenciosamente como la gracia de Dios o en un ímpetu y tumulto de convicción apasionada y emocional.⁶⁸

¡Cómo nos recuerdan a Irving estos despliegues de imaginación desbordada! No sabemos cómo fue en realidad que el protagonista de la obra de Morison concibió tal proyecto,⁶⁹ mas es difícil pensar en un niño precoz que especula sobre el misterio cabalístico o simbólico de su nombre, o en un joven que ayuna y ora guiado por una profunda

⁶⁵ *Ibid.*, p. 93.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 94. Morison no da crédito a la propuesta de Vignaud sobre la validez de la leyenda del piloto anónimo y para refutarla da la explicación propia de un marino, terreno en el que el autor era un especialista. Un barco averiado, explica, con el solo impulso del viento no puede cruzar el Atlántico y llegar a salvo a Europa, pp. 100 y 101.

⁶⁷ Las Casas es el primero en hacer referencia a la misteriosa firma de Colón XPO FERENS: en su *Historia de las Indias*, lib. I, cap II, p. 28. El ya citado estudioso del mesianismo en Colón, Alain Milhou da una explicación muy amplia en su obra citada, pp. 59-65. Casi todos los historiadores del siglo pasado y de éste sacan a colación el significado que para Colón tuvo su nombre y lo relacionan con su creencia en ser un elegido de Dios para cumplir una alta misión.

⁶⁸ Samuel Eliot Morison, *El Almirante...*, p. 95.

⁶⁹ Nosotros creemos que fue fundamental su experiencia en Portugal (hacia 1483) y naturalmente su formación práctica aunada a las lecturas. Para los libros que leyó Colón y la influencia de las autoridades antiguas véase a Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*, México, FCE, 1953.

convicción religiosa, o en un adulto que sueña con hacerse a la mar en una empresa más apropiada para aquel muchacho penitente que Morison pinta líneas atrás. Este historiador no pensó en las limitantes de cada edad y en la perspectiva del tiempo que se desprende de ellas. Sin embargo, le quedó un cuadro bonito, pero un cuadro al fin y al cabo.

Tras esta emotiva descripción, que por otro lado suele ser propia de un estudioso que se apasiona con su tema de investigación, Morison vuelve a poner los pies en el terreno de la explicación histórica profesional y analiza los antecedentes del programa colombino. Desfilan autoridades tales como Aristóteles, Estrabón, Eratóstenes, Ptolomeo, Alfragrano, la Biblia, Pierre D'Ailly, Toscanelli. Para él debe aceptarse la autenticidad de las cartas de este último, aspecto que desde entonces poco se ha cuestionado la historiografía actual, al dar esto ya por sentado. Repite lo que habíamos visto en obras anteriores, que la originalidad de Colón no descansa en la meta que se fijó de llegar al Asia, sino en que la llevó a la práctica,⁷⁰ y más importante aún, que superó todas las expectativas de conocimiento marítimo al hallar la ruta de regreso a Europa sin conocer datos científicos o experiencias previas.⁷¹ Para Morison, Colón llegó a América por casualidad, no se olvide, y ese es para el norteamericano su logro, aunque lo realizó de manera inconsciente. Ahora bien, el autor también reparte los laureles a los hombres de la época al decirnos que la “idea” de llegar al este navegando por el Atlántico no era original de Colón, sino que flotaba en el ambiente europeo de entonces y si él “hubiera vacilado o fracasado, otro estaba presto para embarcarse en la misma arrojada aventura”.⁷²

Otros ingredientes que le faltaban a la explicación de Morison sobre la inspiración del viaje colombino hacia las Indias son la intuición, la suerte y Dios.⁷³ Colón simplemente “sabía” que su proyecto era posible. Si revisamos todo el edificio construido por Morison, nos daremos cuenta de que los cimientos están dados por un autor que ya hemos revisado detalladamente, nos referimos a Washington Irving. Se repite en *El almirante de la mar océano* la recreación del paisaje, el claroscuro en las descripciones del personaje, el ambiente de la época, la imagen perfecta de Isabel de Castilla, el juicio negativo de Fernando, la presencia de la intuición, el providencialismo y la tesis del descubrimiento casual de América.

⁷⁰ Samuel Eliot Morison, *El Almirante...*, p. 95.

⁷¹ *Ibid.*, p. 387.

⁷² *Ibid.*, p. 115.

⁷³ *Ibid.*, p. 97 y *The Great Explorers...*, p. 366. Dice: “por gracia de Dios, por convicción y por haber escuchado a los portugueses hablar de eso”.

En torno a este último punto, Morison asegura que Colón fue el primer europeo que pisó tierra continental americana después de los viajeros vikingos, aunque “el Almirante no supo qué había descubierto”. Salta a la vista la omisión del nombre de quien había sido considerado hasta ahora como el descubridor de la tierra firme, nos referimos a Juan Caboto, personaje que había perturbado la gloria absoluta del genovés. El historiador no se olvida del destacado marino al servicio de Inglaterra, pero considera que éste desembarcó en 1497 en la isla de Terranova, no en el continente como otros afirman, es decir, ni en la Península de Labrador ni en Cabo Bretón. Pese a no ser la empresa inglesa capitaneada por Caboto la que llevó a cabo el “descubrimiento”, su importancia radica en que es la precursora del imperio inglés en América. También Vesputio está fuera de toda consideración pues llegó a tierra firme en 1499.⁷⁴

Colón no pudo percatarse de la novedad de estas regiones porque estaba tercamente obstinado en querer situar allí su Península de Mangi, su Quersoneso Áureo y su paraíso terrenal, a pesar de que ni la naturaleza ni los habitantes cuadraban con los esquemas tantas veces leídos por él en los relatos viajeros de los hermanos Polo. A lo más que llegó fue a llamar a estas tierras asiáticas “otro mundo” en el sentido de ser desconocidas por los europeos.⁷⁵ Ahora la disputa está entre los vikingos y Colón pues ambos, según entendemos, “se toparon” con América de manera casual y sin sospechar siquiera donde se encontraban. ¿Cuál es, pues, la diferencia, que distingue al historiador estadounidense? La clave está en el primer viaje así como en las características del capitán de la empresa.

Colón era un gran navegante, tomando en cuenta las limitaciones de la época. Su mérito —insiste— no sólo radica en lo que hizo, sino en cómo lo hizo. Poseía lo que los franceses llaman *le sens marin*, sentido que para Morison le vino a Colón del cielo, un don esencial que le hacía apto para conocer, dirigir y planear.⁷⁶ Muchos de los cálculos y rutas que el genovés hizo por primera vez aún se utilizan en la navegación actual. En cambio, los viajes anteriores no dejaron huella en el tiempo; Colón “debe haber tenido una guía divina”.⁷⁷ Su gran acierto fue, entonces, haber sabido trasladar la experiencia portuguesa de navegación de norte a sur a la primera aventura atlántica de este a oeste.⁷⁸

⁷⁴ Samuel Eliot Morison, *The Great Explorers...*, p. 485.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 489.

⁷⁶ Samuel Eliot Morison, *El Almirante...*, p. 251.

⁷⁷ Samuel Eliot Morison, *The Great Explorers...*, p. 490.

⁷⁸ Samuel Eliot Morison, *El Almirante...*, p. 547.

La empresa de 1492 fue “el más trascendental viaje de la historia moderna” que puede ser conocida en un 98% por la información que el propio Colón dejó en su diario, que es para Morison la mejor fuente para acercarse al “verdadero” descubrimiento de América.⁷⁹

Morison rescata el valor del papel que jugó toda la tripulación en aquella epopeya heroica. No fue una empresa que acometió un solo hombre, fue un esfuerzo en conjunto. Casi todos los que abordaron los barcos para emprender el viaje eran españoles, la mayoría andaluces, y de ningún modo —nos advierte— debe un historiador hoy en día afiliarse con la idea de que se trataba de criminales y gente ignorante que pensaba que la tierra era cuadrada. Morison nos advierte que eran la flor y nata de la población marinera, hombres intrépidos, competentes y leales a su capitán que constituían “una flota inusitadamente bien organizada para descubrir y explorar”.⁸⁰ El viaje que emprendieron fue, curiosamente, uno de los más fáciles desde el punto de vista náutico. En poco más de dos meses, tiempo relativamente corto si lo comparamos con el de Vasco de Gama o el de Magallanes, sin tormentas ni vientos contrarios se completó la travesía de ida. A esto lo define Morison como “suerte”, una protagonista en este drama histórico. Más que nada el éxito se debió a que la escuadrilla estaba bien construida y adecuadamente equipada. Las dificultades, en opinión de Morison, fueron de índole moral y psicológica: la imaginación, el miedo y la duda de no poder regresar por el capricho del viento asaltaron a la tripulación.

Morison prefiere dar a Colón el mérito como alma de la empresa que a Martín Alonso Pinzón. Según el autor, no fue el andaluz quien motivó al genovés a cambiar el rumbo con lo que las tres naves evitaron la corriente del Golfo, cuya fuerza las hubiera proyectado a las costas de Florida o en el peor de los casos devuelto a España sin divisar tierra. Colón intuyó que si seguía a una parvada llegarían a tierra, como efectivamente sucedió, según lo relata Morison. Para él fueron los Pinzones los que querían regresar pero Colón, seguro de la ruta guiada por los pájaros, los persuadió para continuar.⁸¹ Tampoco fue el genovés quien flaqueó ni temió ante el disgusto de los hombres a bordo de la

⁷⁹ El término “verdadero” utilizado por Morison plantea problemas que son por excelencia filosóficos. Si tomamos en cuenta que la verdad tiene que ver con un juicio de valor y que éste enuncia lo que existe en la realidad. ¿Por qué, entonces, el viaje de los vikingos no es para el autor un descubrimiento verdadero? Para Morison, el que el de Colón lo haya sido descansa en que fue, como dice en el párrafo, “el más trascendental”; esto es, en suma, una cuestión meramente subjetiva. Véase Adam Schaff, *Historia y verdad*, México, Grijalbo, 1974 (*Enlace*), pp. 105-114.

⁸⁰ Samuel Eliot Morison, *El Almirante...*, p. 199.

⁸¹ *Ibid.*, p. 283.

Santa María, ni fue animado por el marino de Palos de Moguer, pues siempre tuvo una idea fija y dominante que lo impelía a continuar. Sin embargo, el descontento estaba en la nave dirigida por él y no en las otras dos, lo cual Morison explica un tanto ingenuamente: la población se componía casi en su totalidad de vascos y gallegos que le tenían resentimiento al genovés por ser extranjero.⁸² Lo mismo opina que ocurrió en la Española, donde Colón y sus hermanos por la misma razón eran odiados por los colonos hispanos. Morison explica que España era la nación europea más ferozmente nacionalista y sus hijos que fueron al Nuevo Mundo a buscar fortuna eran no sólo valientes y toscos sino también frecuentemente codiciosos e irrazonables.⁸³

Martín Alonso Pinzón tenía, según creemos, buenas razones personales para competir con Colón y disputarle su gloria. Había invertido dinero en la empresa, tiempo en la organización y en el reclutamiento de la tripulación por lo que seguramente esperaba ver buenos resultados de su inversión. Desafortunadamente poco conocemos de ese otro lado humano de la aventura de 1492 pues el capitán de la Pinta murió poco después de arribar a España y sólo sabemos de manera incierta sobre sus acciones por los litigios que llevó a cabo su familia para resarcir su prestigio y obtener lo que consideraban que merecía de la Corona por sus servicios.

Hasta aquí podemos concluir, tras haber seguido los argumentos anteriores, que para Morison el viaje de 1492 es una empresa colectiva digna de admiración, pero sin duda Colón fue “el alma del viaje” por así decirlo, el miembro más importante de la tripulación, aquel “que más influyó en el curso de la historia humana desde César Augusto”.⁸⁴ Este hombre, naturalmente orgulloso, apasionado y sensible, lidió con la envidia, la deslealtad, la ingratitud y la injusticia. Él es, finalmente, quien ha pasado a la historia con los laureles del triunfo.

Triunfo relativo si continuamos con Morison el desenlace de la biografía que concluye con la muerte del genovés. Sólo parece haber sido el primer viaje donde, triunfante, Colón llegó a España anunciando que había descubierto las Indias, su largo y lejano objetivo, el que merece especial atención. Momento fantástico, sin duda el de la llegada a Guanahaní, aunque el desembarco debió haber sido también desconcertante, pues en vez de una majestuosa corte chinesca, en vez de marfil, elefantes y riquezas orientales, en vez de los habitantes de Cipango y Catayo, salían de entre los matorrales y chozas seres humanos

⁸² *Ibid.*, pp. 282 y 283.

⁸³ Samuel Eliot Morison, *The Great Explorers...*, p. 469.

⁸⁴ Samuel Eliot Morison, *El Almirante...*, p. 804.

de extraña apariencia y sorprenden amabilidad. La primera aventura oceánica fue idílica; las tres siguientes fluctuarían de la búsqueda de lo anhelado a la desesperación y culminarían en la decepción pues si bien en ellas se destacó Colón como el más grande navegante de su época, no logró comprobar que estaba en los confines de Asia. Con su ejemplo, sin embargo, incitó a la postre a hombres de todas las naciones de Europa a emprender travesías marítimas y de exploración.⁸⁵ Sin duda es fácil concordar con Morison en lo que creemos que es lo trascendental de la empresa de 1492: en efecto el viaje trajo aparejadas una serie de consecuencias que desencadenaron la apertura del mundo, la ruptura de las fronteras físicas y mentales que aislaban a los hombres y a los pueblos.

Morison agrega por último que el descubrimiento de América ha sido una parte de la historia de su propia nación. De ella “penden como ningún otro hecho la historia de los Estados Unidos, del Canadá y de muchas repúblicas americanas”.⁸⁶ Toda la historia de las Américas, concluye, arranca de los cuatro viajes de Colón y esas naciones independientes deben unirse en un homenaje... a quien llevara la civilización a través del mar océano”.⁸⁷ Por eso, según apunta Morison, a pesar de que América hubiera sido descubierta eventualmente de haberse rechazado la empresa colombina, “ningún viaje posterior hubiera tomado tan espectaculares resultados”.⁸⁸ Y, como corolario a su biografía del genovés, Morison recuerda indirectamente a Gómara cuando afirma que “desde el nacimiento de Cristo no ocurría una noche tan llena de significado para la raza humana que aquella del 12 de octubre de 1492.”⁸⁹

4. Tres décadas de revisionismo en Norteamérica

La última idea con la que pusimos fin al análisis historiográfico de la obra de Samuel Eliot Morison, la que se refiere a la trascendencia del viaje colombino en la conformación histórica de los Estados Unidos, es retomada y ampliada a principios de los años cincuenta por otro investigador de Harvard, Howard Mumford Jones.

Al desentrañar los elementos constitutivos de la experiencia estadounidense a partir de las interrogantes ¿qué es el norteamericano?,

⁸⁵ *Ibid.*, p. 805.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 547.

⁸⁷ *Ibid.*, p. 806.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 805.

⁸⁹ Samuel Eliot Morison, *The Great Explorers...*, p. 400.

¿qué relación hay entre éste y el Nuevo Mundo? y ¿de qué forma contribuyó Colón para crear fundamentos nacionales de Norteamérica?, el historiador completa una obra fundamental que titula *Este extraño Nuevo Mundo* (1952)⁹⁰ con el afán de entenderse a sí mismo y al devenir histórico de su nación.

Mumford Jones advierte que su objetivo es conocer los hechos conformativos de los Estados Unidos “tal como fueron adquiriendo forma desde el Descubrimiento”.⁹¹ Encuentra que su país fue directamente el resultado del legado de la época renacentista, y su desarrollo se dio “al sol o a la sombra de aquella gran edad”. En América convergen caudalosos torrentes culturales provenientes de distintas fuentes, pero principalmente de los grandes imperios colonizadores de los mundos mediterráneos y de la Gran Bretaña.⁹²

El Nuevo Mundo fue visto por Colón a través de la lente estética del Renacimiento latino y se dotó desde entonces al continente americano de significado a partir de los valores culturales greco romanos. El genovés vio en este hemisferio un precioso vergel, un jardín paradisíaco o idílico, una edad de oro. Tras los relatos colombinos de aquella entidad perfecta, Europa construyó una utopía y virtió en ella sus ideales, prolongados después en suelo norteamericano.⁹³

Si bien la transmisión de esos elementos se hizo a los Estados Unidos por la vía inglesa, no obstante, Mumford Jones rescata la importancia del mundo hispánico y su significado como primera y ejemplar potencia colonizadora. Incluso cree que la sed de riqueza, el afán de grandeza, el individualismo y la búsqueda de la aventura, fueron características de la época, no solamente de los españoles, y fueron valores que surgieron a la par de la música, el arte, la literatura o los albores de la ciencia política en el Renacimiento. “Bien podría ser —explica— que la codicia del oro no baste para explicar las hazañas y esfuerzos sobrehumanos de los conquistadores, pero también es verdad que no se hubiera comprendido sin la ilusión de una recompensa”.⁹⁴

Para Mumford Jones es necesario entender y hacer comprender al público norteamericano que los Estados Unidos buscaron un pasado legendario, rico e histórico y mucho de ello se lo aportó España. Por ello, es fundamental para un historiador el emprender un estudio profundo sobre el pasado ibérico, o mejor diríamos nosotros, continuar con el

⁹⁰ Howard Mumford Jones, *Este extraño Nuevo Mundo*, México, UTEHA, 1952.

⁹¹ *Ibid.*, p. VII.

⁹² *Ibid.*, p. 62.

⁹³ *Ibid.*, pp. 11-14.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 32.

mismo, si tomamos en cuenta que este sobreinterés no ha cesado desde el siglo XVII. “Los ilustrados puritanos, afirma, al creer tanto a Las Casas no pudieron ser receptivos, mientras que quienes rindieron culto al progreso en el siglo XIX interpretaron erróneamente la cultura católica, pero en el siglo XX hay reivindicaciones”.⁹⁵ Más adelante agrega este historiador que sus colegas

han rectificado las ideas de que el imperio español en el Nuevo Mundo se debió a hombres crueles, incultos, perezosos o ineptos, y aunque hubo españoles de esta índole, incluso entre dignatarios de alta categoría, [éstos] inventaron un sistema de administración colonial que no tiene par desde los días de la antigua Roma.⁹⁶

Creemos que el gran mérito del libro que ahora analizamos no radica tanto en el rescate del valor de la cultura hispánica, actitud que, hemos visto, ha fluctuado entre la admiración y la condena desde la época colonial. Más bien descansa en el hecho de que el autor cobra conciencia plena de que existen razones por las cuales el estadounidense ha tratado de incorporar a Colón en su devenir histórico, y se dedica a profundizar en ellas. La suya es, en suma, una aproximación personal-vital con el tema; lleva a cabo una síntesis de lo que la tradición dieciochesca y el siglo XIX plantearon, pero que no explicaron del todo: que Colón era un hombre del Renacimiento y su viaje fue producto de los avances y revoluciones intelectuales de esa época. A raíz del descubrimiento de América se transmitieron al continente los elementos culturales de dicha edad, ideales, repetimos, que los Estados Unidos hicieron suyos.

La tradición historiográfica norteamericana seguía removiendo viejos escombros para edificar sobre ellos nuevas interpretaciones que respondieran a las actuales inquietudes. Una década después de que escribiera Mumford Jones su tesis, en los años sesenta, se seguía la revisión de los postulados anteriores y la discusión en torno a la trascendencia de la cultura cristiano europea, o mundo occidental moderno si se prefiere, en América. A pesar de que continuaron los escritos panegíricos exaltantes de la figura colombina, la huella dejada por Vignaud despertó nuevas inquietudes. La línea decimonona Goodrich-Winsor-Vignaud fue una ramal que penetró de forma vigorosa a las aulas de las distintas universidades del país donde los investigadores, todavía sedientos de revisionismo crítico, buscaban nuevas explicaciones en torno

⁹⁵ *Ibid.*, pp. 74-76.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 62. Entre otras cosas el autor destaca el hecho de que España incorporó a los indios a su cultura colonial a diferencia del anglosajón, (p. 39).

al tema. La obra de Carl Sauer, *The Early Spanish Main* (1966)⁹⁷ demostró que no todos los investigadores norteamericanos compartían el orgullo filial por la herencia europea legada de manera avasalladora a raíz del descubrimiento.

Si Sam Morison realizó el viaje trasatlántico con la esperanza de reconstruir la ruta colombina, Sauer llevó a cabo por su parte una exploración práctica y experimental en las regiones del Nuevo Mundo que fueron escenario del “contacto” entre nativos y españoles desde 1492. Aportó sus conclusiones y resultados de geografía histórica en una interpretación que ataca a las sociedades blancas y toma partido a favor de la naturaleza y de los primigenios habitantes de este continente, muchos de los cuales se extinguieron de la faz de la tierra en una heroica lucha por sobrevivir.⁹⁸

Un instrumento que Sauer encontró muy útil para atacar a Colón, el primer hombre que trajo la civilización occidental al Nuevo Mundo, fue el libro de Henry Vignaud. El esfuerzo por “humanizar” a Colón, que empezó el siglo pasado con Aaron Goodrich y fue retomado por la escuela de Vignaud a principios de este lustro, tomó no sólo mayores proporciones con Sauer, sino que por medio de él se tendió un puente comunicante que ha sido utilizado por quienes ahora buscan argumentos para rescatar el movimiento indigenista en la conmemoración de 1992. Si bien la obra de Vignaud, a la que Ramón Iglesia califica de “maciza, imponente y documentada”,⁹⁹ intentó ofrecer otro “claroscuro” al estudio de la imagen colombina, sus seguidores no supieron dar equilibrio a la figura del Almirante y cayeron, lo que en nuestra opinión sigue sucediendo, en la tentación hipercrítica, igualmente deshumanizante e irreal que la idílica y legendaria imagen creada por el romanticismo. Bien podría servir de ejemplo la advertencia que formuló Charles Lummis en los años treinta:

Las investigaciones hechas de algunos años a esta parte han modificado grandemente nuestro juicio acerca de Colón. La tendencia de las generaciones pasadas era convertirlo en un semidios, en una figura histórica sin tacha, en un ser perfecto, todo nobleza. Esto es absurdo porque Colón no era más que un hombre. La generación actual tiende a lo contrario exactamente, esto es a quitarle toda cualidad heroica y hacer de él un pirata impune y un despreciable instrumento de la suerte; a tal extremo, que muy

⁹⁷ Carl Sauer, *The Early Spanish Main*, Berkeley, Cal., University of California Press, 1966.

⁹⁸ Varios historiadores actuales hablarán de la desaparición de los tainos, grupos aborígenes que sostuvieron el primer contacto con los europeos. Sauer hace todo un análisis antropológico sobre estas comunidades y su forma de vida (véase cap. III).

⁹⁹ Ramón Iglesia, *El hombre Colón...*, p. 68.

pronto no va a quedar nada de Colón. Esto es igualmente injusto y poco científico.¹⁰⁰

La visión de Sauer es, pues, destructiva; parte del Colón recreado por Vignaud casi al pie de la letra, sin agregar, de hecho, nada nuevo. Considera al genovés como un hombre egoísta, ambicioso, deseoso de grandeza y riqueza y prefiere, como Vignaud, cuestionar el objetivo asiático.¹⁰¹ Asimismo, la obsesión del ligur por el oro determinaba su conducta y como primer gobernador del Nuevo Mundo fue “innoble”. Carecía también de habilidad para adaptarse y aprender de las circunstancias; cuatro viajes no fueron suficientes para que abriera los ojos a la realidad y percibiera que aquellas tierras distaban de ser asiáticas. “Era un romancero crónico, compulsivo que vivía en un mundo ilusorio”.¹⁰²

Ningún argumento parece ser válido para explicar los profundos errores que Colón cometió durante su vida. Sauer no contempla al genovés como hombre del siglo XV, lo cual le hubiera servido para entender que, efectivamente, el marino combinaba el milenarismo religioso medieval, la fábula y la religiosidad con un sentido de empresa guiado por la sed de lucro y la curiosidad renacentista hacia el conocimiento empírico. Pero Sauer sólo se limita a criticarlo por buscar el oro de Salomón y de David, Mangi y al Gran Rey asiático en un escenario que no albergaba ninguna de estas fantasías; “le dio a España un Nuevo Mundo cuya existencia siempre ignoró”¹⁰³ Todos estos argumentos nos son conocidos, y aún añade otras críticas severas, mas para resumir basta decir que Sauer concluye que el descubrimiento de América fue un acontecimiento su y sujeto de una tragedia” porque implicó la destrucción de la naturaleza y la esclavitud de sus nobles habitantes.

Los historiadores norteamericanos en el siglo XX se han empeñado, casi por lo general, en derruir piedra por piedra la estatua de Colón que con gran paciencia esculpieron los hombres del siglo XIX, pero contrariamente a esto se han vuelto adictos a enaltecer la edad dorada de la etapa precolombina. Han exaltado con entusiasmo al estado de naturaleza y al buen salvaje amable y dócil que habitaba en tierras americanas, símbolos que tanto el Renacimiento como el romanticismo recrearon para dotar de ser a este continente. Así pensó también Carl Sauer que era este hemisferio antes de ser contaminado y corrompido por los primeros europeos:

¹⁰⁰ Charles Lummis, *op. cit.*, p. 23.

¹⁰¹ Carl Sauer, *op. cit.*, pp. 15-17.

¹⁰² *Ibid.*, pp. 103 y 104.

¹⁰³ *Ibid.*, pp. 142, 290.

La gente no sufría de escasez. Ponían cuidado de sus cultivos, eran diestros en la pesca y sobresalientes en el manejo de sus canoas y como nadadores. Diseñaban casas atractivas que mantenían siempre limpias. Encontraban expresión estética en el trabajo de la madera. Tenían tiempo libre para disfrutar de diversiones en juegos de pelota, baile y música. Vivían en paz y amistad.¹⁰⁴

Lo que en el pasado se consideró como ejemplo de salvajismo, barbarie y atraso, lo opuesto a la civilización y al progreso, ahora es visto como un modo de vida que hubiera sido pertinente conservar. Quizá sea el siglo XX el que vea transmitir cierto arrepentimiento anglosajón, que hasta hace poco se encontraba bien escondido en el subconsciente.

La inquietud que nos surge no es que Sauer culpe a los europeos por haber alterado la estructura social y vital de los nativos, cosa que efectivamente ocurrió. Nadie puede negar que el desarrollo de las primeras fundaciones españolas en las islas del Atlántico está libre de actos inhumanos y de crueldad. No hay aquí leyenda negra desde el punto de vista indígena; hay realidades y hechos. Muerte, desolación y robo son cosas ciertas, pero han sido también continuamente recordadas o hasta exageradas y han resultado excelentes fuentes para desacreditar el sistema colonial hispánico. La crítica tradicional de siglos ha impedido que cicatricen las heridas que el tiempo debió haber sanado.

La dificultad no estriba, pues, en que el autor analice hechos reales con mayor o menor objetividad, sino en idealizar las condiciones americanas de antes del descubrimiento, porque en la tierra no existen ni han existido paraísos edénicos ni seres apolíneos buenos y completamente desinteresados, ni siquiera se ha dado un completo respeto hacia la naturaleza, pues el problema, creemos, no está en el hombre occidental, sino simplemente en el *hombre*.

Esta exaltación proclive al indigenismo ha tenido desde los años veinte largo eco en Norteamérica. La década siguiente no podía pasar sin llevar a cabo una revisión sobre este punto; y es que el siglo XX ha mirado con angustia que el Dios Progreso no es tan misericordioso con la humanidad y con su ecosistema. Las sociedades avanzadas, que veían el futuro en sus manos, ahora miran con preocupación la venida del milenio en tanto se preguntan cuáles son las próximas expectativas

¹⁰⁴ Esto sin olvidar el gran cuidado que los indios ponían para mantener el equilibrio ecológico, el buen sistema de rotación de cultivos y de técnicas adecuadas para abastecer de lo necesario a toda la población sin desperdiciar nada (p. 69 y cap. III). Hay autores como Wilbur R. Jacobs que aseguran que tampoco el indio era cuidadoso con la naturaleza. Véase *El expolio del indio norteamericano*, Madrid, Alianza Editorial, 1973.

para la civilización. ¿Qué acaso se está reconsiderando la veracidad de que todo pasado fue mejor, como apuntaban los filósofos ilustrados? Lo cierto es que los norteamericanos han caído finalmente en cuenta que, como lo advertía Johan Huizinga en los años cuarenta “una historia que sólo quiere descubrir en el desarrollo de la humanidad la teodicea del progreso o el espejo del presente, no puede ser auténtica”.

Siguiendo la misma línea temática, en *The Invasion of America*¹⁰⁵ Francis Jennings (1975) habla de rescatar “el punto de vista indígena” que debe considerarse cuando se habla sobre el hecho de 1492. Este naturalmente no habla de “descubrimiento”, por lo menos no de manera unilateral visto desde la perspectiva eurocentrista que favorece sólo a Occidente, sino de “invasión”.¹⁰⁶ La propuesta del autor es utilizar la palabra “contacto” que “sugiere propiamente reciprocidad del descubrimiento que siguió a las iniciativas europeas de exploración; así como los europeos descubrieron a los indios, los indios descubrieron a los europeos”.¹⁰⁷ Colón —prosigue Jennings— no descubrió un Nuevo Mundo, “estableció contacto entre dos mundos, ambos ya viejos”.¹⁰⁸

Esta tesis de “descubrimiento recíproco” nos suena conocida a los mexicanos que hemos estado al tanto de la polémica suscitada en nuestro país durante la década pasada, principalmente entre dos destacados historiadores: Edmundo O’Gorman y Miguel León Portilla.¹⁰⁹ La propuesta de este último es muy parecida a la que ahora analizamos. Se centra en que el “contacto” creó interdependencia y sobre todo intercambio cultural entre dos partes (también excluye a otros grupos concertantes). Occidente transformó patrones económicos, apunta Jennings, legó su tradición cristiano-europea, agilizó la expansión, fracturó las instituciones indígenas, trajo epidemias que causaron estragos y, por consiguiente, cambios en la demografía de este hemisferio. Efectivamente quienes llegaron impusieron de manera contundente estos elementos, pero donde más batalla Jennings, que es también donde tiene dificultades León Portilla, es en tratar de equiparar las aportaciones de los nativos a la cultura de los “invasores”. El estadounidense

¹⁰⁵ Francis Jennings, *The Invasion of America. Indian Colonialism and the Cant of Conquest*, Nueva York, W. W. Northon & Co., 1975.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. V.

¹⁰⁷ *Ibid.*, p. 39.

¹⁰⁸ Jennings es discípulo del historiador inglés J. H. Parry. Hay algunos puntos en que sigue a éste. Véase *Europa y la expansión del mundo*, México, FCE, 1952 (*Breviarios*, 60), pp. 63-74.

¹⁰⁹ Para conocer la polémica es recomendable acercarse al libro de Juan A. Ortega y Medina, *La idea colombina del Descubrimiento desde México*, pues el autor ha compilado todos los datos hemerográficos que presenta de forma organizada al lector en la segunda parte de la obra.

tan sólo puede enumerar tres aspectos: comida, técnica y guías para la penetración continental, intercambio, sin duda, muy dispar. Creo que el historiador de Chicago no habría tenido que sufrir tanto de haber considerado tan sólo un punto clave que sobrepasa por mucho a los tres sugeridos por él: el mestizaje. Esto parece que le pasó desapercibido y era un elemento al que podía haberle sacado mayor ventaja. Si lo omitió voluntariamente fue quizá para mostrar que existe una mayor separación entre los dos modos de vida. Si por el contrario, no lo tomó en cuenta, perdió el verdadero fundamento para sostener su hipótesis de manera más sólida.

Desde luego creo que se puede hablar de contacto o de “contactos” como prefiere el historiador mexicano Silvio Zavala, quien además nos sirve de ejemplo cuando dice “el contacto de gentes y de culturas estaba creando un nuevo pueblo y otro marco de civilización”,¹¹⁰ pero desafortunadamente para los indios, no fue un contacto recíproco. El mismo Jennings acaba por aceptar esta realidad cuando afirma que “la cultura occidental se convirtió en una *sine qua non* para la existencia indígena”,¹¹¹ no así lo fue ésta para aquella.

Una cosa es cierta, a partir de Colón se creó el mundo occidental moderno —tomando las palabras nuevamente de Zavala— “a pesar de los abusos e incluso de las culpas que acompañaron a la conquista colonial”.¹¹² No se le puede reprochar a Colón por esto; algunos historiadores lo han calificado como un visionario, pero de haber tenido el don que le confieren, no hubiera sido éste suficiente para permitirle al genovés adivinar lo que trajo a largo plazo y a nivel general su primer viaje, que sólo podemos apreciar desde la perspectiva de nuestros días. Resulta entonces pueril juzgar al Almirante sólo como el vehículo transmisor del imperialismo occidental en su entrada triunfante en América. Ya vimos que desde el siglo XVII Colón fue considerado como un instrumento de la Providencia, luego un paradigma de la civilización y de la ciencia, promotor del progreso y tal parece que ahora es también causante de la destrucción de nuestro entorno, de la contaminación y de los problemas del mundo actual.

Considero por otro lado, que el rescate que hace Jennings del valor de las sociedades precolombinas y de su herencia cultural no fue una labor infructuosa. Recordemos lo que defendía Ramón Iglesia hace varias décadas cuando afirmaba que “últimamente han soplado aires más

110 Silvio Zavala, “Prólogo” a Carlos Pereyra, *La conquista de las rutas oceánicas y La obra de España en América*, p. IX.

111 Francis Jennings, *op. cit.*, p. 39.

112 Silvio Zavala, “Prólogo”, p. XVII.

sanos en la historiografía del descubrimiento”.¹¹³ Creo que es así, sobre todo si comparamos lo que decía un estadounidense a fines de los cuarenta que América estaba ocupada sólo por “tribus de salvajes desnudos”¹¹⁴ antes del Descubrimiento. Jennings se esfuerza en cambio, como vimos, por tomar en cuenta los elementos que en el proceso de transculturación heredaron aquellos que hasta hace muy poco se consideraban como seres semibárbaros. Si bien parece que estos vientos cálidos que menciona Iglesia pueden derretir la glacial indiferencia que por siglos se ha proyectado hacia los grupos minoritarios en la historia de los Estados Unidos, sólo esperamos que la autocrítica anglosajona no haya llegado demasiado tarde. La integración de lazos históricos entre indios y blancos es una tarea doblemente difícil para un investigador norteamericano que para un hispanoamericano, porque a lo largo de siglos los vínculos raciales y culturales entre ambos grupos no han sido fortalecidos, sino antes bien, desde la época colonial fueron debilitados o destruidos. No hay sólidas bases nativas en los Estados Unidos, lo que debe forzar a los investigadores a realizar un mayor empeño para derribar lo que el propio Jennings considera que son hondos y absolutos estereotipos: civilización contra salvajismo.¹¹⁵ El obstáculo descansa, en suma, en que “el construir una historia sobre un tembladero de incomprensiones y sin el enraizamiento adecuado, dramáticamente necesario, con la cultura india había hecho del ente norteamericano un ser desarraigado”.¹¹⁶

Finalmente, aunque el planteamiento del autor se finca sobre arena movediza, al menos se ha empezado a considerar que lo que queda de los elementos culturales americanos autóctonos debe ser protegido, estudiado y asumido. Esa es la propuesta de Jennings, aunque, desafortunadamente, en este intento pierden el equilibrio él y quienes lo han seguido, pues han preferido inclinarse a desacreditar los valores occidentales que también les son comunes. No se ha llegado aún a un término medio. El ajuste quizá venga con la conmemoración quinquenalesimal cuando es propicio el diálogo multidisciplinario.

La década de los ochenta vio surgir nuevamente algunas consideraciones adicionales sobre el acontecimiento histórico de 1492. En *The Discoverers* (1983),¹¹⁷ el conocido historiador norteamericano Daniel Boorstin vuelve a revisar fuentes anteriores con el fin de indagar nuevas

113 Ramón Iglesia, “Prólogo” a Fernando Colón, *Vida de Cristóbal Colón...*, p. 7.

114 C. H. Haring, *El imperio español en América*, p. 15.

115 Francis Jennings, *op. cit.*, p. 15.

116 Juan A. Ortega y Medina, *La evangelización puritana...*, p. 312.

117 Daniel Boorstin, *The Discoverers*, Nueva York, Random House, 1983.

posibilidades de interpretación. Dos cosas sugiere en torno a este tema: La primera es que Ptolomeo,¹¹⁸ a pesar de sus cálculos geográficos inexactos, trascendió más de lo que comúnmente se supone por orientar las mentes de los viajeros renacentistas hacia regiones desconocidas hacia occidente, y sus teorías finalmente trajeron a Colón a este hemisferio.¹¹⁹

A esta autoridad que consultó el genovés se le debe la construcción del esquema mental fincado en la idea medieval del *Orbis Terrarum* en la que se concebía como única posibilidad la existencia de tres continentes habitados, rodeados por una porción comparativamente inferior de agua, el océano, que además se conectaba entre sí. Por lo mismo, Boorstin comprende que otra masa tan grande de tierra como América quedaba fuera de toda posibilidad pues el europeo de entonces no tenía los medios conceptuales para concebir un hemisferio del que antes no se había tenido noción alguna. Por ello,

la localización que hizo Colón del paraíso terrenal al sur de este continente inesperado no era casual fantasía sino la única explicación racional para reconciliar la existencia de una vasta fuente de agua fresca con su doctrina cristiana, con su geografía ptolemáica, con la identificación asiática de Cuba, y con la certeza de un pasaje de mar rodeando al Quersoneso Áureo en dirección al Océano Índico.¹²⁰

Por lo anterior es comprensible que Colón haya nombrado la parte continental de Paria como el Jardín del Edén y no se le puede pedir que intuyera nada como “la cuarta parte” o “Nuevo Mundo”. El primer viaje a las Indias fue una jugada temeraria cuyo significado no sería conocido por décadas. Simplemente el mérito que se le debe dar al genovés es el que merece y no se debe restarle crédito por lo que estaba incapacitado para lograr. Era un extraordinario marino, un gran conocedor de la navegación. ¡Qué importa —dice el autor— que él no hubiese tenido idea de donde estaba! Era un experto en el conocimiento de los vientos, de allí que pudiera regresar a España, con la técnica de entonces e ignorando los principios teóricos de la navegación celestial que aún era experimental. Tan sólo con la ayuda del cálculo y del compás retornó a los lugares que en el primer viaje había visitado “por accidente”.¹²¹

118 Klaudios Ptolomeo (100-170), fue un astrónomo grecoegipcio que concibió el sistema geocéntrico del Universo. Destaca su obra geográfica en traducción árabe conocida con el nombre de *Almagesto*.

119 Daniel Boorstin, *The Discoverers*, pp. 99 y 153.

120 *Ibid.*, p. 243.

121 *Ibid.*, p. 121.

El gran logro de Colón fue este: haber descubierto la ruta de ida y vuelta, al igual que haber hecho posible que otros la siguieran, pero no por ello debe ser considerado el descubridor de América, según Boorstin, pues en cuestión mental permaneció siendo esclavo de sus esperanzas por comprobar que estaba en Asia. Esto le acarreó el ridículo y la burla. Desafortunadamente para él, su mente era la de un geógrafo de la cristiandad medieval. Por consiguiente, el estadounidense considera que “fue apropiado que el nombre América se añadiera al Nuevo Mundo de manera casual y accidental, pues el encuentro europeo con este Nuevo Mundo fue hecho sin intención”.¹²²

El segundo argumento que encontramos en *The Discoverers* de Boorstin se centra en el rescate de la importancia de Portugal como potencia exploradora y cómo cree el autor que las hazañas de este reino superaron con creces a los españoles. En su opinión “la deslumbrante fama de Colón, por lo menos desde la perspectiva [norteamericana, nos ha cegado respecto a otros logros de descubrimiento marítimo tan grandes o más aún en la primera edad del mar”.¹²³ Para él, los lusitanos llevaron a cabo empresas más modernas y revolucionarias desde los aspectos técnicos y científicos, e igualmente de mayor trascendencia que los viajes de Colón auspiciados por España. El genovés persiguió una ruta que conocía —según el autor— a través de las autoridades antiguas y medievales. Sólo el mar era desconocido. En otras palabras, este marino era un conocedor de la teoría, sólo le faltaba la parte práctica, que cumplió en 1492. “La valentía de Colón estuvo en haber tomado un pasaje marítimo directo a tierras conocidas en una dirección conocida pero sin saber precisamente cuanto tiempo duraría esa travesía”.¹²⁴ En cambio, los portugueses se lanzaron al mar motivados por rumores y no

¹²² *Ibid.*, pp. 234-244. En la última década de nuestro siglo casi no hay punto de discusión. Américo Vespucio es el “descubridor” de América por haber acertado al decir que el territorio no era Asia, sino un continente distinto. Ya vimos la opinión de Boorstin al respecto, otra es la de Nigel Davies quien en 1979 planteó que los vikingos no descubrieron América, ya que ésta ya estaba habitada, aunque la “redescubrieron” en varias ocasiones con sus viajes a las costas de Norteamérica en busca de peces. El descubrimiento del cuarto continente ni siquiera entró en los cálculos de Colón pues él permaneció convencido de que había alcanzado el gran archipiélago asiático. “El completo descubrimiento de América por los europeos empezó cuando Américo Vespucio publicó (lo que publicaron fue una recopilación de pasajes de sus cartas, pero el florentino no llevó personalmente sus documentos a la imprenta) su *Mundus Novus* en 1503 y formalmente reconoció que el territorio no era un archipiélago asiático sino un Nuevo Mundo” (*Voyagers to the New World. Fact or Fantasy?*, Londres, McMillan, 1979, p. 245.

¹²³ Daniel Boorstin, *The Discoverers*, p. 175.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 157. Puede ser motivo de confusión el que el autor nos hable de tierras conocidas. Él se refiere a que Colón supo de ellas por medio de la información extraída de la lectura de las autoridades antiguas y contemporáneas.

ciones; el suyo fue un experimento de teoría y práctica a la vez. Boorstin agrega además que mientras la empresa de las Indias tomó décadas para ser plenamente comprendida, los logros lusitanos fueron inmediatos pues siguieron un propósito muy claro y estaban respaldados por un fuerte apoyo nacional. Ellos son, entonces, los que el estadounidense quiere que sean los representantes del prototipo de la exploración moderna por todas las razones anteriores, además por haberle transmitido al propio Colón la experiencia y los conocimientos necesarios para su aventura durante su estancia en el reino.¹²⁵

Para Boorstin no hay punto de comparación entre Vasco de Gama y el Almirante. El primero prometió encontrar la India y abrir el comercio ultramarino luso-árabe y lo logró, mientras que el segundo persiguió fabulosas quimeras en las costas salvajes de América y ofreció regresar con oro y riqueza mientras que sólo retornó con curiosos especímenes de la naturaleza. La expedición que llegó a Calicut el 22 de mayo de 1498 fue más larga, más peligrosa desde el punto de vista de la navegación y sus logros materiales mucho mayores que la empresa de 1492 avalada por España. En suma, “no por cualidades de carácter sino por la magnitud de los logros marítimos es que Vasco de Gama debe opacar a Colón”.¹²⁶

Hasta aquí llega el análisis de la selección hecha de las fuentes contemporáneas sobre Colón producidas en los Estados Unidos hasta la última década. Este racimo de autores nos ha aportado también un manojo de interpretaciones y construcciones históricas dignas de atención. Veamos a continuación las tendencias actuales que se ventilan en el vecino país ante la conmemoración.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 173.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 175.

VII. HACIA EL V CENTENARIO

I

Los historiadores estadounidenses de nuestro siglo lograron asumir plenamente una idea: que de manera importante Colón formaba parte de su devenir histórico. El legado occidental, con sus herencias buenas y malas, se había transmitido a este hemisferio a raíz del descubrimiento de América y había constituido paulatinamente la forma de ser de esta nación. Los Estados Unidos, entonces, hundían incuestionablemente sus raíces en la era del expansionismo europeo de fines del siglo XV.

Muchísimo se ha escrito —como hemos visto— sobre Cristóbal Colón en los Estados Unidos; el revisionismo ha continuado hasta hoy, como es lógico, pero sobre todo ahora, a unos cuantos días de la conmemoración de los quinientos años de ese suceso. No faltan los artículos y ensayos en las publicaciones periódicas, en revistas académicas especializadas o en las secciones culturales de los diarios dominicales. ¿Hasta cuándo se planteará que el tópico colombino pertenece a épocas superadas y que es un tema trillado para los investigadores actuales? Estimamos que nunca. Eso es difícil que suceda y así lo han aprendido los historiadores quienes saben que cada generación tiene la necesidad y el deber de cuestionarse una y otra vez sobre los avatares de sus antecesores y sobre su pasado. Razones sobran, entonces, para que cinco siglos después del acontecimiento de 1492 se vuelvan a cuestionar los puntos de coincidencia o divergencia que giran en torno al Descubrimiento y al hombre que ha sido recordado como el protagonista de este hecho histórico.

Pero ¿qué puede haber de nuevo? ¿Qué enfoque original tiene actualmente el estudio sobre la empresa colombina? Las circunstancias de nuestra época dan razón a estas interrogantes. Es difícil ser, como dice el dicho, “juez y parte” cuando se trata de analizar el diario discorrir, y eso son o tienen que ser los historiadores cuando interpretan su propio tiempo. Vivimos un mundo cuyos vertiginosos cambios nos des-

conciertan y que no es fácil prever sus consecuencias al no contar con la perspectiva que nos da el tiempo. Es también una era de inconformes, sin duda lo es también de crisis de valores espirituales y problemas sociales, dificultades económicas, nacionales y recesiones, al que hay que añadir el desgaste de la naturaleza, la consiguiente destrucción de la flora y la fauna del planeta y los efectos de la contaminación sobre la integridad y la salud del ser humano. Esto trae como consecuencia que ante la proximidad del milenio la humanidad esté a la defensiva y se preocupe por encontrar el origen de estas contradicciones en un afán por explicarlas.

A través de este plano es como se van a reinterpretar los acontecimientos de antaño. El prisma por el que los estudiosos se asomarán al tema colombino igualmente refleja facetas multicolores tan variados como la problemática actual misma, que serán puntos de arranque para explicar el presente a través de los hechos pasados. No es que la década de los noventa inaugure un ciclo teórico absolutamente original, sino que los estudios recientes responden a esas inquietudes al estar la esfera intelectual de nuestra época inmersa en las dificultades del mundo contemporáneo.

Una extensa obra es también la más reciente sobre el descubrimiento de América y sus consecuencias. Hemos querido cerrar esta investigación historiográfica con el análisis de *The Conquest of Paradise. Christopher Columbus and the Columbian Legacy* (1990)¹ de Kirkpatrick Sale y de paso revisar la serie de artículos y reseñas que despertó su publicación.

El libro tiene el objetivo, como expresa el autor, de “poner al descubridor, tanto en símbolo como en carne en una dimensión historiográfica apropiada para el aniversario de su logro”.² Quiere demostrar cómo el Descubrimiento alteró las culturas en su conjunto y el desarrollo vital del que dependían ciertos grupos humanos. El proceso de “occidentalización” de nuestro continente fue absoluto; la transmisión de instituciones, ideas, lengua, cultura, tecnología, economía y religión europea crearon lo que hoy llamamos civilización moderna. Según el autor, ésta es una mezcla de humanismo y secularismo, racionalismo y ciencia, materialismo y capitalismo, nacionalismo y militarismo, cuyos efectos fueron desastrosos para el orbe entero, pues mientras Europa acumuló riqueza y poder, se crearon también fuerzas que a la postre

¹ Kirkpatrick Sale, *op. cit.*

² *Ibid.*, p. 327.

resultarían devastadoras. El Descubrimiento permitió la redistribución de formas vivientes, causó la extinción, alteración y creación de especies en una escala nunca antes experimentada. Lo más significativo de este cambio que resultó de la llegada de los europeos en 1492 fue la transformación de la naturaleza “con inaudita proficiencia y minuciosidad que ha acarreado la destrucción paulatina de este planeta y de los seres vivos, incluyendo al hombre”.³ En términos generales esta es la interpretación de Sale sobre las consecuencias del Descubrimiento, hecho que en su opinión introdujo en América los elementos y actitudes inherentes a la cultura occidental que constituyen los fundamentos ideológicos y materiales, los valores en suma, de su propia nación.

Una vez expuesta la hipótesis y delimitados los objetivos, Kirkpatrick Sale introduce a Colón, el culpable —vale la pena adelantarlo— de las desgracias y males que acabamos de enumerar. Hace responsable directo al genovés por haber transmitido e implantado las primeras manifestaciones culturales europeas en América. Desde las primeras páginas hasta el final de la obra encontraremos a partir de ahora un continuo *j'accuse* a Colón como si él hubiera sido el único vehículo de entrada a este continente de los elementos occidentales, de los que a cada paso abomina y fustiga.

Colón es la figura que, más que ninguna otra, suministró el legado por el que la civilización europea vino a dominar el mundo americano por cinco centurias con consecuencias —que ahora vemos— involucraron nada menos que asuntos de vida y muerte.⁴

Para Sale es erróneo considerar a Colón como un héroe, cosa que se ha hecho en los Estados Unidos; pero opina que dicha actitud se explica porque este personaje histórico ha sido mirado por largo tiempo como el símbolo que refleja los valores de la cultura norteamericana: coraje, aventura, perseverancia, triunfo, [y un carácter] indómito. Estas características nos remiten necesariamente a la centuria pasada, cuando la escuela de Boston elogiaba los rasgos caracteriológicos de Colón que no eran otros que los valores de la ética protestante. Esto vuelve a confirmar lo dicho anteriormente, que los historiadores actuales han logrado interpretar que en esa sutil explicación, a saber, en la analogía entre los valores del genovés y los del mundo estadounidense, descansaba el porqué este personaje era incorporado sin problema a la historia norteamericana. Lo que caracterizaba a Colón como individuo era en

³ *Ibid*, p. 4.

⁴ *Ibid*, p. 5.

realidad lo que distinguía a su época, el Renacimiento, y estos elementos triunfaron y se convirtieron en estandarte del mundo moderno. No es casualidad que, como bien percibe Sale, se le haya honrado a este viajero con el bautizo de parques, colegios, condados, pueblos, estatuas, monumentos, ríos y calles, más que cualquier otra figura de ese país, exceptuando a George Washington.

Para el autor, efectivamente, los Estados Unidos deben mucho al descubrimiento de América porque heredó —insiste— la forma de ser de occidente “quizá más que ningún otro pueblo sobre la tierra”,⁵ pero a diferencia de su colega Mumford Jones (capítulo 6), a Sale ese aspecto de transculturación no le causa admiración pues concibe esa época de transición que fue el siglo XV como una etapa ruda, violenta, con enfermedades devastadoras, hambre, inseguridad, corrupción y decadencia. Europa pasó de la Edad Media oscura al Renacimiento materialista, con el surgimiento de nuevos valores como la explotación, el colonialismo, la usura, la ganancia ilimitada y el imperialismo. Esos son los elementos de la cultura occidental que muy a su pesar implantó Colón en este continente, y eso es lo que ha triunfado y prosperado en Norteamérica.⁶

Analicemos ahora al Colón que vive en las páginas de este libro. Sale recoge la tradición de su siglo, la de

tratar de entender a este hombre como humano, utilizando las herramientas de la erudición [para] separar los elementos del mito y de la imaginación y dejar una figura mucho más compleja y... más controvertida que la que conocieron las eras pasadas.⁷

Veamos si el autor cumplió con su cometido.

El historiador recoge el nombre castellano “Colón” en vez del tradicional “Columbus” usado por los estadounidenses.⁸ Para imaginarlo

⁵ Edmundo O’Gorman afirma que “en la América anglosajona se cumplió la promesa que desde el siglo XV alentaba el mesianismo universalista propio de la cultura occidental. La historia de esa América es, sin duda, de cepa y molde europeos”. En ello coincide con el presente autor. Pero agrega también e inmediatamente que “por todas partes y en todos los órdenes se percibe la huella de un sello personal y de la inconformidad de la mera repetición, y allí está, como imponente ejemplo, su constitución política, europea en la doctrina, pero al mismo tiempo, atrevida y original aventura de un pueblo con legítimos derechos a la autenticidad histórica”, en *La invención de América*, p. 158.

⁶ Kirkpatrick Sale, *op. cit.*, pp. 33-46.

⁷ *Ibid.*, p. 326.

⁸ “Columbus” es la forma latina que se empezó a usar en Inglaterra hacia 1550-1555. Aparece así en las obras de Eden, Hakluyt, Purchas y otros autores de la época isabelina. Esta fue la versión traída a América por los colonos ingleses.

físicamente prefiere la descripción de Bartolomé de Las Casas,⁹ pero duda que los datos de su juventud sean confiables y más aún considera que es una pérdida de tiempo seguir escudriñando en los papeles de la época en busca de algo novedoso de esta etapa misteriosa de su vida, pues “los años tempranos son oscuros porque, en un sentido, están vacíos”. Si hemos de considerar las propias palabras del estadounidense, Colón era “un hombre inquieto, sin raíces”.¹⁰ El genovés (Sale niega cualquier otra posibilidad sobre su origen) empieza a ser notado a raíz de su llegada a Portugal, donde adquirió “quien sabe como” conocimientos sobre las corrientes y los vientos del Atlántico, y donde intervino muy probablemente la suerte más que la preparación. Para explicar esto, Sale prefiere creer la verdad de Gómara: Colón no fue un experto ni un especialista en la ciencia náutica, tan sólo fue un marino “de cierta experiencia”.¹¹ Algo ayudaron algunas lecturas, una combinación de fábula y de mito, para formar en la mente de este hombre unas ideas, pero estas se centraban no en el descubrimiento de rutas, tierras o imperios lejanos, sino en la búsqueda de oro, del que Colón había acordado que adquiriría la décima parte según lo estipulado en las Capitulaciones.¹²

Sale se muestra muy escéptico respecto al objetivo que motivó a Colón para emprender el viaje. Al respecto dice que “este problema como muchos otros no podrá resolverse. Nunca se sabrá lo que verdaderamente pensó Colón cuando empezó su expedición”.¹³ Menciona las dos escuelas de más peso en los Estados Unidos, la de Vignaud y la de Morison. Personalmente dice inclinarse a la sugerencia del primero quien niega el objetivo asiático, aunque dicha hipótesis, a pesar de ser en su opinión “sustancial”, no ha podido ser probada. Las razones que da para apoyar este planteamiento se basan fundamentalmente en que Colón no llevaba embajadores para presentarse adecuadamente ante el monarca de la China y las baratijas que intercambiaba con los indios estaban lejos de poder agradar al exigente dueño del oro y del marfil de las Indias. Otro argumento es que los reyes católicos no podían pensar en imponer la soberanía española en un territorio que ya estaba

⁹ Para la descripción física de Colón véase a Las Casas, *Historia de las Indias*, lib. I, cap. II, p. 29.

¹⁰ Kirkpatrick Sale, *op. cit.*, pp. 53 y 54.

¹¹ Recuérdese la expresión de López de Gómara “No era docto Cristóbal Colón, mas era bien entendido”, en *Historia general de las Indias*, vol. I, p. 39.

¹² Kirkpatrick Sale, *op. cit.*, p. 67. Si bien acepta que Colón tenía la mente empapada de ideas milenaristas, prefiere inclinar la balanza hacia una característica para él más conspicua que la religiosidad del genovés, es decir, a los intereses puramente materiales.

¹³ Kirkpatrick Sale, *op. cit.*, p. 26.

ocupado por un soberano en pleno uso de sus facultades y derechos sobre sus súbditos.¹⁴

Kirkpatrick Sale cree, como también lo creyeron Goodrich, Winsor y Vignaud, que Colón era proclive a decir mentiras. “El tenía —asegura— una comprensión imperfecta de la línea entre la verdad y la falsedad”.¹⁵ Considera que cabe la posibilidad de que en su diario, en la correspondencia y en otros documentos el genovés falseara intencionalmente los datos a favor de sus intereses personales. Para el autor Colón probablemente dijo querer ir a Catay y Cipango para obtener ayuda de la Corona, pero en el fondo quería descubrir las islas legendarias y desconocidas de las que había tenido noticia.¹⁶

El norteamericano lo acusa también de querer guardar para sí la información y librarse de futuros competidores. Esto explica —según él— la razón por la cual llevó durante el viaje una doble bitácora; en una se proponía despistar a su tripulación y a futuros lectores que pudieran ser rivales, mientras que en la otra quería contar sólo para sí con la información fidedigna sobre los pormenores del viaje. Hay especialistas que han afirmado que las cifras y detalles que mostraba a la población marinera resultaron ser más precisas que las que el Capitán anotaba en secreto. Para Sale estas actitudes han generado confusión en torno al carácter y motivos de Colón.

Como podemos apreciar, el historiador está lejos de presentar una figura equilibrada. Creemos que no se apega al objetivo de destruir un mito, tal como lo prometió, pero en su afán por hacerlo aniquila al hombre y vuelve a crear un estereotipo; presenta a un ser deshumanizado, egoísta, mendaz, traicionero y exagerado, al que también agrega, como lo hizo Winsor el siglo pasado, la falta de juicio. Colón fallaba “en distinguir lo real de lo imaginario, lo que nosotros llamamos locura”.¹⁷

¹⁴ En esto, Sale pierde de vista que en el siglo XV bastaba la *donación* del Papa a los reyes católicos (o a cualquier otro monarca europeo) de las Indias o tierras que no fueran poseídas *por otro príncipe cristiano*. Esta era una prolongación de la práctica medieval y, como debe recordarse, aún no se establecía el derecho natural, obra de los filósofos del *Ius naturalismo* hispánico de los siglos XVI y XVII. Silvio Zavala escribe que por ello los infieles podían ser privados de sus reinos y bienes por autoridad apostólica, la cual estaban obligados a obedecer. Véase *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, México, Porrúa, 1971, p. 15. Los infieles eran catalogados —agrega— como súbditos del mundo cristiano, p. 16.

¹⁵ Kirkpatrick Sale, *op. cit.*, pp. 49 y 170.

¹⁶ *Ibid.*, p. 24. Se recordará la tesis de Vignaud que explica que fue informado de ellas por el piloto desconocido.

¹⁷ *Ibid.*, p. 50. Más adelante utiliza, en vez de la palabra “madness”, la de “mental disturbance”.

“Colón no dio muestras de ser un hombre feliz”.¹⁸ Carecía de emociones y se mostraba incapaz de sentir amor hacia sus semejantes. Así lo interpreta Sale tras leer lo sucedido en el fuerte de Navidad donde cree que el genovés se mostró indiferente ante la masacre de españoles perpetrada por los nativos, pero en cambio muy interesado por la pérdida de los recursos y bienes materiales. No podía faltar el moralismo de última hora; se le reprocha no haberse casado con la madre de Fernando y se le señala como hombre solitario e infeliz por haber muerto casi olvidado.

Un mal marino enfermo y descuidado, así lo ve este autor en su madurez. ¿Cómo explicar que la Santa María encalló en Nochebuena si no es por negligencia? No se diga como gobernante, donde Sale no encuentra más que elementos criticables. Era un autócrata inepto.¹⁹ Y en cuanto a los padecimientos del genovés, lo traza como un hombre achacoso, con la espalda encorvada, incontinenia en la vejiga, los ojos congestionados y hasta hace la referencia sobre las opiniones de que Colón tenía Sida (!) posibilidad que no aclara si está o no de acuerdo con ella, pero igualmente la incluye con el afán de ceñirse a la objetividad histórica pero que refleja la falta de asesoría médica especializada.²⁰

Aún lo que Cristóbal Colón no podía pensar como hombre del siglo XV, es imputado como grave error. Nos referimos a la crítica que se le hace por “poner poco cuidado hacia los aspectos de la naturaleza”. Esto es quizá lo que este historiador ecologista más reprocha al Almirante: que no conocía las especies, confundía los árboles y plantas, no apreciaba la belleza física de los naturales y pensaba en el paisaje americano en función de un utilitarismo pragmático. “Es decepcionante —dice— que el descubridor del Nuevo Mundo nos parezca tan simple, tan inexperto en las maneras de descubrir su entorno”.²¹ ¿Cómo podían —nos preguntamos— preocupar a los exploradores los problemas que

¹⁸ *Ibid.*, p. 55. En esto difiere de Morison quien considera que Colón no fue un hombre desdichado. Véase Samuel Eliot Morison, *El Almirante de la mar océano*, p. 805.

¹⁹ *Ibid.*, p. 146. No menciona la fuente que utilizó pero rescata el dato ya expuesto en Justin Winsor para desacreditar a Colón. Este azotaría a quien lo contradijera de que Cuba era parte continental y de que estaba en Asia. Llegaría también al extremo de cobrarle una fuerte multa y cortarle la lengua a quien insistiera, p. 147. En cuanto a lo que referimos sobre la bitácora, Morison opina que Colón no dio datos sobre latitudes para el beneficio de otros marinos de la posteridad porque no los conocía. No fue un afán de engaño, simplemente no tenía conocimiento sobre cómo computar esas posiciones. Véase Samuel Eliot Morison, *El Almirante de la mar océano*, p. 251. Sale critica al genovés de no saber siquiera cómo hacer mapas, en lo que difiere de Morison que afirmaba que era bueno en ello. Morison, p. 247.

²⁰ Véase el capítulo 9.

²¹ Kirkpatrick Sale, *op. cit.*, p. 104. Volvemos a ver una diferencia interpretativa entre Sale y Morison. Para éste último, Colón apreciaba y valoraba la naturaleza y las descrip-

sólo los últimos siglos han podido plantear sobre la correcta nomenclatura botánica y la conservación del medio ambiente? Sin duda Colón no veía —como tampoco lo veían sus contemporáneos— a la naturaleza para plasmarla en un lienzo, sino para explotarla y aprovecharla.

Hasta aquí llega el análisis sobre la personalidad de Cristóbal Colón. Con esto se puede uno dar mal que bien una idea de la antipatía que siente el autor norteamericano hacia este personaje. Para qué añadir más leña al fuego. Aún quedan en el libro actitudes supuestamente injustificadas. Quizá la intención del estadounidense de pintar el lado negro del Almirante haya sido mostrar a sus lectores, sobre todo en los Estados Unidos, que aquel ídolo colosal en realidad tenía pies de arcilla. Quien antes era modelo de virtudes resultaba ser pusilánime, mentiroso, deshonesto, ignorante, astuto y loco. Quizá quería señalar que no había fundamento en el que pudiera descansar la admiración desbordada que el pueblo norteamericano sentía por esta figura.

¿Cuál fue el gran pecado cometido por este destacado personaje que no puede perdonarle su crítico? Se puede llegar a la respuesta tras analizar otros aspectos fundamentales que aún quedan pendientes.

El punto creemos que radica en la concepción del propio autor sobre el legado colombino, sobre el resultado o las consecuencias del descubrimiento de América. La herencia occidental —ya lo vimos— fue totalmente negativa pues representó la conquista, la imposición del colonialismo mediante la violencia y la conversión religiosa. Poblados, empalizadas, explotación, tráfico comercial y dominio exclusivo y aplastante, ese fue el patrimonio dejado por los europeos en América. “Los soberanos pudieron hablar de conversión religiosa y el Almirante de establecimientos y construcciones, pero el propósito real de la colonización, después de todo, fue el sagrado oro”.²²

El papel que jugó España fue desastroso. Para juzgar a esta nación Sale no duda en afirmar que su inspiración es el padre Las Casas “nuestra fuente principal para la descripción de los increíbles abusos cometidos por los colonos”.²³ El escritor se ha formado una idea arquetípica del carácter español al que define como “frío, duro y carente de amor”.²⁴ Los hispanos eran soldados ávidos de conquista militar, repudiaban el trabajo y se mostraban ociosos. A esto sigue la clásica narración de las atrocidades cometidas por los exploradores y colonizadores, sin que

ciones que hace el Almirante del entorno son las de un verdadero artista (*El Almirante de la mar océano*, pp. 297 y 805).

²² Kirkpatrick Sale, *op. cit.*, p. 144.

²³ *Ibid.*, p. 157.

²⁴ *Ibid.*, p. 151.

notemos que el autor haya percibido la exageración en las narraciones del dominico. En cambio afirma que “no hay razón para dudar de su exactitud”²⁵ y cree que, en efecto, los españoles “mataron indios como a animales indefensos” violaron impunemente a las mujeres, esclavizaron a los nativos bajo la justificación de que eran “malos” y sanguinarios salvajes, les arrebataron sus tierras con violencia y los sujetaron cruelmente. Con los cálculos estimados del fraile defensor de los indios y con los datos modernos basados en la recopilación estadística de Woodrow Borah y otros historiadores, Sale calcula la pérdida de vidas de entre tres y ocho millones de muertos,²⁶ “una carnicería del 99%” pues para 1518 quedaban 100 mil y una década después estaban extintos los Tainos (Arawaks). Así muestra el autor norteamericano a la nación que respaldó los viajes marítimos y por ello “España terminó pagando por la manera y severidad de su conquista y dejó una herencia no menos para ella que para sus colonias que fue como la leyenda, casi toda negra”.²⁷

Había yo eludido conscientemente este último punto para aprovechar que el propio autor fuera quien lo trajera a colación. Él explica que el clamor contra la injusticia, que provenía de la misma nación que llevó a cabo el Descubrimiento y la Conquista, creó la famosa condena que los protestantes utilizaron como instrumento de propaganda para desacreditar la reputación hispánica en Europa y pelearle su hegemonía en América.²⁸ A pesar de conocer el juego difamatorio que se manejó durante siglos, Sale prefiere asumirlo y desafiar a España en este punto tan escabroso como comprometedor.

Hay, en efecto, una severa crítica a España como mundo occidental que es, pero ésta no se dirige como habíamos visto en el pasado únicamente a esta nación sino que embiste también y de paso a Inglaterra, como la potencia que abrazó el patrimonio colombino de expansión, colonización y explotación y lo llevó a últimas consecuencias. En respuesta a las necesidades de un Estado moderno y reformado, los anglos se manejaron peor en el Nuevo Mundo —según opina este historiador— que sus antecesores iberos, quienes “por lo menos pensaron en la necesidad de conversión y en muchos casos en el matrimonio con los indios, considerándolos capaces en un plano humanitario

²⁵ *Ibid.*, p. 157.

²⁶ La estadística hecha por la escuela de Berkeley menciona de 11 a 25 millones de indios muertos. Véase Woodrow Borah, *Hispanic Historical Review*, vol. VIII, 1968, p. 475. .

²⁷ Kirkpatrick Sale, *op. cit.*, p. 158.

²⁸ *Ibid.*, pp. 161 y 162.

de recibir los preceptos cristianos y la civilización europea”.²⁹ También destaca la legislación indiana derivada de las protestas de los frailes, en comparación con la actitud cruel e invasora de los ingleses que trajo trágicas consecuencias “como las de Colón”.³⁰ En el tribunal histórico de Sale se emite el veredicto de que no es sólo una nación occidental la que debe cargar en sus espaldas con la “culpa” de la destrucción de la naturaleza y del indio americano. No por ello la participación de Inglaterra excenta a España de sus faltas, por el contrario, ahora se condenan las dos.

Ya conocimos el juicio del autor sobre la cultura occidental, en ella no está la respuesta sino la causa de su crisis de conciencia. Veamos ahora su idea de América. El continente era un paraíso antes de la llegada de los europeos. Carl Sauer había expuesto esta noción que Sale retoma y lleva a los extremos. Revive el ideal renacentista, que es a la vez el grecorromano, línea que perdura a través del romanticismo, sobre el estado de naturaleza perfecto, impoluto, la edad idílica y dorada y, claro, la imagen del bueno y noble salvaje.

El autor exalta los valores de las sociedades indígenas por encima de las occidentales. Admira su interacción con la naturaleza, la explicación de los acontecimientos a través del mito, la idea de la historia circular en vez de lineal, la imaginación sobre la ciencia, el “entendimiento sin palabras”, la renovación y restauración en lugar de la idea de progreso, la alabanza de lo sagrado en vez de lo material y la intimidad con la tierra y las especies. Para él, la pérdida de esto es digna de lamentarse, aunque asegura que aún es tiempo de recuperar estos valores. A la par exalta la inocencia del indio, “no tenían ropa, ni religión, ni posesiones, ni hierro... habían logrado tener un medio de vida en una balanceada y provechosa armonía con su entorno”.³¹ Asimismo habían llegado a ser expertos artesanos y ágiles en la aplicación de las técnicas agrícolas que convertían esta actividad en un recurso altamente productivo. Eran grupos que no conocían las guerras (!), ni la violencia y ellos fueron considerados inferiores por los europeos sólo por su desnudez y su falta de tecnología. A esto agrega además que

Estaban tan bien alimentados y vivían sin pobreza o enfermedades serias. Disfrutaban del tiempo libre considerablemente, se daban al baile, al canto, al juego de pelota y al sexo y se expresaban artísticamente en ces-

²⁹ *Ibid.*, p. 161.

³⁰ *Ibid.*, p. 269.

³¹ *Ibid.*, pp. 97 y 98.

tería, trabajo de madera, cerámica y joyería. Vivían en armonía general, sin codicia, sin ambición, sin robo.³²

Sauer ya había descrito imágenes similares que nos parecen dignas de una maravillosa, aunque utópica, realidad que desafortunadamente aún antes de la llegada de los europeos estaba muy lejos de existir. Sale encuentra fácil acusar a Colón de no haber aquilatado la bondad de los nativos y no haberlos considerado como iguales. Por eso más que “encuentro” como había llamado Jennings a este fenómeno histórico, prefiere considerarlo “un choque de culturas cuyo eco habría de escucharse por cinco siglos...”.³³ Europa no descubrió América, la incorporó. El marino dio nombres cristianos a lugares que ya tenían nomenclatura, se posesionó de tierras que ya tenían dueño, les fijó un nombre equivocado a los habitantes y dio legitimidad a un acto de mera dominación. Nunca tomó en cuenta la opinión o los sentimientos de los nativos que fungieron como meros espectadores. El Descubrimiento —concluye el historiador— con justicia puede llamársele el nacimiento de la esclavitud americana.³⁴ Creo que Kirkpatrick Sale cayó en el mismo error en el que incurrió su mortal enemigo el Almirante genovés, pero a cinco siglos de distancia; ambos situaron el paraíso terrenal en América, ambos se equivocaron.

Lo que me perturba no es la crítica anti-española que el autor lleva a cabo, supuesto que con ella no atenta contra ninguno de sus vínculos históricamente conformativos, como en cambio nos sucedería a los hispanoamericanos; tampoco nos escandaliza su juicio de Colón pues lo hemos visto repetirse con frecuencia en la tradición norteamericana. Lo que nos extraña es su negación a Inglaterra, la cultura madre, y su consiguiente rechazo a sus raíces occidentales en todas sus manifestaciones. Hay, en cambio, una añoranza del pasado indígena que le es completamente ajeno, pues en los Estados Unidos es muy difícil encontrar la veta mestiza, ya que la población india fue sistemáticamente destruida desde el siglo XVII. En esa patética crisis de identidad Sale se juega su propio ser histórico al negar sus orígenes y querer adoptar un modelo extraño en contenido a los valores espirituales, económicos y políticos que le son propios. El estadounidense va a contrapelo de su

³² *Ibid.*, p. 101.

³³ *Ibid.*, p. 129. Samuel Eliot Morison habla también de los taínos como una civilización avanzada, pero considera que Colón tuvo una imagen idílica de los indios, aunque “nunca cruzó por la mente de Colón o de los demás descubridores o conquistadores ninguna otra noción de relación entre españoles e indios americanos que no fuera la de amos y esclavos”, *El Almirante de la mar océano*, p. 362.

³⁴ *Ibid.*, p. 97.

intimidad pues su formación y su visión del mundo se alcanzan desde la tradición occidental inglesa. Querer emanciparse de lo que es intrínsecamente suyo no sólo como individuo sino como estadounidense carece de sentido pues implicaría un terrible desgarramiento anímico, un suicidio de la conciencia. En efecto, la búsqueda de verdaderas raíces americanas no debe darse —como bien lo han visto los historiadores del siglo XX— sólo a partir de herencias europeas, pero tampoco pueden negarlas por completo y recurrir a un pasado autóctono puro, supuesto que éste no existe al haber quedado el indio al margen en el desarrollo de Norteamérica.

Al conocer el concepto que este norteamericano se ha forjado sobre las culturas que entraron en contacto, es fácil seguir el juicio que hace del Descubrimiento. El título del libro nos da la primera clave interpretativa. Según él, no puede hablarse de “descubrimiento de América” y Colón no merece tampoco la distinción aunque en este último punto se va a contradecir más adelante. He aquí sus argumentos.

Una cosa es cierta, la primera isla [Guanahani] y la cadena de islas de la que forma parte y los dos continentes [?] adyacentes, eran bien conocidos por las millones de personas que los habitaban y que los habían descubierto en beneficio de la especie humana decenas de miles de años antes.³⁵

Sale tenía forzosamente que ser congruente con la defensa de sus indios. Para nosotros tomar en consideración estas palabras implica entender que para el autor “descubrimiento” quiere decir “tocar” tierra, independientemente de la idea que se forme el individuo en su mente tras realizar esta acción. También menciona que esas regiones eran bien conocidas por los millones de seres que las habitaban. Sabemos bien que los grupos de este hemisferio no tenían idea de la magnitud continental y muchos de ellos ignoraban la existencia de otras sociedades que compartían el mismo domicilio terrestre. Más adelante Sale agrega que si descubrimiento significa ver y desembarcar y se entiende desde la perspectiva europea exclusivamente, entonces no es Colón el que merece la gloria, sino Leif Ericson.

La masa terrestre que ahora se llama Norteamérica, a la que las islas Bahamas están relacionadas geográfica y biológicamente, fue descubierta y temporalmente poblada por europeos por lo menos tan temprano como el año 1000 d.C.³⁶

³⁵ *Ibid.*, p. 69.

³⁶ *Ibid.*, *loc. cit.*

Sale agrega a estos argumentos otras evidencias, como por ejemplo la hipótesis reciente del historiador David Beers Quinn quien en su *England and the Discovery of America* plantea la posibilidad de que los ingleses de Bristol hayan tocado tierra continental antes de 1492 en su búsqueda del Brasil.³⁷ A diferencia de otros colegas, interpreta que el primer viaje de Colón no es el más importante, mucho menos es la empresa más trascendente de la especie humana como algunos han querido ver. Este fue

el viaje que inició el largo proceso por el que una sola cultura llegó a dominar como nunca antes a otras culturas del mundo, a imponer su lengua a sus bocas, ropa en sus espaldas, valores en sus corazones y acumular para sí el poder que ahora le permite determinar nada menos que los destinos del mundo.³⁸

Para él, la empresa de 1492 fue un fracaso para fines prácticos porque Colón no llegó a Asia, si es que eso se proponía, no encontró los tesoros que buscaba, no alcanzó el continente, sino unas pobres islas. “El resto de su vida lo gastó tratando de justificar este extraño e incalificable descubrimiento para él, para sus soberanos, para sus compatriotas, para Europa”.³⁹ Lo que sí se consiguió, que es lo que el autor lamenta, es que América haya sido la respuesta para los desolados habitantes de ese “infierno” que era Europa, a la que él califica como un “subcontinente”.⁴⁰

De entre las páginas de este libro surge la inevitable pregunta, ¿Dónde pensaba Colón que estaba y dónde de hecho estaba? El historiador responde que esto no constituye un punto medular de su preocupación. Poco le importa si el genovés y su tripulación creyeron que estaban en Asia o en islas desconocidas antes por los europeos. Para él lo único cierto es que estaban en “una isla edénica en el Caribe”.⁴¹

El autor neoyorquino considera que es el cuarto viaje el más importante pues Colón concibió que se trataba de tierras desconocidas antes por los europeos, a las que llamó “Indias Occidentales”, “una concepción geográfica extraordinaria”. El Almirante le llamó a esta región que actualmente se localiza en Sudamérica “otro mundo” —en opinión

³⁷ Véase el libro de David Beers Quinn, *England and the Discovery of America*, que ha sido tratado a lo largo de este trabajo.

³⁸ Kirkpatrick Sale, *op. cit.*, p. 27.

³⁹ *Ibid.*, p. 110.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 46.

⁴¹ *Ibid.*, p. 91.

de Sale— al percibir que se trataba de un continente distinto de Asia.⁴² Con ello dice estar en contra de la línea histórica tradicional que ha sugerido que Colón siempre pensó que estaba en los confines del Este y que esa idea lo acompañó hasta el día de su muerte. Para Sale verlo así es producto de considerar tan sólo el primer viaje de manera aislada, pero lo cierto es que para el cuarto viaje, como adelantaron Vignaud y sus discípulos, Colón “intuyó” el Nuevo Mundo.⁴³ El proceso conceptual evolucionó en los cuatro viajes; primero el navegante pensó que estaba en las Indias, luego pasó a la idea de Indias Occidentales y finalmente acabó con la noción de “otro mundo”.⁴⁴

Es en la anterior afirmación donde encontramos dificultades. Sale dice inclinarse a la tesis de Vignaud, pero creo que de ser así, no agrega una interpretación adicional sobre los argumentos a los que se afilia. En cambio, y parece contradictorio, habla del destino asiático del primer viaje, que en los sucesivos se trocó en Indias Occidentales y paulatinamente en “otro mundo”. ¿Pero que hay del resultado que seguiría de haber tenido el genovés desde el principio la concepción de que iba a tierras atlánticas desconocidas por los europeos? ¿Es Colón o no el descubridor?

A Colón de una forma u otra había que restarle mérito. De no haber sido él hubiera sido otro marino quien realizara la hazaña y no mucho tiempo después. Era algo que se veía venir. Ya nos habló de los indios que llegaron por Bering y de los vikingos que le disputan la primacía a Colón, pero agrega que el viaje del genovés trascendió de forma general en Europa a diferencia de los anteriores, porque fue una empresa nacional auspiciada por uno de los Estados más poderosos del orbe. Además fue un proyecto cuidadosamente documentado, con una base científica y con amplias miras de explotación y colonización. Era repetible y la información susceptible de ser conocida por el orbe europeo gracias a la imprenta. Pero no le importa a Kirkpatrick Sale el “Descubrimiento” visto como desembarco o como conceptualización, sino los resultados de éste, que se centran en que el día 12 de octubre de 1492 Europa empezó sus relaciones con esa nueva parte del mundo para exportar su cultura, y América no precisamente entregó su virginal inocencia al Viejo Mundo como quería ver ingenuamente Samuel Eliot

⁴² *Ibid.*, p. 205.

⁴³ Sale se apoya, como lo hizo Ticknor el siglo pasado, en la *Lettera Rarissima* de julio de 1503 para apoyar este argumento. Véase Edmundo O’Gorman, *Navegaciones colombinas*, México, SEP, s/f, pp. 79-94.

⁴⁴ Sale no da crédito a Vespucio pues cree que las famosas cartas que le dieron fama no son auténticas.

Morison, sino que fue, en todo caso, la violación impune de este orbe lo que para Sale se llevó a cabo aquel infausto día.⁴⁵

En llegando aquí ponemos punto final al análisis historiográfico del último libro que ha tratado el tema colombino en los Estados Unidos. Bien claro está, porque así lo ha querido dejar el propio autor, que se ha preparado la obra con el fin de que sus argumentos sean discutidos en el ambiente académico del V Centenario. Vale la pena por lo mismo hacer algunas consideraciones finales en torno a estas reflexiones.

La investigación en conjunto viene a complementar todo el ciclo bibliográfico que hemos tratado desde el siglo XVII. En este caso es conveniente decir que el libro constituye una fuente importante para el estudio del descubrimiento de América en la actualidad, aunque ciertos juicios no sean compatibles con los míos. Aporta datos, documentos y sobre todo tiene un capítulo dedicado a la historiografía inglesa y norteamericana sobre Colón que arranca en el siglo XVI y llega hasta nuestros días que sin duda es una útil referencia.

El autor se ha comprometido íntimamente en su análisis, nos ha explicado que le perturba la destrucción de una sociedad cuyos valores prefiere a aquellos que salieron triunfantes en el proceso histórico. Para verlo así es porque indudablemente pesa en él el viejo cargo de conciencia que el romanticismo asumió sobre la destrucción de la hermosa imagen renacentista del hombre natural. En este proceso Sale intenta buscar culpables y los encuentra: son Colón y el mundo europeo occidental.

La primera finalidad del libro que era, como apunta el mismo autor, “desmitificar a Colón el descubridor y resucitar a Colón el hombre, para proporcionar una figura tridimensional, más compleja, más interesante”, no se cumple, pues en su afán por sacar a la luz los errores del marino, el norteamericano vuelve a crear un arquetipo, pero esta vez cargado del otro lado de la balanza. Si se compara con el indio, entonces tenemos una visión muy desequilibrada, casi podríamos definirla de maniquea. No es ésta, sin embargo, la única lucha entre contrarios; los personajes son resultado de su época y su entorno, entonces se oponen también sus dos mundos, el occidental y el “americano”. Esa pugna concluye en la conquista del paraíso, y a la luz de esta interpretación significa que quedarán dos oponentes inconciliables, es decir, exclusivamente un vencedor y un vencido. Creo que el conocimiento histórico no puede fundamentarse en una explicación hecha a partir de una lógica

⁴⁵ Kirkpatrick Sale, *op. cit.*, y Samuel Eliot Morison, *El Almirante de la mar océano*, p. 299.

que descarta el juego de un sinnúmero de determinantes. ¿Cómo entonces puede llegarse a una sana, cuanto necesaria síntesis entre los distintos elementos conformativos? El legado occidental no fue sólo desolación, destrucción, colonialismo e imperialismo. No queda tampoco ni el menor rastro de un pasado natural idílico.

¿Por qué no olvidar las calamidades y desgracias del pasado y alejarlas de nuestro recuerdo? Si se toma en cuenta las múltiples aportaciones y consecuencias históricas trascendentes que resultaron de ese acontecimiento, sin desdeñar a ninguna de las partes que entraron en contacto, se podrán fincar otro tipo de relaciones más encaradas a la realidad presente en un mundo como el de hoy, en el que el acercamiento económico y político ha hecho vital la aproximación cultural y la comprensión entre los pueblos.

II

El libro de Kirkpatrick Sale no motivó el revisionismo histórico colombiano, supuesto que éste se ha alimentado a lo largo de todo lo que va del siglo, mas sus recientes enfoques valorativos, aunados al clima propicio que ha creado la llegada del año 92, han ocasionado que se despierte entre los norteamericanos un nuevo entusiasmo interpretativo sobre las consecuencias mundiales del Descubrimiento.

Con motivo de la celebración de los 499 años de ese suceso, se acaloró la polémica y los Estados Unidos se convirtieron en el escenario de un verdadero campo de batalla académico. Hay bandos entre historiadores, periodistas, comentaristas, arbitristas, sociedades indigenistas, grupos religiosos y aún médicos y psicólogos.

En una edición especial de la revista *Newsweek* aparecen una serie de artículos de historiadores y periodistas que ilustran cómo están los ánimos ante la proximidad de la fecha esperada. Naturalmente, las conclusiones no tienen la altura de las alcanzadas por historiadores de la talla de Prescott o Morison, ni se trata de obras completas sobre el tema del Descubrimiento. Sin embargo, las últimas referencias en materia colombiana sólo pueden analizarse a través de este material hemerográfico. Kenneth Auchincloss⁴⁶ analiza los juicios de Kirkpatrick Sale, el autor más citado en estos días en la Unión, y en su apartado titulado “Cuando chocan los mundos, 1492-1992” dice no concordar con su visión extremadamente negativa del legado colombiano. Para él lo que movió a Colón al occidente no fue solamente el afán de lucro como

⁴⁶ Kenneth Auchincloss, “When Worlds Collide. 1492-1992”, en *Newsweek*, Columbus Special Issue (otoño-invierno 1991), pp. 8-13.

tampoco el encontrar la ruta al Asia. Ni el célebre marino ni los hombres de su tiempo eran bandidos desarrapados como han sido catalogados últimamente por muchos resentidos. La búsqueda de riqueza era naturalmente un poderoso aliciente, pero también los animaba la curiosidad por descubrir nuevas regiones desde un punto de vista científico.⁴⁷ Si bien se refiere a los posibles viajes marítimos llevados a cabo muchos siglos antes que el que hiciera Colón, la empresa del genovés es para él realmente la aventura más significativa porque trascendió de manera global. El navegante no sólo dejó en sus viajes a colonos y llevó de vuelta a España nativos y vegetales curiosos, sino que transformó las formas de vida gracias a los intercambios raciales, culturales y tecnológicos. Ciertamente el suceso trajo como resultado el imperialismo, el colonialismo y el racismo, pero también nuevas ideas, inquietud por la ciencia, inclinación al cambio y adaptación. Para Auchincloss necesariamente conduce al error querer buscar héroes o villanos; es mucho más conveniente estudiar los cambios que se suscitaron a raíz del “encuentro entre Este y Oeste”. En resumen, “los impulsos que se encontraban detrás del viaje al Nuevo Mundo no eran de ninguna manera tan uniformemente negativos como en ocasiones se ha pintado”.⁴⁸

En el artículo “¿Quién era Colón?”,⁴⁹ David Gates defiende la tendencia que ve al genovés como un hombre, no como un superdotado. No concuerda con Sale respecto a su retrato extremista y por su parte añade que el marino fue un hombre “de buenas intenciones”, pero a quien las cosas no salieron “como él esperaba”. Disculpa el error del Almirante de haber situado el paraíso terrenal en América y explica esto porque la tardía tradición medieval en la que se había formado ubicaba el jardín del Edén en los confines de Asia.

Gates se muestra interesado en la visión milenarista de Colón e interpreta su forma de ser a partir de las lecturas que hizo de Ptolomeo, Toscanelli, la *Biblia*, los mapas de su tiempo y sus observaciones prácticas. Para el autor de este artículo, el genovés tenía como primer objetivo convertir a los paganos del Este y traer riqueza para recapturar el Santo Sepulcro quedando así justificada su actitud a partir de los cánones de la época.

David Gelman, en su breve estudio sobre los cuatro viajes de Colón, apoya las dos interpretaciones anteriores. Colón era un hombre de su

⁴⁷ *Ibid.*

⁴⁸ *Ibid.*, p. 13.

⁴⁹ David Gates, “Who was Columbus”, en *Newsweek*, Columbus Special Issue (otoño-invierno 1991), pp. 29-31.

tiempo que reunía en su carácter el “ethos” cristiano y el impulso comercial. Su gran importancia radica en que, a pesar de que no “pisó” tierra “americana” por primera vez, su logro fue el más decisivo porque marcó el contacto ininterrumpido entre Europa y nuestro continente. La apertura del orbe fue el resultado más trascendente, aunque ésta no fue obra de una sola nación ni de un sólo viaje de descubrimiento. También los portugueses contribuyeron significativamente a que el mundo fuera revelado por la ruta contraria al Atlántico.

Otro estudio incluido en la mencionada edición es “La leyenda negra. ¿Eran los españoles tan crueles?”⁵⁰ de Gregor Cerio. El autor expone que, a pesar del tiempo que ha transcurrido desde la formulación de la leyenda negra (siglo XVI), ésta se ha repetido a través de los siglos “y continúa distorsionando nuestra visión del pasado”. En el presente existen todavía “repugnantes estereotipos” contra los hispanos de ambos hemisferios.⁵¹ La crítica de Cerio se orienta a proponer que se vea a la obra civilizadora española en América con otros ojos, unos más benignos, que los de las generaciones anteriores.

El autor asegura que la llamada crueldad española no es del todo cierta, y como contraparte debe verse que esta nación “incorporó a los indios a su sociedad —por muy ruda que haya sido la manera en que esto se llevó a cabo— y buscó proveer un fundamento moral y filosófico a sus acciones en el Nuevo Mundo”.⁵² El mestizaje, que compone racialmente a América Latina, se dio por igual entre indios, blancos y negros. Lo que para Sale era sólo producto de la violación de las mujeres, para Cerio fue una forma positiva de perpetuar la cultura indígena. Para él no fueron la guerra ni el abuso lo que causó la muerte de aquellos seres, sino las enfermedades; por ello, concluye, el término “genocidio puede ser la acusación más injusta hacia España”.⁵³ Agrega, finalmente, que, por el contrario, los norteamericanos no dieron un lugar específico a los nativos, sino que procedieron al exterminio.

En la revista *Time* del 7 de octubre 1991, aparecieron también algunos artículos relacionados con el tema del Descubrimiento. Paul Gray en “El problema con Colón” presenta al lector una tesis ya para ahora bien conocida por nosotros. Se trata de analizar nuevamente la importancia que tiene Colón para la historia de los Estados Unidos.

⁵⁰ Gregor Cerio, “La leyenda negra. ¿Eran los españoles tan crueles?”, en *Newsweek*, Columbus Special Issue (otoño-invierno 1991).

⁵¹ *Ibid.*, p. 48.

⁵² *Ibid.*

⁵³ *Ibid.*, p. 50.

Entre otras cosas —afirma— el viaje colombino fue el primer paso de un largo proceso que eventualmente produjo a los Estados Unidos de América, un atrevido experimento democrático que se convirtió en el símbolo y en el refugio de la libertad individual para la gente de todo el mundo.⁵⁴

En esto radica para él la máxima importancia del suceso. Colón no llegó para asesinar a nadie y estuvo lejos de ser el ultrajador de América, tema en el que los psicólogos han incursionado actualmente;⁵⁵ tampoco fue —como algunos activistas han sacado a colación en los diarios— ni un antecedente de Hitler ni un nuevo Atila.⁵⁶

Hay quienes también aprovechan la conmemoración de 1992 para censurar el colonialismo y el imperialismo. Las críticas contra Colón son sólo una excusa para que se hagan presentes las quejas de los grupos minoritarios en los Estados Unidos. Negros, latinos e indios han tomado el libro de Kirkpatrick Sale como un recurso propagandístico contra sus supuestos opresores, empezando con el genovés y terminando con George Bush. En efecto, hay quienes, como Suzan Shown, quien clama ser de sangre indígena, manifiestan a los cuatro vientos que no tienen porqué celebrar el día de Colón, por ser el principio del genocidio y del ecocidio americanos.⁵⁷

Creo que todo lo anterior no hace más que reavivar las diferencias entre los diversos grupos de la población estadounidense, lo cual no está mal si consideramos que en la variedad está el gusto, pero dudo que estos clamores viscerales se orienten realmente a satisfacer los objetivos que persiguen los grupos anticolombinos. Hay quienes han asumido e incluso inventado agravios que ventilan ahora con vivas, muertas e insultos al ya difunto Colón como el culpable de todo. Nada bueno trae el revivir estos regañones hacia personajes del pasado. No es culpando a otros sino sacando lo mejor de sí mismos y demostrando con hechos como pueden resolverse los conflictos. Los indios norteamericanos han sido ciertamente humillados desde tiempo inmemorial, ahora no exceden los dos millones de habitantes en el vecino país del norte. Mas si la finalidad es que se les tome en cuenta como iguales y se les incorpore a la sociedad norteamericana con dignidad, la peor manera es manifestar un hondo complejo de inferioridad, rencor y autocompasión que sólo causará que sigan siendo ignorados y rebajados por los estratos blancos

⁵⁴ Paul Gray, "The Trouble with Columbus", en *Time* (7 de octubre de 1991), p. 34.

⁵⁵ Se dice que Colón representa al macho blanco viril que violó a la inocente América(!).

⁵⁶ Russell Means, activista indio, así lo definió. En *Excelsior* (31 de agosto de 1991).

⁵⁷ Suzan Shown, en *Newsweek*, Columbus Special Issue (otoño-invierno 1991) p. 32.

mayoritarios que aún conservan, después de siglos, las riendas de las instituciones y de la cultura. Finalmente, deberían apreciar que el verdadero causante de sus desgracias no llegó a bordo de la *Santa María*, sino en todo caso en el *Mayflower* y más de cien años después de 1492.

Parece que es la moda actualmente —impuesta quizá con mayor envidia a raíz de la publicación del libro de Sale— seguir regañando a los muertos, sacando a la luz críticas condenatorias y defectos de carácter. La más reciente condena contra Colón es la que hace Robert Hughes en el artículo “¿Quién exactamente era este hombre?”.⁵⁸ Él opina que independientemente de la importancia que tuvo el viaje de Cristóbal Colón, que fue significativa, el genovés no debe ser admirado ni sobrecargado con elogios porque cometió graves errores producto de su locura. “Fue de hecho [?] un hombre muy rígido y su inflexibilidad, combinada con el oportunismo y con la piedad produjo un comportamiento nada alejado de la paranoia”.⁵⁹

Ciertamente una severa afección mental puede producir el seguir este tipo de juicios que pueden muy bien prolongarse hasta el año 2092, pero nada puede ser comparado con lo que a continuación refiero. Mientras que algunas instituciones de renombre y prestigio en los Estados Unidos se preparan para la conmemoración mediante la difusión de publicaciones, la elaboración de ensayos y artículos, exposiciones diversas, ediciones de textos de historia, literatura y ciencia, congresos, reuniones y demás, y se proponen asimismo abrir las puertas para el diálogo y el intercambio académico, no faltan quienes aprovechan la oportunidad para exhibirse y ridiculizar el evento. Grupos de “izquierda”, congregaciones religiosas y sociedades indigenistas manipuladas por terceros tratan de obliterar la memoria de Colón y proponer que fueron los asiáticos quienes descubrieron América por el estrecho de Bering mientras proyectan mandar un barco lleno de indios a “descubrir” a España. Nadie mejor que los hombres de negocios ha sabido convertir a Colón en un objeto de comercialización y publicidad. La “memorabilia” y los “souvenirs” (camisetas, carteles, juguetes, réplicas en miniatura de las carabelas y hasta sofisticados muñecos de Colón con los bolsillos llenos de tierra proveniente de San Salvador) han invadido las tiendas y conquistado a los ociosos. Así es como una figura histórica puede llegar a ser realmente deshonrada y un magno acontecimiento desvirtuado por el oportunismo y la demagogia.

⁵⁸ Robert Hughes, “¿Quién exactamente era este hombre?”, en *Time* (7 de octubre de 1991), p. 39.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 40.

No faltarán, pues, los recursos monetarios ni humanos para transformar la vida cotidiana en los Estados Unidos en un verdadero carnaval. Se espera la visita del rey Juan Carlos de España a Nueva York para la conmemoración del 4 de julio;⁶⁰ se tiene expectación por la más grande exposición de arte y tesoros de la era de las exploraciones en Washington; se arma una exposición floral y frutal con las especies intercambiadas entre los dos hemisferios en Filadelfia, mientras algunas congregaciones religiosas exponen por medios televisivos sus quejas contra el genocidio y los grupos revisionistas siguen desempolvando archivos para sacar datos originales que condenen a Colón a las llamas del infierno o, por el contrario, lo rediman para siempre y de una vez por todas como el héroe por antonomasia, recuérdese, después de Washington. El apasionado debate ha hecho reflexionar a muchos sobre la manera en que se está llevando a cabo la conmemoración. John Noble Wilford así lo entiende y lo expone:

Una vez más Colón se ha convertido en un símbolo, esta vez de la explotación y del imperialismo. ¿Pero lo estamos cargando con más culpa de la que cualquier hombre debería llevar sobre sus hombros? ¿No debería su culpa ser más ampliamente compartida? Ya parece que su destino es servir como barómetro de nuestra autoconfianza y complacencia, de nuestras esperanzas y aspiraciones, nuestra fe en el progreso y la capacidad de los humanos para crear una sociedad más justa.⁶¹

Si lamentablemente los hispanoamericanos nos encontramos desunidos ante el festejo, no menos lo están los norteamericanos, aunque ellos se vean favorecidos al recordar el suceso desde una plataforma ideológica diferente. A pesar del clamor de los extremistas, es difícil que se deseche el símbolo colombino que ha formado parte de la historia de los Estados Unidos desde hace siglos. La exaltación de esta figura nunca ha puesto la nacionalidad en peligro pues la imagen fue incorporada y asimilada como propia desde el siglo XVIII. En ese país no se celebra el 12 de octubre como el Día de la Raza; el Descubrimiento ha significado para ellos otra cosa distinta, nada menos que el nacimiento de América y ésta, como hemos visto repetidas veces, es entendida por nuestros vecinos como los Estados Unidos, el país de la democracia y de las libertades, de la manifiesta superioridad blanca, anglosajona y protestante.

⁶⁰ El original de este libro fue entregado a la imprenta antes del 4 de julio. Felipe de Borbón, príncipe de Asturias, fue quien asistió en representación de la corona española.

⁶¹ *Excelsior* (31 de agosto de 1991).

III

Hasta aquí ha llegado la contribución estadounidense a la historiografía colombina. Al concluir la revisión de todo este despliegue de ideas y de materiales sobre el Descubrimiento me queda la impresión de que el análisis global de este alud historiográfico debe conducirnos a algo. Estas fuentes de interpretación histórica dan a conocer nuevas verdades, certezas que han surgido de “la otra América”, como define Edmundo O’Gorman a la vecina nación. Cada siglo ha significado la génesis de nuevas ideas e interpretaciones que han respondido a la experiencia histórica, a las circunstancias, a la visión del mundo y a las metas y principios de este pueblo singular. Lo maravilloso del tema que nos ocupó en este trabajo es que se proyecta como un horizonte interminable en la conciencia histórica mundial.

Después de revisar las interpretaciones que se han hecho sobre Cristóbal Colón y el Descubrimiento, puede muy bien surgir la pregunta ¿cómo fue en realidad el verdadero Colón? y ¿cómo debe valorarse el acontecimiento de 1492? Podemos de antemano afirmar que todas las interpretaciones sobre el genovés tienen un fundamento verdadero pues se originan del enfoque que cada sujeto le da al problema. Cada historiador o escritor transmite *su verdad*, y recordemos nuevamente que así sucede con el conocimiento de esta disciplina, es siempre particular y relativo.

Considerando que se pueden extraer conclusiones muy interesantes de los propios textos hasta aquí analizados, opté por exponer mi propio punto de vista sobre esta temática, tomando en consideración lo anteriormente estudiado. Creo que es menester abordar al personaje histórico que ha sido nuestro protagonista como un ser humano, con virtudes y defectos, tal como lo quieren hacer ver las escuelas de este siglo. Sería abundar en el mismo error en el que incurrieron los estudiosos de la centuria pasada el idealizarlo como un ser sin tacha, o por el contrario, el sólo tomar en cuentas sus supuestas faltas y desaciertos.

Respecto a otro punto, concuerdo con todos los autores vistos hasta ahora al considerar a Colón un genovés. Así lo asienta él mismo en su testamento... “siendo yo nacido en Génova, les vine a servir aquí en Castilla y les descubrí al Poniente de Tierra Firme las Indias...”.⁶² En esa próspera ciudad portuaria fincó su experiencia como hombre de mar y conoció las distintas tesis que las autoridades antiguas daban sobre la posibilidad de viajar al oriente por el occidente. Sostenemos, por

⁶² Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, 8a. ed., Madrid, Espasa Calpe, 1982, p. 60.

tanto, que Colón fue un buen marino, que se formó por conocimientos prácticos y teóricos a partir de diferentes lecturas (conocía y manejaba suficientemente bien el latín). Seguramente tuvo un agudo sentido para la navegación y desde luego, el haber tocado tierra tras el largo recorrido por el Atlántico no se debe a causas fortuitas o a la suerte, sino a su destreza como capitán de la empresa y al estar familiarizado con el capricho de vientos, mareas y otros fenómenos del arte de marear.

Me interesa también comprender a Colón como un hombre que pertenecía a dos épocas. Su conciencia se había amamantado con la idea medieval del mundo y el espíritu de cruzada religiosa. Pero a la par se distinguió por su afán de aventura, inquietud y curiosidad científica y ambición de riqueza y lucro, propios de una época moderna tendiente a la exaltación de valores utilitaristas. En resumen, sus consideraciones sobre las tierras que él visitó fueron interpretadas correctamente según su situación y circunstancia, es decir, tras la lente de las cosmovisiones antigua y renacentista.

Sobre el suceso de octubre de 1492 no me sumaré al debate que en nuestro país se ha dado para definir el nombre que debe usarse para calificar aquel trascendental hecho. Los sustantivos de invención, encuentro, descubrimiento, conquista, invasión o imposición cultural, por citar algunos, pueden aplicarse todos a la vez, o bien puede uno apegarse al que crea que es el más adecuado. Prefiero la postura conservadora que continúa llamando al suceso “descubrimiento”. Colón realizó cuatro viajes de descubrimiento y exploración de las costas de Asia, por lo menos ese fue su objetivo y esas fueron también sus conclusiones finales. Por otra parte no existe la denominación de “América” cuando Colón toca estas tierras que él supone son Catay, Cipango o más comúnmente conocidas como “Indias”. En suma, sabemos bien que prevaleció el objetivo asiático, y por ello no podemos denominarlo “descubridor de América”.

Pero en otro sentido sí se puede hablar de descubrimiento. Insistimos en que es fundamental tomar en cuenta que la verdadera importancia radica en que Colón descubrió la ruta oceánica que conectó primero a dos hemisferios, y posteriormente abrió la comunicación entre todas las partes del orbe. Como bien señalaron algunos historiadores norteamericanos, esto fue un proceso gradual y lento, y en todo caso sería correcto afirmar que se trata de muchos descubrimientos, encuentros, o contactos. Otro gran mérito de la empresa fue que marcó el camino de ida y vuelta, y ese trayecto fue desde entonces susceptible a la repetición. Para terminar, creo entonces que ese acontecimiento que

arrancó el 12 de octubre de 1492 pero que no terminó ahí, cambió para siempre los destinos del mundo y los rumbos del devenir histórico.

La gran polémica acerca del carácter portentoso de aquel hecho y su trascendencia futura no puede considerarse por terminada mientras existan grandes interrogantes espirituales en busca de respuestas en el pasado. Por ello en los Estados Unidos se ha atacado y defendido, alabado o condenado, eximido o culpado a Colón, y así parece que continuarán las cosas en una indagación incansable por revelar la razón de ser de ese extraordinario suceso. Bien podrían aplicarse en nuestros días las insinuantes advertencias del propio O’Gorman respecto al pasado y al futuro del análisis colombino.

Este Colón de las estatuas, de las lecciones de infancia, de los tratados eruditos, de las conmemoraciones y de los discursos no vive ya en nosotros; lo hemos matado a fuerza de honrarlo y urge revivirlo de entre las floridas cenizas en que lo tenemos sepultado.⁶³

Creo que en los Estados Unidos, al igual que en nuestro país, se debe conmemorar el Descubrimiento de modo adecuado; no con carnavales ni desfiles alegóricos, sino mediante la elaboración de estudios críticos e investigaciones profundas y bien documentadas, y sobre todo, manteniendo una actitud abierta al diálogo académico internacional. Naturalmente no pienso que en llegando la fecha esperada las mentes finalmente se aclararán y se llegará a una completa y uniforme asimilación histórica del pasado. No se requieren fechas conmemorativas ni premoniciones milenarias para lograr la comprensión de la multiplicidad, y a la vez singularidad, que compone a cada experiencia nacional.

En el caso de nuestros vecinos, ellos guardan un nexo íntimo e históricamente conformativo con el Descubrimiento, pues su formación cultural y su posición geopolítica son el resultado de la serie de viajes atlánticos que se iniciaron el 12 de octubre de 1492. Y si proyectamos este hecho específico en un contexto mucho más amplio nos daremos cuenta de que a partir de entonces entraron en profundo y perpetuo contacto dos mundos históricos diferentes: el sajón y el hispano. Este último ha sido el campo de trabajo de los demiurgos intelectuales norteamericanos precisamente por la inquietud espiritual que les provoca el tratar de entender la situación que ambas culturas han tenido y tienen dentro del orbe. La pregunta que nos hacemos hoy es si realmente se ha logrado la comprensión o si aún los distintos matices vitales se proyectan en un fondo profundo de dimensiones insuperables.

⁶³ Edmundo O’Gorman, *Navegaciones colombinas*, p. VI.

Es menester explicar mis consideraciones finales que derivan de los objetivos de este trabajo. ¿Cómo pueden integrarse dichos elementos, repito, el sajón y el hispano? Necesitamos rebasar los límites de lo que la propia temporalidad demanda y ver de cara al futuro, porque pienso que en el porvenir está la meta anhelada por todos los americanos —y este término debe entenderse de forma genérica a todos los habitantes de nuestro hemisferio— que es la de buscar la fortaleza del continente mediante la unión, aceptando de antemano que ello no implica la uniformidad, la homogeneidad cultural o la imposición de un país sobre los otros. No se trata de la fusión de todas nuestras naciones bajo un sólo Estado rector, lo cual sería una propuesta no sólo descabellada, sino también históricamente inaceptable.

Ha sido un tema de constante preocupación entre nuestros más destacados pensadores mexicanos la unión latinoamericana, fundamentada en una común herencia histórica y en nuestra compartida conformación racial e ideológica. Efectivamente creo que en ello se trasluce una enorme potencialidad, pero considero que mientras la identificación es posible con los pueblos iberoamericanos, la vinculación es necesaria entre todas las naciones que integran este continente. Todo parece indicar que muy pronto nos unirá un tratado comercial que hará imperioso el acercamiento a otras áreas del conocimiento entre las sociedades americanas porque trascenderá fronteras y tenderá a romper necesariamente con el aislamiento cultural. La propuesta va encaminada a fortalecer un sentimiento verdaderamente panamericanista, tendiente a lograr la mejor comprensión entre los habitantes de este hemisferio, para así llegar a entablar un diálogo en un plano de igualdad y al mismo tiempo como orgullosos exponentes cada uno de su raza, su cultura, su ideología, su lengua y sus raíces históricas.

En otras palabras, las necesidades del mundo actual impelen a que la integración sobrepase a nuestros hermanos de raza, de lengua y de idiosincrasia. Esto puede invalidar hasta cierto punto el concepto que nos hemos formado de la existencia de un hemisferio polarizado en “dos Américas”, tan distintas que parecen inconciliables. Naturalmente existen y existirán diferencias sociales, religiosas, ideológicas y políticas entre ambos pueblos pues su visión del mundo y de la vida responde a circunstancias distintas a las nuestras; esto es innegable, pero de que ha llegado el momento de abrir fronteras mentales, de desterrar los prejuicios y derribar ancestrales imágenes negativas es también una realidad que corre paralela con los vertiginosos cambios materiales que son siempre más conspicuos. Si la economía del mundo tiende a ser abierta, con mayor razón debe serlo el ámbito espiritual. Las nuevas tendencias

no deben tomarnos por sorpresa supuesto que esto puede colocarnos en una situación de desventaja.

¿No fue acaso el objetivo del viaje de Cristóbal Colón el abrir una ruta comercial nueva y unir entidades disímbolas por medio del intercambio económico? A 500 años de distancia eso mismo parecen buscar las modernas sociedades americanas, que empezaron a conformarse nacionalmente a raíz de ese hecho. El ejemplo colombino puede proyectarse históricamente hasta nuestros días; más aún, puede ser tomado por los Estados Unidos otra vez como un símbolo que les permita llevar a cabo un moderno redescubrimiento, pero esta vez de *todo* el continente. Nuestros vecinos tienen que apreciar el valor y la pujanza de la cultura hispanoamericana. El requisito indispensable para lograr la asociación hemisférica es que la América sajona vea a la ibérica en un plano de igualdad, que pueda reconocernos a todos como americanos sin la necesidad de fungir como guardianes o protectores. El “subdesarrollo”, que es un término que está lejos de catalogar a las naciones hispanoamericanas poseedoras de un gran legado cultural indio-europeo, no empieza al sur del Río Bravo. ¿Quién otro debe ser, entonces, el “verdadero” descubridor de América sino los mismos que se han hecho nombrar americanos?

EPÍLOGO

Para terminar este análisis de la idea colombina en los Estados Unidos de América incluyo este hermoso poema del bostoniano James Russell Lowell, primero en su idioma original y después en español.*

Columbus

The cordage creaks and rattles in the wind,
With whims of sudden hush; the reeling sea
Now thumps like solid rock beneath the stern,
Now leaps with clumsy wrath, strikes short, and, falling
Crumbled to whispery foam, slips rustling down
The broad backs of the waves, which jostle and crowd
To fling themselves upon the unknown shore,
Their used familiar since the dawn of time,
Whither this foredoomed life is guided on
To sway on triumph's hushed, aspiring poise
One glittering moment, then to break fulfilled.

How lonely is the sea's perpetual swing,
The melancholy wash of endless waves,
The sigh of some grin monster undescried,
Fear-painted on the canvas of the dark,
Shifting on his uneasy pillow of brine!
Yet night brings more companions than the day
To this dear waste; new constellations burn,
And fairer stars, with whose calm height my soul
Finds nearer sympathy than with my herd
Of earthen souls, whose vision's scanty ring
Makes me its prisoner to beat my wings
against the cold bars of their unbelief,

* Traducción de Ana Elena González.

Knowing in vain my own free heaven beyond.
O God! this world, so crammed with eager life,
That comes and goes and wanders back to silence
Like the idle wind, which yet man's shaping mind
Can make his drudge to swell the longing sails
Of highest endeavor, —this mad, unthrift world,
Which, every hour, throws life enough away
To make her deserts kind and hospitable,
Lets her great destinies be waved aside
By smooth, lip-reverent, formal infidels,
Who weigh the God they not believe with gold,
And find no spot in Judas, save that he,
Driving a duller bargain than he ought,
Saddled his guild with too cheap precedent.
O Faith! if thou art strong, thine opposite
Is mighty also, and the dull fool's sneer
Hath oftentimes shot chill palsy through the arm
Just lifted to achieve its crowning deed,
And made the firm-based heart, that would have quailed
The rack or fagot, shudder like a leaf
Wrinkled with frost, and loose upon its stem.
The wicked and the weak, by some dark law,
Have a strange power to shut and rivet down
Their own horizon round us, to unwing
Our heaven-aspiring visions, and to blur
With surly clouds the Future's gleaming peaks,
Far seen across the brine of thankless years.
If the chosen soul could never be alone
In deep mid-silence, open-doored to God,
No greatness ever had been dreamed or done;
Among dull hearts a prophet never grew;
The nurse of full-grown souls is solitude.

The old world is effete; there man with man
Jostless, and, in the brawl for means to live,
Life is trod underfoot, —Life, the one block
Of marble that's vouchsafed wherefrom to carve
Our great thoughts, white and godlike, to shine down
The future, Life, the irredeemable block,
Which one o'er-hasty chisel-dint oft mars,
Scanting our room to cut the features out

Of our full hope, so forcing us to crown
With a mean head the perfect limbs, or leave
The god's face glowing o'er a satyr's trunk,
Failure's brief epithaph.

Yes, Europe's world
Reels on to judgement; there the common need,
Losing God's sacred use, to be a bond
"Twixt Me and Thee, sets each one scowlingly
O'er his own selfish hoard at bay; no state,
Knit strongly with eternal fibres up
Of all men's separate and united weals,
Self-poised and sole as stars, yet one as light,
Holds up a shape of large Humanity
To which by natural instinct every man
Pays loyalty exulting, by which all
Mould their own lives, and feel their pulses filled
Whith the red, fiery blood of the general life,
Making them mighty in peace, as now in war
They are, even in the flush of victory, weak,
Conquering that manhood which should
them subdue,
And what gift bring I to this untried World?
Shall the same tragedy be played anew,
And the same lurid curtain drop at last
On one dread desolation, one fierce crash
Of that recoil which on its makers God
Lets Ignorance and Sin and Hunger make,
Early or late? Or shall that common wealth
Whose potent unity and concentric force
Can draw these scattered joints and parts of men
Into a whole ideal man once more,
Which sucks not from its limbs the life away,
But sends it flood-tide and creates itself
Over again in every citizen,
Be there built up? For me, I have no choice;
I might turn back to other destinies,
For one sincere key opes all Fortune's doors;
But whoso answers not God's earliest call
Forfeits or dulls that faculty supreme
Of lying open to his genius
Which makes the wise heart certain of its ends.

Here am I; for what end God knows, not I;
Westward still points the inexorable soul:
Here am I, with no friend but the sad sea,
The beating heart of this great enterprise,
Which, without me, would stiffen in swift death;
This have I mused on, since mine eye could first
Among the stars distinguish and with joy
Rest on that God-fed Pharos of the north,
On some blue promontory of heaven lighted
That juts far out into the upper sea;
To this one hope my heart hath clung for years,
As would a foundling to the talisman
Hung round his neck by hands he knew not whose;
A poor, vile thing and dross to all beside,
Yet he therein can feel a virtue left
By the sad pressure of a mother's hand,
and unto him it still is tremulous
Whith palpitating haste and wet with tears,
The key to him of hope and humanness,
The coarse shell of life's pearl, Expectancy.
This hope had been to me for love and fame,
Hath made me wholly lonely on the earth,
Building me up as in a thick-ribbed tower,
Wherewith enwalled my watching spirit burned,
Conquering its little island from the Dark,
Sole as a scholar's lamp, and heard men's steps,
In the far hurry of the outward world,
Pass dimly forth and back, sounds heard in dream.
As Ganymede by the eagle was snatched up
From the gross sod to be Jove's cup-bearer,
So was I lifted by my great design:
And who hath trod Olympus, from his eye
Fades not that broader outlook of the gods;
His life's low valleys overbrow earth's clouds,
And that Olympian spectre of the past
Looms towering up in sovereign memory,
Beckoning his soul from meaner heights of doom.
Had but the shadow of the Thunderer's bird,
Flashing athwart my spirit, made of me
A swift-betraying vision's Ganymede,
Yet to have greatly dreamed precludes low ends;

Great days have ever such a morning-red,
On such a base great futures are built up,
And aspiration, though not put in act,
Comes back to ask its plighted troth again,
Still watches round its grave the unlaid ghost
Of a dead virtue, and makes other hopes,
save that implacable one, seem thin and bleak
As shadows of bear trees upon the snow,
Bound freezing there by the unpitying moon.

While other youths perplexed their mandolins,
Praying that Thetis would her finger twine
In the loose glories of her lover's hair,
and wile another kiss to keep back day,
I, stretched beneath the many-centuried shade
Of some writhed oak, the wood's Laocoon,
Did of my hope a dryad mistress make,
Whom I would woo to meet me privily,
Or underneath the stars, or when the moon
Flecked all the forest floor with scattered pearls.
O days whose memory tames to fawning down
The surly fell of Ocean's bristled neck!

I know not when this hope enthralled me first,
But from my boyhood up I loved to hear
The tall pine-forests of the Apennine
Murmur their hoary legends of the sea,
Which hearing, I in vision clear beheld
The sudden dark of tropic night shut down
O'er the huge whisper of great watery wastes,
The while a pair of herons trilingly
Flapped inland, where some league-wide river hurled
The yellow spoil or un conjectured realms
Far through a gulf's green silence, never scarred
By any but the North-wind's hurrying keels.
And not the pines alone; all sights and sounds
To my world-seeking heart paid fealty,
And catered for it as the Cretan bees
Brought honey to the baby Jupiter,
Who in his soft hand crushed a violet,
Godlike foremusing the rough thunder's gripe;

Then did I entertained the poet's song,
My great idea's guest, and, passing o'er
that iron bridge the Tuscan built to hell,
I heard Ulysses tell of mountain chains
Whose adamantine links, his manacles,
The western main shook growling, and still gnawed.
I brooded on the wise Athenian's tale
Of happy Atlantis, and heard Bjorne's keel
Crunch the gray pebbles of the Vinland shore:
I listened, musing, to the prophecy
Of Nero's tutor-victim; lo, the birds
Sing darkling, conscious of the climbing dawn.
And I believe the poets; it is they
Who utter wisdom from the central deep,
And, listening to the inner flow of things,
Speak to the age out of eternity.

Ah me! old hermits sought for solitude
In caves and desert places of the earth,
Where their own heart-beat was the only stir
Of living thing that comforted the year;
But the bald pillar-top of Simeon,
In midnight's blankest waste, were populous,
Matched with the isolation drear and deep
Of him who pines among the swarm of men,
At once a new thought's king and prisoner,
Feeling the truer life within his life,
The fountain of his spirit's prophecy,
Sinking away and wasting, drop by drop,
In the ungrateful sands of sceptic ears.
He in the palais-aisles of untrod woods
Doth walk a king; for him the pent-up cell
Widens beyond the circles of the stars,
And all the sceptred spirits of the past
Come thronging in to greet him as their peer;
But in the market-place's glare and throng
He sits apart, an exile, and his brow
Aches with the mocking memory of its crown.
Yet to the spirit select there is no choice;
He cannot say, This will I do, or that,
For the cheap means putting Heaven's ends in pawn,

And bartering his bleak rocks, the freehold stern
Of destiny's first-born, for smoother fields
That yield no crop of self denying will;
A hand is stretched to him from out the dark,
Which grasping without question, he is led
Where there is work that he must do for God.
The trial still is the strength's complement,
And the uncertain, dizzy path that scales
The sheer heights of supremest purposes
Is steeper to the angel than the child.
Chances have laws as fixed as planets have,
And disappointment's dry and bitter root,
Envy's harsh berries, and the choking pool
Of the world's scorn, are the right mother milk
To the tough hearts that pioneer their kind,
And break a pathway to those unknown realms
That in the earth's broad shadow lie enthralled;
Endurance is the crowning quality,
And patience all the passion of great hearts;
These are their stay, and when the leaden world
sets its hard face against their fateful thought,
And brute strength, like the Gaulish conqueror,
Clangs his huge glaive down in the other scale,
The inspired soul but flings his patience in,
And slowly that outweighs the ponderous globe,-
One faith against a whole earth's unbelief,
One sould against the flesh of all mankind.
Thus ever seems it when my soul can hear
The voice that errs not; then my triumph gleams
O'er the blank ocean beckoning, and all night
My heart flies on before me as I sail;
Far on I see my lifelong enterprise,
That rose like Ganges mid the freezing snows
Of a world's solitude, sweep broadening down,
And, gathering to itself a thousand streams,
Grow sacred ere it mingle with the sea;
I see the unगत wall of chaos old,
With blocks Cyclopean hewn of solid night,
Fade like a wreath of unreturning mist
Before the irreversible feet of light;-
And lo, with what clear omen in the east

On day's gray threshold stands the eager dawn,
Like young Leander rosy from the sea
Glowing at Hero's lattice!

One day more
These muttering shoalbrains leave the helm to me:
God, let me not in their dull ooze be stranded;
Let not this one frail bark, to hollow which
I have dug out the pith and sinewy heart
Of my aspiring life's fair trunk, be so
Cast up to warp and blacken in the sun,
Just as the opposing wind 'gins whistle off
His cheek-swollen pack, and from the leaning mast
Fortune's full sail strains forward!

One poor day!-
Remember whose and not how short it is!
It is God's day, it is Columbus's.
A lavish day! One day, with life and heart,
Is more than time enough to find a world.

Colón

Rechinan los cables azotados por el viento
Y callan de repente a su capricho; el mar bamboleante
Se estrella como roca con la popa,
Y salta en torpe ira, falla y cae
Deshecho en una espuma susurrante, resbala
Por los lomos de las olas que empujan y se enciman
Al lanzarse sobre esa playa ignota
Y no obstante conocida desde los albores del tiempo;
Aquella hacia la cual nos guía el destino
Y nos yergue el triunfo al viento
Por un solo momento destelleante,
Para luego rompernos satisfecho.

¡Cuán solitario este perpetuo ir y venir!
Se rompen melancólicas las olas, y sin tregua.
Suspira un viejo monstruo nunca visto,
Terrible imagen retratada en el lienzo del abismo,

Inquieto y sin reposo en su lecho de sal.
La noche sin embargo trae consigo más compañeros que el día
En esta sombría vastedad; refulgen nuevas constelaciones
Y estrellas más hermosas, cuya altura serena
Comprende más a mi alma que el rebaño
De mortales que me sigue; sus miras son grillete estrecho
Que me encierra y, al batir alas,
Me estrello con las rejas de su incredulidad:
En vano sé que existe un mundo libre más allá.
¡Dios mío! Este mundo atiborrado de vida vehemente,
Que viene, va, ronda y regresa hasta el silencio
Cuál viento ocioso, al cual domina el hombre con mente milagrosa,
Haciendo que hinche velas anhelantes
De la más grande hazaña, —este mundo demente
Que a cada hora irradia tanta vida
Que hace hospitalarios los desiertos—
Permite se descarten ideas grandes
Por culpa de hipócritas infieles
Que miden con oro a Dios en quien no creen,
Y no hallan falta en Judas
Salvo el haber tasado, con su sórdida empresa,
Demasiado baja la cuota de su gremio
¡Fe mía! Si bien eres fuerte, también lo es
Tu rival: la burda mofa del idiota
También ha hecho dudar al brazo alzado
Momentos antes de coronar su hazaña;
Y al firme corazón , que atemoriza a rufianes y cobardes,
Ha convertido en hoja temblorosa, comida para la escarcha,
desprendida de su tallo.
Cobardes y rufianes, por una ley oscura,
Poseen poder extraño: cerrar y cercar
Sus propios horizontes encima de los nuestros:
Opacan con nubes insolentes
Las cumbres centelleantes del Futuro,
Lejanas tras la sal de años ingratos.
Si el alma elegida no pudiera estar sola
En profundo silencio y abierta a Dios,
Ninguna grandeza, ni en sueños ni en hechos, se habría logrado;
Entre almas obtusas no crece el profeta:
Sólo la soledad almas grandes alimenta.

El viejo mundo es ya estéril: ahí el hombre compite con el hombre
Y en su lucha por la supervivencia
Aplastan a la Vida. —La vida, el bloque de marmol
Concedido para esculpir
Nuestros grandes pensamientos, blanco y divino
Para iluminar el futuro; la vida, el bloque irredimible
Que se arruina con un solo toque de más, precipitado.
Mermando el espacio destinado a las facciones,
Nos obliga a coronar
Con vil cabeza, unos miembros perfectos o a dejar
La cara de un dios resplandecer sobre un tronco de sátiro,
Breve epitafio del fracaso.

Si, el mundo de Europa
Se aproxima al Juicio; ahí, la necesidad común
Al perder el uso sagrado que Dios le asignó, de hacer una alianza
Entre Tú y Yo, hace que cada uno, gruñendo,
Cuide egoísta su caudal; no hay una nación
Firmemente tejida con las fibras eternas
Del interés de cada hombre, por sí mismo y en conjunto,
Equilibrado y único como las estrellas y no obstante uno como la luz,
Que presente la forma grandiosa de la Humanidad,
A la que todo hombre, por instinto natural,
Rinde lealtad exaltada, según la cual
Todos forjan sus vidas, sintiendo pulsos plenos
De sangre, el rojo fuego de la vida común,
Y los hace tan poderosos en la paz, como ahora en la guerra,
Aún con la emoción de la victoria, débiles,
Conquistando una hombría que los subyuga.
¿Qué regalo ofrezco yo a este mundo incierto?
¿Veremos de nuevo la misma tragedia,
Caerá el triste telón una vez más
En ruín desolación, en el choque feroz
Del Hambre, la Ignorancia y el Pecado.
Que, con la venia de Dios, tarde o temprano, cobran su cuota?
¿O podrá reconstruirse el bien común,
Cuya fuerza concéntrica y potente
Reúne eslabones dispersos, integra las partes del hombre
De nuevo en un hombre ideal
Que no le succiona la vida a sus miembros:
La emana cual torrente, naciendo cada vez

En cada ciudadano? Yo no tengo opción;
Podría echar marcha atrás a otro destino,
Pues una llave honesta franquea todas las puertas del Azar:
Pero aquél que no escucha el llamado primero de Dios
Pierde todo derecho al bien supremo
De ser recipiente de sus dones,
Que dan certeza al alma de sus metas.
Héme aquí; para qué, sólo Dios sabe, no yo;
El alma inexorable apunta todavía hacia el Oeste;
Héme aquí, sin más amigo que el triste océano,
corazón palpitante de esta empresa
Que sin mí, moriría sin remedio.
Así he pensado desde el primer momento
En que mis ojos percibieron y con gozo se posaron
De entre todas las estrellas, en el Faro divino del norte que,
Sobre algún promontorio del cielo,
Se destaca en el mar septentrional;
Por años mi esperanza en ella se sostuvo
Como expósito aferrado al talismán
Que manos anónimas colgaron de su cuello;
Un ente pobre y vil, escoria de los hombres,
Que, no obstante, encuentra en sí mismo una virtud.
Regalo del último abrazo de su madre,
Que en él tiembla todavía
Con urgencia palpitante, húmedo de lágrimas;
La clave de lo humano,
Áspera concha de la perla de la vida: la Esperanza,
Esta ha sido para mí de amor y fama;
Me ha dejado sólo en esta Tierra,
Rodeándome, como torre, de barrotes estrechos.
Así, aprisionado, ardía mi espíritu,
Conquistado su isla desde la Oscuridad,
Solo, como lámpara de estudiante, oía pasos de hombres
Que iban y venían, sonidos de sueños,
En el tráfigo lejano del mundo exterior.
Así como Ganimedes fue arrebatado por el águila
Del tosco suelo para ser copero de Júpiter,
Así me levantó mi gran propósito:
Las amplias miras de los dioses
No se borran de los ojos de aquél que ha pisado el Olimpo;
Los valles de su vida rebasan las nubes.

Y el Olímpico espectro del pasado
Se cierne en alto en la memoria soberana
Rescatando a su alma de alturas más bajas y de perdición.
¡Si tan solo la sombra del ave del Tonante,
Atravesando mi alma en un relámpago me hubiera convertido
en el veloz Ganimedes de su visión...!
Pero sueños grandes preludian bajos fines;
Así los grandes días tienen auroras rojas.
Tal es la base de futuros grandes,
Y las aspiraciones, aunque no se las ponga en acción,
de vuelta reclaman la verdad prometida
Cuidan en su tumba el afán que nunca fue
De una virtud muerta, y hacen que las nuevas esperanzas
Parezcan enclenques junto a aquélla, implacable:
Son sombras de árboles secos en la nieve,
Atados y helados por la luna despiadada.
Cuando otros jóvenes tocando mandolinas
Rogaban que Tetis trenzara sus dedos
En las glorias del cabello de su amado
Y le robara otro beso para postergar el día,
Yo, tendido a la sombra centenaria
De un ajado roble, Laoconte del bosque,
Convertí mi esperanza en dríada amante
Persuadiéndola de verme tan sólo en secreto:
Ya bajo las estrellas, ya cuando la luna
Rayara todo el bosque con lluvia de perlas,
¡El recuerdo de aquellos días transforma en plumas suaves
Las ásperas cerdas de la crin oceánica!

No sé cuándo me invadió por vez primera esta esperanza:
Desde niño amaba oír
El murmullo de los bosques apeninos
De leyendas ancestrales del océano.
Al oírlas, en visiones contemplé
La noche del trópico cerrarse abruptamente
Sobre el potente susurro de enormes cuerpos acuosos
Mientras una pareja de gráciles grullas
Aleteaba tierra adentro, donde un anchísimo río
Arrojaba su dorado botín, de reinos insospechados,
Al silencio profundo de un golfo verde, limpio de estelas
Salvo las de las quillas del cierzo alado.

Y no sólo eso sino todo cuanto escuchaba y veía
Rendía homenaje a mi corazón, sediento de mundo,
Y lo alimentaba, como las abejas cretenses
Llevaban miel al Júpiter niño
Que estrujó con su manita una violeta
Prefigurando el don divino de tonante empuñadura.
Entonces me recreaba con canciones de poeta,
Huéspedes de mi gran Idea, y al pasar
El férreo puente toscano que conduce hasta el infierno
Escuché a Ulises contar de cadenas montañosas
De eslabones diamantinos, sus grilletes,
Que azotan furiosos la tierra occidental y la corroen.
Medité sobre el relato del sabio ateniense
De la Atlántida feliz, y oí la quilla de Bjorne
Triturar piedrillas grises en la playa vinlandesa:
Escuché meditabundo la profecía
Del tutor-víctima de Nerón; ilos pájaros
Ya cantan, conscientes de la aurora que se acerca!
Y creí en los poetas; son ellos quienes profieren
Sabiduría desde lo profundo;
Escuchan el fluir interno de las cosas
Y apelan al siglo desde la eternidad.

¡Ay de mí! Los viejos eremitas buscaban soledad
En cuevas y desiertos de la tierra,
Donde sólo sus latidos resuenan y consuelan al año;
Pero la austera punta del pilar de Simeón
En lo más vacío de la noche, es tumultuosa
Comparada con el lóbrego y profundo aislamiento
De aquél que languidece entre hordas de hombres,
Rey y reo a la vez de las nuevas ideas;
Siente una vida más real en su vida,
Fuente que genera la profecía de su alma,
Que no obstante se hunde y se pierde, gota a gota,
En arenas ingratas de oídos escépticos.
En pasillos palaciegos de recónditas forestas
Camina como rey; para él, la celda cerrada
Se ensancha más allá de los círculos astrales
Y todos los fantasmas imperiales del pasado
Rodéanlo proclamándolo su par;
Pero en medio del tumulto deslumbrante del mercado

Se aparta, exiliado, y las sienes
Le duelen con el recuerdo burlón de su corona.
El, alma elegida no tiene opción,
No puede decir: esto sí hago y esto no,
Empeñado muy barato los propósitos divinos,
Trocando sus peñascos expuestos, herencia legítima
Del primogénito del destino, por campos más hospitalarios
Que nunca darán fruto a quien niega su propia voluntad;
Se extiende una mano hacia él desde la noche
Que lo toma sin dudar y lo mantiene
Donde hay obras que hacer para Dios.
La prueba es complemento de la fuerza y el camino
Inseguro y tambaleante que escala
Las alturas de los máximos propósitos
Es más pronunciado para el ángel que para el niño.
El azar tiene leyes tan fijas como los astros
Y la seca y amarga raíz del disgusto,
Las ásperas moras de la envidia y el charco asfixiante
Del desprecio mundano son la leche materna
De las almas inhumanas, pioneras en su clase,
Y abren un camino que lleva a aquellos reinos ignotos
Sumergidos en la vasta penumbra terrenal;
Perseverancia es cualidad que corona,
Y paciencia, la pasión de los grandes corazones:
Estos son su sostén y cuando el mundo plomizo
Opone faz severa a su fatídico pensar,
Y fuerza bruta, como el conquistador galo
Estrella estrepitosa su enorme espada del otro lado de la balanza,
Entonces el alma inspirada permite que aflore su paciencia
Que lentamente contrarresta el peso de todo el globo terráqueo;
Una fe contra todo un mundo de incrédulos,
Un alma contra la carne de toda la humanidad.

Siempre lo confirmo cuando mi alma escucha
La voz que no se equivoca: entonces brilla mi triunfo
Y hace señales llamando sobre el océano vacío, y toda la noche
Mi corazón se adelanta volando mientras yo navego.
Allá veo la empresa de mi vida:
Surgió, como el Ganges, desde las nieves heladas
De una vasta soledad: se ensancha bajando en torrente
Y, absorbiendo mil riachuelos,

Se consagra antes de fundirse con el mar.
Ya veo cómo aquel antiguo muro del caos, impenetrable,
Construido con bloques ciclópeos, arrancados de la noche,
Se esfuma cual guirnalda de niebla que no volverá jamás
Ante los pies irreversibles de la luz.
¡Y héla aquí! Con claro augurio desde el Este
En el gris umbral del día, aguarda la aurora anhelante,
¡Como joven Leandro, mojado
Y reluciente ante la verja de su amada Hero!

Un día más

Que estos balbuceantes botarates me dejan el timón:
¡Dios mío, que no encalle yo en su espeso fango:
Que esta débil corteza que he ahuecado
Extrayendo la médula y el fibroso corazón
Del hermoso tronco del deseo vehemente de mi vida
No se retuerza y ennegrezca con el sol
Ahora que el viento adverso comienza a agotar
Sus mejillas infladas, y cuando con mástil inclinado
Avanza a toda vela la Fortuna!

¡Tan sólo un día!

¡Recuerda de quién y no cuán corto es!
Es el día de Dios, el de Colón.
¡Un día pródigo! Un día con vida y corazón
Es más que suficiente para hallar
Un mundo.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- ADAMS, HENRY, *The U. S. in 1800*, Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1971.
- ANDERSON, PERRY, *El Estado absolutista*, 9a. ed., México, Siglo XXI Editores, 1987.
- ARANGUREN, JOSÉ LUIS, *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, Madrid, Alianza Editorial, 1980.
- , *El protestantismo y la moral*, Madrid, Sapiencia, 1954.
- ASHLEY, MAURICE, *The Greatness of Oliver Cromwell*, Nueva York, Collier Books, 1957.
- AUCHINCLOSS, KENNETH, “When Worlds Collide. 1492-1992”, en *Newsweek*, Columbus Special Issue (otoño-invierno 1991), pp. 8-13.
- BANCROFT, GEORGE, *History of the United States*, 7 vols., Routledge, Warne and Routledge, 1861.
- BARLOW, JOEL, *Works*, William K. Bottorf (comp.), 2 vols., Gainesville, Florida, 1970.
- BEER, MAX, *Historia general del socialismo y de la lucha de clases*, Santiago de Chile, Ercilla, 1935.
- BEERS QUINN, DAVID, *England and the Discovery of America. 1481-1620*, Nueva York, Alfred Knopf, 1974.
- , *Raleigh and the British Empire*, Londres, English University Press, 1974.
- BLANKENSHIP, RUSSELL, *American Literature as an Expression of the Natural Mind*, Nueva York, H. Holt and Co., 1931.
- BORAH, WOODROW, en *Hispanic Historical Review*, vol. VIII, 1968.
- BOORSTIN, DANIEL, *America and the Image of Europe. Reflections on American Thought*, Gloucester, Mass., P. Smith, 1976.
- , *Historia de los norteamericanos. La experiencia colonial*, 6a. ed., Buenos Aires, Tipográfica Editora Argentina, 1973.
- , *The Discoverers*, Nueva York, Random House, 1983.
- BOSCH GARCÍA, CARLOS, *Tres ciclos de navegación mundial se concentraron en América*, México, UNAM, 1985.
- , *Sueño y ensueño de los conquistadores*, México, UNAM, 1987.

- _____, *México frente al mar*, México, UNAM, 1981.
- BRADFORD, WILLIAM, *History of Plimouth Plantation*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1908.
- BRAUDEL, FERNAND, *La dinámica del capitalismo*, México, FCE, 1986 (*Breviarios*, 427).
- BROOKS, VAN W., *The Flowering of New England*, Nueva York, The Modern Library, 1936.
- BROOKS, EMERSON, *The Growth of a nation: a pictorial review of the U.S. of America from colonial days to the present*, Nueva York, Dutton, 1956.
- BUNYAN, JOHN, *The Pilgrim's Progress*, Nueva York, Washington Square Press, 1957.
- CERIO, GREGOR, "¿Eran los españoles tan crueles?", en *Newsweek*, Columbus Special Issue (otoño-invierno 1991).
- CHAUNU, PIERRE, *La apertura del mundo. Siglos XIV-XVI*, vol. 1, Madrid, Ediciones Encuentro, 1987, (*La historia económica y social del mundo*).
- COHN, NORMAN, *En pos del milenio*, Madrid, Alianza Editorial, 1981.
- COLÓN, CRISTÓBAL, *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*, 8a. ed., Madrid, Espasa Calpe, 1982 (*Austral*).
- _____, "Lettera Rarissima", en Edmundo O'Gorman (comp.), *Navegaciones colombinas*, México, SEP, s/f.
- COLÓN, FERNANDO, *Vida del Almirante Don Cristóbal Colón escrita por su hijo Fernando Colón*, prólogo de Ramón Iglesia, México, FCE, 1947.
- COMTE, AUGUSTO, *Discurso sobre el espíritu positivo*, Buenos Aires, Aguilar, 1905.
- COOPER, JAMES FENIMORE, *Mercedes of Castile*, s/e, s/f, *Colección especial de la Universidad de California en los Angeles* (UCLA), EUA.
- DALE JACKSON, DONALD, "Herejías del Nuevo Mundo. ¿Cuántos descubrimientos de América?" en *El Universal* (11 de octubre de 1991).
- DAVIES, NIGEL, *Voyagers to the New World. Fact or Fantasy?*, Londres, McMillan, 1979.
- DAVIS, J. C., *Utopía y la sociedad ideal. Estudio de la literatura utópica inglesa, 1516-1700*, México, FCE, 1981.
- Dictionary of National Biography*, Londres, Oxford University Press, 1930.
- ELIOT, J. H., *El Viejo Mundo y el Nuevo. 1492-1650*, Madrid, Alianza Editorial, 1972.
- ELLIS, RICHARD (comp.), *The Poems of Longfellow*, Nueva York, Illustrated Modern Library, 1944.

- ELTON, G. R., *Reform and Reformation. England. 1509-1558*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1977.
- EMERSON, RALPH W., *Ensayos*, México, Porrúa, 1990 (*Sepan Cuántos...*, 596).
- EMLING, SHELLEY, "Native Americans Aim to put a Lid on Columbus Day", en *The News* (13 de octubre de 1991).
- FANFANI, AMINTORE, *Catolicismo y protestantismo en la génesis del capitalismo*, Madrid, Ediciones Rialp, 1953.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, MARTÍN, *Colección de viages y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV: con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en Indias*, 5 vols., Madrid, Imprenta Nacional, 1837.
- FISCHER, H. A. L., *Historia de Europa*, 3 vols., Buenos Aires, Sudamericana, 1946.
- FISKE, JOHN, *The Discovery of America with some account of Ancient America and the Spanish Conquest*, Boston-Nueva York, Houghton, Mifflin and Co., 1892.
- FRANK, ALBERT V., *The Sacred Game: Provincialism and Frontier Consciousness in American Literature (1680-1860)*.
- FRANKLIN, BENJAMÍN, *Writings*, Nueva York, Literary Classics of the U. S., 1987.
- , *Autobiografía y otros escritos*, México, Porrúa, 1983, (*Sepan Cuántos...*, 391).
- FRENAU, PHILLIP, *Poems of Frenau*, Harry Hayden Clark (comp.), Nueva York, Brunswick Press, 1955.
- GAGE, THOMAS, *Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*, México, FCE-SEP, 1982, (*SEP-Ochentas*).
- GAOS, JOSÉ, *Historia de nuestra idea del mundo*, México, FCE, 1973.
- GARDINER, HARVEY, "Prescott obsequia sus libros", en *Historia mexicana* (México, El Colegio de México), núm 3, vol. 5 (enero-marzo 1959).
- , *William Hickling Prescott. A Biography*, Austin-Londres, University of Texas Press, s/f.
- , *The literary Memoranda of William H. Prescott*, 2 vols., Oklahoma, University of Oklahoma Press, 1961.
- GARZA LARUMBE, ELSA, *Cotton Mather. New England Puritan*, México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, 1962 (tesis doctoral).
- GATES, DAVID, "Who was Columbus?" en *Newsweek*, Columbus Special Issue (otoño-invierno 1991), pp. 29-31.
- GAY, PETER, *Style in History*, Nueva York, Basic Books, 1974.

- , *A Loss of Mastery: Puritan Historians in Colonial America*, Berkeley, Cal., University of California Press, 1966.
- , *Age of Enlightenment*, Nederland, Time-Life, 1966.
- , *The Enlightenment, an Interpretation. The Rise of Modern Paganism*, Nueva York, Alfredo A. Knopf, 1967.
- GELMAN, DAVID, "Columbus and His four Faithful Voyages", en *Newsweek*, Columbus Special Issue (otoño-invierno de 1991), pp. 39-46.
- GERBI, ANTONELLO, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica*, México, FCE, 1982.
- GERSON, VAUGHN, D., *Studies in the History of English Commerce in the Tudor Period*, Pennsylvania, University of Pennsylvania, 1912.
- GIBSON, CHARLES, *Spain in America*, Nueva York, Harper and Row, 1966.
- , *The Black Legend. Anti-Spanish Attitudes in the Old World and the New*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1971.
- GOODRICH, AARON, *A History of the Character and Achievements of the So-Called Christopher Columbus*, Nueva York, D. A. Appleton & Co., 1874.
- GRAHAM, GERALD S., *Empire of the North Atlantic. The Maritime Struggle for North America*, Londres, Oxford University Press, 1958.
- GRAY, PAUL, "The Trouble with Columbus", en *Time* (7 de octubre de 1991), pp. 34-38.
- HAKLUYT, RICHARD, *The Principal Navigations, Voyages, Traffics and Discoveries of the English Nation*, 12 vols., Glasgow, Hakluyt Society, 1903-1905.
- HALE, EDWARD EVERETT, *The Life of Christopher Columbus. From his Own Letters and Journals and Other Documents of his Time*, Chicago, G. L. Howe & Co., 1891.
- HALL, DAVID D., *Puritanism in the 17th Century Massachusetts*, Nueva York, Holt Rinehart and Winston, 1968.
- HALSEY FOSTER, EDWARD, *The Civilized Wilderness. Background to American Romantic Literature. 1817-1860*, Nueva York, The Free Press-Collier Mac Millan Publishers, 1975.
- HANKE, LEWIS, *La lucha por la justicia en la conquista de América*, trad. Ramón Iglesia, Buenos Aires, Sudamericana, 1949.
- , *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo*, México, SEP, 1974 (SEPTENTAS, 156).
- HARING, C. H., *El imperio español en América*, 3a. ed., México, Patria, 1990.
- HARRISSE, HENRY, *Christoph Colomb: son origine, sa vie, ses voyages, sa famille e ses descendants*, 2 vols., París, Ernst Leroux Editeur, 1884.

- _____, *The Discovery of North America. A Critical Documentary and Historic Investigation*, Londres, Henry Stevens and Sons, 1891.
- _____, *Christoph Colomb* (edición especial para el Cuarto Centenario), París, H. Welter Editeur, 1892.
- _____, *Excerpta Colombiniana: bibliographie de quatre cents pieces gotiques, françaises, italiennes et latines du commencement du XVIIe siècle, non dectes jusqu'ici précédée d'une histoire de la Bibliothèque Colombine et de son fondateur*, Génova, Slatkine Reprints, 1971.
- _____, *Jean et Sebastien Cabot leur origine et leurs voyages*, París, Ernst Leroux Editeur, 1883.
- HELPS, ARTHUR, *The Life of Christopher Columbus*, Nueva York-Londres, E. P. Dutton-J. M. Dent, 1925.
- HIETALA, THOMAS R., *Manifest Destiny. Anxious Aggrandizement in Late Jacksonian America*, Ithaca, N. Y., Cornell University Press, 1985.
- HOLLADAY, JOHN L., *A History of the United States*, Boston-Nueva York, Allyn & Bacon, 1918.
- HOWARD, J. T., *Our American Music*, 3a. ed., Nueva York, T. Y. Crowell Co., 1946.
- HUGHES, ROBERT, "Just Who was that Man?", en *Time* (7 de octubre de 1991), pp. 39-40.
- HUIZINGA, JOHANN, *El otoño de la Edad Media*, 6a. ed., Madrid, Alianza Editorial, 1984.
- _____, *El concepto de la historia*, México, FCE, 1946.
- HUMBOLDT, ALEXANDER DE, *Cristóbal Colón y el descubrimiento de América: historia de la geografía del nuevo continente y de los progresos de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI*, trad. Luis Navarro y Calvo, Madrid, Librería de la Vda. de Hernando, 1892 (*Biblioteca Clásica*, 163).
- _____, *Cosmos: essai d'une description physique du monde*, París, Gide et Cie. Libraires Editeurs, 1847.
- IGLESIA, RAMÓN, *Cronistas e historiadores de la conquista de México*, México, SEP, 1972 (*SEP-Setentas*, 16).
- _____, *El hombre Colón y otros ensayos*, México, FCE, 1986.
- IRVING, WASHINGTON, *Chronicle of the Conquest of Granada*, 2 vols., Nueva York-Londres, G. P. Putnam, The Knickerbrocker Press, 1893.
- _____, *The Life and Voyages of Christopher Columbus: to which are added those of his companions*, 3 vols., Nueva York, G. P. Putnam, 1861.
- JACOBS, WILBUR R., *El expolio del indio norteamericano*, Madrid, Alianza Editorial, 1973.

- JEFFERSON, THOMAS, *Writings*, Nueva York, Literary Classics of the US, 1987.
- , *The Portable Thomas Jefferson*, Merrill Peterson (edit.), Nueva York, Penguin Books, 1975.
- JENNINGS, FRANCIS, *The Invasion of America. Indian Colonialism and the Cant of Conquest*, Nueva York, W. W. Norton & Co., 1975.
- JUDERÍAS, JULIÁN, *La leyenda negra: estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, 13a. ed., Madrid, Editora Nacional, 1954.
- KRAUS, MICHAEL, *The U. S. to 1865*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1959.
- LAS CASAS, BARTOLOMÉ DE, *Breve relación de la destrucción de las Indias Occidentales*, México, Romerovargas y Blanco Editores, 1957.
- , *Historia de las Indias*, 2 vols., Agustín Millares Carlo (edit.), México, FCE, 1951.
- LASKY, MELVIN J, *Utopia and Revolution*, Chicago, University Press, 1967.
- LEDER, LAWRENCE, *Some Eighteenth Century Comentators*, Nueva York, Harper and Row, 1971.
- LEONARD, IRVING A., *Los libros del conquistador*, México, FCE, 1953.
- LEVELIER, ROBERTO, *Américo Vespucio. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*, Buenos Aires, Nova, 1951.
- LÓPEZ DE GÓMARA, FRANCISCO, *Historia General de las Indias*, 2 vols., Madrid, Espasa Calpe, 1941.
- LUKÁCS, GYÖRGY, *La novela histórica*, México, Era, 1955.
- LUMMIS, CHARLES, *Los exploradores españoles del siglo XVI*, 9a. ed., Barcelona, Araluce, 1930.
- LUTERO, MARTÍN, *Obras*, Buenos Aires, Paidós, 1967.
- MADARIAGA, SALVADOR DE, *Vida del muy magnífico señor Cristóbal Colón*, Buenos Aires, 1940.
- MALTBY, WILLIAM, *The Black Legend in England. The Development of Anti-Spanish Sentiment. 1558-1600*, Durkham, N. C., Duke University Press, 1971.
- MARCOS, PATRICIO, *El sistema político de los Estados Unidos de Norteamérica*, México, UNAM, 1985.
- MARCUSE, LUDWIG, *Filosofía americana*, Madrid, Guadarrama, 1969.
- MARKHAM, CLEMENTS R., *Life of Chistopher Columbus*, Londres, Phillip & Son., 1892.
- MÁRTIR DE ANGLERÍA, PEDRO, *Décadas del Nuevo Mundo*, Buenos Aires, Bajel, 1944.
- MATHER, COTTON, *Magnalia Christi Americana*, 4 vols., Hartford, Silas Andrus and Sons, 1855.

- , *Narrative of Indian Wars, 1675-1699*, Nueva York, 1913.
- , *Selected Letters*, Kenneth Silverman (comp.), Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1971.
- , *Diary*, 2 vols., Nueva York, Frederick Ungar, Co. s/f.
- , *The Christian Philosopher*, Londres, Eman Mathews, MDCCXXI.
- , *Wonders of the Invisible World*, Nueva York, The Peter Pauper Press, 1950.
- MATTHIESSEN, F., *American Renaissance*, Londres, Oxford University Press, 1969.
- MATTINGLY, GARRETT, *The Armada*, Boston, Houghton, Mifflin and Co., 1959.
- MAY, HENRY, F., *Enlightenment in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1976.
- MC FARLANE, K. B., *John Wycliffe and English Nonconformity*, Londres, English University Press, 1952.
- MEINECKE, FRIEDRICH, *El historicismo y su génesis*, México, FCE, 1943.
- MERRIMAN ROGER, *The Rise of the Spanish Empire in the Old World and in the New*, 4 vols., New York, McMillan, 1925-1936.
- , *The Rise of the Spanish Empire in the Old World and in the New*, 2 vols., Nueva York, Cooper Square Publishers, 1962.
- MILHOU, ALAIN, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1983 (*Cuadernos Colombinos*, 11).
- MILLER, PERRY, *The Life of the Mind in America from the Revolution to the Civil War*, Nueva York, Harcourt, Brace & W., 1965.
- , *The New England Mind. From Colony to Province*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1966.
- MILLER, JAMES E., ROBERT HAYDEN (comp.), *United States in Literature*, Glenview, Illinois, Scott, Foresman and Co., 1979.
- MORISON, SAMUEL ELIOT, *The Great Explorers. The European Discovery of America*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press, 1978.
- , *El Almirante de la mar océano. Vida de Cristóbal Colón*, Buenos Aires, Librería Hachette, 1945.
- , *The Oxford History of the American People*, 2 vols., Nueva York, New American Library, Oxford University Press, 1972.
- , *The Founding of Harvard College*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1935.
- MORO, TOMÁS, *Utopía*, México, Porrúa, 1981 (*Sepan Cuántos...*, 182)
- MORRIS, CHRISTOPHER, *The Tudors*, Londres, Collin Press, 1955.
- MOTLEY, JOHN L., *The Rise of the Dutch Republic*, 3 vols., Londres, Dent and Sons, 1906.

- , *History of the United Netherlands*, 2 vols., Harper and Brothers, 1864.
- MUMFORD JONES, HOWARD, *Este extraño Nuevo Mundo*, México, UTEHA, 1952.
- , *Ideas in America*, Cambridge, Mass., Cambridge University Press, 1945.
- NASH, R., *Wilderness and the American Mind*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1979.
- NETTELS, CURTIS, P., *The Roots of American Civilization. A History of American Colonial Life*, Nueva York, F. S. Crofts Co., 1940.
- NYE, RUSSELL B., *The Cultural Life of the New Nation. 1776-1830*, Nueva York, Harper and Brothers, 1960.
- O'GORMAN, EDMUNDO, *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*, México, UNAM, Centro de Estudios Filosóficos, 1951.
- , *La invención de América*, México, FCE, 1984.
- , *México, el trauma de su historia*, México, UNAM, 1971.
- , *Navegaciones colombinas*, México, SEP, s/f.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, "Mirabeau o el político", en *El Tríptico*, 9a. ed., Madrid, Espasa Calpe, 1972.
- ORTEGA Y MEDINA, JUAN A., *El conflicto anglo-español por el dominio oceánico*, México, UNAM, 1981.
- , *Destino manifiesto*, México, SEP, 1972 (*SEP-Setentas*).
- , *Estudios de tema mexicano*, México, SEP, 1973 (*SEP-Setentas*).
- , *La evangelización puritana en Norteamérica*, México, FCE, 1976.
- , *La idea colombina del Descubrimiento desde México (1836-1986)*, México, UNAM, CCYDEL, 1987 (*Nuestra América*, 21).
- , *Imagología del bueno y del mal salvaje*, México, UNAM, 1987.
- , *México en la conciencia anglosajona*, 2 vols., México, Antigua Librería Robredo, 1953 (*México y lo mexicano*, 13).
- , *Teoría y crítica de la historiografía científico-idealista alemana*, México, UNAM, 1980.
- PARRINGTON, LUIS VERNON, *Main Currents in American Thought. The Colonial Mind (1620-1800)*, Nueva York, Harvest Books, 1954.
- PARRY, J. H., *Europa y la expansión del mundo*, México, FCE, 1952 (*Breviarios*, 60).
- PEREYRA, CARLOS, *Historia de América española*, Madrid, Saturnino Calleja, 1920.
- , *La conquista de las rutas oceánicas y La obra de España en América*, México, Porrúa, 1986 (*Sepan Cuántos...*, 498).

- PHELAN, JOHN L., *El reino milenario de los franciscanos en el Nuevo Mundo*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1972 (*Serie de historia novohispana*, 2).
- POWELL, PHILLIP W., *Tree of Hate*, Nueva York-Londres, Basic Books, 1971.
- PRESCOTT, WILLIAM H., *Historia del reinado de los Reyes Católicos Dn. Fernando y Dña. Isabel*, Madrid, Imprenta de Gaspar y Roig Editores, 1855.
- , *History of the Conquest of Peru*, Nueva York, Random House, s/f.
- , *Historia de la conquista de México*, prolog. Juan Ortega y Medina, México, Porrúa, 1970 (*Sepan Cuántos...*, 150).
- REY PASTOR, JULIO, *La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América*, 4a. ed., Madrid, Espasa Calpe, 1970 (*Austral*, 301).
- ROBERTSON, WILLIAM, *Historia de la América*, 4 vols., Burdeos, Impr. de Pedro Beaume, 1827.
- ROWSE, A. L., *The Expansion of Elizabethan England*, Nueva York, Harper and Row, Publishers, 1955.
- RUIZ GAYTÁN, BEATRIZ, "España en la historia de los Estados Unidos", en *Anuario de Historia* (México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras), núm. IX (1977).
- RUSSELL LOWELL, JAMES, *The Complete Poetical Works of...*, Horace Scudder (comp.), Boston, Cambridge, Houghton, Mifflin and Co., 1925.
- SALE, KIRKPATRICK, *The Conquest of Paradise. Christopher Columbus and the Columbian Legacy*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1990.
- SANDERS, JENNINGS, B., *Historical Interpretations and American Historianship*, Ohio, The Antioch Press, 1966.
- SANZ, CARLOS, *El nombre América: libros y mapas que lo impusieron*, Madrid, V. Suárez Ed., 1959.
- SAUER, CARL, *The Early Spanish Main*, Berkeley, Cal., University of California Press, 1966.
- SCHAFF, ADAM, *Historia y verdad*, México, Grijalbo, 1974 (*Enlace*).
- SHOWN, SUZAN, en *Newsweek*, Columbus Special Issue (otoño-invierno 1991).
- SKOTHEIM, ROBERT A., *American Intellectual Histories and Historians*, Princeton, N. J., Princeton University Press, 1966.
- SMITH, JAMES MORTON, *17th Century America: Essays in Colonial History*, Chapel Hill, Institute of Early American History and Culture, University of Carolina Press, 1959.
- SMITH, JOHN, *The General History of Virginia, New England and the Summer Isles*, Birmingham, English Scholar's Library, 1884.

- SOMBART, WERNER, *El burgués*, 4a. ed., Madrid, Alianza Editorial, 1982.
- STEEL COMMAGER, HENRY, *The Empire of Reason: How Europe Imagined and America Realized the Enlightenment*, Garden City, N. Y., Anchor Press, Doubleday, 1977.
- TAVIANI, PAOLO E., *Cristóbal Colón. Génesis del gran Descubrimiento*, 2 vols., Barcelona, Instituto Geográfico de Agostini/Teyde, 1977.
- , *La aventura de Cristóbal Colón*, La Habana, Editorial de las Ciencias Sociales, 1986.
- TAWNEY, R. H., *La religión en el origen del capitalismo*, Buenos Aires, Dédalo, s/f.
- THATCHER, JOHN BOYD, *Christopher Columbus. His Life. His Work. His Remains*, 3 vols., Nueva York, Houghton, Mifflin and Co., 1903.
- , *The Continent of America. Its Discovery and its Baptism* (fol. 980.01, t 359 C. Colección de El Colegio de México).
- TICKNOR, GEORGE, *History of the Spanish Literature*, 3 vols., Boston, Ticknor and Fields, 1864.
- TILLYARD, E. M. W., *La cosmovisión isabelina*, México, FCE, 1984 (*Breviarios*, 375).
- TONYBEE, ARNOLD, *Estudio de la historia*, 6a. ed., 3 vols., Madrid, Alianza Editorial, 1981.
- TREVELYAN, GEORGE MACAWLAY, *Historia política de Inglaterra*, México, FCE, 1943.
- TROELTSCH, E., *El protestantismo y el mundo moderno*, México, FCE, 1951 (*Breviarios*, 51).
- VEGA, MANUEL DE LA, *Historia del descubrimiento de la América septentrional por Cristóbal Colón*. Escrita por el R. P. Manuel de la Vega religioso franciscano de la Provincia del Santo Evangelio de México; dada a luz con varias notas para mayor inteligencia de la historia de las conquistas de Hernán Cortés que puso en mexicano Chimalpáin, y para instrucción de la juventud mexicana, Carlos María de Bustamante. México, Of. de la Testamería de Ontiveros, 1826.
- VIGNAUD, HENRY, *Toscanelli and Columbus*, Londres, Sands & Co., 1902.
- , *Histoire critique de la grand entreprise de Christoph Colomb*, vol. II, París, Auguste Picard, 1911.
- , *Le vrai Christoph Colomb et la legende*, París, 1921.
- , "Columbus a Spaniard and a Jew", en *American Historical Review*, XVIII, 1913, pp. 505-512.
- VILAR, PIERRE, *Historia de España*, 22a. ed., Barcelona, Crítica-Grijalbo, 1986.

- WAGNER, FRITZ, *La ciencia de la historia*, México, UNAM, 1980.
- WASSERMAN, JAKOB, *Cristóbal Colón: el Quijote del océano*, Madrid, Ediciones Ulises, 1930.
- WEBER, MAX, *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Londres, Allen & Unwing, 1930.
- WHITMAN, WALT, *Hojas de hierba*, México, Novaro, 1959.
- WIESENTHAL, SIMON, *Sails of Hope*, Londres, Mcmillan, 1972.
- WILLIAMS, STANLEY, *La huella española en la literatura norteamericana*, 2 vols., Madrid, Gredos, 1957 (*Biblioteca Románica Hispánica*).
- WINSOR, JUSTIN, *Christopher Columbus*, Boston-Nueva York, Houghton, Mifflin and Co., 1892.
- , *Narrative and Critical History of America*, Boston-Nueva York, Houghton, Mifflin and Co., The Riverside Press, Cambridge, 1889.
- WISH, HARVEY, *The American Historian. A Social Intellectual History of the Writing of the American Past*, Nueva York-Londres, Oxford University Press, 1960.
- ZAVALA, SILVIO, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, México, Porrúa, 1971.
- , *América en el espíritu francés del siglo XVIII*, México, El Colegio Nacional, 1949.

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| INTRODUCCIÓN | 9 |
| I. LA PRIMERA VISIÓN PURITANA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA COTTON MATHER (1663-1728) | 19 |
| II. EL DESCUBRIMIENTO Y COLÓN SEGÚN LA ILUSTRACIÓN ESTADOUNIDENSE. EL SIGLO XVIII. | 41 |
| III. LA INTERPRETACIÓN ROMÁNTICA DEL DESCUBRIMIENTO | 61 |
| IV. LA ESCUELA HISTORIOGRÁFICA PURITANA DE BOSTON (1831-1890) | 91 |
| V. LA CONMEMORACIÓN DEL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO. 1892 | 149 |
| VI. LA CONCIENCIA HISTÓRICA COLOMBINA CONTEMPORÁNEA | 181 |
| VII. HACIA EL V CENTENARIO | 221 |
| EPÍLOGO | 247 |
| BIBLIOGRAFÍA GENERAL | 263 |

El descubrimiento de América en la historiografía norteamericana (siglos XVII al XX) fue editado e impreso para la Dirección General de Publicaciones por Enkidu Editores S.A. de C.V. Su composición se hizo en tipo Times Roman de 10:11, 9:10 y 8:9 puntos. La edición consta de 1000 ejemplares que se terminaron de imprimir en papel cultural crema de 90 grms. en septiembre de 1992.

Diseño portada: Rolando Morales
Portada: *Primer desembarco de Cristóbal Colón*, Frederick Kimmelmeyer